

KATY EVANS

PECADO

POR CADA PECADO
HAY UN PECADOR

SÉRIE PECADO 2

CHIC





KATY EVANS

PECADO

POR CADA PECADO
HAY UN PECADOR

SÉRIE PECADO 2

CHIC



Table of Contents

CONTENIDOS

Katy Evans

PECADO

Malcolm Saint al desnudo

1. Cuatro semanas

2. Cuatro semanas + 1 hora

3. Mi vida de ahora

4. Trabajar y escribir

5. Amigas

6. Mensaje

7. Verdad

8. Discurso

9. Sábado

10. Un poquito mareada

11. En ascuas

12. La caja

13. De etiqueta

14. Reiniciamos

15. Todos los colores del mundo

[16. Algo prestado](#)

[17. Torbellino en las redes sociales](#)

[18. Esa noche](#)

[19. Visita nocturna](#)

[20. Partido de los Cubs](#)

[21. Celebración](#)

[22. Algo nuevo](#)

[23. El Juguete](#)

[24. Depresión postcereza](#)

[25. Un santo en mi casa](#)

[26. Mirándome mientras duermo](#)

[27. Te pido todo para mí](#)

[28. Pecado en la puerta](#)

[29. Guerra](#)

[30. El salto definitivo](#)

[31. Él + 1](#)

[Epílogo: Cómo nos va](#)

[Lista de reproducción](#)

[Agradecimientos](#)

[Sobre la autora](#)



Gracias por comprar este ebook. Esperamos que disfrutes de la lectura.

Queremos invitarte a que te suscribas a la newsletter de Principal de los Libros. Recibirás información sobre ofertas, promociones exclusivas y serás el primero en conocer nuestras novedades. Tan solo tienes que clicar en este botón.

CONTENIDOS

[*Portada*](#)

[*Página de créditos*](#)

[*Sobre este libro*](#)

[*Dedicatoria*](#)

[Malcolm Saint al desnudo](#)

[1. Cuatro semanas](#)

[2. Cuatro semanas + 1 hora](#)

[3. Mi vida de ahora](#)

[4. Trabajar y escribir](#)

[5. Amigas](#)

6. Mensaje

7. Verdad

8. Discurso

9. Sábado

10. Un poquito mareada

11. En ascuas

12. La caja

13. De etiqueta

14. Reiniciamos

15. Todos los colores del mundo

16. Algo prestado

17. Torbellino en las redes sociales

18. Esa noche

19. Visita nocturna

20. Partido de los Cubs

21. Celebración

22. Algo nuevo

23. *El Juguete*

24. Depresión postcerteza

25. Un santo en mi casa

[26. Mirándome mientras duermo](#)

[27. Te pido todo para mí](#)

[28. Pecado en la puerta](#)

[29. Guerra](#)

[30. El salto definitivo](#)

[31. Él + 1](#)

[Epílogo: Cómo nos va](#)

[*Playlist*](#)

[*Agradecimientos*](#)

[*Sobre la autora*](#)



PECADO 2

Por cada pecado hay un pecador

Katy Evans

Serie Pecado 2

Traducción de Eva García para

Principal Chic

PECADO 2

V.1: julio, 2019

Título original: *Manwhore + 1*

© Katy Evans, 2015

© de la traducción, Eva García Salcedo, 2019

© de esta edición, Futurbox Project S.L., 2019

Todos los derechos reservados.

Diseño de cubierta: Taller de los Libros

Imagen de cubierta: miljko / iStock photo

Publicado por Principal de los Libros

C/ Aragón, 287, 2º 1ª

08009 Barcelona

info@principaldeloslibros.com

www.principaldeloslibros.com

ISBN: 978-84-17972-02-8

IBIC: FR

Conversión a ebook: Taller de los Libros

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser efectuada con la autorización de los titulares, con excepción prevista por la ley.

PECADO

Jugué con su fuego... y me quemó para siempre

Para mí, Malcolm era un encargo más.

Debía desvelar su verdadera identidad, sus secretos más oscuros, pero el corazón se impuso a la razón y, pronto, caí en el pecado.

Malcolm es como una droga para mí, y yo soy adicta a él.

Ahora que la verdad ha salido a la luz, ¿volverá el hombre más codiciado de Chicago a confiar en mí?

Descubre el desenlace de la apasionada historia de amor de Malcolm y Rachel

«La tensión sexual entre Malcolm y Rachel es increíble. ¡Yo también quiero mi propio Malcolm Saint!»

Monica Murphy, autora *best seller*

«¡Muchísimas gracias, Katy Evans, por otra historia que, sin duda, conservaré siempre en mi estantería!»

Harlequin Junkie

Por el mayor salto que vas a dar en tu vida.

Malcolm Saint al desnudo

De R. Livingston

Os voy a contar una historia. Una historia que me ha destrozado por completo. Una historia que ha hecho que reviva. Una historia que me ha hecho llorar, reír, gritar, sonreír y volver a llorar. Una historia que sigo contándome a mí misma una y otra vez hasta que me sé de memoria cada

sonrisa, cada palabra y cada pensamiento. Una historia que espero llevar conmigo siempre.

La historia empieza con este preciso artículo. Era una mañana normal en

Edge. Una mañana que me brindaría una gran oportunidad: desenmascarar a Malcolm Kyle Preston Logan Saint. Huelgan las presentaciones; vividor multimillonario, estimado mujeriego y origen de múltiples especulaciones.

Este artículo me abriría las puertas y daría voz a esta joven y ambiciosa periodista.

Me metí de lleno en mi tarea y concerté una entrevista con Malcolm Saint para hablar de Interface (una nueva y alucinante aplicación destinada

a cargarse a Facebook) y de su inmediata popularidad. Toda la ciudad lleva

años obsesionada con este personaje, al igual que yo, así que me consideré

afortunada de estar en mi pellejo.

Estaba tan concentrada en destapar a Malcolm Saint que bajé la guardia,

sin saber que, cada vez que se sinceraba conmigo, en realidad me estaba destapando a mí. Cosas que jamás había deseado de repente eran lo único

que quería. Estaba decidida a averiguar más de este hombre. De este misterio. ¿Por qué se mostraba tan hermético? ¿Por qué nunca le satisfacía

nada? No tardé en descubrir que hablaba poco pero con tino. Un hombre de

acción. Me decía a mí misma que todas mis pesquisas eran por el artículo,

pero en realidad indagaba con ansias por motivos personales.

Quería saberlo todo. Quería respirarlo. Conocer su vida.

Pero lo más sorprendente de todo fue que Saint empezó a ir detrás de mí. De verdad. A muerte. Sin descanso. No podía creer que estuviera realmente

interesado en mí. Nunca me habían rondado así, de un modo tan intrigante. Jamás me había sentido tan unida a algo... ni a alguien.

No esperaba que mi historia cambiase, pero así fue. Suele pasar: sales en busca de algo y vuelves con algo distinto. No esperaba enamorarme, no esperaba perder la cabeza y el juicio por los ojos verdes más bonitos que he visto en mi vida, no esperaba enloquecer de lujuria. Pero acabé encontrando un pedacito de mi alma, un trocito que en realidad no es tan pequeño, pues pasa del metro ochenta; la espalda le mide aproximadamente un metro de ancho, sus manos son el doble de grandes que las mías, tiene los ojos verdes, el pelo oscuro, y es listo, ambicioso, amable, generoso, poderoso, *sexy* y ha arrasado conmigo.

Lamento habernos mentido a los dos, tanto a él como a mí; lamento no haber tenido la experiencia para reconocer lo que sentía en su momento.

Lamento no haber disfrutado más de los segundos que pasé con él, pues son mi mayor tesoro.

Sin embargo, no lamento haber vivido esta historia. Su historia. Mi historia. Nuestra historia.

Y lo volvería a hacer con tal de pasar otro momento con él. Lo volvería a hacer con tal de que fuera con él. Saltaría al vacío sin pensármelo dos veces si hubiese un 0,01 % de probabilidades de que siguiese ahí, esperando para atraparme.

1. Cuatro semanas

Nunca he sido más optimista que cuando me subo al impoluto ascensor de cristal del edificio corporativo M4. Voy con unos cuantos empleados que saludan entre murmullos, por cumplir. Creo que mi boca debe de estar de vacaciones porque me parece imposible abrirla. Así que sonrío en respuesta; una sonrisa nerviosa, nerviosa pero esperanzada, claramente esperanzada. Uno a uno, mis compañeros de trayecto bajan y me quedo sola, rumbo a la planta de los ejecutivos.

A él.

Al hombre al que amo.

Bullo de emoción. El corazón me late con fuerza, se me va a salir del pecho; me tiemblan los muslos. Se me forman pequeños e incesantes

terremotos en el estómago que alcanzan su máximo esplendor cuando un tintineo me indica que estoy en su planta.

Salgo y me hallo en el nirvana de los empresarios, rodeada de cromo liso, cristales immaculados y suelos de mármol y de piedra caliza. Pero difícilmente tengo ojos para algo que no sean las altas e imponentes puertas

de cristal esmerilado que hay en la otra punta de la estancia.

Las flanquean dos elegantes escritorios de diseño a cada lado, cuatro en total.

Y detrás de estos hay cuatro mujeres vestidas exactamente con los

mismos trajes blancos y negros, sentadas en sus relucientes escritorios de roble oscuro, trabajando en silencio con sus ordenadores de pantalla plana.

Una de ellas, Catherine H. Ulysses, de cuarenta años y mano derecha del dueño de cada rincón de este edificio, interrumpe sus quehaceres cuando me ve. Enarca una ceja y, acto seguido, inquieta y relajada al mismo tiempo, levanta el auricular y murmura mi nombre.

No. Puedo. Respirar.

Pero Catherine no pierde la compostura mientras me conduce a las enormes puertas de cristal esmerilado, a las intimidantes puertas que llevan a la guarida del hombre más poderoso de todo Chicago.

El ser humano con más poder sobre mí.

Esto es lo que llevo esperando cuatro semanas. Esto es lo que quería cuando le dejé mil mensajes en sus teléfonos y lo que quería cuando le escribí otros mil que no llegué a enviar. Verlo.

Y que él quisiera verme.

Pero cuando me obligo a dar un paso adelante, ni siquiera sé si tendré fuerzas para plantarme ante él y mirarlo a los ojos después de lo que he hecho.

Me reconcomen los nervios, la ilusión y la esperanza. Sí, esperanza, pequeña pero viva, aunque esté temblando a más no poder.

Catherine me aguanta la puerta y yo me esfuerzo por entrar en su despacho con la cabeza alta.

Avanzo dos pasos y oigo el silbido que hace la puerta de cristal cuando se cierra tras de mí. Mi cuerpo no me responde al contemplar la familiar visión del despacho más bonito en el que he estado nunca.

Es inmenso y se compone de mármol y cromo, techos de tres metros y

medio y un sinfín de ventanas que ocupan la pared de arriba abajo.

Y ahí está él. El núcleo de su eje. El centro de mi mundo.

Camina de un lado a otro cerca de la ventana mientras habla por unos auriculares en voz muy muy baja; es el tono que emplea cuando está cabreado. Solo entiendo que dice: «Tendría que estar muerto por dejar que

cayese en sus garras...».

Cuelga, y, como si notase mi presencia, vuelve la cabeza. Le brillan los ojos cuando me ve. Esos ojos verdes.

Esos ojos verdes tan bonitos y que tan bien conozco.

Toma aire muy despacio, se le ensancha el pecho y aprieta un poco las manos a los costados mientras me mira.

Yo hago lo mismo.

Malcolm Kyle Preston Logan Saint.

Acabo de meterme en el ojo de la tormenta más fuerte de toda mi vida.

No. ¡Qué digo una tormenta! Un huracán.

Hacía cuatro semanas que no lo veía. Y sigue tal y como lo recuerdo.

Despampanante y más irresistible que nunca.

Se ha afeitado a la perfección su bello rostro, y tiene unos labios tan sensuales y carnosos que casi los noto en los míos. Tengo ante mí a más de

metro ochenta de virilidad totalmente controlada y ataviada con un traje negro divino y una corbata increíble. Es el mismísimo diablo vestido de Armani: huesos robustos, mandíbula cuadrada, pelo oscuro y reluciente y ojos penetrantes.

Sus ojos son los mejores.

Le brillan sin piedad cuando se burla de mí y, cuando no lo hace, son misteriosos e impenetrables, escrutadores y avispados, y me tienen en ascuas constantemente, porque nunca sé en qué piensa.

Pero había olvidado lo fríos que eran. El hielo verde del Ártico me devuelve la mirada. Cada mota gélida de esos ojos reluce como las esquirlas de un diamante.

Aprieta la mandíbula y se quita los auriculares de un tirón.

Parece tan accesible como una pared; se le marcan los hombros con esa camisa blanca que se le pega a la piel como una fan de un grupo pop. Pero sé que no es un muro; yo nunca babearía por un muro.

Se dirige hacia mí. El corazón me late con fuerza mientras se acerca con los andares tranquilos y seguros de quien domina el mundo.

Se detiene a unos metros de distancia y se mete las manos en los bolsillos de los pantalones. De pronto se le ve enorme y huele superbién. Le miro la corbata mientras la velita de esperanza con la que he entrado titila, dudosa.

—Malcolm... —empiezo a decir.

—Saint —me corrige en voz baja.

Tengo que tomar aire tras oír sus palabras.

Aguardo a que diga algo, a que me recuerde el asco que doy, y me duele que no lo haga. En su lugar, oigo una voz en la entrada.

—Señor Saint —anuncia Catherine—, ha llegado Stanford Merrick.

—Gracias —contesta Saint en voz baja pero potente.

De repente me baja un escalofrío por la espalda.

Miro el suelo de mármol, avergonzada. Los zapatos... Pensaba que

estaría guapa con esto. Pero no creo que se haya dado cuenta o que le importe lo más mínimo.

—Rachel, te presento a Stanford Merrick, de recursos humanos.

Me ruborizo al oír mi nombre salir de su boca. Sigo sin poder mirarlo a

los ojos, así que me centro en estrecharle la mano a Stanford Merrick.

Merrick es un hombre de estatura media y su sonrisa transmite

simpatía, pero la serenidad que emana Saint ensombrece la suya casi por completo.

—Un placer conocerla, señorita Livingston —me dice.

Oigo que alguien retira una silla y me pongo hecha un flan cuando vuelvo

a oír la voz de Saint.

—Siéntate —me ordena en voz baja.

Obedezco, pero sigo evitando su mirada cuando me siento.

Mientras Catherine va por el despacho sirviendo cafés y unos pisco-labis,

lo miro de soslayo.

Se desabrocha los botones de la chaqueta y toma asiento en el centro del

largo sofá de cuero color hueso. Lo tengo justo delante.

Ese traje negro le confiere un aspecto sombrío.

Sombrío en contraste con la luz del sol o el color claro del sofá.

—Señor Saint, ¿quiere que siga o le gustaría hacer los honores? —
pregunta Merrick.

No me quita ojo.

—¿Señor Saint?

Frunce un poco el ceño al darse cuenta de que me estaba mirando en lugar de prestándole atención y contesta:

—Sí.

Se recuesta y pasa el brazo por detrás del sofá. Yo noto que me taladra con la mirada mientras Merrick saca documentos y papeleo de una carpeta.

Estoy rígida y tensa.

La fuerza que emite Saint hoy es enorme, abrumadora e incomprensible.

Solo puedo pensar en si mi Pecado me odia.

—¿Cuánto lleva en *Edge*, señorita Livingston? —me pregunta su hombre.

Dudo y noto que el móvil que hay al lado de Saint vibra ligeramente.

Alarga la mano para apagarlo y, veloz, pasa el pulgar por la pantalla una única vez.

De pronto me tiembla el labio.

Me remuevo en el asiento.

—Muchos años —le respondo.

—Es hija única, ¿cierto?

—Sí.

—Aquí dice que el año pasado ganó un premio CJA por una crónica.

—Sí. Me... —Busco una palabra entre los «lo siento» y los «te quiero» que pululan por mi cabeza ahora mismo—. Me sentí muy honrada solo con que me tuviesen en cuenta.

Saint se remueve despacio en su sitio y aparta el brazo. Se pasa el pulgar por el labio de abajo con aire distraído, estudiándome con una mirada que brilla con inteligencia, observándome en silencio.

—Aquí veo que empezó a trabajar en *Edge* antes de graduarse en la Universidad del Noroeste, ¿correcto? —prosigue Merrick.

—Sí, así es.

Me tiro de la manga del jersey y trato de permanecer atenta a sus preguntas.

No puedo dejar de mirar de reojo lo que hace Pecado. Cómo toma sorbos de agua, cómo huele, cómo agarra el vaso con fuerza.

Su pelo oscuro, sus pestañas curvadas, que le enmarcan los ojos. Sus labios. Está tan serio... Sus ojos, tan apagados...

Giro la cabeza para mirarlo, y casi se diría que estaba esperando que lo hiciera.

Me mira con mucha intensidad, como solo él sabe hacer, y el verde de sus ojos pasa a ser mi mundo. Un mundo de hielo verde puramente ártico,

intocable e irrompible.

Nada tan frío debería ser capaz de ponerme tan caliente. Pero el hielo emana calor. El hielo quema tanto como el calor.

—Lo siento, se me ha ido el santo al cielo.

Aparto la vista.

Aturullada, me remuevo y miro a Merrick. El hombre me mira con extrañeza y algo de lástima. Saint se mueve ligeramente y cambia de postura para encarar mejor a Merrick. Me percató de que lo está mirando con unos ojos oscuros de desagrado, pero procurando que no se le note.

—Corta el rollo, Merrick.

—Claro, señor Saint.

Ay, madre. Que Saint haya notado que su hombre me está poniendo nerviosa hace que me sonroje diez veces más.

—Señorita Livingston —vuelve a empezar Merrick, que hace una pausa como si estuviera a punto de decir algo importantísimo—, al señor Saint le

interesaría ampliar los servicios que ofrecemos a los suscriptores de Interface. Estamos ofreciendo contenido nuevo de fuentes concretas,

principalmente de un grupo de jóvenes periodistas, columnistas y reporteros a los que tenemos intención de contratar.

Interface. Su último proyecto. Está creciendo a pasos agigantados, es una fuerza a tener en cuenta que está rompiendo todas las barreras tecnológicas

y mercantiles a medida que se expande. No me extraña que Saint vaya a dar el siguiente paso; es una idea brillante de un hombre de negocios admirable, el movimiento lógico para una empresa que se ha colado recientemente en la lista de las diez mejores compañías para las que trabajar.

—Me encanta, Malcolm. Me encanta la idea —le aseguro.

¡Ay, madre!

¿Acabo de llamarlo Malcolm?

Parece que lo he pillado desprevenido. Por una fracción de segundo, se le ensombrecen los ojos. Es como si se estuviese desencadenando una tormenta en su interior, pero al segundo la aplaca.

—Me alegra mucho oír eso —contesta Merrick entonces—. Como ya sabe, señorita Livingston, el señor Saint tiene buen ojo para el talento. Y le gustaría dejar claro que quiere que se incorpore al equipo.

Pecado me ha estado observando todo el tiempo que hablaba Merrick.

Ve que se me borra la sonrisa y la sustituye el estupor.

—¿Me está ofreciendo trabajo?

—Sí —responde Merrick por él—. En efecto, señorita Livingston. Un trabajo en M4.

Estoy aturdida, no sé qué decir.

Me miro el regazo mientras proceso lo que acabo de escuchar.

Pecado no quiere hablar conmigo.

Apenas le afecta mi presencia.

Por esto me ha llamado cuatro semanas después.

Lo miro a los ojos, y en cuanto nuestras miradas se encuentran, noto un chisporroteo en mi interior. Es como una descarga. Me obligo a seguir mirándolo a la cara, totalmente inescrutable, y trato de hablar con voz serena.

—Un trabajo era lo último que esperaba que me ofreciera. ¿Es lo único que quiere de mí?

Se inclina hacia delante con un movimiento fluido y apoya los codos en las rodillas sin dejar de mirarme.

—Quiero que lo aceptes.

Ay.

Madre.

Suena tan autoritario como cuando me pidió el primero aquella noche...

Con un nudo en el estómago, aparto la vista y me quedo un momento mirando por la ventana. Quiero llamarlo Malcolm, pero me doy cuenta de

que ya no lo es para mí. Ni siquiera es Saint, quien flirteó conmigo sin descanso hasta que cedí. Ahora es Malcolm Saint. Y me mira como si nunca hubiese estado en sus brazos.

—Sabe que no puedo dejar mi trabajo —le aseguro mientras me vuelvo hacia él.

No parece molesto.

—Todo el mundo tiene un precio.

Meneo la cabeza y suelto una risita de incredulidad mientras me froto las sienes.

—Merrick —dice por toda respuesta.

Y Merrick continúa al instante.

Está tenso, todo lo contrario que Saint, apoltronado en el sofá.

—Como decía, vamos a ofrecer noticias a nuestros suscriptores, y el señor Saint es un gran admirador de su pluma desde hace tiempo. Agradece su sinceridad y las perspectivas que adopta —me cuenta.

Un rojo intenso se extiende por todo mi cuerpo.

—Gracias. Me siento muy halagada —le digo—. Pero de verdad que solo hay una respuesta posible —añado sin aliento—, y ya se la he dado.

Saint le lanza una mirada y el señor Merrick prosigue con determinación.

—Esta es nuestra oferta. En una semana nos tiene que decir si la acepta o la rechaza.

Deja unos papeles en la mesa.

Los miro fijamente, incapaz de asimilar ni de entender lo que significa esto.

—¿Por qué haría algo así? —pregunto.

—Porque puedo. —Saint me mira serio. Su mirada es intensa.

Desapasionada, incluso—. Te ofrecemos más nosotros que tu puesto de

trabajo actual.

No hace nada, está completamente inmóvil, pero ha conseguido que mi mundo gire a la enésima potencia.

—Llévatelos —me pide.

—Es que... no quiero.

—Piénsatelo. Léelos antes de decirme que no.

Nos miramos durante demasiado tiempo.

Se pone en pie con la elegancia de un felino que se estira. Malcolm Kyle Preston Logan Saint. Director ejecutivo de la empresa más importante de la ciudad. La obsesión de las mujeres. Fugaz como un cometa. Implacable y despiadado.

—Mi gente se pondrá en contacto contigo este fin de semana.

De pronto me pregunto si habrá algún momento en que este hombre deje de sorprenderme. Admiro muchísimo su aplomo. Admiro muchas cosas de él. Si por un momento se me pasó por la cabeza que podríamos arreglar las cosas, me equivocaba; Saint no perdería el tiempo con eso. Está demasiado ocupado cumpliendo sus inacabables sueños y dominando el mundo.

En cambio, yo trato de recomponer los míos con los escombros desperdigados por el suelo.

Inspiro y junto los papeles en silencio. Los cojo y me voy sin despedirme

ni darle las gracias; solo oigo el ruido que hago al andar.

Abro la puerta y no puedo evitar echarle un último vistazo a su

despacho. Lo último que capto de él es que se inclina hacia delante en el sofá y lleva las manos a las rodillas. Exhala y se pasa una mano por la cara.

—¿Me necesita para algo más, señor Saint? —pregunta Merrick con un tono con el que casi parece suplicarle que le dé más trabajo.

Cuando Saint levanta la cabeza, me sorprende mirándolo. Nos quedamos quietos y nos miramos fijamente. El uno al otro. Él me observa con recelo y yo a él tan arrepentida como me siento. Quiero decirle tantas cosas..., pero me marcho así, callando mis palabras mientras cierro la puerta.

Sus ayudantes me ven salir.

Subo al ascensor en silencio y contemplo mi reflejo en las puertas de acero mientras me dirijo al vestíbulo. Diría que estoy guapa: llevo el pelo suelto y mi atuendo delicado y femenino se amolda a mi cuerpo. Pero cuando me fijo en mis ojos, me veo tan perdida que me entran ganas de zambullirme en ellos para encontrarme a mí misma.

Entonces comprendo que el amor es tan voluble como el cielo o el

océano: están ahí, pero no siempre hace sol ni las aguas están claras y en calma.

Una vez fuera, paro un taxi. A medida que nos alejamos me giro un momento y contemplo la preciosa fachada acristalada del M4. «Tan

majestuosa... Tan inexpugnable...», pienso, hasta que me vibra el móvil.

¡¿CÓMO HA IDO?!

¿Os habéis RECONCILIADO ya?

¡CUENTA! QUE WYNN SE VA EN 3 MINUTOS Y QUIERE SABERLO

¿Se ha ABLANDADO después de LEER TU ARTÍCULO?

Leo los mensajes de Gina y ni siquiera soy capaz de reunir fuerzas para contestarle mientras el taxi se incorpora al tráfico.

—¿Adónde? —me pregunta el taxista.

—Siga un poco más.

Contemplo Chicago por la ventanilla. Me encanta esta ciudad y a su vez me asusta porque no acabo de sentirme segura en ella. Todo parece igual.

Chicago sigue siendo bulliciosa, ventosa, electrizante, moderna, maravillosa y peligrosa. Es la misma ciudad en la que he vivido toda mi vida.

La ciudad no ha cambiado. Yo he cambiado.

Como miles de mujeres antes, me he enamorado del multimillonario donjuán adorado por todos.

Y jamás volveré a ser la misma.

Después de lo que ha pasado, nunca será mío, como siempre temí.

2. Cuatro semanas + 1 hora

—No podía leerle la mente. Es que no podía. Me agobiaba solo con verlo.

Quería decirle tantas cosas... Pero seguro que me odia y que no tenía la menor intención de hablar conmigo.

Desvió la mirada y tomo aire.

—Rachel.

Parece que Gina solo pueda decir eso. Después se sume en un silencio sepulcral.

Hace unos minutos, le pedí al taxista al fin que me dejase en un

Starbucks porque no quería volver a casa. Gina vino al instante, y ahora estamos en una mesa del fondo, en nuestro pequeño mundo.

—Qué triste estoy. —Me tapo los ojos un momento y apoyo el codo en la mesa—. Ahora sí que se ha acabado.

—Y una mierda. —Gina frunce los labios. Siempre está poniendo mala cara—. ¿Acaso le importa que te hayas enamorado de él a pesar de que sea un donjuán, un chuloputas y vete a saber qué más?

—¡Gina! —la amonesto con el ceño fruncido.

Ella hace lo propio.

Ni siquiera debería haberle sacado el tema. Gina me advirtió mil veces que pasaría esto. Me repitió hasta la saciedad que no me relacionara con él.

Porque Saint tenía una fama y yo una misión. Pero ¿acaso podría haber evitado que me conquistase?

Me metí de lleno en el ojo del huracán que es Saint cuando acepté desenmascararlo.

Enamorarme no entraba en mis planes. Enamorarme de un tío nunca ha

sido mi objetivo en la vida. En teoría Gina y yo íbamos a vivir felices y solteras para siempre: las dos adictas al trabajo, mejores amigas de por vida

y muy unidas a nuestras familias. Le habían roto el corazón y me había dado todos los trucos para que yo no tuviera que pasar por lo mismo. Y así me había protegido. Me interesaba más escalar puestos que los hombres. Pero Saint no es un cualquiera. No me sedujo de cualquier manera. Y lo que tuvimos no fue... cualquier cosa.

Soy columnista y debería poder definirlo con una palabra, pero solo se me ocurre describirlo como un pecado.

Es excitante, adictivo y juega bien sus cartas; un multimillonario acostumbrado a que la gente acuda a él. Al final lo que no soporto es que piense que soy como los demás y que solo quería sacarle algo.

No, Rachel, no eres como los demás. Eres peor.

Se acuesta con una fan cuatro noches, o con cuatro una noche. No les ofrece nada de sí mismo. A lo mejor les entrega un cheque para las organizaciones benéficas, como oí que una chica le pidió una vez, pero no afecta a su cuenta bancaria. Deja que le den uvas en su yate si les apetece;

las mujeres lo miman demasiado como para detenerlas. Pero no las vuelve a mirar cuando se van. Pero a ti, Rachel, a ti te dejó entrar. Te dio una uva en su yate. Fue a tu campamento, pero no porque le guste dormir al aire libre, sino porque sabía que estarías allí. Te confesó que el cuatro es su número de la suerte porque simboliza que está por encima de la norma. Ay, madre mía, nunca he sido tan consciente de lo mucho que me había dejado entrar hasta que he estado ante él hoy, expulsada del que se había convertido en mi paraíso personal.

—Le habría dicho un montón de cosas si no hubiera estado ahí su hombre para ofrecerme un puesto de trabajo. —Le paso los papeles—. Apenas podía concentrarme en esto con Saint en la misma habitación. Hasta su hombre se puso nervioso.

Gina lee en voz baja.

—Una oferta de empleo para Rachel Livingston...

Baja la hoja y me mira fijamente con esos ojos oscuros y seductores que ahora están tan perplejos como yo.

—Interface va a ofrecer noticias —le informo.

Ella se queda mirando los papeles.

—Si no lo quieres tú, me lo quedo yo.

Le doy una patada por debajo de la mesa.

—Ponte seria.

—Necesito más azúcar.

Se dirige a la mesa de condimentos, regresa y se pone cómoda de nuevo.

Echa el sobrecito de azúcar que ha cogido en el café y lo remueve.

—¿Qué hace un hombre como él, un director ejecutivo, en una reunión como esa? —se pregunta con el ceño fruncido—. Es muy listo. Quería

asegurarse de que aparecieras. Él te quiere allí, joder. Te está ofreciendo un seguro médico para los tuyos. Para tu madre. ¿Te das cuenta de lo que supone esto para ti laboralmente?

Mi madre es mi debilidad.

Sí, me doy cuenta.

Saint me está ofreciendo... el mundo.

Pero un mundo sin él ya no es nada.

—Rachel, la prensa ha estado tratando bien a *Edge* desde entonces... —

Me lanza una mirada de disculpa porque sabe que no me gusta recordar el artículo, y añade—: Pero ¿por cuánto tiempo? *Edge* sigue pendiente de un hilo. —Le da un sorbo al café—. Interface es Interface. No va a hacer más que subir. M4 es... Buf, es enorme. En la vida nos habríamos imaginado trabajar ahí. Solo contratan a lumbreras.

—Ya —susurro.

Entonces, ¿por qué Saint me quiere en su equipo? Podría conseguir a quien quisiera de cualquier especialidad.

—Seguro que Wynn te diría que aceptases. Necesitamos que nos aconseje; es la única con pareja.

—Gina, es la primera vez en mi vida que le digo «te quiero» a un tío.

Nunca, jamás, lo querría como jefe. —Y añado, afligida—: Además, Saint no se lía con sus empleadas.

Se le ensombrecen los ojos de la preocupación.

—Y lo quieres más a él que el trabajo.

Me avergüenza decir que sí, porque no me merezco el puesto. Ni siquiera merezco quererlo. Pero agacho la cabeza y asiento.

Tengo un agujero en mi interior. Tan grande y vacío que los placeres de mi vida carecen de sentido sin él.

Gina vuelve a leer la carta, menea la cabeza, la dobla y me la devuelve.

Sigo en el M4. En el piso de arriba, en el despacho de mármol, cromo y vidrio. Y todavía lo huelo. Mi cerebro no deja de reproducir la escena. Cada

palabra que ha dicho. Cada palabra que esperaba que dijera y que no ha dicho. Cada tono de verde que he visto en sus ojos y que ya no es para mí,

salvo ese nuevo tono gélido que no le había visto nunca.

Recuerdo que me miraba mientras Merrick me entrevistaba. Recuerdo su voz. Recuerdo lo que se siente al estar cerca de él.

Recuerdo cómo ha exhalado cuando me he ido, como si acabase de librar una batalla física.

Y cómo ha clavado los ojos en mí después para persuadirme.

Mientras Gina y yo volvemos a casa caminando, agradezco muchísimo no haberle dicho a mi madre que iba a verlo hoy. Se habría hecho ilusiones por mí y no me gustaría desanimarla. Meto los papeles en el bolso y, cuando al fin llegamos a nuestro acogedor pisito de dos habitaciones, me voy a mi cuarto, cierro la puerta, me meto en la cama y vuelvo a sacarlos.

Es una oferta más. Examino página por página y hago una lista con las ventajas, un sueldo que no merezco y que normalmente reciben los columnistas más experimentados y premiados... Hasta que me topo con algo que me afecta de verdad.

La firma de Saint al final del contrato.

Aguanto la respiración y acaricio con delicadeza su firma. Como un sello, desprende una fuerza que hace que el documento pese.

Miro debajo de la cama y saco la caja de zapatos donde atesoro cositas.

Un collar con una R de oro que me regaló mi madre. Sin pensarlo, me lo pongo para recordarme quién soy. Hija, mujer, niña, humana. Aparto las felicitaciones de cumpleaños de Wynn y Gina. Y encuentro una nota. La nota que hace un tiempo acompañó el ramo más bonito que ha llegado a mi oficina.

Cojo la tarjeta color marfil, la abro... y leo.

Era la primera vez que veía su letra. Firmó el mensaje diciendo:

Un amigo que piensa en ti.

M

Todavía vestida, me acurruco en mi cama y la miro fijamente.

Mi amigo.

No. Mi encargo, la historia que pensé que quería, el picaflor de la ciudad

que se convirtió en mi amigo, que se convirtió en mi amante, que se convirtió en mi amor.

Ahora quiere ser mi jefe, y yo lo quiero más que nunca.

3. Mi vida de ahora

Estoy tumbada en la cama y él me está besando por detrás de la oreja. Me estremezco y muero de gusto. Me quedo sin aire mientras me empapo de la

sensación de su piel bronceada en contacto con la mía, de la fuerza de sus músculos, de sus abdominales marcados contra mi barriga. Madre mía. No lo soporto. Quiero comérmelo a besos y que él haga lo mismo conmigo, que me coma de arriba abajo, ni siquiera sé por dónde quiero que empiece. Me coge las manos y se las coloca en los hombros. Se inclina y roza mi boca con la suya.

—Ábrela —murmura, y sus ojos verdes, sus ojos verdes, me están mirando en medio de la oscuridad.

—¿Eres real? —susurro. Tengo el corazón en la garganta y mis pulmones trabajan como locos.

Su mirada me resulta tan familiar que intento averiguar si es un sueño o un recuerdo mientras traza curvas en mis brazos. Cierro los ojos. Ay, madre, Pecado. Qué gusto. Musito su nombre y le recorro los pectorales con las manos. Estoy temblando. Dios, parece real. Muy real. Lo noto como antes, se mueve como antes, me besa como antes, toma las riendas como antes.

Me aplasta con su peso y yo me esfuerzo por acercarme al cuerpo alto y fuerte que se cierne sobre mí; me contoneo, me arqueo y me estremezco.

Me aferro a sus hombros, pues parece que lo desee, y él me rodea la cintura y, despacio, continúa dándome besos por el cuello que hacen que me

hormiguee la piel. Necesito que me golpee el abdomen, mi cuerpo grita mientras ardo. Quiero. Quiero que me toque, que me cubra con las manos de

arriba abajo. Su boca. Ay, Dios.

—Malcolm, por favor, por favor, ya... Métemela... ya —suplico.

No tiene ninguna prisa. Nunca la tiene. Enrosca mis piernas alrededor de sus caderas y me va besando hasta llegar a la boca. Hacía siglos que no sentía esto, sus labios en la comisura de la boca. Noto que se me llenan los ojos de lágrimas. Cada centímetro de él se funde con cada centímetro de mi cuerpo. Un segundo estoy balanceando mis caderas en una súplica silenciosa y, al siguiente, lo tengo dentro.

Me despierta un sonido. Un gimoteo bajo que sale de mí. Un sonido de placer absoluto, un placer que raya en el dolor. Me incorporo de golpe. Estoy bañada en sudor. Miro a mi alrededor mientras me limpio la mejilla con una mano temblorosa, pero no, no vuelve a estar en mi cama. Todavía lloro por



las noches, mi cuerpo aún lo anhela por las noches.

Me rodeo las piernas con los brazos y apoyo la mejilla en la rodilla. Exhalo mientras trato de quitarme el mitad sueño mitad recuerdo de la cabeza. Me meto en el lavabo, me mojo la cara y me miro a los ojos: sigo siendo la chica perdida del ascensor. ¿Cuándo me he convertido en esto? No soy esta chica, pienso, frustrada, cuando me voy hecha una furia a mi habitación.

Me meto en la cama de nuevo y me tapo hasta el cuello. Aplasto la almohada

con la mejilla y le propino un puñetazo mientras miro sin ver en dirección a la ventana. La luz de las farolas se cuele en el interior. Si presto suficiente atención, oigo los sonidos de la calle. Me pregunto dónde estará.

Me persigues, Pecado.

Me persigues a cada segundo, joder.

No puedo dormir, no puedo pensar en nada que no sea cómo me siento cuando estoy cerca de ti. Cuando me miras. Cuando estamos en la misma habitación.

Tu actitud en el despacho... No sabía lo que pensabas. No lo sabía, y eso me mata.

Enciendo la luz. He perdido una batalla que llevo librando conmigo misma un mes entero.

Agarro el portátil y lo enciendo con el cuarto a oscuras. A continuación, hago algo que llevo tiempo sin hacer. Gina me lo había prohibido. Yo me lo había prohibido a mí misma por mi supervivencia. Y mi salud mental. Llevo tanto tiempo sin meterme que ni siquiera me sale en el buscador. Pero me enfrento a las redes sociales de Saint y me preparo para lo que voy a encontrarme mientras leo por encima. No sé qué estoy buscando. O quizá sí.

Busco algo, lo que sea que me relacione con él.

Hola, @MalcolmSaint. Soy Leyla, amiga de Danis ;)

@MalcolmSaint Eh, tío, nos vemos en Raze

@malcolmsaint está mejor sin la guarra esa que lo traicionó

¡Cásate conmigo, @malcolmsaint!

@Malcolmsaint Seré tu putita y me pelearé en el barro con la guarra y mentirosa de tu ex hasta la muerte si hace falta

@MalcolmSaint, ¿vas a perdonar a tu novia? Porfa, perdónala, ¡hacéis una pareja preciosa!

Hablando de guarras, @MalcolmSaint, cuidado con esta

@malcolmsaint, por favor, dime que has mandado a tu exnovia a tomar por culo. TE MERECE A ALGUIEN MUCHO MEJOR, TE MERECE A UNA PRINCESA

El muro de Interface:

Eh, loco, llámanos cuando estés en la ciudad, que queremos presentarte a alguien

Y a continuación aparece la foto de una mujer que le lanza un beso.

Frunzo el ceño al ver cómo se le marcan los pezones, claramente visibles bajo su camiseta de marca mojada.

Bajo y voy mirando las fotos en las que lo etiquetan hasta que doy con

una suya. Le está sacando el dedo al periodista que le pregunta por mi traición; lleva unas gafas de aviador muy chulas y tiene la mandíbula tan dura como un bloque de granito.

Dios mío. Ahora que he empezado a mirar me parece imposible parar.

En un famoso videoblog local escucho esto:

De hecho, ha habido especulaciones sobre si su temeraria actitud del mes pasado tiene algo que ver con que acabe de romper con la periodista Rachel Livingston, la cual se rumorea que habría sido su primera pareja. Livingston, que estaba investigando a Saint cuando se conocieron, tuvo una bronca del quince con el magnate cuando se filtró su investigación y, al poco tiempo, se publicó su propia versión en Edge. Se comenta que M4 va a incorporar una sección de noticias en la página web informativa de Interface ahora que se ha vuelto a ver a Livingston por M4...

Mientras tanto, el propio Saint ha estado practicando paracaidismo, y, según un testigo, se ha ido apoderando de empresas a una velocidad alarmante incluso para los miembros de su junta directiva...

Y en Facebook:

#TBT ThrowbackThursday: ¿recordáis esta foto? ¡Apostábamos a ver cuánto duraríais, pero ninguno pensó que tanto! Sé que parece que ella jugó contigo, pero nosotros sabemos que no, que nadie juega tan fuerte como tú.

¡Esperamos que te hayas aprovechado a gusto!

Miro la pantalla del ordenador. De repente me muero de miedo y me pregunto qué más habrá leído. ¿Eso piensa de mí? ¿Que soy una guarra? ¿Que soy una guarra, una zorra y una puta que se ha metido en su cama para sacarle información? Me sorprende darme cuenta de que, aunque le abriese mi corazón en el artículo —como dijo Helen, era una carta de amor dirigida a él—, las palabras que le escribí carecían de importancia. Mis actos lo superaban todo.

Saint valora la sinceridad y la lealtad.

No lo soporto.

Abro un correo electrónico y busco entre los varios que me mandó.

Aunque sea suicida.

Aunque Saint sea lo más inalcanzable del mundo y esté tan lejos que necesitaría un satélite que me alzase lo bastante para atraparlo. Es mi luna particular...

En Acabemos con la Violencia siempre estoy esperando para ver qué puedo hacer para ayudar a los que han perdido a alguien. Se diría que siempre estoy esperando para ver si mi madre está estable. Esperando la historia adecuada.

No quiero esperar más.

No quiero esperar la historia, esperar el momento oportuno, esperar a que me llegue la inspiración, esperar a olvidarlo, esperar a que me desee, esperar a ver si el tiempo estará de mi parte y me ayudará a arreglar las cosas con él.

Nerviosa a más no poder pero igual de decidida, selecciono su correo de empresa. El que usábamos cuando empecé a entrevistarlo. No tengo ni idea de quién leerá este correo, pero adopto una actitud profesional y escribo un mensaje con la certeza de que la sencillez es mi mejor baza.

Señor Saint:

Le escribo para que sepa lo mucho que agradezco su oferta. Me gustaría hablar más detenidamente de ella con usted. ¿Sería tan amable de decirme cuándo le viene bien que me pase por su despacho? Me adaptaré a su horario.

Gracias,

Rachel

4. Trabajar y escribir

Solo he dormido tres horas, pero estoy decidida a aprovechar la mañana.

Incluso sonrío a unos cuantos desconocidos cuando salgo del taxi, tomo el ascensor y entro en *Edge*. Parloteo con algunos compañeros mientras tomamos café, llamo a mi madre para darle los buenos días y contesto a los

correos electrónicos de mis fuentes.

Pero todavía noto un leve aleteo en mi interior.

Sigo viendo un par de ojos verdes cada vez que miro... lo que sea, la verdad.

Veo una boca bonita.

Una boca bonita que esboza una sonrisa como las de antes.

Exhalo despacio, hago lo que está en mi mano para desterrar los pensamientos de ayer y me centro en la pantalla del ordenador.

Una pantalla totalmente en blanco.

La gente está tecleando, los periodistas hablan por encima de las

paredes de sus cubículos. A *Edge* le ha ido un poco mejor después de mi carta de amor a Saint. Se han acabado los recortes, han contratado dos periodistas nuevos, y, aunque solo seamos unos cuantos, seguimos

llamando la atención. Vaya si lo hacemos. Somos expertos en conseguir que cada acontecimiento diario parezca más extraordinario de lo que es. Al fin y al cabo, nuestro trabajo consiste en buscar noticias. Crear historias.

«Escribe algo, Rachel».

Tomo aire, pongo los dedos encima de las teclas y me obligo a escribir una palabra. Y una palabra se convierte en dos y entonces..., paro. Me he quedado sin fuelle. Sin ideas. Vacía.

Leo lo que he escrito.

MALCOLM SAINT

Es la primera vez en toda mi carrera que me quedo en blanco. El amor que sentía por contar historias, un amor que nació cuando era muy joven y aunaba historias sobre mi madre, se esfumó el día en que uno de esos relatos se llevó algo de valor incalculable.

Algo llamado...

MALCOLM SAINT.

Le he rogado a Helen que me dé material del bueno. Una noticia chula que me motive y me haga darme cuenta de que mis palabras marcan la diferencia. Pero no deja de darme evasivas y de ponerme mil y una excusas.

Se justifica diciendo que si ya me cuestan las noticias de poca monta, claramente no estoy preparada para enfrentarme a otro notición.

Le doy a la tecla de retroceso y veo desaparecer el nombre.

MALCOLM SAIN

MALCOLM SAI

MALCOLM SA

MALCOLM S

MALCOLM

Madre mía.

Cierro los ojos con fuerza y borro el resto.

Sin pensarlo, busco en el bolso que tengo colgado en el respaldo el papel doblado. Lo saco, lo despliego y lo examino de arriba abajo, donde hay una firma masculina y compleja.

Malcolm KPL Saint

El hombre que puso mi mundo patas arriba. Ver su firma en la hoja hace que sienta toda clase de dolores.

—¡Rachel! —me llama Sandy desde la otra punta de la sala.

Me meto el documento en el bolso, me asomo al cubículo y veo que señala a la pared de cristal que separa a Helen, mi editora, de todos nosotros.

—¡Te llaman! —grita.

Cojo las notas que le envié hace poco por correo electrónico y me planto al lado su puerta. Está abierta. Me hace un gesto para que me espere, porque está al teléfono.

—¡Pues claro! Cena, entonces. Me esforzaré al máximo —asegura. Me invita a pasar con un gesto mientras cuelga con una sonrisa radiante.

Perfecto, hoy está de buenas.

—Hola —le digo—. ¿Has mirado las propuestas que te envié?

—Sí, y la respuesta es no. —Se le borra la sonrisa y me mira sin pestañear—. No vas a escribir sobre eso. —Suspira y revuelve los papeles del escritorio

—. Rachel, a nadie le interesan los disturbios. —Pronuncia la palabra «disturbio» como quien dice «excremento»—. ¡Tienes una pluma alegre y enérgica! —prosigue—. Úsala para transmitir felicidad, no para centrarte en lo que va mal en el mundo. Dinos lo que hay que hacer. ¿Qué hay que ponerse si vas a salir con un tío macizo? Aprovecha lo que te pasó con el buenorro de tu ex para enseñarles a las chicas a tener citas como Dios manda.

—Eh, ¿hola? ESTOY SOLTERA, HELEN. Nadie quiere consejos sobre chicos de alguien que mandó a la mierda su única oportunidad de... —Mi voz se va apagando y me froto las sienes—. Helen, sabes que tengo un problemilla.

—¿Que no puedes escribir?

Hago una mueca de dolor.

Duele porque durante veintitantos años escribir ha sido lo único que quería hacer.

—Anda. —Helen señala a la puerta—. Ve a escribirme cómo vestirme para una primera cita.

—Helen... —En vez de eso, avanzo unos pasos—. Helen, ya hemos hablado de esto, ¿recuerdas? Me encantaría escribir sobre lo que va mal en el mundo, en Chicago. Quiero escribir sobre los desfavorecidos y la violencia callejera. De todas las oportunidades que me prometiste, no me has dado ni una. A decir verdad, últimamente la columna «El filo» no habla de otra cosa

que no sea ligar en la ciudad si estás soltera. Ni tengo novio ni vida sentimental. No me interesa tener pareja, y menos después de lo que pasó.

Aún me pregunto si me darás una historia que me vuelva a apasionar...

Cogería el ritmo de nuevo. Estoy segura —le imploro.

—No siempre podemos escribir sobre lo que queremos, debemos pensar en los demás, en tu público —me recuerda—. A ese público fiel que te ha seguido a lo largo de tu carrera le interesa que le des consejos sobre citas.

Has salido con un hombre imponente y reputado; no tires por la borda esa experiencia vital. Ya habrá otra oportunidad. Apenas estamos gozando de nuestra primera bocanada de aire fresco. Y te necesito en un terreno más estable antes de que volvamos a cambiarte el rumbo.

—Pero ¿no íbamos a arriesgarnos todos para llevar esto a algún sitio?

—No. Los propietarios no quieren correr más riesgos ahora que se está estabilizando la cosa. Y, en serio, ¿podrías dejar el tema de los disturbios y la seguridad unas semanitas? ¿Por mí?

Me obligo a asentir, frunzo los labios y me doy la vuelta, dispuesta a irme. Intento no enfadarme ni frustrarme, pero cuando salgo y oigo a mis compañeros teclear y los observo escribir sus historias, algunos con rostros

aburridos, otros con cara de felicidad o absortos en su trabajo, no puedo evitar desear escribir sobre algo que me llegue al corazón tanto que se refleje en mi cara.

—Eh, tú. La de los cabellos de oro y el cuerpo de escándalo que tiene una cara que le llega hasta el suelo —me llama Valentine desde su cubículo cuando paso por su lado.

—Gracias —le contesto.

Me señala su ordenador y acabo de pie detrás de él e inclinándome para ver mejor la pantalla.

Y ahí está Pecado.

En un vídeo en el que derrocha fuerza incluso con los gestos más nimios.

Me derrito al oírlo contestar una pregunta para una entrevista en la que le piden su opinión acerca del precio del petróleo. Malditos huesos que se derriten.

Después de un ratito viéndolo, Valentine dice:

—Tu ex.

«Que no es mi ex», pienso con tristeza. Desearía haberme atrevido a

Q

ostentar ese título aunque fuese un segundo.

—Sabe meterse al público en el bolsillo. Dará el discurso principal este finde en McCormick Place. Estoy pensando en pedirle a Helen que me deje ir. A no ser que quieras ir tú —me informa Val mientras me mira por encima del hombro.

Niego con la cabeza, frustrada. Me encojo de hombros. Y asiento.

—Me encantaría, pero no puedo.

Valentine se pone serio; seguro que es porque recuerda las amenazas que llegaron por los servidores tras el artículo de Victoria.

—Tienes que salir más. ¿Te vienes a bailar conmigo y con mi pareja este finde?

—Este finde me voy de acampada. Pero sigue viviendo al límite por mí.

Ya me las apañaré para pagar tu fianza.

Se ríe mientras vuelvo a mi sitio y me acomodo en la silla. Estoy decidida

a trabajar para subsanar este error. Me he propuesto escribir un artículo sobre cómo salir con hombres magníficos para que las chicas como yo seduzcan al chico de sus sueños.

Tomo aire, abro el navegador y me meto en los foros de citas. Mi

intención es averiguar cuáles son las mayores preocupaciones que tienen las novatas sobre la primera cita, pero, antes de darme cuenta, ya estoy abriendo otra pestaña. Hago clic en el enlace de una rueda de prensa.

Conecto los auriculares, subo el volumen y me quedo mirando a Saint en el vídeo.

Está detrás de un podio que han colocado en un exterior. Hay gente de pie al fondo y todas las sillas están ocupadas. La mayoría son empresarios.

Aunque también localizo a algunas fans dispuestas a adularlo por ahí cerca.

Se le mueve un poco el pelo con el viento. Se le oye por el altavoz; utiliza

un tono bajo y grave. A pesar de que está hablando por un ordenador y no

se dirige directamente a mí, me hormiguea la piel en respuesta. Maldita piel.

Lo enfocan más de cerca y lo miro a los ojos mientras conecta con el público.

Experimento un dolor. La mirada que les dedica a esos

desconocidos con los que habla es mucho más íntima que el recelo que traslucían sus ojos cuando me miró a mí ayer.

Pero recuerdo que el fuego que había en su mirada cuando me quitó su camisa era tal que para cuando esperaba a que me tocara, tumbada y desnuda en la cama, yo ya me había convertido en cenizas...

Y cómo le brillaban los ojos con una esperanza infantil y burlona cuando me miraba y, paciente e implacable, me pedía una y otra vez que fuese su novia.

No soporto la idea de no volver a ser «su chica» nunca más.

Me paso el día actualizando la bandeja de entrada..., pero nada, ni un mensaje suyo.

Acabo escribiendo solo dos frases de mi artículo. Valentine y Sandy se van a comer un bocadillo cerca de las oficinas y, cuando cruzamos el vestíbulo del edificio, Valentine me dice:

—Vente.

—Creo que voy a... —Niego con la cabeza—. Voy a intentar avanzar trabajo en casa.

—¡Y una mierda! —dice mientras llegamos a la acera.

Sandy lo corta.

—Anda, Val, deja que se vaya.

—Es que me preocupa. Últimamente ha estado un pelín depre.

—Estoy estupendamente, no os preocupéis —les aseguro mientras paro

un taxi—. Hasta mañana.

5. Amigas

Valentine no es el único que está preocupado. Mis amigas también. Más tarde, por la noche, exigen que tengamos un Momento de Chicas.

Wynn insistió en que hablásemos del tema laboral. Supongo que Gina le habrá contado que aún dudo si aceptar la oferta de trabajo de Malcolm, ya que nadie más sabe nada de mi bloqueo. Ni siquiera mis amigas. No me gusta ser la que está inconsciente en el suelo por los golpes que te da la vida.

Trato de volver a la normalidad, pese a que ya no sé lo que es normal.

Pero, al menos, una de las constantes de mi vida son las copas con Wynn y Gina a lo largo de la semana. Nos sentamos en una mesa alta, cerca de las ventanas. Se está bien.

Aun así, he estado actualizando mi bandeja de entrada como una loca.

—No sé por qué pensaste que querría que hablaseis de lo que pasó tan pronto; solo hace cuatro semanas, y lo que pasó fue... Que podrían pasar años, vaya —dice Wynn.

—Jo, tía —contesto con un gemido.

—¡Te soy sincera!

Apuro el cóctel. Me vienen recuerdos de cómo intentaba tocarme la pierna por debajo de la mesa...

Cómo me provocaba con esos ojos verdes y brillantes hasta que no pude

más...

Quiero a mis amigas; llevamos toda la vida juntas. Llaman «mamá» a mi madre y lo saben todo de mí, pero en este momento en que Wynn me pide que le hable del tema del trabajo y Gina se lo cuenta todo, yo sigo bebiéndome mi cóctel en silencio, más triste de lo que pretendo. Mis amigas lo saben todo de mí, pero al mismo tiempo no.

No saben que mientras estoy aquí sentada recuerdo cómo se metía conmigo porque me gusta ir sobre seguro. Me chinchaba para que saliera de mi zona de confort, me decía que él me cogería. Pero ¿lo haría ahora?

—Me da igual por qué ha tardado cuatro semanas —digo cuando oigo que Wynn y Gina siguen discutiendo sobre por qué ha tardado tanto en ponerse en contacto conmigo—. Solo quiero que hable conmigo. Quiero saber si le hice daño para arreglarlo. Quiero una oportunidad para explicarme y pedirle perdón.

—¿No estás segura de si le hiciste daño? —pregunta Wynn, horrorizada

—. Emmett me ha dicho que no te hablaría si no estuviese coladito por ti.

—Interesante —apunta Gina. Y añade, mirándome—: No eres la única obsesionada con Saint. ¿Crees que a él también le perseguirá tu recuerdo?

—No quiero que seamos el fantasma del otro. Quiero que volvamos a estar como cuando... confiaba en mí.

Wynn silba con admiración.

—Te podrás llevar a ese hombre a la cama, a lo mejor hasta consigues que te quiera a regañadientes, pero no confiaría en ti aunque su vida dependiera de ello.

Me estremezco con solo pensarlo.

—Cierto, la confianza es importante para él; si no puedo demostrarle que soy digna de confianza, estoy condenada a ser otra de sus chicas de cuatro noches.

—¿Tuviste la sensación de que te iba a dar otra oportunidad? —

pregunta Wynn.

Me quedo callada.

—¿Rachel?

—No, ya no me quiere. Pero necesito disculparme. Es que... —Niego con la cabeza—. Es que no sé qué hacer. —Miro a Wynn cuando me vuelven a llenar la copa y frunzo el ceño al reparar en algo—. Así que tú y Emmett habéis estado hablando del tema.

—Esto... Pues sí —contesta incómoda—. Todo el mundo lo menciona de pasada. Se hizo público.

—¿Y Emmett te ha dado algún consejo para mí? —insisto.

Wynn se encoge de hombros.

—No cree que un hombre como Saint te vaya a dar otra oportunidad.

Pero te ha ofrecido un trabajo, así que...

—¿Qué sabrá Emmett el Chef de un tío que literalmente posee todo

Chicago? —le dice Gina a Wynn, poniendo los ojos en blanco—. Además,

Emmett es un tío. Te dice eso para que no te pongas en plan periodista y nos cuentes que lleva gayumbos rosas y todo ese rollo.

—Gina —la reprende Wynn con el ceño fruncido.

Gina sonrío de oreja a oreja y se vuelve hacia mí.

—Tahoe dice...

—¿Tahoe? —exclamamos Wynn y yo al unísono.

—¿Tahoe ROTH? —pregunta Wynn—. ¿El magnate del petróleo y el mejor amigo de Saint?

—No es su único mejor amigo, Callan Carmichael también lo es —
puntualiza Gina, que rápidamente me lanza una mirada de disculpa—.

Perdona, Rache. Se suponía que no te lo iba a contar, pero los dos estamos preocupados. Y..., bueno, por lo que me ha dicho Tahoe, Saint está hecho polvo. Más frío de lo habitual. Y muy distante.

La escucho sentada, dolorida.

—Lo quiere igual que yo a ti —dice Gina. Y cuando Wynn abre la boca para preguntar por esa obviedad de la que nadie quiere hablar (ella y Tahoe), Gina alza una mano para mandarla callar—. Me da igual Tahoe, pero

no lleva mejor vuestra ruptura que yo verte de bajón. Me llamó para preguntarme qué había pasado, porque estaba claro que Saint no iba a soltar prenda, y me dijo que no lo había visto así desde que murió su madre.

Me parte el alma oír eso, teniendo en cuenta lo que sé: que su madre fue

la única que probablemente se preocupó de verdad por Malcolm mientras lo

veía crecer, que sintió que la había fallado, que sintió que se había fallado a sí mismo al fallarle a ella y que había intentado llenar un agujero vacío desde entonces.

—Deja de hablar con Tahoe, solo está usando esto como excusa para acostarse contigo —la amonesta Wynn.

—¿Verdad que sí? —dice Gina entre risas.

—¿Y qué? ¿Se lo vas a permitir? —pregunta Wynn, curiosa.

—¡No! Me da asco. A ver, está buenísimo, pero su actitud me da asco.

Clavo la vista en mi cóctel y me pregunto si ya estoy lo bastante borracha como para soltar la lagrimilla a la mínima.

He llorado tanto que ni siquiera tengo que intentarlo. Es la clase de llanto en que las lágrimas salen solas. Sin avisar. Sin esfuerzo. Salen y punto.

Lloro al pensar que no volveré a estar con él. Y lloro porque sé que he hecho daño a un hombre guapísimo, ambicioso, inteligente, generoso y cariñoso.

Acercaba la mejilla a su corazón para escucharlo. Ahora está encerrado tras las puertas de hierro y los muros de tres metros que yo misma he construido.

—Rachel, los hombres como Saint nunca se comprometen. No a largo plazo. Pero... él ha acudido a ti. Te ha ofrecido trabajo. A lo mejor, si aceptas... —A Gina se le apaga la voz y suspira—. Yo qué sé, tía. No sé cómo ayudarte, Rache.

—Saint es un hombre de acción. ¿Sabes lo que os iría de perlas a los dos?

Tener una sesión de sexo de la leche: bestial, violenta, exquisita, dolorosa y catártica. —Y añade Wynn—: Y acabáis haciendo la cucharita. Emmett y yo

empezamos hace tan poquito que ni siquiera podemos hacer la cucharita; hacemos más bien *sporking*.

—¿Qué narices es eso? —nos pregunta Gina, con el ceño fruncido.

—¡Hacer la cucharita estando él palote! —nos aclara Wynn, que pone los ojos en blanco. Entonces me mira y le entra la risa tonta—. ¿Te lo ha hecho a ti también? —me pregunta.

—Me... tiraba de la oreja.

Me tiro de la oreja con aire distraído; no puedo evitar sumergirme en mis recuerdos.

—Eso es porque tienes unas orejitas muy monas. A Emmett le gusta darme besos en la nariz —dice, y para recalcarlo arruga la nariz.

Mi corazón se ha convertido en un cascarón vacío. Se romperá en cualquier momento mientras me apresuro a tocarme la comisura de la boca.

—Saint me daba esos besos lentos que no dejan huella y que son una tortura...

—¡Vosotras dos! —exclama Gina, consternada—. Vais a hacer que vomite.

Wynn se ríe, pero yo me quedo callada mientras el dolor, el arrepentimiento y la angustia arremeten de nuevo.

—Oye, ¿os habéis enterado de lo de Victoria? —pregunta Gina—. La

echaron cuando Saint se quedó su revelador artículo y lo único que hace ahora es tuitear y quejarse. Es conocida en Twitter, pero me apuesto lo que queráis a que paga para que le den «me gusta», porque ¿acaso alguien lee lo que pone?

Entonces, asustada por lo que acaba de decir, añade:

—PERO NO TE METAS EN LAS REDES SOCIALES. No te aportará nada bueno.

Frunzo los labios para no decirles que hace poco me di un festín de redes sociales y ahora no puedo parar.

—No entiendo por qué no se quedó también mi artículo. ¿Por qué solo el de ella?

—Está claro que le daba igual lo que decían de él —responde Wynn al tiempo que se encoge de hombros—. A lo mejor por eso solo se quedó el de Victoria, porque te mencionaba.

Vuelvo a recargar la bandeja de entrada varias veces; la actualizo una y otra vez y me aseguro de que tengo el wifi a tope.

—Estamos preocupadas, Rache. Pareces un panda triste con esas ojeras

—comenta Wynn.

—Qué panda triste ni qué niño muerto.

—Las únicas veces que no tienes ojos de panda es cuando se te salen de las órbitas por pensar en él.

—Sí, o cuando se queda empanada pensando en él —apostilla Wynn.

—Ja, ja —digo mientras pongo los ojos en blanco y aparto mi cóctel—. Es

que lo quiero. Lo quiero muchísimo. Me parte el alma pensar que le he hecho daño. Estoy hecha un lío, no sé qué hacer.

Se callan y regreso a M4.

Y vuelve a hipnotizarme con esos ojos verdes como el bosque y fríos como el invierno.

6. Mensaje

Me despierto en mitad de la noche cuando oigo el suave zumbido del móvil en la mesita de noche. Lo busco a tientas, enciendo la pantalla de un

golpecito y el corazón se me acelera cuando veo el ícono de un mensaje y el nombre de Saint en él.

Noto mariposas en el estómago.

Rachel:

El jueves a las 14.15 me va bien. Supongo que para y media ya habremos acabado.

M

Ay, madre, que me ha contestado él personalmente.

A una parte de mí no se le escapa la hora a la que me ha respondido. El mensaje me ha llegado a las 3.43.

¿Habrá salido?

Enciendo la lámpara, me recuesto en la cama y reviso el Twitter de Tahoe, porque ese hombre es un telediario con patas.

Mi chico @malcolmsaint ya tiene un nuevo tesoro que reclama su atención.

Se me para el corazón. Es como si me acabasen de dar una coz.

¿Un nuevo tesoro?

Gimo y entierro la cara en la almohada. Ay, Dios. Me ha destrozado. Me ha robado el sueño. «Me lo pido» ya no significa lo mismo. Ni los elefantes, ni las uvas, ni las camisas blancas de vestir para hombre... ni los trajes. Ya no puedo estar con ningún hombre. Ya no puedo acostarme con otra persona —lo cual no quiero ni intentar—; ni masturbarme siquiera. No puedo conciliar el sueño.

Releo el tuit (se me retuerce el estómago de dolor) y me obligo a hacer clic en el enlace de una vez por todas. Entonces, me quedo mirando una foto de un coche precioso con unas ruedas tan brillantes que parece que en cualquier momento le saldrán alas y echará a volar.

Sonrío para mis adentros y suspiro con alivio.

A continuación Tahoe dice que el «tesoro» es un Pagani Huayra Gullwing. El Pagani Huayra es un lujoso coche deportivo de primera gama hecho a mano; en un año solo se han fabricado seis como este en todo el mundo. Cuesta casi dos millones de dólares, la tapicería es negra con costuras rojas y por fuera es de un rojo brillante. Por cómo se abren las puertas, el capó y el maletero, el vehículo es igual a un Transformer de verdad, concebido para mostrar lo que tiene dentro al abrirse.

No es que me vuelvan loca los coches, pero incluso para mí, que no soy ninguna experta, es exquisito.

Y lo ha escogido un hombre con un gusto exquisito que solo quiere y valora lo mejor.

Pienso en Malcolm y en lo mucho que le gusta ir a toda velocidad, y una punzada de deseo de estar con él me golpea en el pecho. Lo que daría por volver a sentarme en el asiento del copiloto mientras él me da el viaje de mi vida al volante de sus rápidos coches como un joven multimillonario que rezuma seguridad y testosterona y yo me aferro a mi corazón al tiempo que él me lo roba.

7. Verdad

El jueves llego temprano a la redacción de *Edge*. Sirviéndome de mi artículo de primeras citas como una distracción, evito a un grupo de compañeros que cotillean y voy a por un café. Me instalo en mi sitio y me pongo a trabajar.

Reviso mis notas, sobre todo las de las preocupaciones que tienen las mujeres en la primera cita. Van desde «¿Dejo que me bese en la primera cita si me interesa una relación a largo plazo?» a «¿Qué me pongo para enviarle las señales correctas?».

Empiezo un borrador, y lo primero que quiero dejar claro es que hay que ponerse algo que le diga al chico en cuestión: «No soy una zorra, pero soy una fiera en la cama».

A continuación, aconsejo llevar algo que deje entrever las curvas pero que no sea superceñido.

Y sigo con lo próximo que debe decir el atuendo de la chica: «Soy una mujer, no una niña».

Escribo: «Un poco de escote, un poco de cinturita».

Si el chico en cuestión te gusta, quieres que te desee tanto como tú a él.

Así que, con suerte, tu atuendo debería decir: «Eh, voy un poco más tapada de lo que me gustaría, pero ¿no te apetecería saber qué llevo debajo?».

En relación con eso, me explayo en los estudios psicológicos que demuestran que cuanto menos enseñas, más quiere saber un hombre.

En una hora he escrito dos páginas y las he revisado sin apenas

percatarme de que hay más bullicio del habitual en la redacción hoy. A mediodía, cuando estoy lista para irme a casa, Valentine deja una copia del

Chicago Tribune en mi escritorio.

—Léelo —me dice.

Tiene fecha de hoy, pero parece que haya pasado por muchas manos; las páginas son tan suaves como la seda.

LINTON CORPORATION, INTERESADA EN ADQUIRIR UNA NUEVA
EDGE

Se está especulando mucho sobre que la flamante Linton Corporation ha estado considerando seriamente la posibilidad de adquirir una pequeña

revista local: *Edge*. El director de adquisiciones de Linton Corporation, Carl Braunsfeld, señala que *Edge*, más conocida por sus artículos de moda y



cultura, ha recibido bastante publicidad después de que saliese a la luz que la primera novia que se le conoce al hombre predilecto de todo Chicago, el célebre Malcolm Saint, estaba investigándolo para dejarlo en evidencia. El joven director ha añadido: «Estamos barajando muchas inversiones, pero aún no nos hemos decantado por ninguna dirección en concreto...

Ay, madre.

Cierro los ojos con fuerza. Ahora mismo odio con toda mi alma mi dichoso artículo.

—¿Es verdad esto?

—Helen no sabe nada —dice mientras se encoge de hombros—. Pues un poco sí que me gustaría que fuese verdad. O no.

Frunzo el ceño, pensativa, mientras releo el artículo y me pregunto si Saint conocerá al tal Carl Braunsfeld. Memorizo el nombre antes de que Valentine se lo pase al compañero del cubículo contiguo. Recojo mis cosas y

me voy a casa a cambiarme.

Después de toda la mañana escribiendo sobre primeras citas, estoy tan entusiasmada como si tuviese una ahora. ¡Qué fantasía! Empezar de cero con mi chico.

¡Ponte guapa, Livingston!

Me decido por una blusa de seda holgada con cuello en forma de V a juego con una falda negra de talle alto que me llega hasta la rodilla; me marca la cintura lo justo y realza mis bonitas y sutiles curvas, tanto las de

arriba como las de abajo. Completo el conjunto con unos tacones de color canela que se funden con mis piernas y hacen que parezcan más largas y un

collar fino y pequeño con una R que cae justo encima de mi pulso desbocado. Añado una tobillera para parecer sofisticada, femenina y joven y me aplico una capa de pintalabios coral.

Me he vestido mucho más seductora para Saint en otras ocasiones, es cierto.

Pero voy al M4 y no puedo parecer una gogó de discoteca. Lo que tengo que decir es serio y necesito que me tome en serio.

Me vuelvo a pasar el peine, me meto bien la camisa por dentro, compruebo que no se me transparente el sujetador y que se haya fundido con mi piel, y una vez que estoy satisfecha con mi aspecto, agarro el bolso, miro que lleve el contrato y salgo.

Subo al taxi en silencio. Esta sensación de euforia no miente. Estoy emocionada por verlo. Nerviosa. Asustada.

Hace unos meses, la primera vez que puse un pie en su edificio, llegué a M4 pensando que esta sería la historia de mi vida. Ya no es solo una historia; es mi vida.

La sede de M4 es tan brillante e imponente como siempre que salgo del taxi y observo el edificio. Ni siquiera veo la cima desde donde estoy. En mi vida me he sentido tan diminuta.

—Madre mía —susurro mientras me aliso la falda.

Mira la hora en el móvil: son las 14.08, así que, oficialmente, he llegado siete minutos antes.

Empiezo a andar cuando advierto el brillo del Bugatti 3 plateado que tengo

justo delante y veo que sale un hombre del asiento del conductor.

El corazón me da un vuelco. Mi temperatura corporal aumenta. Observo a Saint, esa fuerza carnal, tirarle las llaves por encima del coche al chófer, que permanece a la espera. Cuando saca su chaqueta del asiento trasero y se endereza para ponérsela con ayuda de los hombros, la brisa lo ha despeinado.

Aguanto la respiración y lo veo irrumpir en el edificio. Y aun así, muchos segundos después, permanezco aquí. Mirando el sitio en el que estaba. Dejo que pasen treinta segundos, tomo aire y lo sigo al interior.

—Hola. Rachel Livingston. Vengo a ver a Malcolm Saint —digo en recepción con los ojos puestos en los ascensores.

Sigue ahí. Joder.

No imaginaba que empezaría así la reunión.

Pero cuando la rubia que está detrás del escritorio comprueba mi nombre y me señala de manera eficiente los ascensores de cristal de los ejecutivos, me doy cuenta de que no puedo quedarme aquí parada delante de ella, esperando a que suba.

Me entran retortijones.

Saint está de pie como una torre de electricidad, tan oscuro como claro es el mármol que lo rodea. Mira el móvil mientras espera a que llegue el ascensor. Hay dos hombres detrás de él, en silencio. Lo miran con respeto.

Como si les asombrase su nuca.

Me acerco, nerviosa, pero también me mantengo a unos metros de distancia.

Se abre el ascensor y la gente sale arrastrando los pies; muchos saludan al señor Saint entre murmullos cuando sube.

Los hombres lo siguen. Entro con los ojos fijos en el suelo y me coloco en la primera esquina a la derecha.

Saint está de pie justo en el medio, ocupando el triple de espacio que realmente ocupa su cuerpo.

—Señor Saint... —Uno de los hombres rompe el silencio—..., me gustaría decirle que es un honor trabajar con usted. Soy Archie Weinstein, uno de sus nuevos analistas presupuestarios...

—No hay de qué, es un placer tenerte aquí —dice Saint.

Estoy bastante segura de que Saint le estrecha la mano. Y ahora estoy bastante segura de que me está mirando. Juraría que sí. Noto su mirada en

el cogote. Se lo he notado en la voz por la forma en que ha contestado a Archie. Los hombres se bajan en la planta diecinueve.

Solo treinta y nueve más.

Joder, no estaba preparada para ir en ascensor con él.

Nada más cerrarse las puertas se caldea el ambiente.

—Espero que tú también te unas a M4.

Cierro los ojos. No puedo creer que su presencia me altere tanto; que su mirada, aunque solo sean imaginaciones mías, me quemee; y que su voz me recorra de arriba abajo. Me obligo a dar media vuelta. Me está mirando con esos ojos verdes. Sin cesar. Me mira como si intentase ver la respuesta escrita en mi cara.

Me pongo roja. Como siempre.

—Esto... —Carraspeo—. Es una oferta muy generosa, pero...

¡Tilín!

Con un gesto me indica que salga y yo obligo a mis piernas a ponerse en marcha. Cuando sale, casi me tropiezo con mis propios pies para seguirles el paso a sus grandes zancadas.

Sus ayudantes se aturullan en cuanto lo ven. Catherine, su asistente principal, las dirige a todas con una retahíla de mensajes y un paquete de pósitos.

—Señor Saint, lo han llamado de la India y de Reino Unido —murmura

Catherine solo para sus oídos cuando se acerca al escritorio. A continuación, procede a enumerar las múltiples personas que han telefoneado, las reuniones que se han reprogramado y las personas que han solicitado una cita con él.

—¿Alguna novedad sobre la junta de Interface? —pregunta mientras repasa las notas que le va repartiendo.

—El informe está en su escritorio, señor.

—Perfecto.

Termina de ojear las notas, y cuando pillo a una de sus ayudantes fijándose descaradamente en lo que llevo puesto, empiezo a reconsiderarlo todo.

Ay, madre. Quiero darme la vuelta, bajar al vestíbulo, irme a casa y cambiarme.

Sin embargo, me quedo aquí, y ahora son dos las ayudantes que me observan. Detenidamente. De arriba abajo.

Me pongo un pelín nerviosa cuando da una última orden a Catherine, abre la puerta de su amplio despacho y se le contrae un músculo de la parte posterior de la mandíbula antes de hablarme.

—Pasa.

Si pensé que podría mantener la calma cuando lo viese hoy, estaba muy pero que muy equivocada. El cuerpo me falla a medida que avanzo. Me está mirando directamente a mí. Ay, qué ojos más verdes.

—Ah, sí, gracias.

Mi instinto de supervivencia me suplica que no lo roce al pasar.

Nos aísla dentro y nos dirigimos a su escritorio. Señala las dos sillas que hay delante.

—Siéntate donde quieras.

Vacilo entre ambas opciones, tensa.

Realmente parece un... empresario.

Elijo la de la derecha, más cerca de donde apunta la suya. Se quita la chaqueta y la coloca en el respaldo de su silla. Noto una punzada enorme en el corazón al ver ese torso —duro, cincelado y maravilloso, lo sé bien— cubierto por una camisa blanca almidonada.

Toma asiento y se inclina hacia atrás mientras los teletipos bursátiles van cambiando y Chicago nos rodea al otro lado de las ventanas.

El despacho de Saint es enorme, pero el centro de su eje es donde está él.

Me digo a mí misma que el hombre que estuvo conmigo sigue ahí, bajo la coraza de empresario intimidante y tras esos fríos ojos verdes. Aunque ahora mismo se parece mucho al implacable y ambicioso Malcolm Saint.

¿Cómo es posible que una chica reúna valor en semejante situación?

—¿Algo para beber, señor Saint? ¿Señorita Livingston? —pregunta Catherine al entrar.

Saint espera a que conteste. Niego con la cabeza y él añade sin mirarla:

—No, gracias. Si me llaman, déjalos en espera.

La asistente se marcha, pero la electricidad estática entre Saint y yo permanece.

¿Por dónde empiezo a disculparme?

—¿Cómo estás? —me pregunta.

Doy un respingo al oírlo. Son solo dos palabras y una pregunta de lo más

normal, pero el hecho de que se moleste en preguntar hace que se me enreden las arterias del corazón como si fueran un *pretzel*.

—Bien. Intento distraerme con el trabajo y las amigas.

—¿Distraerte de qué?

—Bueno... —Me encojo de hombros—. Ya sabes.

Silencio.

—¿Y tú qué tal? ¿Cómo estás?

—Bien. También me mantengo ocupado.

—¿Ocupado en conseguir la luna? —pregunto, y se me escapa una sonrisa.

Él también sonríe sin querer.

—Siempre.

Enseguida se me borra la sonrisa porque no me gusta verlo al otro lado de un escritorio. No me gusta que me mire como si me viera por primera vez, porque me ha visto en muchísimas más ocasiones. Es el único chico que me ve de verdad cuando me mira fijamente.

—¿Sigues yendo de acampada? —me pregunta, recostándose en la silla.

—Sí, me lo llevo todo menos la tienda.

Ríe por lo bajo.

—Puedes fingir que no te gustó la tienda, pero te protegió de los elementos.

Lo recuerdo.

Recuerdo que no había ni lluvia ni suelo ni viento, solo él.

De pronto, el dolor que siento en el pecho y que ya me resulta tan familiar se extiende de mi corazón a mis extremidades.

—Seguro que me odias. ¿Por qué me quieres aquí en realidad?

—¿Que seas buena no es razón suficiente?

Me sonrojo.

—No soy tan buena —respondo mientras me paso un mechón por

detrás de la oreja—. Saint... —Lo miro de hito en hito—. ¿Por qué sigues protegiéndome de... los elementos? ¿O de tus enemigos?

Se inclina hacia delante, vuelve a estar desconcertado.

—Porque lo necesito. ¿No lo ves? Lo necesito de verdad. Y tienes que dejarme hacerlo, Rachel.

—No puedo —titubeo.

—Sí puedes.

Quiero decirle que accedería a cualquier cosa que me pidiese, a todo..., menos a eso.

Cruzo las piernas, tomo aire despacio y trato de aparentar formalidad y calma cuando al fin hablo.

—No puedo aceptar el trabajo. Es un trabajo de ensueño, con un sueldo de ensueño, pero es que... Yo no quiero trabajar para ti.

—Pero yo quiero que trabajes para mí. En serio —dice en voz baja.

Madre mía, este hombre... Es el Triángulo de las Bermudas de mi vida, y

aquí estoy, perdida y sin posibilidad de que me encuentren. ¿Por qué me hace esto?

—No quiero el trabajo —repito; su terquedad me hace reír. Y le ruego en un susurro—: Te quiero a ti, Malcolm. Solo a ti. Como antes.

La serenidad se desvanece de sus ojos y en su lugar aparece una pasión salvaje que me hace sentir como si hubiese un terremoto en la habitación.

—La última vez que hablamos por teléfono y te expliqué lo que sentía por ti...
—empiezo.

Tengo un nudo en la garganta. Me obligo a mirarlo a los ojos, a esos ojos que ahora me taladran con rabia.

—Quise decírtelo, pero no tuve ocasión antes de que volviesses. Verás, yo también tengo ambiciones. Quería... Bueno, quiero darle un poco de estabilidad económica a mi madre para que pueda dedicarse a la pintura y no tenga que aguantar un trabajo que no le gusta. Tiene acceso a prestaciones sociales, pero tampoco nos podemos fiar. Supongo que... solo quería tener la certeza de que podría cuidar de ella. Quería salvar mi revista porque era lo único que conocía. Quería una historia, pero después solo quería pasar más tiempo contigo.

El corazón me retumba tanto en los oídos que apenas oigo lo que digo.

—Cuando acepté el encargo, nunca me imaginé que serías así. —Meneo un poco la cabeza, avergonzada a más no poder—. En teoría, debía averiguar por qué tenías predilección... por el cuatro. Y en teoría, era un

artículo, cuatro cositas de ti...

Se me llenan los ojos de lágrimas, pero me contengo.

—¿Cómo iba a parar ahí? No esperaba... No esperaba que fueses así...

El calor se apodera de mi rostro y no soporto que me mire. Me pone nerviosa no saber qué piensa, así que clavo la vista en su garganta y en su

preciosa y perfecta corbata.

—Decidí que no escribiría el artículo. Le dije a mi jefa que no lo haría, pero Victoria... Te hablé de ella, ¿te acuerdas? Es... Es la única que está por

delante de mí. Publicó su artículo y yo necesité urgentemente que escuchases mi versión.

Respiro entrecortadamente, aún me escuecen los ojos.

—No quiero ni pensar en el concepto que tendrás de mí, pero necesito que me creas cuando te digo que ningún momento que pasé contigo fue falso. Ni uno. Por favor.

Con un movimiento lento y reflexivo que me deja sin aliento, se levanta de la silla y camina hacia la ventana; me da la espalda.

¿Qué pensará de mí? ¡Ay! Me debe de odiar a muerte. Creerá que lo utilicé. Que le mentí.

Me pongo en pie y doy unos pasos, pero me detengo cuando lo oigo tomar aire cuatro veces; eso basta para que me desmorone y que me caiga una lágrima por la mejilla.

—Lo siento mucho, Malcolm —digo.

Me apresuro a enjugarme la lágrima, no quiero que la vea. Sigue mirando hacia la ventana mientras murmura «no me jodas» por lo bajo y se mete las manos en los bolsillos de los pantalones; como un huracán, arrasará la habitación con su ira. Se diría que le está costando Dios y ayuda mantener a raya su energía. No lo he visto así nunca. Jamás. Lo tiene bajo control, pero se desata una tormenta en su interior, lo noto.

Al fin habla, y lo hace en un tono tan bajo y controlado que temo la fuerza del enfado que se oculta detrás.

—Podrías haber hablado conmigo. Cuando me besabas. Cuando me hablaste de Victoria. Cuando necesitabas que te consolase. Cuando se murió tu vecina. Cuando no estabas de acuerdo con tu familia ni tus amigas. Estaba a tu lado cuando me necesitabas. Estabas a mi lado cuando te necesitaba...

Podrías haber hablado conmigo, podrías haber confiado en mí, joder. —Se vuelve. La intensidad de sus brillantes ojos verdes me deja sin aire—.

Habría acabado con esto en un momento. —Chasquea los dedos—. Así de rápido. Con una llamada.

—¡Me daba miedo perderte si te enterabas!

Un destello de decepción le cruza el rostro y se lo ensombrece; me mira fijamente con unos ojos que podrían derretir el acero.

—Así que seguiste mintiendo.

Me estremezco y me centro en su garganta.

Pasa un siglo.

—No hay nada más aquí para ti, Rachel. Salvo un trabajo. Acéptalo.

Se desploma en su silla.

Apenas puedo hablar.

—Tú estás aquí. No me ignores solo porque cometí un error.

Mientras vuelvo a mi sitio, es la primera vez que noto que me da un repaso y analiza lo que llevo puesto. Pensaba que me sentiría bien con esta

ropa, que me sentiría poderosa, y en cambio me siento frágil, desnuda y falsa. Muy falsa. Mira que creer que habría alguna prenda que le haría reconsiderar su opinión sobre mí o que algo tan superficial ocultaría mi verdadero yo, mis defectos...

Me sonrojo cuando tomo asiento de nuevo. Saint no dice nada de nada.

Se dedica a pasarse el pulgar por el labio inferior; no mueve ningún otro músculo.

—Piénsate lo del trabajo —me dice.

Niego con la cabeza.

—No quiero que seas mi jefe.

—Soy un jefe justo, Rachel.

—No te quiero como jefe.

Aguardo un momento. Le arden los ojos de frustración.

—No deberías quererme aquí —suelto—. No soy buena periodista,

Malcolm. Si quieres que te sea sincera, se me han quitado las ganas. No valgo

nada para ti. Lo más seguro es que no vuelvas a confiar en mí nunca más.

Ladea la cabeza y frunce un poco el ceño, como si le interesase esta nueva información.

—Te doy una semana para pensártelo. No, mejor dos.

Me observa mientras me esfuerzo por hablar.

—No me gustaría retrasarte...

—No me retrasarás.

La forma que tiene de estudiar mis rasgos hace que la conciencia me advierta con mil pinchacitos. Conozco esa mirada. Es una mirada que hace

que se me acelere el corazón, pues estoy segura de que está intentando leerme la mente.

—¿Por qué sería tan horrible trabajar conmigo? —pregunta con los ojos entornados.

Meneo la cabeza y suelto una risita. ¿Acaso sabría por dónde empezar?

Pienso en sus ayudantes, medio enamoradas de él o algo peor. No quiero acabar como ellas. No quiero llegar a los cuarenta enamorada de un hombre con el que no podré estar jamás. Al menos, cuando tenía metas profesionales, siempre imaginaba que podría alcanzarlas algún día, por muy ambiciosas que fuesen. Pero ¿él? Él está tan lejos de mí como las sesenta y siete lunas de Júpiter.

—Aunque me atreviese a dejar *Edge*, que no lo haré, pero si lo hiciera, nunca aceptaría un trabajo si no tuviese claro siquiera que podría hacerlo.

—Puedes hacerlo —dice con firmeza, tranquilo.

—Te digo yo que no.

Me río un poco y agacho la cabeza.

Cuando habla, su tono es serio y bajo.

—Dejaré de pedirte que trabajes para mí cuando me demuestres que ya no sabes escribir.

—¿Y cómo hago eso? ¿Escribiéndote algo malo? —pregunto con el ceño fruncido por la confusión.

Se toma un momento para reflexionarlo.

—Escríbeme un discurso. Escríbeme el de mañana. Estás familiarizada con Interface, con su modelo de negocios, con sus objetivos y con su huella cultural.

Entorno los ojos.

—Si es tan malo como dices, no insistiré más —añade con la indulgencia despreocupada de quienes tienen todas las de ganar.

Se sienta detrás de su escritorio con una expresión divertida que

conozco muy bien. Su poderío, su piel bronceada, su pelo oscuro, sus ojos verdes y su arrebatadora virilidad me desafían a morder el anzuelo. La tentación es muy fuerte, pero tengo que luchar contra ella.

—Puedo hacerlo lo bastante mal como para que dejes de pedirme que trabaje para ti.

—Pero no lo harás. —Le brillan los ojos, y en sus labios se dibuja una sonrisa que hace que las vísceras me den toda clase de tirones—. Sé que no.

Estoy aquí sentada, resistiéndome.

Quiero verlo. Quiero tener una excusa para verlo.

—Eso no significa que vaya a trabajar para ti. No me vas a pagar por esto. Lo hago solo para que veas que escribir es... difícil. No me necesitas en

M4, Malcolm.

Su sonrisa hace que note un hormigueo en el estómago.

—Eso ya lo juzgaré yo.

—¿Para cuándo lo necesitas?

—Para mañana por la mañana.

—¿El evento es a mediodía?

Asiente despacio. Le brillan los ojos, reflejan una actitud desafiante.

—Envíamelo a eso de las diez.

—Señor Saint, ha llegado su cita de las 14.32 —anuncia una voz femenina desde la puerta.

Nos levantamos a la vez. Se pone con cuidado la chaqueta negra y almidonada.

—Pregúntale a Catherine por las pautas con las que trabajaban los demás redactores de discursos. —Se abrocha la chaqueta y añade tras una pausa—: Espero recibir tu mensaje.

—Malcolm —empiezo a decir, pero al instante me callo. Al cabo de un rato y, para mi sorpresa, susurro—: Lo tendrás.

Mientras lo veo dirigirse a la puerta, la adrenalina me corre por las venas y todo mi ser vacila, excepto mi determinación.



Cuando vuelvo a *Edge*, me encamino a mi asiento como un caballo con anteojeras para evitar a todo el mundo. Imprimo algunas cosas para el discurso y me voy a casa. No le he dicho a Gina que he quedado con él, ni a mi madre, ni a Wynn, ni a Helen. Saint es un secreto demasiadopreciado para mí como para compartirlo y mis esperanzas son demasiado infundadas y demasiado escasas como para sobrevivir a un interrogatorio.

No quiero que me digan que lo que hago es peligroso. Está mal. O está bien. Lo hago porque tengo que hacerlo —porque necesito hacerlo—, porque me lo ha pedido él, y este es el único modo en que puedo estar cerca de él de momento. Sí, podría aceptar su oferta de trabajo y así estar más tiempo cerca de él, pero con eso solo conseguiría ser su empleada para siempre. No quiero que me vea así.

Me quedo mirando mi portátil en cuanto llego a casa. Solo unos segundos después de encenderlo, un temor familiar se cuela en mi interior, como sucede cada vez que me voy a poner a escribir últimamente.

Pero pienso en Interface. En Malcolm. En lo incansable que es, en lo implacable que es, en lo innovador que es, y sé que tiene razón.

Mi orgullo no me dejará escribir algo que no me convenza. Quiero

deslumbrarlo. Quiero que lo lea y que, aunque me odie, se quede impresionado con mis palabras y las admire. Quiero hablar con él mediante el mero acto de escribir su discurso. Ya que ha confiado en mí para esta tontería, no quiero fallarle.

Antes de empezar, llamo a mi madre para saludarla y ver qué tal está. A continuación aviso a Gina de que voy a escribir para que no irrumpa en mi cuarto. Apago el móvil, cierro el navegador y miro el documento de Word cuando escribo la primera palabra: Interface...

8. Discurso

Después de pasarme toda la noche escribiendo borrador tras borrador tras borrador, el viernes llego a la redacción de *Edge* a primera hora. Me bebo a sorbos rápidos un zumo de naranja mientras se enciende el ordenador y, a continuación, me pongo de lleno a editar lo mejor que he escrito.

He seguido las concisas directrices que me dio Catherine, he aplicado mis conocimientos sobre Interface y he repasado mi información; después, la he marcado en negrita para que Saint le preste especial atención y la verifique.

Hacia las nueve, para cuando ha llegado todo el mundo a la oficina, tengo un nudo en el estómago. Redacto un mensaje nuevo, busco su nombre y adjunto el archivo.

Para: Malcolm Saint

De: Rachel Livingston

Asunto: Tu discurso

Aquí lo tienes. Te prometí que sería malo, pero que sepas que me sabría fatal que lo fuese. Espero de verdad que sea bueno.

Suerte.

Me habría encantado estar ahí.

Rachel

No espero respuesta y, sin embargo, la recibo.

Para: Rachel Livingston

De: Malcolm Saint

Asunto: Re: Tu discurso

Tienes un asiento delante, eres bienvenida.

Solo llevo la mitad del correo y ya noto mariposas en el estómago.

Me acaba de invitar a su discurso.

Exhalo y trato de calmarme, pero, madre mía, lo que cuesta. Tengo que entregar mi artículo para la columna «El filo». De pronto, aprovecho el empujón que me ha dado el discurso

de Saint y acabo de corrido el escrito sobre lo que hay que ponerse para

una primera cita. Pienso en cómo le cambian los ojos y anoto teorías que he

creído en secreto desde que lo conozco: que a los hombres les gustan las mujeres femeninas, por lo que un color suave, una tela suave o hacerse ondas suaves en el pelo contrasta muy bien con las facciones duras de los hombres. Los pintalabios suaves van mejor si se busca una relación a largo

plazo que los colores llamativos, que en general invitan al sexo.

En cuanto termino el artículo, me dirijo al despacho de Helen con mi copia impresa cuando Valentine se gira en la silla para detenerme.

—¡Eh, capitana! —me grita, y acto seguido me saluda como si fuese el general de un ejército.

En realidad confunde los saludos; bueno, como otras cosas: lleva un chaleco amarillo con una camisa morada debajo.

—Helen está supercontenta contigo. Básicamente les está vendiendo a las chicas que sabes lo que hay que hacer para ligarse al soltero más buenorro de la ciudad.

Frunzo el ceño porque es obvio que está haciendo eso, y hasta cierto punto se equivoca; no dice más que chorradas.

—Por eso no deja de mirarme como si fuese la gallina de los huevos de oro —contesto para quitarle hierro al asunto.

Pero quizá... No, seguramente... por eso ha sido tan indulgente con mi «bloqueo».

Val sonrío con suficiencia.

—Bueno, eres la gallina de los huevos que podría haber fecundado Saint.

Estoy demasiado emocionada por el mensaje de Pecado y tengo un subidón demasiado fuerte como para que me afecte la pullita de Valentine.

Me limito a poner los ojos en blanco y pregunto:

—¿Vas a ir a McCormick?

—No, quiere que corrija esta mierda —me dice señalando la pantalla. Me

guiña el ojo y añade—: Es lo que la hace sentirse viva: intimidarme.

—Qué bien que lo disfrutes.

Me dirijo al despacho de Helen con mi copia impresa pese a que ya se la he enviado por correo.

La dejo en su mesa y, en cuanto me mira, le digo sin rodeos:

—Saint va a hablar en McCormick Place de Interface y me ha conseguido un sitio con los demás periodistas. ¿Te importa si voy aunque sea solo a mirar?

Helen me mira sin emoción en el rostro.

—Esperaba que me lo preguntaras después del tío del chaleco amarillo.

Vale —accede—. Pero ¡no me seas lirón y pregunta algo! Que se enteren de que estamos cubriendo la noticia.

Al observar mi vacilación, añade rápidamente:

Q

—Salir y actuar con normalidad es la única posibilidad que tienes de que las cosas vuelvan a la normalidad. —Una pausa; un ceño fruncido—. ¿Qué pasa? ¿Ya no tienes claro si quieres ir?

No, no lo tengo claro. Últimamente no tengo claro nada.

«Tienes un asiento delante».

—¡Venga, vete! ¡Corre a hacer preguntas que nos hagan parecer

inteligentes! —dice Helen—. Alguien que compensará la ropa de Val.

Preparándome para lo peor pero con esperanzas, asiento y vuelvo a mi sitio. Helen tiene razón, tengo que seguir haciéndolo todo como de costumbre.

Me preocupo más por él que por mí, eso es evidente. No voy a dejar pasar la oportunidad de verlo.

Cinco minutos antes de que la conferencia dé comienzo, pago al taxista y salgo con cuidado del vehículo. Me aparto el pelo y entro corriendo en uno de los cuatro edificios principales del McCormick Place.

Es el centro de convenciones más grande del país, tanto que tardo varios minutos en recorrer los pasajes y los pasillos para llegar al auditorio en el que Saint dará el discurso principal.

La prensa ya está preparada cerca de un montón de sillas plegables de acero: periódicos del barrio, emisoras de radio comunitarias y cinco equipos de noticias locales. Cualquiera diría que es un acontecimiento importante.

Cientos de profesionales bien vestidos y provistos de cámaras, blocs de notas y micrófonos inundan la sala.

Mientras espero en la cola de recepción e intento peinarme

disimuladamente con los dedos, un grupito de recién llegados cerca de la entrada me ve. Me dan un buen repaso y empiezan a cuchichear.

No me jodaaas.

Roja como un tomate, me obligo a permanecer en la cola hasta que llega

una mujer con una tablilla.

—Hola, Rachel Livingston, de *Edge*. Vengo por Malcolm Saint.

—Todos vienen por él, cielo —masculla sin alzar la vista.

Encuentra mi nombre en la hoja y, para mis adentros, le agradezco el favor a la coordinadora de prensa de Saint o al propio Saint. Me percató de

la mala gana con que la mujer busca mi distintivo hasta que al fin me lo da.

Finjo que estoy segura de mí misma al aceptar el distintivo con mi nombre y entrar.

La multitud congregada aplaude cuando un presentador calvo con traje gris sube al escenario.

—Bienvenidos —dice al micro.

Pese a que trato de centrar mi atención en el escenario mientras busco un asiento, no faltan los que me siguen con la mirada.

Noto un nudo en el estómago de lo más molesto cuando pienso en Victoria y me pregunto qué estará haciendo, si estará cubriendo la noticia para la revista esa en cuyo blog me dejó con el culo al aire. Debe de estar deseando tirarme de los pelos desde que Malcolm se cargase su artículo.

Gracias a Dios no la veo por aquí. Pero la gente a mí sí. Y de repente Me.

Da. Igual. Lo que digan.

Estoy exaltada. Él me exalta. Solo de pensar en que lo veré hablar hoy prende en mí una chispa por escribir, así que debería dejar que Saint avivase la llama.

Me planto frente a una silla vacía en una de las últimas filas, al lado de un

largo pasillo.

Es entonces cuando se produce un jaleo en la entrada que me llama la atención y veo que entra Saint. Verlo hacer su entrada con un séquito de empresarios a la zaga hace que de pronto sea consciente de mi feminidad.

Malcolm se adueña de cada sitio en el que se encuentra, de cada suelo que pisa. Más viril que cualquier otro hombre al que haya tenido el placer de quedarme mirando, se dirige con sus grandes zancadas al frente de la estancia.

Sé que es imposible, pero juraría que hasta la dirección y la velocidad del aire cambian con él en la sala.

El presentador lo llama por el micro y, acto seguido, Malcolm «Perfecto»

Saint se halla detrás del podio de madera.

—Como muchos de ustedes saben, desde sus inicios, M4 ha

experimentado un crecimiento que ha batido récords en todos los sistemas

operativos... Pero de entre todas las áreas de M4 ha habido una que ha captado más mi atención. A lo largo del año pasado, un equipo compuesto

por más de cuatro mil especialistas y yo hemos estado trabajando con ahínco para ofrecerles Interface, que, en el poco tiempo que lleva en internet, ha superado a todas las redes sociales en participación y en número de usuarios registrados —dice, y observa al público mientras hace

una pausa.

Es tan carismático que abro los ojos como platos mientras absorbo el impacto de verlo ahí arriba, dominando la estancia. Dominando a todos los

que hay en ella. Y, sobre todo, a mí.

Pero...

No está leyendo mi discurso. Estoy un poco confundida, hasta que caigo en la cuenta: lo he perdido de verdad. He perdido mi toque, lo he perdido todo. Él quizá pensaba que escribiría bien. Lo suficiente como para querer que me uniese a su empresa. Me ha brindado una oportunidad, pero ya ha comprendido que no valgo. No va a quererme, ni siquiera para trabajar con él. No va a quererme para nada.

Me estoy estresando un montón y me duele haberme perdido algunas partes de su discurso hasta que la sala prorrumpe en aplausos.

Trago saliva. Lo miro.

Lo noto en las rodillas. Sonríe y espera a que una de las periodistas le formule una pregunta. La mira directamente a los ojos.

A juzgar por la expresión embelesada de mis compañeras, ya puedo adivinar las palabras que emplearán para describirlos a él y a su discurso de presentación: Conciso y elegante. Hipnotizante.

El discurso de Abraham Lincoln en Gettysburg solo tenía doscientas setenta palabras. Del mismo modo, Saint opta por ser breve y actuar en consecuencia.

Cuando empieza a responder preguntas, me doy cuenta de que casi todos están de pie aunque tengan sillas, un milagro del que no muchos gozan. Dios, ¿cómo sería decir sí —sí— y trabajar para él? ¿Verlo trabajar todos los días mientras se enfrenta al mundo y persigue y alcanza sus sueños?

No, no podría hacerlo nunca.

NUNCA trabajes para un hombre que te ha visto desnuda.

Seguro que hay una norma al respecto.

Pero también sería una total y absoluta tortura no volver a verlo jamás...

Un periodista de *Buzz* hace una pregunta que se compone de varias partes y, pese a que Saint las responde una a una, el hombre parece que se

haya quedado con ganas de más, a lo que Saint añade:

—Bueno, ¿qué? ¿Qué parte no he contestado? —pregunta en voz baja y con suma firmeza.

Como afectada por su timbre, la multitud enmudece.

—¡Saint! ¡Saint! Dicen que como no podías tener a todos tus seguidores en tu página de Facebook, antes de que reventase, te creaste tu propia Interface para que cupiesen todos.

—Si hubiese creado una Interface para mí la habría llamado My-Face.

Risas.

Atiende a otro.

—Saint, hablando de ti, ¿es verdad que te sigue el mismo número de hombres que de mujeres?

—No controlo las estadísticas —confiesa con una sonrisa—. Pero el mundo se compone de ambos, cierto.

Diría que a mi estómago, que lleva todo el rato revuelto, le gusta esa sonrisa.

—Su corporación, M4, es la más poderosa de toda la nación. ¿Es cierto que muchos de sus empleados no se han graduado en la universidad?

Saint mantiene la mirada del periodista barbudo de pelo entrecano que le ha preguntado y, de manera sucinta, responde:

—Contratamos a gente que quiera cambiar las cosas. Fomentamos la educación y nos asociamos con educadores de todo el país, pero premiamos a los librepensadores y, por encima de todo, a la gente trabajadora.

Luego examina a la multitud, y, de pronto, un par de ojos verdes sorprendentemente brillantes se posa en mí. Se me había olvidado que había levantado el brazo. Me da la palabra.

—Rachel Livingston, de *Edge* —me identifico a toda prisa como es habitual, pero cuando oigo gritos ahogados en el público, se me olvida lo que iba a decir. ¡Joder!

Me devano los sesos, evito lo que de verdad quiero preguntar («¿Por qué no has leído mi discurso?») y suelto la segunda pregunta que me viene a la cabeza:

—Una interfaz es una frontera común entre dos componentes separados de un sistema informático que les permite intercambiar información. Al elegir este nombre, ¿quiso burlarse de lo desapasionado que puede ser mantener una relación por internet, de la pérdida del trato directo?

Se hace un largo silencio.

La habitación se desdibuja mientras me aguanta la mirada desde el

podio; todo está borroso, excepto las perfectas y marcadas facciones del masculino rostro de Saint y su mirada, increíblemente cercana.

—No, no me estoy mofando de las relaciones, y menos teniendo en cuenta que admiro a cualquiera que pueda mantener una —me dice con ojos desafiantes.

Cuando algunos se ríen, noto un calorcillo agradable en el centro de la barriga que me baja por los muslos.

¿Qué significa eso?

Ya me acuerdo: «¡Me la pido!».

En ese momento me molestó y me desconcertó. Ahora le daría mil millones de veces más que cualquier otra mujer del mundo para que me dijese eso.

Acto seguido echa un vistazo al público y no recuerdo estar tan alterada desde la primera conferencia de prensa en directo a la que asistí como periodista.

Sigue contestando, le hacen más preguntas y, finalmente, Saint da las gracias a la multitud. Le aplauden con ganas cuando abandona el escenario,

y el vacío que deja su imponente presencia parece mayor. Los periodistas se apresuran a editar sus vídeos y redactar sus historias.

No sé exactamente por qué, pero me quedo remoloneando en la sala

hasta que se me acerca Catherine con el brío y la profesionalidad que la caracterizan.

—Quiere verla. Acompáñeme a su camerino.

La sigo al fondo de un pasillo y oigo que anuncia mi llegada.

Catherine me hace un gesto para que pase, y entro. Hay un montón de muebles preciosos, alfombras persas nuevas, tecnología, música clásica de fondo y una cesta enorme con fruta y vino frío, como si este hombre solo pudiese tener lo mejor aunque solo vaya a quedarse unos minutos.

Lo miro. Da gusto verlo. Como un agujero negro bello, energético y abrumador, absorbe el espacio que lo rodea. Me absorbe de tal forma que lo único que conozco en este preciso instante es a él.

Me mira.

—Has venido.

Su voz retumba en mi interior.

—Sí.

Esbozo una ligera sonrisa y suelto una risita.

—Un discurso maravilloso —digo entre dientes—. ¿Te vas a reunir en privado con alguien?

—No, me voy a una junta en... —Mira el reloj y alza una ceja como queriendo decir que el tiempo vuela—. Cinco minutos.

Su ayudante le entrega un par de tarjetas con notas. Saint inclina la cabeza mientras les echa un vistazo rápido. Catherine se retira después de

echarme una mirada inquisitiva y yo aprovecho que está distraído para recobrar la compostura.

Me da vergüenza mirarlo. A pesar del tiempo que hemos pasado juntos,

con la de cosas que hemos compartido, aún se las apaña para hacerme sentir como una cría total por lo masculino que es. Y más tímida que todo por lo seguro de sí mismo que es. Y también porque me gusta y me importa mucho su opinión.

Por eso me duele reconocer lo siguiente:

—No has leído mi discurso.

Eso le hace levantar la cabeza.

—Es verdad —concede, y no me queda más remedio que reírme sin ganas.

—No me extraña. Ya te dije que últimamente me cuesta escribir. ¿Y no me vas a dar una pista de qué es lo que te habría gustado encontrar? ¿Era demasiado impersonal, se centraba mucho en los hechos...?

Deja las tarjetas a un lado y frunce un poco el ceño; hay un destello de diversión en sus ojos.

—Para nada —me asegura, serio—. Es que era demasiado singular.

Tenía tu sello por todas partes. —De nuevo, me lanza una mirada ardiente e intensa que me clava en el sitio—. No podrías escribir para nadie más. Eres demasiado excepcional para adoptar el punto de vista de otra persona; te apasiona demasiado el tuyo. Deberías escribir única y exclusivamente sobre lo que te interesa. Eso es lo que te ofrezco en M4.

Tantos elogios inesperados me dejan anonadada. Está siendo sincero. No

percibo adulación en sus palabras ni en su mirada. Solo la verdad como él la ve con esos ojos que han visto más de lo debido para su edad. Ojos que lo han visto todo y que noto que me atraviesan ahora mismo.

—Quiero escribir, pero... Es lo primero que he escrito con facilidad en semanas —confieso.

Aparte de a Helen, solo le he confesado mi bloqueo a él.

—Era bueno.

Sus palabras me llenan de orgullo, un orgullo por mi trabajo que hacía tiempo que no sentía.

Están a punto de fallarme las fuerzas cuando Saint da un paso y alza el brazo como si fuese a acariciarme la cara.

Aguardo el toque con el cuerpo en tensión.

Se detiene y se ríe con sorna en voz baja. Para, se pone serio y admite con vehemencia:

—Sabes escribir. Nunca perderás esa habilidad.

«Sí, la perdí cuando te perdí a ti».

Me quedo mirándolo y, luego, mis ojos vuelan hacia su mano cuando la deja a un costado y cierra el puño. Su aroma inunda mis pulmones y no quiero exhalar para no perderme ese olor tan embriagador. Si tiene la mano en el costado, ¿cómo es posible que note sus dedos en sitios donde me ha tocado? Mis células piden a gritos que me toque.

—Lo has hecho adrede, ¿no? —le pregunto—. Para hacerme escribir. No

necesitabas un discurso. Solo querías que me diese cuenta de que podía superar mi bloqueo.

Me flaquean las fuerzas cuando una sonrisa asoma a sus ojos tan ligeramente que apenas se aprecia.

—Si eso es lo que crees...

—Lo sé. —Lo miro a los ojos, unos ojos que me observan como si supieran lo que estoy pensando, y, con un esfuerzo enorme, musito—:

Gracias. —Cuando asiente, añado—: Esperaba no avergonzarme por completo delante de ti. Me alegro de que al menos... te gustase lo que te envié.

—¿Aunque eso signifique que te sigo queriendo en M4?

Hay un desafío implícito en su pregunta.

Me invade una oleada de emoción.

—¿Aún? —Niego con la cabeza—. No podría.

—La oferta sigue en pie —insiste.

De pronto, lo sorprendo mirándome los labios; mirándolos fijamente durante tres largos latidos. Pum, pum, pum.

—Gracias. —Carraspeo—. ¿Hasta cuándo?

—Hasta que aceptes.

Se dispone a irse. Me deja dolorida, esperanzada, feliz y herida, todo a la vez.

Se detiene en la puerta y vuelve a mirarme.

Para nosotros siempre fue más fácil el sexo que hacer el amor.

Saint me hacía el amor con su sonrisa, una sonrisa que ahora le llega a los ojos.

—¿Estás libre el sábado? —pregunta.

Estoy... alucinando. Imagino cosas de lo desesperada que estoy.

—¿Por qué lo dices?

—Hay un congreso y dura todo el día. Me gustaría presentarte a algunos miembros de mi equipo de Interface.

No me lo pienso dos veces.

—Estoy libre.

Agarra el pomo.

—El sábado, entonces. Te recogerán a mediodía.

Q

Para cuando llego a casa y me encuentro a Wynn y a Gina viendo una película en el salón ya se ha hecho tarde.

—Hola —digo mientras voy a la cocina a por un vaso de agua.

Me tiro en el sofá para ver la tele con ellas al tiempo que repaso mentalmente lo que me ha dicho Saint hoy sobre mi forma de escribir.

—¿Qué has hecho en todo el día? ¿Y cómo es que estás tan callada? —

pregunta Wynn.

Sonríó un poco y me encojo de hombros.

Antes les contaba todo sobre Saint. Eran mis cómplices. Mis compinches cuando me infiltraba en secreto en la guarida del picaflor.

Ahora Saint es mi tesoro. Él es tanpreciado y yo tengo tan poco de él...

¿Tan mal está que lo quiera solo para mí?

—¡Rachel! ¡Cuenta! ¡Vale, la hemos perdido! —le confirma Gina a Wynn con tono exagerado—. Tenemos que buscarle ayuda profesional a esta muchacha.

Sonríó ampliamente mientras me zarandean.

—¡Cabronas, dejadme! —Me retuerzo para librarme de ellas—. Lo he visto hoy en McCormick Place. Daba el discurso principal en un evento sobre redes sociales. —Sigo reproduciendo en mi cabeza las miradas que hemos compartido hasta el último momento. Entierro la cabeza en el respaldo del sofá y suspiro, feliz—. Y me ha invitado a no sé qué de negocios —añado.

—¿Qué cosa de negocios? —pregunta Wynn.

—¿Qué coño me estás contando? ¡Es lo primero que deberías haber gritado nada más entrar por la puerta! —brama Gina, indignada.

—Ay, madre —gimo contra el cojín. Se lo tiro, colorada—. No puedo hablar de eso ahora. ¡Aún tengo que procesarlo! ¡Buenas noches!

Las oigo cuchichear y hacer conjeturas. Me siento en mi cama y miro los contactos que tengo en el móvil.

«Hazlo», me insta una parte de mí. «No, no lo hagas», me pide otra. «Sí, pregúntale algo que exija una respuesta». Pero no puedo. No puedo presionarlo tanto. Tengo que seguir su ejemplo y ser paciente.

Así que abrazo la almohada. «El sábado», pienso, y hago una lista mental de cosas.

Estar perfecta.

No hacer el ridículo.

Recordarle lo buenos amigos que éramos incluso cuando no estábamos disfrutando de las exquisitas sesiones de sexo.

Reconquistar a Saint.

9. Sábado

Cuando un reluciente Rolls-Royce plateado se detiene en la entrada de mi bloque el sábado, salgo a la puerta poco menos que como un cohete.

Llevo unos pantalones de vestir blancos con una blusa de seda y una rebequita. Me he aplicado un poco de colorete y me he pintado los labios para parecer profesional. Y en el pelo me he hecho una trenza que me cae

por la espalda. Cuando salgo y veo a Otis allí de pie, vigilando el Rolls-Royce mientras espera, no puedo controlar la emoción que me embarga.

—Un placer, señorita Rachel —dice con una sonrisa radiante.

—Y que lo digas —confieso con una sonrisa.

Me pongo cómoda en el asiento de atrás y me llega el olor del perfume de Malcolm. Huele a caro y a limpio. Cuando inhalo con fuerza su loción para después del afeitado y su colonia, tengo la certeza de estar en el cielo, un cielo regido por un demonio de ojos verdes.

Su aroma sigue ahí, junto con un olorcillo a cuero de la mejor calidad.

Noto mariposas. Chúpate esa, Pretty Woman.

Pronto nos encontramos en el acceso para vehículos de un hotel de cinco estrellas. Catherine H. Ulysses me recibe en la entrada. Mientras me conduce por el suntuoso vestíbulo, me explica la situación.

—Todos los veranos, los enólogos del señor Saint lo invitan a él y a algunos de sus socios comerciales y empleados más selectos a una cata de

vinos para que elija sus favoritos para la gala anual de M4. Quería que los conociera, dado que... —Me dirige una mirada de descontento—. La quiere en M4.

Mientras caminamos por el pasillo, un grupo de hombres nos adelanta, y uno de ellos se apresura a alcanzarnos.

—¡Cathy! Nos morimos de ganas de que Saint haga un pedido a Viñedos del Sur de Napa.

—Es imposible convencerlo.

Catherine avanza aferrando su tabla sujetapapeles, y yo trato de seguirle

el ritmo.

—Háblale bien de nosotros, anda. Hemos traído nuestros mejores

blancos.

—¿Qué quieres que te diga, Richard? Unos días los prefiere tintos, otros

blancos, otros le apetece pinot negro en vez de cabernet. Le gusta la variedad. ¿Qué ofrecéis vosotros?

—Llevamos años en esto. Y ahora nos encantaría algún tipo de compromiso. Diría mucho de nosotros que fuésemos el proveedor principal

este año.

—Os diré lo que les he dicho a los demás: suerte. Que los santos estén de vuestra parte.

Nos metemos como podemos en un precioso restaurante atestado de gente. Puede presumir de contar con techos de ocho metros y disponer de largas mesas decoradas con manteles blancos, cubiertos refinados y elegantes centros de mesa de cromo con una única y larga orquídea cada uno. Estamos rodeadas de lujo puro y duro.

En la otra punta de la estancia, las amplias puertas de cristal ocupan toda la pared y ofrecen unas vistas espectaculares de un campo de golf a un lado y de un estanque, una cascada y una pérgola al otro.

Atravesamos la sala y nos dirigimos a otra zona todavía más lujosa que

la primera. Aquí hay asientos tapizados de color blanco colocados de manera estratégica para facilitar la conversación, y exquisitos menús

plegables abiertos en el centro de las elegantes mesitas de café de cristal. A un lado están los botelleros y al otro, se puede contemplar el precioso paisaje de una terraza y un campo de golf.

Catherine examina la zona mientras le dice a un camarero que se acerca:

—Al final ha salido todo a la perfección. Al señor Saint le gustan las vistas. También valora mucho su intimidad. Es pequeñito y bonito. Buen trabajo, gracias.

Madre mía, qué preciosidad de sitio. Me recuerda a su piso, a sus coches.

A él.

Me estoy empapando de cada centímetro de este lugar cuando veo a

Saint entrar. Me duelen los ojos.

Catherine también levanta la cabeza.

—Perdona —le dice al camarero—. Disculpe —me dice a mí, que me pongo de los nervios mientras se dirige a la puerta.

Mientras Catherine se abre paso entre la multitud para recibirlo, apretando la tablilla contra el pecho, se hace un silencio casi imperceptible.

Los más cercanos a las puertas se acercan a él al instante.

Lleva pantalones de vestir negros y una camisa blanca. No se ha puesto corbata y se ha engominado el pelo hacia atrás para que se vea mejor su impresionante rostro. Está buenísimo multiplicado por mil.

Qué vergüenza, me duelen los pezones de lo duros que se me han puesto.

Me incomoda un poco pensar que me excito con solo verlo. No tengo

derecho a ponerme celosa por el hecho de que hable con los que se le aproximan, pero me encantaría que solo se dirigiese a mí.

Clavo la vista en mis zapatos, me coloco el pelo detrás de la oreja y tomo aire. Me prometo que voy a mirar arriba y no a él, pero cuando alzo la vista, es a él a quien buscan mis ojos. Está saludando a una pareja que se acaba de acercar; la mujer tiene una sonrisa pasmada.

Veo que inclina la cabeza hacia Catherine y le pregunta algo. Ella levanta la cabeza y me señala. Barre la sala con sus ojos verdes hasta encontrarme.

No puedo evitar que me dé un vuelco el corazón cuando nuestras miradas se cruzan. Entonces reparo en la pinta de asustada que debo de tener aquí sola, en la otra punta, mirándolo boquiabierto. Se zafa del gentío y avanza hacia mí.

No puedo tragar. Está serio. Se mueve con la fluidez del agua pero con la fuerza de un tsunami.

Se le marcan los abdominales de ese vientre plano y trabajado debajo de la camisa; se nota que tiene los brazos y los hombros fuertes y que sus largas piernas son musculosas y robustas mientras camina en mi dirección.

El corazón me late con tanta fuerza que no oigo nada salvo mis latidos.

—Me alegro de que hayas venido.

—Gracias, yo también.

Da otro paso.

—¿Te ha explicado Catherine el plan? —me pregunta, expectante.

Madre mía, estamos tan cerca que está invadiendo mi burbuja y gozo de su protección.

«¡Di algo, Livingston!».

—Sí, gracias.

Como no quiero que se vaya tan pronto, busco algo que decir.

—No estaba segura de qué me pedirías hoy, así que espero ir bien.

Ni siquiera se fija en mi ropa cuando asiente. Y acto seguido dice:

—Me gustaría presentarte a algunas personas.

—Vale.

Hace un gesto con la mano y saludo a Dean, su relaciones públicas. Luego me presenta al resto de sus ayudantes, a algunos miembros del consejo y a dos miembros que fueron cruciales en el diseño de Interface.

—Mucho gusto —les digo a todos.

Me quedo hablando con uno de ellos, un chico que no acabó la carrera pero cuya labor pionera en el diseño de aplicaciones ha sido alabada en todo el mundo.

La gente elogia el buen ojo de Saint para el talento. Saca a relucir las aptitudes, la determinación y la valía de sus trabajadores. La corporación M4 da fe de ello. Todos se deben a su líder.

—Uy, hora de sentarse.

El chico va a buscar su nombre en las mesas. Yo hago lo propio y nada más sentarme me quedo un rato mirando la carta mientras se acaba de llenar la sala.

Hay una gran variedad de vinos en la lista. Intento ver si he probado alguno cuando Catherine viene a cambiar la tarjetita de mi lado por la de Malcolm Saint.

Oh, oh.

¿Saint se va a poner aquí?



El corazón empieza a latirme con fuerza. Ni siquiera puedo respirar cuando toma asiento. Un segundo, la silla está vacía y, al otro, está él ahí sentado.

Lo huelo con cada respiración, sobre todo su loción para después del afeitado. Madre mía, ¿cómo se puede echar tanto de menos un olor?

Se pone a leer la carta en silencio. Mi concentración es nula mientras finjo que hago lo mismo. Un tipo pasa a saludar y él y Saint empiezan a hablar del precio del petróleo. Saint deja la mano quieta en la mesa; una mano grande y bronceada. No miro otra cosa, así de penosa soy.

Pienso en estirar el brazo. En tocarle la mano y entrelazar los dedos. En enviarle un mensaje que diga: «Me pido esto. Te pido a ti».

No dejo de dar vueltas a la idea. Dejo la carta en la mesa despacio, pero no me atrevo a hacer nada más. Me ofrecí a trabajar los fines de semana; no estamos en una cita y deseo respetar la distancia que al parecer quiere que

guardemos. Pero sigo sin poder dejar de fijarme en su mano y recordar lo que se siente al tomarla, lo sólida, fuerte y cálida que es. Malcolm se remueve en el asiento y se mete la mano en el bolsillo. Cuando dan por finalizada la conversación, vuelve a echar un vistazo al menú.

—Está empezando a hacer frío... Y eso que hace nada estábamos en verano —comento.

—Sí —coincide.

Se me queda mirando un buen rato. Deja la carta y cambia de postura para observarme mejor.

Fija la vista en mis ojos con intensidad y un brillo salvaje. Ay, madre mía.

Me baja un escalofrío por los brazos, las piernas y los pies.

—Conque una cata de vinos... —comento.

—Un hombre no debe permitir que otro le elija el vino —dice por toda respuesta.

—¿Solo que se lo produzca? —bromeo.

Me mira como si no me hubiese visto en toda la noche. Y entonces

sonríe. Una sonrisa de oreja a oreja, una sonrisa reluciente, de las que hacen que se te caigan las bragas.

Dios.

No existe vino ni droga más fuerte.

Su sonrisa.

Empezamos la cata sentados.

Después del cuarto vino, me doy cuenta de que Pecado hace una señal a un camarero. Este se apresura a poner una venda encima de mis cubiertos.

—Para la recién llegada —me dice el camarero con una sonrisita.

Veo que Malcolm toma la venda con esos dedos tan largos y bronceados.

La levanta y me mira con una pregunta sincera en sus ojos verdes.

—¿Puedo?

Ay, Dios.

—Eh..., claro.

Me pone la venda delante de la cara. No respiro cuando me tapa los ojos con el terciopelo. Me envuelve una oscuridad total. Oigo el tintineo de las copas y el ruido de pasos y sillas. Me quedo sin aliento cuando unos dedos cálidos, largos y terriblemente familiares me guían para que agarre la copa por el tallo.

El contacto de Saint me resulta tan familiar que estoy como una moto y voy a tope.

—Noel sigue a malas contigo, ¿no, Kyle? —pregunta muy cerquita un empresario en voz baja para que no lo oiga nadie más.

Saint guarda silencio.

Kyle.

¿Le estará hablando a él?

Saint pone el pulgar en el dorso del mío hasta que está seguro de que estoy

cogiendo la copa. Me altera y me emociona tanto tenerlo cerca que tardo un rato en agarrarla bien.

—¿Os reconciliaréis algún día? —inquire la misma voz de antes.

—No —responde Malcolm, y después me susurra—: Huele.

Mis sentidos se agudizan. Todos menos la vista. El susurro de Pecado me baja por la espalda mientras olfateo la copa de vino que todavía no ha soltado pese a que yo también la estoy sujetando. La mano le huele a jabón.

Oigo los latidos de mi corazón. Me hormiguea la piel cuando inhalo el aroma y casi lo saboreo.

—Pruébalo —me dice al oído. Cuando vuelve a hablar, le cambia la voz; es más fría—. Lo que tenía que decirle a mi padre ya se lo dije hace tiempo.

—Pero él dice que es culpa tuya.

El hombre sigue murmurando, a diferencia de Saint.

—Pues que se lo haga mirar, porque la culpa es suya.

—¿Por eso no te has comprometido nunca? ¿Temes que se cumpla lo de «de tal palo tal astilla»? —vuelve a susurrar el empresario.

A Saint se le escapa una carcajada.

—No me parezco en nada a él —murmura con desdén.

Yo permanezco callada tratando de buscarle un sentido a lo que estoy oyendo y bebiendo a sorbitos cuando noto que Saint me quita la copa y murmura:

—¿Qué tal?

Mierda, ¿cómo estaba? La curiosidad mató al gato.

—Afrutado, diría. Seco.

Me chupo los labios y se hace un silencio. ¿Es raro que note un calorcillo en el estómago cuando percibo, cuando siento, que me mira los labios cuando me los vuelvo a lamer?

Me roza la mano con unos dedos cálidos y dulces cuando me entrega otra copa.

—Huélelo otra vez —me dice, todavía tocándome. Su voz tiene un deje de amabilidad y autoridad, así como de curiosidad.

Me llevo la copa a la nariz y huelo; el buqué me abre los pulmones.

—Ahora Pruébalo.

Dios, su voz es todo hombría. Todo sensualidad. Pecado puro. Hace que la orden sea persuasiva hasta el punto de que ni se te pase por la cabeza desobedecer.

—Las sociedades fantasma... —prosigue el hombre, que dice palabras que parecen importantes pero que me cuesta procesar con el mareo que llevo —. ¿Y lo del extranjero, lo de ocultar dinero, y los rumores de que pone a espías en las empresas qué? ¿No te preocupa que metan las narices en M4?

—Nadie entra en M4 sin someterse a un examen exhaustivo. Son unos trámites demasiado largos como para hablar de ellos aquí —explica.

Entonces me pregunta a mí:

—¿Te gusta?

—Me encanta —susurro.

Saint dice:

—Catherine, de momento tres cajas de estos...

Lo estoy escuchando todo, pero al mismo tiempo estoy concentrada en el segundo vino. Me encanta cómo me baja por la garganta y le doy vueltas en la boca. Seco pero dulce.

—Otro —me tienta Saint en voz baja mientras me pasa otra copa. Su susurro me hace cosquillas en la oreja cuando me la quita de las manos—.

¿Y el veredicto de la dama es...?

Sonrío y se me hace un nudo en la garganta al notar la burla en su voz.

No soporto que me tome el pelo.

—Un poco seco. Terroso. Se agudiza un montón el sabor con esto —digo mientras me toco la venda.

—De ahí que la gente se la ponga —me explica.

Me la quita con tanta suavidad que casi no noto cómo me la desata. Hay una tranquilidad en el aire que nos separa mientras la baja. Como si tuviera un secreto. Le brillan los ojos cuando me mira, como si me conociese íntimamente. No sé por qué, pero juraría que le ha gustado que haya confiado en él.

Confianza.

¿Me ha puesto a prueba? Ay, madre. Es tan guapo... Hubo un tiempo en que estuvo un poquito obsesionado conmigo. Se me hincha la tráquea de lo fuertes que son las emociones que me hace sentir.

Nos sonreímos el uno al otro antes de que se vea obligado a volver a la conversación. Me apoyo en el respaldo de mi silla, relajada y soñolienta; pero otras partes de mí se tensan al ser conscientes de la situación.

—La venganza es un plato que se sirve frío —dice finalmente uno de los hombres.



Miro a Saint, un misterio en constante cambio para mí. Observo su boca mientras les habla de algo en voz baja, y también mientras toma un trago. La boca que no he besado en tanto tiempo. Mientras habla, desconecto y me pregunto cómo sería ser ese vino o esa copa. La agarra con una sonrisa masculina y se la acerca a los labios de nuevo, mirándome con socarronería.

Las luces iluminan su rostro bronceado, la melodía tranquila crea ambiente. Pero ninguna suave música de fondo puede restar valor a la energía que emana del hombre que tengo al lado.

Es un hombre complejo.

A decir verdad, nunca habla de negocios ni de sí mismo. Es altruista. A algunos hombres les encanta hablar de sí mismos o presumir, pero a él no.

Él prefiere tomarte el pelo, chincharte y desafiarte. Y sé que cuando está callado y parece el hombre más tranquilo del mundo es cuando más hay que

temerlo.

Ahora está tranquilo y callado.

Como un arma nuclear, cargando.

—Ya vale de hablar de mi padre. Rachel, ¿te apetece ir a la terraza? —me pregunta.

De repente me doy cuenta de que les ha estado siguiendo el juego hasta ahora, que es cuando se pone serio y zanja su curiosidad. Los ha complacido un rato, pero es el hombre más poderoso de la sala y ya no los contentará más.

Cuando se levanta y le pide al camarero que lleve nuestras copas fuera, yo me pongo en pie, me excuso ante los hombres y me tomo un momento para ir a la terraza y recomponerme antes de que venga conmigo.

—Qué mal genio tiene.

Me vuelvo hacia la voz y encuentro a un joven de ojos grises con un traje azul marino que se acerca a mí y me habla arrastrando las palabras.

—No te gustaría verlo perder los estribos y, definitivamente, no te gustaría tener la culpa —dice, y se acerca con una copa de vino hasta arriba—. Solo se contiene si quiere tirarse a alguien. Es lo único que busca en una mujer. Es un cabrón con suerte.

Me ofrece el vino.

—Me alegro de que haya encontrado algo que le funcione —le respondo de manera evasiva. Niego con la cabeza y rechazo su oferta. Si Pecado necesita resolver algo, desearía que lo hiciera conmigo.

—Pruébalo —insiste.

—No.

—Pruébalo, anda. Es del setenta y tres.

Me da la copa y, mientras la tomo, se pone detrás de mí.

—Gracias, pero paso —le digo, negando con la cabeza mientras trato de dejar el vino, pero él ya me ha tapado los ojos.

—Vamos, compláceme —me susurra al oído.

Tomo un sorbo solo para que se quite de ahí y digo:

—Ya está.

Por entre sus dedos vislumbro un pecho muy ancho y musculoso con una camisa blanca que de repente me tapa la vista, y el hombre deja de tocarme la cara mientras gruñe:

—Señor Saint. Estaba hablando con... Bueno, con esta señorita. Es que se la veía muy sola.

Unos ojos verdes me miran y noto un nudo en la garganta.

—¿Estás sola? —me pregunta mientras me estudia, y juraría que nunca, jamás, he visto semejante desafío y celos en los ojos de Saint.

—No —susurro.

Sin mirar al otro tío, añade en un tono bajo y espeluznante:

—Ya puedes irte.

El chico parece paralizado. Saint me mira con total calma y me señala la terraza.

—¿Qué tal si nos movemos allí?

Como si esperase que obedezca, empieza a caminar y yo lo sigo por la terraza. Aquí tendremos más intimidad y hay una chimenea encendida al fondo. Todavía recordando lo echo polvo que se ha quedado el tío y lo blanco que se ha puesto cuando lo ha echado Saint, estallo en carcajadas.

—¡Pecado! —lo regaño—. Qué malo has sido. Lo has asustado. Si no ha hecho nada.

Su voz es tranquila, pero su mirada es acero puro.

—Te ha tocado —dice llanamente.

—¿Cómooo?

Se me escapa una risa de incredulidad.

Me mira de frente y frunce el ceño con curiosidad mientras se apoya en un muro de piedra y se cruza de brazos.

—Recuerdo esa risa.

Mira mi sonrisa con el rostro serio y se le oscurecen los ojos. Se me corta la risa.

—Supongo que ya no me río tanto —susurro.

Un silencio. Sigue mirándome los labios como si esperase verlos sonreír de nuevo.

—Qué pena —murmura. Con un dedo recorre mis labios de punta a punta—. Me gusta esa risa.

Lo miro, sin aliento.

Nunca he tenido un vicio hasta que él apareció. Su aroma me aturde, se me hace la boca agua. Él es mi único vicio. Mi único anhelo.

Apuesto a que lo ve en mis ojos mientras baja la mano. Mi sonrisa se ha ido, pero la sensación de su roce permanece en mis labios.

Estamos aquí plantados, y aunque lo deseo y lo ansío, nos miramos como desconocidos.

«Como si no conocieras sus brazos ni cómo te estrechaba entre ellos; o sus labios y cómo te besaba... Empezando siempre por la comisura».

Noto una brisa, y sé que nunca he estado tan herida ni tan arrepentida.

Sé que es posible que no me reponga hasta que la primera parte que tocó olvide lo que era sentir las yemas de sus dedos. Pero ¿alguna vez lo haré?

Siento que la punta de su dedo ha marcado mis labios otro siglo más.

Una mujer se acerca a saludarlo. Saint tensa la mandíbula como si la interrupción lo frustrara.

—Pedazo de hombretón —comenta la mujer con entusiasmo mientras pasea una mano muy cuidada por su pecho—. Les he dicho a todos que sé

que eres el único hombre que está igual de guapo en la foto de pasaporte que en la vida real. ¡Deberíamos repetir lo de Montecarlo!

Ella se va y me sorprende sonriendo divertida.

—¿Es ahí donde has estado?

Se encoge de hombros desinteresadamente.

—Sí, entre otros sitios.

—¿Sin Callan y Tahoe?

—Estaban ocupados. Fui con otros amigos.

—¿Famosillos y... vividores que no tienen nada que hacer?

—Gente que quería escapar un tiempo.

«Escapar de mí», pienso con tristeza. Le doy una patada a una hoja que

hay en el suelo y me doy cuenta de que en algún momento se me ha deshecho la trenza. Intento apartarme el pelo de la cara y ladeo la cabeza para estudiar su rostro.

—Pues parecía que ni siquiera querías volver a Chicago.

Me está estudiando con la misma intensidad; contempla cómo no

consigo atrapar los mechones que el viento sacude.

—No me esperaba nada en Chicago.

—M4 —le digo.

Se acerca para cogerme casi todo el pelo en un puño y me lo sujeta en la nuca.

—M4 es un niño grande. Le he enseñado a valerse por sí mismo sin mí

—contesta con una sonrisa de suficiencia—. Al menos un ratito.

«Pero no me enseñaste a sobrevivir al huracán que eres», pienso cuando me agarro el pelo con ambas manos para que se esté quieto.

Cuando se aleja con cuidado y deja caer la mano, la brisa me da escalofríos; no tener su calor me enfría demasiado rápido.

—¿Tienes frío? —murmura.

Niego con la cabeza, porque hace mucho más frío en Chicago en invierno, pero se dirige al fondo de la terraza, donde hay un montón de mantas.

Me rodeo con los brazos, me siento en un sillón cerca de la chimenea e intento no mirarlo como si no tuviera nada más que hacer. Entonces trato de no mirar a la parejita que se besa en la otra esquina de la terraza. Se están liando al lado de la barandilla. Y no como dos chiquillos, no, se trata de un morreo más propio de adultos, larguísimo.

Me estremezco y me estrecho con más fuerza. Malcolm trae una manta y me la da, mirándome en silencio.

Permanece de pie, guapo a rabiar. Rezuma poder, clase y sofisticación.

Exuda testosterona y todas las mujeres de dentro lo han notado, incluso las que están aquí en compañía de otros hombres. También me doy cuenta de eso. La idea hace que me retuerza de tristeza por dentro. Miro al suelo y veo sus zapatos al tiempo que se sienta a mi lado.

—¿Estás bien? —me pregunta mientras me tapa con la manta.

Niego con la cabeza, asiento y, luego, quiero gemir cuando me doy cuenta de que a lo mejor el vino me está subiendo a la cabeza.

Estira las piernas y, antes de que me dé tiempo a cambiar de opinión, levanto la manta.

—Ten, hace frío —le digo, y le hago un hueco a mi lado.

Me agarra por la cintura y me atrae hacia sí para no tener que moverse.

Luego me suelta y se echa hacia atrás. No parece que tenga ni un poquito de frío; tiene la manta hasta la cintura mientras bebe un sorbo de vino y estudia su contenido.

El movimiento ha sido relajado y natural... y se lo ve muy tranquilo ahora mismo. Pero estoy anonadada. ¿Me quiere cerca?

Sosteniendo la manta un poco más alto con una mano, lo veo beber por el rabillo del ojo.

Recuerdo esos sueños interminables que tenía, solo para despertarme con la cama vacía. Necesitada. Necesitándolo. Y ahora nuestros hombros se están tocando. Me siento indefensa. Debería alejarme, pero disfruto con su contacto y no me voy a privar de él.

Se estira para coger otra copa de un camarero que pasa.

—¿Quieres tomarte un descanso en el piso de arriba o prefieres quedarte aquí un rato más? —me pregunta con un desenfado que ni mucho

menos traslucen esos ojos tan penetrantes.

—Estoy muy bien aquí.

Sonríe. Y, Dios, qué sonrisa.

—¿Quieres probar este? Es un cabernet del sesenta y ocho.

Me tiende la copa.

—Me estoy mareando, así que mejor no —confieso.

—Solo un sorbito.

Me mira con unos ojos que prometen mil y una travesuras y mete el pulgar en la copa. Contemplo cómo lo saca. Se me detiene el corazón cuando

me lo pasa por los labios. El deseo se apodera de mí y de cada rincón sombrío con esa húmeda caricia.

—¿Qué haces? —pregunto sin aliento.

—Algo que no debería —me dice con una voz ronca y los ojos oscuros y lúgubres, pero con un brillo diabólico.

Aguantando la respiración, separo los labios y chupo un poco. Sus ojos se oscurecen aún más y mi cuerpo se contrae cuando me llega su sabor —el de Pecado, el único hombre al que alguna vez he deseado, el único que me ha importado—, y despierta mis recuerdos y mis necesidades.

Con una voz suave como la seda pero fuerte como un roble me susurra:

—¿Otro?

Estamos jugando con fuego y ambos lo sabemos. Veo al diablo en sus ojos y noto el calor que me va a convertir en cenizas y que no puedo detener; no lo

haré. Asiento con la cabeza, pero luego, cuando el miedo me grita que me va a hacer daño, respondo para protegerme:

—Uno y ya está.

Esta vez, cuando mete el pulgar en el vino y me lo acerca, lo lamo con delicadeza. No quiero que sepa que deseo su sabor más que nada.

Lo chupo muy poquito, como si solo estuviera interesada en el vino que se me resbala por la lengua. Pero es su pulgar cuadrado, limpio y familiar lo que quiero morder, besar, probar, al que quiero hacerle el amor. Tengo un gemido atrapado en la garganta. Una necesidad dentro de mí. Un amor, en mi interior, tan recóndito que puede que él no descubra nunca lo mucho, lo muchísimo, que he llegado a quererlo.

Por un momento me mira decepcionado, como si quisiera que me aferrase a su pulgar y, acto seguido, se lo mete en la boca y lame lo que queda de una vez. A continuación me susurra:

—Este es más dulce que los demás.

—Eh... Sí.

Se hace un silencio después. Me observa con un atisbo de diversión y con un anhelo extraño que nunca he visto en sus ojos y que me pone los nervios de punta.

Cuando al fin consigo hablar, tengo la voz pastosa.

—Lo que decían esos... de tu padre...

—Eran socios comerciales de mi madre. Conocen a mi padre. —Esboza una sonrisa burlona y sus ojos se cierran hasta que ya no queda ni rastro de la momentánea ternura que acabo de presenciar—. No te preocupes. No me asocio con sus amigos.

Saca el móvil para cambiar de tema.

—¿Te acuerdas de esta foto? —pregunta mientras me enseña la pantalla.

Me avergüenza y me emociona el descubrimiento cuando me acerco a verla.

—Todavía la tienes.

Pulsa un botón y me enseña una foto mía en su yate, *El Jugete*. Me quedé mirando el agua la primera vez que estuve allí, pensando en... Bueno, en la inmensidad del lago. Y me preguntaba por qué estaba tan preocupada por ver cómo las golfas esas le daban uvas y escuchaban lo bien que se lo había pasado después de una fiesta a la que nunca me invitaron.

Y aquí está, mi foto, mi perfil pensativo mientras contemplo el lago.

—¡Me dijiste que la ibas a borrar! —le recrimino.

—Borré la que te enseñé. Hice dos.

—¿Dos, no cuatro?

Esboza una sonrisa, pero no le llega a los ojos, que parecen, en cambio, infinitamente profundos y pensativos. Luego hace clic y aparece otra foto mía. Estoy sentada en un banco de la calle con una revista en el regazo. *La* revista. En la que publiqué el artículo sobre él. Parezco totalmente desorientada

mientras la miro, como si hubiese perdido el mundo ese día y lo único que me quedase fuese esa única revista con su foto.

No sé de dónde la ha sacado, pero estoy sorprendida, avergonzada y, en lo más hondo, muy triste de que esa imagen, ese momento, exista.

—¿De dónde la has sacado?

—De internet.

Sus ojos se oscurecen un poco mientras me mira y un músculo se le tensa en la parte posterior de la mandíbula cuadrada.

—¿Tienes fotos de todos tus empleados en el móvil?

—Aún no eres mi empleada, ¿recuerdas? —Vuelve a la foto del yate—. Y tampoco lo eras aquí.

Me mira.

—Saint —replico, sin aliento por su cercanía y cada vez más asustada por cómo esta me afecta—. No lo seré nunca. Nunca podría considerarte mi jefe.

—Quería enseñarte esta —me ignora. Toquetea el móvil y me lo

devuelve. Veo un correo electrónico de un zoológico. Abre el archivo adjunto y veo un elefante enorme con la trompa en alto, casi como si saludase a la cámara.

—Ahí tienes a tu elefanta —me dice, mirándome atentamente.

—Rosie —musito, y cuando lo miro, no puedo creer el montón de besos que quiero darle en la cara, en el cuerpo, en los labios y en esos preciosos e

impenetrables ojos verdes.

Alza su copa de vino, enarca una ceja y bebe. Como no tengo una con la que brindar, me ofrece la suya. La acepto y, aguantándole la mirada, poso los labios donde él ha bebido y me la acabo.

Cuando se da cuenta de lo que he hecho se le borra la sonrisa.

—Por Rosie —declaro, y bajo la copa.

Él sujeta un móvil y yo una copa vacía.

Se sienta a mi lado. Me está mirando con tanta intensidad que casi parece que dude entre besarme, azotarme o follarme como si no hubiera un mañana.

«Sí, por favor».

Saint, atractivo y moreno, es de los más jóvenes de la cata. Los dos lo somos, en realidad, pero él llama la atención tanto como un cometa.

Está aquí sentado, abrumadoramente sexual y físico, informal pero fuerte y sofisticado con esa ropa, en comparación con los hombres mayores que él que pasan por aquí en traje. Soy consciente del calor de su cuerpo debajo de la manta y de que, combinado con el mío, el ambiente está bastante caldeado.

Soy muy consciente de que me está rozando con ese muslo tan duro, del aire crepitante y del magnetismo que hay entre nosotros.

¿Lo notará él también? ¿Me odia pese a que aún me desea?

¿Podría dividirme así? ¿Tener una relación física con él mientras lo quiero con locura?

No lo sé.

Así que me quedo sentada como un palo y lo miro en silencio. Aparto la vista cuando se vuelve insoportable y lo miro de nuevo solo para darme cuenta de que sigue observándome.

A lo mejor ya no me desea como yo a él. Pero incluso cuando me deseaba, tenía la paciencia de un santo. Así que me temo que no va a parar hasta que acepte todo lo que él quiera. Incluso el empleo.

—¿Y cuándo es el evento ese en M4 para el que estás comprando todo este vino? —pregunto, en busca de un terreno más seguro.

—En seis semanas.

Asiento, sonrío un poco y le doy golpecitos a la copa que acabo de beberme.

—Este —afirmo—. Este me chifla.

—Vale —coincide. Le pide otro parecido a un camarero con una sonrisa en los labios—. A ver este.

Me pone la copa en la mano, pero se la devuelvo, y me regodeo al disponer de una excusa para tocarle el dorso de los dedos con las yemas de

los míos.

—No. —Niego con la cabeza y la aparto con más vehemencia, alargando el contacto con su mano, disfrutándolo—. No quiero otro vino. Quiero este.

—Alzo la copa vacía. Él se ríe y pide que me la rellenen.

Mientras damos sorbitos le pregunto:

—¿Por qué quieres contratarme si aún estoy lidiando conmigo misma para escribir todos los días?

Se encoge de hombros y me mira con aire picarón.

—Vale —cede—. Pues necesito una catadora de vino.

—¿Tan decidido estás a ponerme bajo tu mando? —le pico.

Me mira. Me mira muy detenidamente; hacía tiempo que no me miraban así.

—Ni te lo imaginas.

10. Un poquito mareada

Ha anochecido cuando volvemos a la sala de eventos y nos dirigimos al vestíbulo del hotel.

—¡Tú todas las noches arrasando, Saint! —le dice un empresario cuando salimos.

Él no responde. Me percato vagamente de las miradas curiosas que nos dirige la gente. Los hombres me miran, pero las mujeres solo tienen ojos para el dios de ojos verdes que me acompaña. Parece que vayan a tirársele al cuello y ponerse a concebir bebés.

—¡Señor Saint!

Catherine lo detiene en la puerta. Habla con ella de los pedidos. Me agarra del brazo para que no me caiga mientras regresamos a la sala de eventos y descubro que el mundo está girando un poco demasiado rápido.

—¿Estás bien?

Alza una comisura mientras me mira.

—Perfectamente.

No creo que me crea, porque me pasa un brazo por la cintura y me aferra a su costado, duro como una piedra. Y me resulta tan familiar, tan...

apropiado.

Está más relajado que en toda la noche después del vino que nos hemos bebido, y yo también. Mis defensas están flaqueando. Su presencia es embriagadora. Me lanza una sonrisa capaz de derretir lo que no se ha derretido ya.

—Estás borracha, anda que no —murmura, como para sí mismo.

Me lleva hasta los ascensores.

Y no se lo cuestiono.

Porque... Porque ha dicho que hay una habitación en el piso de arriba en la que podremos relajarnos un poco. Y yo le he contestado: «Sí, vamos a relajarnos un poco». Porque no soportaría irme, no cuando él se quedará aquí y las demás mujeres de la sala habrán estado esperando, esperando a que me vaya para lanzarse a por él.

—Tú has bebido más que yo —le recrimino. ¿Cómo es que siempre parece que lo tiene todo bajo control?—. Apuesto a que ya bebías vino en la cuna y que incluso entonces solo aceptabas botellas añejas.

De repente exhibe una sonrisa secreta.

—Qué bien me conoces.

Nos metemos en el ascensor y tardo un momento en comprender que me está tomando el pelo. Me río tarde, pero luego me quedo callada y me entra sueño. Por lo general, me habría mantenido apartada, pero tengo frío

y él está tremendamente cerca. Lo está tanto mientras aprieta el botón del último piso que noto su calor corporal, huelo el cálido y familiar aroma de su piel y percibo el olor a vino en su aliento mientras él permanece cerca como si quisiera que me apoye en él.

Estira el brazo detrás de mí y mira los números. No sé qué hacer, pero me apoyo en su brazo.

—Perdona, es que hace frío —susurro, sonrojándome.

—No pasa nada.

Me rodea con el brazo y me acerca a él sin apretar.

Dios. Malcolm...

Él cambió por completo la idea que tenía del deseo, el sexo y el amor, y ahora todo está mezclado. Para mí, ahora mismo, él es la encarnación de los tres. No puedo amarlo sin desearlo, querer una relación física y demostrarle lo que siento por él.

Su toque es sutil, solo me rodea la cintura. Pero no toca lo que de verdad necesito. Que me toque por todas partes, por favor.

Quiero apoyar la mejilla en su pecho y, cuando lo hago

—porque me he tirado a la piscina y lo he hecho—, oigo el latido de su corazón bajo mi oído... Ni de coña va tan rápido como el mío. Cierro el puño sobre esa camisa que huele tan bien.

—Malcolm, estoy mareada —digo en tono de disculpa.

—Mira por dónde vas.

Cuando salimos del ascensor, mantiene el brazo alrededor de mi cintura y me lleva a la habitación.

Abre la puerta. Me deja pasmada lo enorme que es: tiene salas de estar, barra de bar, mesa de comedor, mesa de desayuno y las vistas más perfectas y bonitas. En la barra hay un ramo grandioso, champán y fresas cubiertas de chocolate. Y una nota para el señor Saint.

Siento que estoy en un sueño, en un sueño en el que yo soy su chica y él me lleva a hoteles como este cuando se va de viaje los fines de semana. Me quito los zapatos y me desplomo, pero no en el sofá, sino más bien a los pies del sofá, en el suelo, y apoyo la cabeza en el asiento.

Enciende una lámpara y se sienta a mi lado. Se quita los zapatos y estira las piernas. Su olor me envuelve, y solo con ver su largo y esbelto cuerpo de más de metro ochenta despatarrado a mi lado, me siento más segura de lo que lo me he sentido en mucho tiempo.

Quiero hacerlo sonreír.

Está muy serio. Tiene la voz un poco ronca y está despeinado. Me burlo de él por haber pedido un montón de viñedos y, al fin, le saco una sonrisa.

Hay un brillo juguetón en sus ojos cuando replica:

—Un hombre tiene que tener ambiciones.

Apoya la cabeza en el sofá y estudia el techo.

—¿Qué pasa si cumples todas tus ambiciones, pongamos por caso..., a los cuarenta? O a los cincuenta. Entonces ¿qué? —le pregunto.

Vuelve a mirarme y de repente nuestras narices están a centímetros de distancia.

—Ya encontraré otras ambiciones —baja la voz como si hubiera advertido que estoy supercerca.

Tan cerca que podríamos besarnos.

—¿Y otras fans? —susurro.

Su cercanía está haciendo que me duelan partes sensibles que ni sabía que tenía. Me giro y miro al techo con el estómago en llamas.

—Lo veo. Estás en uno de tus coches deportivos importado de algún sitio exótico, así que es único y solo tú lo tienes. Es más rápido, más impresionante, y brilla un montón. Hay dos chicas en los asientos de atrás, y tu móvil está en el asiento del copiloto. Una es modelo de Victoria's Secret y la otra sale en una serie, pero no tienen nada interesante que contar.

—Entonces, ¿qué hacen?

—¿Eh?

—Si no hablan, ¿qué hacen? ¿Me besan? ¿Me acarician?

—Se están besando en la parte de atrás mientras conduces. Y se están puliendo tu dinero comprando por internet.

Sonríe un poco más y arquea las cejas.

—¿Ya no tengo chóferes que conduzcan por mí para que yo pueda estar con las chicas?

—No, dimitieron por algo de una orgía en la parte de atrás de un coche. Sus familias quedaron destrozadas. Un escándalo.

—Rachel —me regaña—. ¿De dónde sacas esas ideas sobre mí?

—De internet. —Me río un poco—. De todas partes.

Me mira los labios un momento. Contengo la respiración y mi risa se convierte en silencio. Su mirada hace que me entren retortijones.

Después de recomponerse, vuelve a mirarme fijamente.

—¿Y qué hay de ti? ¿Qué será de tu vida cuando tengas cuarenta años?

Se recoloca para mirarme con más atención. Su hombro roza el mío y a duras penas aguanto la electricidad que me baja por el brazo.

—Supongo que... estaré trabajando. Escribiendo, con suerte —respondo.

—¿Y no ha cambiado nada? —me pregunta.

En realidad pienso en lo que me gustaría cambiar. Pero es imposible.

¿Él? Ni siquiera puede comprometerse con un solo vino, ¿cómo voy a esperar que me quiera mucho tiempo?

Mi voz no es más que un susurro.

—Lo que quiero no es conocido por... comprometerse.

—¿Conocido por quién?

—No sé. —Me río otra vez, miro por la ventana y tomo aire despacio.

Noto su mirada en la espalda mientras la tristeza de mi situación me abrumba

—. ¿Por qué quieres contratarme? Eres muy inteligente. No das

puntada sin hilo. Con el sueldo que me ofreces podrías tener a tres periodistas con mucha más experiencia y prestigio que yo.

—Pero ninguno serían tú.

Suspiro.

—Estás poniendo una manzana delante de mis narices. Me cuesta aguantar las ganas de morderla.

—Ya sabes cómo me siento.

—¿Respecto a qué? A ti no te basta con un mordisco. Tú puedes zamparte lo que sea de un bocado. Puedes tener lo que te apetezca.

—No. Trabajo por lo que más quiero. O me lo gano o no siento que me pertenezca en absoluto.

—¿No sentiste que tu dinero era tuyo hasta que lo ganaste por ti mismo?

—Exacto.

—Te gusta la persecución.

—Me apasiona.

—Te gustan los desafíos.

—Vivo por ellos.

Me mira con más emoción de la que he visto en los ojos de un chico en toda mi vida. Me estoy derritiendo, qué calor.

—¿Estás disfrutando con mi negativa? ¿Ese es tu reto conmigo ahora?

¿Si consigues que diga que sí, ganas?

—No. Hay que buscarte unos audífonos porque no me oyes bien. —Me mira, sonrío para sus adentros y se pasa una mano por la cabeza—. Nunca gano contigo.

—Pero si... he perdido —susurro.

—¿Qué has perdido?

Por ti he perdido la cabeza, el corazón, la inspiración y diría que hasta mi alma.

Es la combinación del vino y él, este hombre que me hace flaquear.

—He perdido. Me estoy quedando frita.

No quería sobarme tan pronto. Pero estoy calentita y relajada, y soy muy consciente de su presencia, de su cálido aliento en la frente, de su muslo duro y fuerte cerca del mío... Su hombro fornido casi toca el mío.

—Jugaba a esto con Gina... El primero que se duerma pierde. Apuesto a que nunca pierdes... —murmuro.

Piensa en silencio. Entonces, con una voz que hace que un escalofrío me

recorra la espalda, me susurra al oído:

—No me gusta perder.

Sonrío ligeramente. Cuando me coge del brazo y me ayuda a ponerme en pie despacio, ya estoy medio dormida.

—Ven. Hay una cama con tu nombre esperándote.

—Anda, pero si te puedes permitir una cama.

—Sí. ¿Quieres que te enseñe a usarla? —me pregunta en tono de burla.

—Yo la uso para dormir... Tú no sé.

—Ya sabes. Un poco de diversión aquí y allá.

Me deja en la cama con cuidado. Medio grogui, veo que va al lavabo a por un cepillo de dientes.

Aún lleva la camisa. Se lava la cara con esas manos tan grandes, se frota esa mandíbula cuadrada, se mete el cepillo de dientes en la boca y se los limpia rápido y con energía. Apaga las luces y sale. Cierro los ojos y exhalo antes de abrirlos de nuevo.

Se tumba encima del edredón con el que yo estoy tapada. Despacio, deja a un lado el móvil y se lleva un brazo detrás de la cabeza mientras me estudia con una expresión ilegible. Yo sonrío tímidamente.

Está tan guapo recostado en la cama, tan grande y blanca, con la camisa y los pantalones de vestir... Me apetece chincharlo. Quiero verlo sonreír sin parar.

—¿Seguro que tendrás bastante con la bodega entera para saciar a tus subordinados de M4? —le pregunto con el ceño fruncido.

Noto un par de mariposas cuando esboza una sonrisa. Niega con la cabeza y se pasa una mano por el pelo oscuro.

—He oído que las galas anuales de M4 son todo un acontecimiento. ¿Ya sabes con quién vas a ir?

—Con una amiga.

—Ah. ¿Una amiga de cama? —Arqueo las cejas con actitud burlona y añado para tomarle el pelo—: ¿Alguien a quien enseñarle a usar una cama?

Me mira.

Y enarca las cejas despacio.

—¿En serio quieres hablar de eso?

Su expresión ha pasado de ser relajada y coqueta a ser seria nuevamente.

Sorprendida, me pongo bocarriba y exhalo.

—Eh... No.

Mierda.

¿Por qué le habré preguntado eso?

Saint se queda callado un buen rato.

Hasta que me pregunta:

—¿Me echas de menos?

Se pone de lado y la tela de su camisa está a punto de romperse bajo la flexión de sus músculos mientras escruta mi rostro.

—¿De vez en cuando piensas en mí aunque no quieras? ¿Me necesitas?

¿Me sientes? —me murmura al oído:

—Te siento en todas partes.

Me pone la mano en la garganta y la deja ahí, caliente y enorme, clavándome a la cama con ternura y firmeza.

Se queda así varios minutos, con la frente en mi sien, los labios en mi oreja y la mano en mi garganta, poseyéndome.

—No puedo respirar cuando estás cerca, pero tampoco puedo vivir sin ti

Q

—jadeo en voz baja, y él cierra los ojos con fuerza, apoya la cabeza en la mía y no decimos nada más.

Nos quedamos así, con su cuerpo inclinado hacia el mío, fuerte y duro, y

yo, jadeando en la cama, débil y calentita. Permanecemos en esa posición, como si nos hubiésemos roto y no hubiese pegamento en el mundo que pudiese volver a juntarnos por más que lo desee... Pero tampoco podemos

separarnos, como si algo completamente distinto al pegamento nos

mantuviese unidos.

Tardo un siglo en dormirme.

Debería irme a casa, pero no quiero. Me encuentro en el infierno, pero no quiero irme si él está conmigo. Estoy tan alerta que todos los ruidos me

despiertan, todas las vueltas que da en la cama. Incluso dejar de notar su calor al mover la pierna me despierta y me impulsa a acercarme al muro cálido y duro que tengo al lado... Pero cuando me duermo, pierdo el control.

Le desabrocho los pantalones y me lo como a besos; le voy besando esos abdominales tan marcados mientras bajo y le acaricio los pectorales con una sed que no está aplacada. Cuando finalmente llego a su miembro, se lo agarro con reverencia. Le acaricio el miembro arriba y abajo mientras bajo la boca y lo beso justo donde es más hombre. Le hago el amor con la boca porque necesito reclamarlo. Sentirlo. Amarlo y que él me ame.

Me levanta la barbilla.

—Mírame —me pide en tono cortante y áspero por la necesidad.

Mis ojos se cruzan con los de él; los suyos son un huracán verde. Ve algo que le gusta en mi mirada porque siento que no quiere que cierre los ojos.

Parpadeo y lo miro de nuevo mientras paso la lengua por su miembro largo y duro. La corona de su pene es gruesa, rosada, magnífica y está tan hinchada como el resto del tronco. Su sexo está lleno para mí, chorreando para mí. Tengo la entrepierna húmeda por él.

Murmuro su nombre con él en la boca.

—Malcolm.

Me acerca a su cara y me da un beso tierno en los labios.

—¿Esto es lo que quieres, nena? —me pregunta, levantándose para que lo sienta entre las piernas.

En un mundo donde puede comprar lo que quiera, yo soy lo más pequeño que tiene. Y él es lo más grande y maravilloso para mí.

Unos labios carnosos y exuberantes me rozan la mejilla antes de besarme en la boca. No tarda en abrirla y saborearme; me mete la lengua con fuerza, me seduce.

Me tumba con cuidado en la cama y me separa los muslos. Noto el suave tirón de sus dientes en mi clítoris. Cada sensación que sale a la superficie.

Estoy a punto de llegar al orgasmo y empiezo a rogarle —«Malcolm, por favor, Malcolm»— cuando oigo que se cierra una puerta y me despierto.

Estoy en la cama, sudando, empapada y temblando. Echo un vistazo a mi alrededor, confundida, hasta que reconozco la *suite* del hotel, oigo el agua de la ducha y pego un bote, enfadada. Doy un gritito. Cierro los ojos con fuerza y se me cae el alma a los pies. Ay, madre. Malcolm me ha oído. Me ha oído pronunciar su nombre. Me ha oído perder la cabeza.

Me tapo la cara con las manos cuando oigo cómo cae el agua y sé que se está duchando. ¿Una ducha de agua fría?

Intento calmar mi respiración. Finge que no ha pasado nada, ¿vale?

Mañana haré ver que no me he dado cuenta y que no recuerdo qué he soñado.

No. No puedo. No puedo quedarme aquí, tan cerca...

Ay. Dios.

Sin hacer ruido, salgo de la cama, recojo mis zapatos y cruzo la habitación. Me detengo para escribir un mensaje rápido en el bloc de notas

del hotel:

Mañana no paro. Gracias por el día de hoy.

R

Dejo el boli en silencio al lado de la nota y salgo por la puerta.

11. En ascuas

Qué vergüenza. Estoy tan avergonzada que podría darle una nueva

definición a la palabra. Vuelvo a casa y me quedo sentada en la cama oliendo

su jabón y su colonia en mi ropa, completamente sobria e incapaz de dormir.

Si Saint tenía alguna duda, por pequeña que fuera, de si aún lo deseaba, seguro que ya tiene claro que lo deseo con locura.

Ay, madre mía.

Y al parecer no soy la única que flipó el sábado: las redes sociales también están que arden con el tema.

Mi aparición en la cata de vinos provoca un incendio en el grupito de las

zorras de Saint el lunes.

¿ES VERDAD? ¿SON CIERTOS LOS RUMORES DE QUE VAS A VOLVER CON

TU NOVIA?

Y en Twitter:

@malcolmsaint pillado con ELLA

@malcolmsaint ¿es verdad? ¿¿¿¿Vas a volver con ella???? Dicen que estabais juntos el sábado

@tahoeroth ¿es verdad que @malcolmsaint está saliendo con su ex?

Madre mía, pero tú has visto cómo la mira desde el podio, ¡joder!!

Hago clic en el enlace y me quedo mirando una foto mía de pie en McCormick Place mientras Saint contestaba a mi pregunta. Ni siquiera vi que nos hicieran una foto. De hecho, en ese momento no me di ni cuenta de

que me estaba echando una mirada que haría sonrojar a cualquiera sin importarle que alguien lo viese.

Suspiro, guardo el móvil y busco en mi archivo de ideas.

Estoy barajando algunos temas cuando Helen me hace señas para que vaya a su escritorio.

Bloqueo el ordenador, algo que no he hecho jamás. Antes pensaba que lo valioso estaba en mi cerebro y que lo que había en mis archivos no lo era tanto como lo que yo misma almacenaba. Pero después de que Victoria me copiase el archivo con mi investigación, comprendí que hay que proteger bien lo que se considere valioso. «Hay que ver los palos que nos da la vida», pienso mientras lo bloqueo. Voy con Helen.

Cuando me ve, me sonrío y señala una silla.

—Siéntate.

Niego con la cabeza y le aseguro:

—No, estoy bien. Por fin estoy haciendo progresos...

—Van a comprar la revista —me interrumpe.

—¿Cómo...?

Entonces..., ¿los rumores eran ciertos?

Helen chasquea la lengua.

—¿Ves como tendrías que haberte sentado?

Nos miramos. Helen parece tan escéptica como yo, pero mucho más contenta.

—Tenemos una oferta. Al parecer lo que llamó la atención de nuestros inversores fue tu artículo —prosigue. Parece que esté a punto de acariciarme en señal de agradecimiento.

El asombro y la alegría de Helen son palpables, pero lo segundo me desconcierta más.

—¿Y quién va a comprar la revista? Hace años que nadie se fija en *Edge*.

—No, es cierto. Pero ahora sí —dice—. La oferta es de un pez gordo. A lo mejor lo conoces. Linton Corporation.

Aguarda como si tuviese que sonarme de algo y espera a que lo adivine.

Al ver que no digo nada, añade:

—La nueva empresa de medios de comunicación de Noel Saint.

Se me cae el alma a los pies.

Niego con la cabeza y apoyo la frente en la mano un momento mientras cuento hasta... Hasta cuatro, la verdad.

—¿Noel Saint?

—El mismo. —Sonríe—. No tienes de qué preocuparte. Puede que haga

cambios, pero los propietarios actuales me han asegurado que te vas a quedar. Noel Saint tiene mucha curiosidad por conocer a la mujer que disfrutó de la atención de su hijo tanto tiempo.

Tengo ganas de vomitar. Me encuentro tan mal que no creo que aguante mucho más de pie, y mucho menos hablando de esto.

Después de mirarla en silencio un rato más, al fin digo:

—Si no te importa, voy a intentar empezar una columna...

Salgo por la puerta y, de nuevo frente a mi ordenador, me asalta el recuerdo de una conversación que oí este finde.

Espionaje... No te va a dejar en paz...

Noel Saint va a comprar *Edge*.

Por mi artículo.

¿Por qué?

¿Qué quiere de *Edge*?

¿De mí?

Me quedo mirando fijamente el ordenador. Cuando Saint iba detrás de mí, compró mi mural..., me envió flores..., ayudó a Acabemos con la Violencia a adoptar nuevas medidas tecnológicas de seguridad... Pero nunca pensé que ofrecerme un trabajo en M4 podría tener una razón subyacente similar.

¿Saint me está protegiendo de su padre?

Me paso la siguiente hora luchando conmigo misma. Pierdo, así que le envío un mensaje:

¿Puedes hablar?

Como a la hora del almuerzo aún no me ha respondido, impaciente, agarro el bolso, meto la manzana de la tarde dentro y llamo a Catherine de camino al ascensor.

Nada más descolgar el teléfono, le pregunto:

—¿Está Saint? ¿Puedes darme cinco minutos con él?

—Hoy no está, lo siento.

Exhalo y me detengo antes de tomar el ascensor.

—Gracias.

Decepcionada, vuelvo a mi sitio y pienso en Pecado mientras me como la manzana.

No parecía preocupado durante la cata de vinos cuando le preguntaban por su padre. Parecía que le importase más lo que pensaba yo del vino que lo que le susurraba el empresario.

Aun así, su padre es peligroso.

Igual de peligroso que el propio Saint.

Entonces se me enciende la bombilla y recuerdo que oí a alguien decir:

«...Tendría que estar muerto por dejar que cayese en sus garras...».

Las piezas empiezan a encajar a una velocidad pasmosa.

Ay.

Dios.

Ay, Dios, ay, Dios, ay, Dios.

Me sube la adrenalina cuando recuerdo el pedazo de cabrón que es el padre de Saint y empiezo a buscar información de él en internet.

Encuentro algunos artículos sobre demandas de empleados e, inevitablemente, me encuentro con una de esas pocas entrevistas en vídeo que concedió a la prensa, cuando Saint empezaba a montar M4 y su padre aseguraba a todo el mundo que no le daba a su hijo «más de tres meses antes de quebrar».

—Eres un gilipollas de campeonato, y me alegro de que Saint siga demostrándote que te equivocabas —le murmuro al hombre de detrás del podio.

Como cuanto más veo, peor me pongo, empiezo a considerar seriamente mis opciones y a pensar en lo que haré si Noel Saint consigue comprar *Edge*.

Me voy a mi bandeja de entrada y echo un vistazo a los correos que recibí cuando salió a la luz mi artículo. Me pregunto si los que se pusieron en contacto conmigo todavía querrán entrevistarme. Abro otro buscador y busco ofertas de trabajo.

—¿Qué haces mirando anuncios?

Levanto la cabeza con aire distraído y veo a Valentine fisgando mi

pantalla.

—¿Eh? —le pregunto.

—Los anuncios. ¿Qué haces mirando anuncios? ¿Te vas?

Echo un vistazo a mi alrededor para asegurarme de que no nos oye nadie más y cierro el buscador, decidida a hacer unas llamadas más tarde.

12. La caja

Cuando llego a casa tengo mucho que investigar para mi artículo, pero no puedo dejar de pensar en Noel Saint, en Malcolm Saint dándome a probar vino de su pulgar y en lo embarazoso que ha sido mi sueño. Después de una ducha rápida, me aplico una mascarilla de mayonesa en el pelo y me pongo un gorro de ducha para que penetre bien cuando de repente me llama la dueña del primero. Me dice que hay un paquete esperándome abajo, pero que pesa mucho y que le va a pedir a alguien que me lo traiga.

Su marido, que es muy corpulento, trae hasta mi puerta una caja de vino enorme. ¡Es mi favorito!

Hay una nota en la parte de arriba. La letra me resulta tan familiar que mi mundo se pone patas arriba.

Rachel:

No podía quedármelo todo. Nunca olvidaré la cara que pusiste cuando conociste tu nueva obsesión.

M. S.

Lo releo varias veces. Leo hasta los espacios en blanco entre las letras.

Leo la M, la S y todo lo que ha escrito.

Madre mía, mi obsesión eres tú.

Me cuesta respirar mientras me doblo y me tambaleo un poco al meter la caja en casa. Cierro la puerta, me encamino a mi habitación, agarro el móvil con manos temblorosas y llamo a Pecado.

Me estoy devanando los sesos para decidir qué le digo.

Suena tres veces hasta que lo coge y contesta:

—Saint.

Noto mariposas en la garganta, literalmente.

—Eh, soy yo —respondo, tratando de sonar despreocupada mientras miro la nota que tengo en la mano. El deseo de alcanzar mi obsesión me reconcome por dentro mientras hablo con él por teléfono—. Conque... —empiezo, intentando que no se me note que me falta el aire—... alguien que conozco quiere emborracharme. Tengo una caja de un vino exquisito en la puerta que enviaré a Alcohólicos Anónimos en cuanto me la acabe.

Q

—Qué cabrona.

Me muerdo la mejilla para no reírme.

—¿Me ayudarás algún día?

La risa suave e inesperada al otro lado de la línea tiene un efecto en mí;

tengo que dejar de pasearme y sentarme en el filo de la cama. Nerviosa, me aferro al edredón mientras me dice:

—La semana tiene siete días y ninguno es algún día. Dime cuándo.

Me estoy poniendo roja.

—Pensaba en esta semana, pero, dado que me pasé el fin de semana empinando el codo, tengo que escribir algo.

—Se me ocurre algo mejor. Baja.

—¿Cómo?

—Tú baja —repite.

—¿Estás por el barrio? —le pregunto con incredulidad, y me vuelvo hacia la ventana, boquiabierta.

—No estoy de paso; he venido expresamente por ti.

Cruzo la habitación, aparto la cortina y veo un reluciente coche carmesí que se detiene delante de mi casa. Su nuevo cochazo de la leche.

—Baja —me repite, y cuelga.

Suelto la cortina y le escribo un mensaje:

Cinco minutos.

Tiro el móvil a la cama, me meto corriendo en el lavabo, me quito el gorro de ducha y me quedo mirando la mayonesa del pelo. «Joder, Rachel,

¿¿por qué tenías que hacerte un tratamiento capilar precisamente hoy?!».

Gina se apoya en la jamba de la puerta y me pregunta en tono jocoso:

—¿Le digo que tienes algo blanco y asqueroso en el pelo y que vuelva otro día?

Temblando, abro el grifo y meto la cabeza bajo el agua. Me apresuro a quitarme la mayonesa del pelo.

En cuanto acabo, agarro una toalla e intento secarme el pelo todo lo que pueda a la velocidad del rayo. Pecado está abajo. Pecado está en el barrio.

Pecado ha venido a verme.

Finalmente, me tiro el pelo hacia atrás, me lo peino, me hago un moño, me pongo unas mallas azul marino, una camiseta gris limpia, mis botas Ugg y salgo escopetada.

Gravedad.

La gravedad es la fuerza de atracción que existe entre dos objetos, dos masas o dos cuerpos. La gravedad no es solo la atracción que sufre un objeto en alto al ser arrastrado hacia el centro de gravedad de la Tierra. La gravedad es una atracción que existe en todos los objetos, en todo el universo: cuanto más cerca están, más fuerte es el tirón.

Nunca ha habido tal gravedad como la que siento hacia un objeto paralelo a mí. Este hombre.

Mi tirón gravitacional más fuerte, el que me hace sentir que estoy cayendo aunque esté quieta.

Mandíbula cuadrada, boca apetecible, fornido, grande, alto y trajeado; lo rodea un halo de determinación y fuerza bruta.

Su coche está aparcado al lado de mi casa, y nosotros, dentro. Tranquilo, arrebatador, honrado, audaz, controlado y constante, Saint me busca una vez más, tan implacable como el propietario y director ejecutivo de M4 que conozco y tan inalcanzable como una tormenta. Un mujeriego. Un benefactor. Un abanderado de sus causas. Un enigma.

Todo el mundo lo adora. Las mujeres se ponen en evidencia una y otra vez en un esfuerzo por atraer su atención. Despierta lujuria, amor y lo que hay entre ambos.

Incluso obsesión.

Incluso... en mí.

Estaba al lado de su coche cuando he salido.

—Hola —le he dicho mientras notaba que me ruborizaba—. En mi tiempo libre ahora me dedico a esto. —Me he señalado el moño húmedo.

Se me quedó mirando y me abrió la puerta de ala de gaviota de su impresionante cochazo.

—Confiaba en que pudiésemos hablar —me ha contestado.

Ahora estamos en su coche. Él está sentado al volante y yo estoy nerviosa.

Todo el mundo quiere algo de él. Tiene instinto de guerrero y está acostumbrado a que le pidan cosas. Rara vez dice que no.

Te... cuida.

Me cuidó una vez. Mientras veo cómo la luz de las farolas proyecta sombras en su rostro cincelado, recuerdo lo independiente que quería ser y

la facilidad con la que me dominó.

Recuerdo la primera vez que lo vi con claridad. Su sonrisa fácil pero lenta, que hizo que un fuego naciera en mis entrañas. Es un hombre cuyos

dedos pasaron horas memorizando las curvas de mis hombros y los

reovecos de mi espalda mientras nos besábamos.

Los fillos de la pérdida no se han suavizado. Estar en su coche no hace más que intensificar el dolor.

Recuerdo todos los momentos con él; los conservo como un tesoro y un castigo.

Es callado, pasional y le gusta el contacto físico. Asimismo, es tierno y está arrasando mi mundo con una potencia increíble y a la velocidad de un

huracán.

Nunca he deseado tanto a nadie, y nunca he esperado que me llamen.

Nunca he deseado salir con alguien. Le hablé del vacío, de las ganas que tienes a veces de que algo lo llene. Nunca ha sido tan grande como ahora, cuando miro a Saint y me da un miedo terrible no poder estar con él.

Y, sin embargo, lo deseo.

Supongo que la razón ya no tiene nada que ver.

—¿Vas a dejar *Edge*? —me pregunta.

Es casi insoportable la intimidad con la que me habla en los confines del vehículo.

Con un brazo apoyado en el volante, se coloca de lado para mirarme más a la cara si cabe.

—¿Por qué te vas de *Edge*? ¿No le va mejor después del artículo que escribiste?

—¿La carta de amor dices? —pregunto, y bajo la mirada—. Así lo llama mi jefa.

Baja la voz.

—Sí, la carta de amor. —Pasa un segundo muy tenso—. ¿Por qué te vas?

—Porque...

Me agarra el mentón con el pulgar y el índice; el roce es electrizante. Me sobresalto un poco y me recuesto en el asiento cuando él se cierne sobre mí y me estudia.

—¿No vas a unirte a M4?

—No.

Le miro la boca.

—¿Entonces...? —insiste, aún sosteniéndome de la barbilla—. ¿Por qué quieres dejar *Edge* y no te vienes conmigo a M4?

—¿Cómo lo sabes?

Me doy la vuelta para tomar aire, y para romper el contacto, porque es tremendamente doloroso.

—Tengo amigos en todos lados.

Me vuelvo hacia él.

—Solo miré algunos anuncios y llamé para preguntar.

Está tan cerca que su olor me envuelve como una capa, embriagador como una inyección de morfina en las venas. Obnubilada y nerviosa, miro la calle detrás de él y me encojo de hombros. Entonces admito, sonrojándome:

—Sé que tu padre está interesado.

—¿Y? —insiste; sus ojos verdes me atrapan.

—Y no trabajaré para nadie que esté en tu contra. Soy del equipo

Malcolm —susurro, y me pongo rojísima.

—Si eres del equipo Malcolm, ¿por qué no aceptas trabajar para mí? —insiste.

—Porque... —Bajo la voz—. Aunque sea del equipo Malcolm, no quiero ser algo para ti que ya son muchos otros.

Le brillan los ojos cuando ladea la cabeza.

—No me digas. Entonces, ¿qué quieres?

—Ya lo sabes —le susurro, agachando la cabeza.

—Quiero oírlo —murmura con pasión.

«Dilo», pienso.

«No tengas miedo».

«No puedes cagarla más».

—Te quiero a ti —le susurro, incapaz de mirarlo.

Oigo su exhalación baja y, cuando escudriño las sombras, su rostro es lo único que veo.

—Me vuelves loco —murmura, y gruñe un poco mientras se pasa una mano por la cara.

Respiro con dificultad, como si me hubiese arrojado de un precipicio; tal vez lo haya hecho. El anhelo que siento dentro trata de llegar hasta él a través de mis ojos.

—Saint —digo sin poder contenerme.

—Loco... de... cojones —Le pesan los ojos, y mucho; le sobresale la mandíbula—. Tanto que no veo las cosas con claridad. —Se me queda mirando como si las llamas del infierno ardiesen en su interior—. Cierro los ojos y te veo. A ti. Tus ojos. Tu pelo. Tu cara colorada.

—Malcolm... —Se me nublan los ojos y añado, en tono suplicante—:

Haría lo que fuera para demostrarte que soy fiel y sincera contigo.

Aprieta un poco más la mandíbula.

—Me hiciste daño —gruñe mientras me mira—. Estoy enfadado contigo.

—Su mandíbula está más cuadrada que nunca y los ojos le brillan tanto como siempre—. Pero no puedo tirar la toalla contigo. No puedo aunque quiera. No quiero rendirme. No quiero renunciar a ti —reconoce.

—No quiero que me olvides, porque nada podría hacerme olvidarte —

contesta.

Me mira. Estamos en un punto muerto. Flexiona los dedos sobre mi brazo.

—Dijiste que podrías borrar lo que hice. Haz que desaparezca, empecemos de cero —suplico.

Extiendo la mano y le toco la cara. Le brillan los ojos. Unos ojos que arden de deseo y posesión.

—Quiero una oportunidad. —Abro la boca para rogarle; en lugar de eso, levanto su mano del volante y le doy un beso en el dorso, en los nudillos. Le acaricio y cierro los ojos, temiendo que me mire con asco porque su mano está muy limpia y huele genial—. Saint, por favor.

Levanto la cabeza y se me cierran los pulmones cuando veo su expresión. Se lo ve todopoderoso y con un hambre feroz, como un hombre que regresa a casa después de llevar décadas encadenado. Tengo el sexo húmedo e hinchado.

No podría parecer más dominante y posesivo. Pero no me ha detenido.

Así que le beso en el centro de la palma.

Los ojos le centellean como si tuviese fuego dentro, como si estuviese ardiendo en las llamas del infierno y yo fuese la culpable. Me toma la cara y me besa en la comisura de los labios. Hace que atraviese el espacio que nos separa.

Me besa la otra comisura y me sienta en su regazo.

¿Eso tan enorme que noto es una erección?

Sí, así es.

Me desea.

Me desea tanto que me estremezco de pensarlo. Me acerca a él mientras pasea su boca por mi mandíbula, hacia mi oreja, tomándose su tiempo, típico de Saint.

—Hueles bien —me susurra al oído, y sus dedos me recorren el vientre y me provocan escalofríos por todo el cuerpo.

Me desea, la lujuria se palpa entre nosotros.

—Quiero olvidarte, Rachel, pero sé que tienes razón, que no mentías. Al menos no a mí. Te mentías a ti misma. Te propusiste desenmascaramme y en ningún momento reconociste que te estabas enamorando de mí.

Le aguanto la mirada, me cuesta respirar.

—¿Y qué si es verdad?

—Es verdad, Rachel.

Le brillan los ojos con una actitud tierna y posesiva.

Me sonrojo y agacho la cara. Cuando me mete la mano por debajo de la camisa y sus dedos suben por mi abdomen, gimoteo y lo agarro de la muñeca.

—No, Malcolm, no. Me llevarás al límite y me quedaré allí sola.

Él gime.

—Si voy contigo, no volveré jamás.

—¿Qué le ha pasado a mi chico temerario?

—No solo estoy preocupado por mí. Es mi chica prudente la que, como el buen vino, viene bien envuelta y empaquetada.

Le toco la mandíbula y le paso la yema de los dedos por la barba de un día.

—Rómpeme. Me da igual mientras sigas tocándome. Destrózame.

Úsame. Deséame y punto.

Malcolm. Poderoso y bajo control. Toco sus labios con la punta de los dedos; está tenso y quieto. Me estremezco por dentro al tocarlo, pero él no se mueve.

Bajo la mano y me pongo roja porque él no me pasa la suya por la piel desnuda.

Me mira con los ojos entrecerrados y dice en tono áspero:

—Sigues reaccionando igual a mí.

—Soy la misma. No te he mentado. —Se me acelera el corazón por miedo a que me rechace, pero no puedo evitarlo, necesito que me perdone—.

Quería estar contigo, quería verte. No quería parar —admito, subiendo la mano con cuidado por su corbata de seda. Noto sus abdominales bajo los dedos.

Dejo que mis dedos vaguen, pero siempre mirando la tormenta verde que se gesta en sus ojos.

Me tira de la oreja. Cierro los ojos con fuerza cuando habla; me

sorprende su voz pastosa.

—Recuerdo esta oreja...

La estira un poco.

Abro los ojos y lo encuentro mirándome.

Me derrito.

—Que me provoques duele.

—No, esto duele. —Me sujeta el brazo y yo reacciono un poco; casi se me escapa un gemido—. Si te toco, te arqueas por el contacto. Te acercas tanto a mí que te toco con toda la mano. Me miras como si fuese un cabrón, como si hubiese cumplido todos tus sueños y luego te los hubiese arrebatado. ¿Y aun así quieres que te toque?

—Sí. Pero quiero que confíes en mí.

—¿Confiar en ti? Rachel, no confío en mí mismo si estás a mi lado.

Me enjugo una lágrima descarriada.

—Te pido para mí —le susurro, destrozada.

Nuestros ojos se encuentran por una milésima de segundo y la luz de la luna resalta tanto su belleza que parece de otro mundo. Me agarra de la cara y me acerca la boca a la oreja.

—Te echo de menos —suelto de repente, y me pongo roja cuando lo advierto.

—¿Me echas... de menos?

—Mucho. No puedo olvidarte, y no quiero que me olvides tú tampoco.

Trago saliva.

Toma mi cara y se acerca a mí, y cuando abro la boca para seguir hablando, dice:

—Chist.

Con cuidado, como si fuese frágil, acerca mi cara a la suya.

Me estremezco cuando sus labios me rozan la comisura de la boca.

Habla con una voz tan pastosa que apenas lo entiendo. El calor de su manaza se filtra en mis mejillas cuando se echa hacia atrás despacio y me acaricia los labios con el pulgar.

—Vamos a empezar de cero, con calma. —El verde bosque de sus ojos se intensifica—. Y cuando me sienta preparado, te pediré que seas mi novia, y será la última vez que te lo pida. Si dices que no, será la última vez que me digas que no a algo.

Dios, quiero que me lo pida ahora. Giro la cara y le beso el pulgar.

Entonces, aprovecha para rozarme los labios con el dedo, como cuando me dio a probar vino.

El deseo se despliega dentro de mí como una cinta, suave y cálido. Ni siquiera puedo expresar cómo quiero que vuelva a besarme.

—No me tomes el pelo —le susurro.

—No te estoy tomando el pelo.

Se me llenan los ojos de lágrimas.

—Quiero que seas ambicioso, que me desees como antes.

Me agarra la cara firmemente con ambas manos.

—Sal conmigo el viernes.

—Vale —contesto entre jadeos—. Me encantaría.

—Hay que ir de etiqueta. ¿Tienes algo que ponerte?

Me fijo en la tremenda ternura de su expresión, mis pulmones se han vuelto rocas mientras asiento una y otra vez.

—Seguro que sí... Sí.

—Cómprate un vestido, pago yo.

—¡No! —Me río—. Pecado.

—Sí —insiste—. Recuerda, se acabó lo de decir que no.

Mi voz entrecortada es apenas audible.

—¿A qué hora tengo que estar el viernes? —pregunto.

—¿Nueve menos cuarto? Empieza pronto, pero es que me espera una semana larga.

Sé por qué. Sé que es porque necesitas más y más y siempre más, y quiero que me desees así a mí también.

Y sé por qué me quieres en M4.

Incluso cuando estabas cabreado conmigo, intentabas protegerme. Y sigues intentándolo.

—¿Todavía quieres conseguir la luna? —pregunto.

Está callado. Entonces responde:

—Algo así.

De nuevo, se hace el silencio.

Salgo por la puerta de él y me asomo a la ventanilla.

—Gracias por la colección vitalicia de vino —añado con una sonrisita.

Vuelve a sonreír con satisfacción.

—De nada.

Nos miramos fijamente durante unos instantes. Sus ojos rezuman virilidad pura y dura. Me duele pensar que esto no es real, que no puede serlo.

—Soy un reto para ti. Me conquistarás y ya no me querrás para nada.

Antes de que pueda darme la vuelta para alejarme, toma mi mano entre las suyas. Me acerca a la puerta. Con la mano libre, abre la guantera y saca un bolígrafo.

El corazón me da un vuelco cuando lo reconozco.

Es el boli de la habitación del hotel.

El contacto de sus dedos me abrasa cuando se lleva mi mano al regazo.

Tiene los ojos entornados, y le brillan cuando se da cuenta de que estoy temblando. Su mirada no abandona mi rostro mientras me garabatea algo en la palma. A continuación, me cierra la mano.

—No me subestimes —susurra.

Saboreo la manera posesiva en que me mira mientras habla con una voz tan ronca que es casi inaudible, y despacio, y despacio, condenadamente despacio, me suelta.

—Buenas noches, Rachel.

Siento sus ojos clavados en la espalda mientras me dirijo hacia mi casa.

Cuando me vuelvo en la puerta, mi entrepiera se estremece al verlo por

última vez: está recostado con un brazo en el asiento del pasajero, tiene un

aire depredador y está aparentemente relajado, pero nunca he visto unos ojos mirarme con tanta intensidad como los suyos ahora mismo por la ventanilla bajada.

Incapaz de apartar la mirada, busco el pomo a tientas, abro la puerta y,

una vez dentro, exhalo.

Cierro las puertas y dejo los dedos en el cristal. Siento a Saint a través de

él y el ruido del coche cuando lo vuelve a poner en marcha. Siento su pecho

bajo las yemas de los dedos y la energía de su ser, como un relámpago de

líquido candente que fluye por mis venas.

Me obligo a subir las escaleras, entro en mi piso y me apoyo en la puerta

cerrada, sin aliento. Abro la mano para leer lo que me ha escrito.

Me la pido.

13. De etiqueta

—Yo digo el azul claro.

—Yo voto por el rosa palo.

—Azul claro. El evento perfecto merece el vestido perfecto, al igual que el hombre perfecto merece a la chica perfecta —le rebate Gina a Wynn.

—No soy perfecta, pero quiero estar perfecta esta noche —les digo a las dos.

—A tu ricachón le ha tocado el gordo esta noche contigo. Estás de cine, y seguro que cree que su peli tendrá un final feliz.

—¡Wynn! —Me río.

—Sigo sin entender por qué no lo metiste en tu cuarto ayer para que te reclamase físicamente.

—Porque... llevamos un mes sin vernos.

—¡Por eso mismo os tendríais que haber dejado de tanta charla! ¿De qué hay que hablar? Él te desea a ti y tú a él.

Rebusco entre mis pendientes unos pequeños de botón que realzan mis ojos grises.

—Él... Bueno, ya os he dicho que hemos estado dándole vueltas al tema.

—Qué va. Lo único que has hecho es ponerte roja. No puedes hablar de él sin quedarte empanada...

Gimo. Mis amigas quieren saber que voy a estar bien.

—Leyó mi artículo —anuncio.

Parecen impacientes y me miran con expectación. Y me pongo a

recordar. Siento que sus manos me acunan el rostro de nuevo. Siento que vuelve a mirarme. Sus labios están tan cerca y tan lejos. Y de repente..., en la comisura de los míos. Me miro la mano, el invisible «Me la pido» que por desgracia se fue después de las duchas de toda una semana.

—Me pidió que saliera con él esta noche.

Gina ha descorchado uno de mis vinos. Cuando vuelve con tres vasos desechables, me digo a mí misma: «Por favor, que Pecado no vea que vamos a bebernos este vino en vasos desechables».

—¿En público? —pregunta mientras nos pasa un vaso a cada una.

—¿Por fin? —pregunta Wynn, y toma un sorbo.

Dejo el mío a un lado y asiento con la cabeza mientras noto mariposas por todas partes. Todavía escondo su camisa en mi armario. La saqué de su escondite anoche, me trae recuerdos y, en un momento, me desnudé y me la puse.

Y así dormí, con la camisa abrochada.

Era como una sesión de sexo del bueno, ese que te hace arañar las sábanas. Me tumbé en la cama con las hormonas revolucionadas,

diciéndome a mí misma que no iba a hacer nada erótico hasta que él me lo hiciese a mí.

—Le dije que sí. Y él me dijo que me buscara un vestido.

Lo dijo en voz baja pero de forma despreocupada, en un tono que me puede, como si fuese lo más natural del mundo que hiciese eso por mí.

Entonces me abstengo de contarles el resto: que me escribió en la mano con un boli..., que me fui a la cama y llamé a mi madre en la oscuridad para contárselo... y que de pronto rompí a llorar de felicidad al oír su voz.

—Vamos a ir a este evento de etiqueta y quiero estar guapísima, aunque sea lo último que haga —admito, mirándome en el espejo que hay encima de mi tocador.

Hace tiempo que no se me ve contenta, pero es que no lo he estado tanto en mi vida.

—Este vestido te queda como un guante. La abertura lateral es perfecta, los hombros al descubierto y sin tirantes, la forma que te hace. Es como si dijeras: «Sabes que en el fondo soy una chica traviesa, pero solo contigo» —dice Wynn.

—Anda ya, como si él no fuera el tío más bribón que hemos conocido —refunfuña Gina.

Me río. Me pongo colorada cuando pienso en él y me pregunto si está tan desesperado por estar conmigo como yo.

—Pero ¿leyó tu artículo? Habrá tenido algún efecto en él.

Wynn saca la copia de la revista que he escondido debajo de mi cama, principalmente porque tiene una foto suya, y señala la última frase.

—Esta parte: «Saltaría al vacío sin pensármelo dos veces si hubiese un 0,01 % de probabilidades de que siguiese ahí, esperando para atraparme».

—Wynn. Las dos. ¡Ayudadme a arreglarme!

Encienden la música y mientras suena «Sugar», de Maroon 5, sigo poniéndome guapa para él, me cepillo el pelo varias veces hasta que me cae por la espalda tan lustroso como el oro.

Durante semanas he estado sola, mirando fijamente mi portátil, oyendo su monótono zumbido. Esta noche está en calma, la reportera que hay en mí está oculta. Ahora la que zumba soy yo. Llevo un vestido digno de una princesa. Mis amigas van de acá para allá, sacando bolsos y zapatos a juego. Gina está siendo especialmente útil. Gina, que ha estado preocupada por mi mal de amores.

—¿Ahora estás ansiosa por que ligue con el mismo tío del que querías que me apartase? ¿Te has hecho del equipo Saint o qué? —la chincho.

Ella hace una pausa.

—Yo estoy a favor de lo que te haga feliz. Y... bueno, por lo que me dijo Tahoe, sí.

Pongo los ojos en blanco.

—¿Te crees a ese tío?

—¡Quiere a Saint igual que yo a ti! —exclama—. No llevó mejor vuestra ruptura que yo verte de bajón. Me dijo...

—¿Qué? —pregunto con toda mi atención en ella.

—Cree que Saint está coladito por ti porque normalmente solo le da a la

gente una oportunidad para cagarla —puntualiza.

Wynn frunce el ceño.

—¿Qué más te dijo? Si vas a hablar con él, luego nos tienes que contar lo que haya dicho de Rache.

—Solo hablé con él ayer, y me dijo, y cito: «Saint está pilladísimo por tu mejor amiga. No lo he visto así nunca, jamás».

Nunca pensé que mi entrepierna pudiera sonrojarse, pero se ruboriza cada vez que pienso en él.

—¿Qué dice mamá Rachel? ¿Lo sabe? —pregunta Wynn.

—¿Mamá? —Me río. Se llama Kelly, no Rachel, pero las chicas la llaman mamá o mami Rachel.

—Quiere conocerlo. Está emocionada por que venga. Pero no quiero presionarlo. Tendrá que esperar hasta que veamos qué rumbo toma esto.

—Vale, pues bajemos a la Tierra. ¿Piensas acostarte con él?

—¡Pues CLARO QUE PIENSO ACOSTARME CON ÉL, tía! ¡ME MUERO DE

GANAS! —digo, riendo de anticipación. Estoy mareada.

—¡El coche está abajo! —grita Wynn desde la ventana. Va a la cocina para abrirle y se asoma a mi habitación—. Ya sube.

—Vale.

Tomo aire con brusquedad al enterarme, me doy prisa en acabar de

atarme los zapatos y saco un chal transparente de color azul de un armario.

—Eh, Rache —dice Gina, que me da la mano. Me mira y me la aprieta—.

Me alegro por ti, verte así me partía el corazón. Que yo también tengo uno,

que lo sepas. Paul no se lo llevó todo, solo la parte dedicada a los hombres;

pero la parte dedicada a las chicas es tuya y de Wynn. —Se la ve emocionada, le brillan un poco los ojos—. Sabes que no creo en el amor, pero sí en las segundas oportunidades, y esta es la tuya, Rache. Admiro su

perseverancia. Parece que va a por todas.

Le aprieto la mano; la idea me deja sin aliento.

—Ni te imaginas cómo es cuando se le mete algo entre ceja y ceja.

Paciente pero implacable, muy implacable.

Me sonrío, y yo le devuelvo la sonrisa. Me suelta y se asoma a la puerta.

—No le abras todavía, Wynn, tiene que estar perfecta —ordena Gina,

pero al cabo de unos segundos oímos a Wynn hablar.

—¡Pasa, Saint! ¡Ya casi está!

Oigo su voz grave cuando la saluda; no soy inmune al sonido.

Estoy en mi cuarto, pero por la puerta abierta veo un brazo largo



enfundado en una chaqueta negra, un gemelo plateado y un puño blanco; la

mano, a un costado. Bronceados y cuadrados, sus largos dedos están

ociosos. Siento una reacción visceral al ver esa mano, esos dedos fuertes y astutos, me sonrojo de arriba abajo al recordar cómo es que me toque.

Le echo un último vistazo a mi vestido azul sin tirantes que me llega hasta los pies, con una abertura larga y *sexy* en el lado izquierdo y un color que resalta los tonos azulados de mis ojos grises. Llevo el pelo suelto y, como mis hombros están al aire y podría enfriarme, me subo un poco más el

chal a juego.

Los nervios se enredan en mi interior cuando salgo y veo a Malcolm al completo. Está de espaldas a mí, pero siento un ligero placer al ver su nuca, la seguridad que derrocha y la increíble cantidad de energía que absorbe de su entorno.

—¡Mírala! —le dice alegremente Wynn, señalando por encima de su hombro.

Se da la vuelta con una mano en el bolsillo y la otra a un costado, y no puedo evitar notar que la cierra en cuanto me ve.

—Rachel —dice.

Me invade una miríada de sensaciones.

No puedo luchar contra la naturaleza de mi cuerpo y, aunque quiero parecer indiferente, me estoy poniendo como un tomate mientras sonrío con timidez.

—Hola, Pecado.

Me acerco, le pongo con cuidado una mano en el pecho y, al ver la admiración

con la que me está mirando, me pongo de puntillas y le doy un beso en la mandíbula.

Él me toca la espalda desnuda y me mantiene en el sitio, alargando el momento que mis labios están sobre su piel.

—¿Estás lista? —me pregunta en voz baja pegado al lóbulo de mi oreja para que solo lo oiga yo.

Asiento y nos despedimos de las chicas. Me da la mano, más pequeña que la suya, grande y cuadrada, y mientras me saca de casa, me giro y veo a

Gina articular solo con los labios: «¡Madre mía!» y a Wynn un gran y amplio: «¡AAAAAAA!».

Cuando llegamos a la acera, Otis abre la puerta del Rolls-Royce mientras Malcolm le da instrucciones. Apenas me he puesto en el medio cuando se abre la puerta del otro lado y Pecado se sienta enfrente de mí.

No sé si le gusta mi vestidito azul sin tirantes, los dedos pintados de rosa

que dejan a la vista mis tacones o la larga abertura del costado de dicho vestido. Lo único que sé es que se me ha puesto la piel de gallina por lo cerca que está. Y cuando se sienta delante de mí y sus ojos recorren mi cuerpo con

exquisita lentitud, se me forma una pequeña hoguera en el estómago.

Yo también le doy un repaso, porque ese esmoquin le queda tan bien que es un afrodisiaco instantáneo verlos juntos. Dios, así de emocionada y ansiosa estoy, noto un dolor punzante.

—Eh —me dice, con los ojos un poco húmedos—. Estás preciosa. —

Arruga el entrecejo y dibuja un ceño fruncido perfecto—. Aunque en teoría el vestido te lo compraba yo.

—No —contesto, sonriendo y sacudiendo la cabeza con firmeza.

—Sí —sonríe—. Deja de decirme que no.

Jesús. Me mira con sus ojos verdes y brillantes, y yo me he muerto, me he muerto, me he muerto del todo.

—Te dije que sí a esto de la etiqueta —replico.

No debería sentir timidez en este momento. Si hay un hombre que me conoce, es este. Pero es muy masculino y me mira como si yo fuera muy femenina, tiene la capacidad de hacerme sentir muy joven y tremendamente

frágil.

—Te soborné con vino; me he acabado sabiendo tus vicios —dice con voz ronca y burlona. Me toma de la mano y me sienta a su lado. Me sujeta por la barbilla—. Todos tus vicios —añade, totalmente serio.

—Ah, ¿sí? —respondo en broma—. No te los sabes. De ser así, me estarías besando.

Le echa una mirada furtiva a mi boca con los ojos entrecerrados y noto un exquisito y ligero apretón en la parte inferior de mi cuerpo cuando me doy cuenta de que me va a besar.

—Pero como me beses, me vas a borrar el pintalabios —le advierto, pero ya me está rodeando la cintura con su enorme brazo y, lento pero seguro, arrastrándome hacia su costado.

—Me quedará estupendo.

—¡Pecado!

Echo la cabeza hacia atrás y me río.

Me recorre la curva del cuello con el pulgar.

—Esa risa... —me dice en voz baja.

Lo dice como si fuera su mayor descubrimiento.

A milímetros de mi oreja, susurra:

—Se me ocurre más de metro y medio de ti que puedo besar sin borrarte el pintalabios.

De repente, temblando de anticipación cuando reconozco la mirada en sus ojos, dejo que me quite el chal, riendo débilmente y reprendiendo a «Malcolm» mientras me aparta el pelo con cuidado para dejarme al descubierto la curva del cuello y los hombros.

Me pasa el pulgar por la clavícula y me mira a los ojos mientras continúa acariciándome suavemente la piel. Besa la parte más redonda de mi hombro y sus labios me rozan de arriba abajo, de lado a lado, antes de depositar un segundo beso más arriba, camino a mi cuello.

—Rachel —susurra con aspereza y brusquedad mientras toca la R del collar que descansa en la base de mi garganta.

Soy muy consciente de que aparta la letrita dorada a un lado. Después, las cálidas yemas de sus dedos levantan el metal para presionar con los labios el delicado rincón donde mi pulso se agita violentamente. Me vuelve

loca de lujuria notar su aliento húmedo en la piel, el espacio entre su muslo y el mío, el lento rastro de besos invisibles que deja mientras asciende por el cuello, hacia mi mandíbula.

—He perdido —dice cuando llega a mi boca.

Estoy confundida. Me desconciertan sus intenciones. Definitivamente, no se está quedando dormido, su mirada está tan alerta como siempre. Pero ha dicho que ha perdido y veo que está decidido a perder por alguna razón.

Decidido a perder contra lo que sea con lo que esté peleando. No parece tener ni el más mínimo remordimiento.

—He perdido —repite.

Abro los ojos como platos cuando me sienta en su regazo y cada parte de Malcolm me rodea, me envuelve, me enloquece. El brillo oscuro de sus ojos es de una seriedad total, nada que ver con el que tienen cuando me provoca. Con la mandíbula tensa, me agarra de la nuca y me atrae hacia el muro que es su pecho, tan cerca que lo único que se interpone entre nosotros son mi vestido y su camisa.

Sus ojos están fijos en mi boca y, ay, Dios, me quedo sin aliento cuando me roza los labios con los suyos.

—¿Crees que es tan intenso por lo que nos pasó? —susurro.

Vuelve a acariciarme los labios.

—No sé..., pero voy a perseguirlo. Algún día sustituiré el hielo en el que

vivo por este fuego.

Su pecho se hincha lentamente y empiezo a jadear. Estoy temblando por

todas partes. Mi corazón late desbocado y yo aguanto la respiración

mientras aguardo su siguiente movimiento. Sus manos cálidas, su pecho fuerte, sus labios suaves, de pronto en mi comisura. Contengo un sollozo mientras deposita un beso invisible justo ahí, justo donde lo necesito, donde

me encanta, donde me marcó desde la primera vez.

Ya me da igual el pintalabios, me da igual todo.

Abro la boca, pero él lleva la suya hacia mi mejilla y exhala despacio. Me

agarra del pelo y me abraza. No muevo ni un músculo. Si me está dando tiempo para oponerme, no puedo. Sencillamente no puedo hacerlo. Lo he echado mucho de menos, se me está formando una bola de emoción en el estómago, en la garganta y en el corazón.

Su exquisito aroma me está matando. Me resulta tan familiar que estoy

en una nube.

Me hace cosquillas con el pelo en la cara cuando va a por la otra comisura. Percibo su jabón y, cuando me besa en los labios, me estremezco.

Me mete la lengua un poco para ver si me resisto.

Abro la boca sin dudarlo y, en el momento en el que su lengua se funde

con la mía, la muevo con languidez y noto un latido bajo y sordo en la entrepierna.



Se aparta con cuidado y me mira fijamente con unos ojos ardientes que

dan hasta miedo. Me está mirando como si fuese más, como si fuese extraordinaria, perfecta, como si no pudiese creer que estoy temblando en sus brazos.

Sus manos me enmarcan el rostro, sus palmas lo engullen mientras me besa en los labios con más vehemencia. Gimiendo, aumenta un poco la velocidad, y yo no veo por dónde empezar, no puedo mover la boca lo bastante rápido para empaparme de él todo lo que me gustaría. Enredo los dedos en su pelo, ¡su pelo! Me coge de la parte baja de la espalda y me abraza de tal modo que nuestros pechos se tocan mientras succiona mi lengua con lentitud y avidez. Saint me besa como si me desease más que el mundo que ansía conquistar y más que la luna que aún no ha sido capaz de conseguir.

Nos besamos un poco más.

Vierdo todo mi amor en el beso. Mis muros se derrumban a mis pies cuando el beso se detiene, pero no tengo fuerzas para alzarlos ahora mismo.

Me pesan los párpados, y a él también. Me estoy esforzando por respirar, y a él se le tensa la camisa de lo que hincha el pecho cada vez que toma aire.

—Te he echado de menos —susurro.

Y él murmura contra mi coronilla:

—Y yo a ti.

Nos quedamos en silencio, descansando en los brazos del otro, hasta que llegamos a nuestro destino.

No he estado tan relajada y al mismo tiempo tan nerviosa en toda mi vida. Cuando el coche se detiene, Saint se limpia el pintalabios de la cara y me pasa los pulgares por los labios mientras me arreglo el pelo. Sale primero y lo reciben unos gritos ahogados. Me tiende la mano, la acepto y dejo que me ayude a salir. Al instante, me siento aturdida por el montón de cabezas en fila que hay apostadas en la entrada de la fiesta y que ya miran en nuestra dirección. Ven a Saint y de inmediato les pica la curiosidad por saber con quién está, así que me miran; no son capaces de disimular la sorpresa.

Estoy temblando por dentro, pero su mano, ay, me sostiene con firmeza cuando nos dirigimos al portero para que nos deje pasar.

Me aprieta los dedos para llamar mi atención.

—¿Por qué pones esa cara? ¿De qué tienes miedo? —pregunta cuando el seguridad lo reconoce al momento y nos abre la puerta.

—Del mundo.

Él me sonrío, alto y poderoso.

—Relájate —me dice—. Tengo al mundo en el bolsillo.

Y siento que el alivio me inunda mientras me permito creerlo.

El salón de baile brilla cuando llegamos. Parece que todos los ricos de la ciudad están aquí. Me obligo a mantener la cabeza alta.

Modernos candelabros de cristal cuelgan del techo como cables enredados, mientras que una pared de cascadas resplandecientes nos

saluda a la derecha. Hay una orquesta en vivo, fuentes de chocolate y mesas redondas y perfectas adornadas con manteles blancos, cubiertos y sillas de madera a juego. Nos abrimos paso entre la multitud, caminamos en medio de una impresionante cantidad de vestidos relucientes, hombres de etiqueta y mujeres perfumadas con aromas exóticos. Soy consciente de que las mujeres miran a Saint y los hombres a mí. Dios, es increíble la de miradas que atrae. Aunque no sepan quién es, la presencia de Malcolm es tan magnética que al instante sabes que es alguien importante.

—Que no te enreden.

—Descuida —le digo.

—Estás conmigo.

Lo miro a los ojos.

—Lo sé.

—Pues daremos un paseo y te sacaré de aquí..., si te portas bien —me advierte. Y entonces, de repente, en sus ojos brilla ese destello travieso que tanto he añorado.

Tras una rápida mirada a mi boca que me recuerda los besos que me acaba de dar, me lleva a nuestra mesa y me presenta a los demás

comensales. Sigo esperando que me miren con desprecio o que me

rechacen, pero no tardo en darme cuenta de que eso no va a pasar; respetan

demasiado a Malcolm como para hacer eso.

Y no lo dejan ni un segundo en paz.

Entablo una breve conversación con una pareja que me ha presentado y meneo la cabeza cuando vienen tres mujeres a coquetear con Saint.

Cuando finalmente volvamos a estar juntos, no puedo evitar chincharlo.

—¿Es que no puedes estar solo ni un minuto sin que nadie te acapare?

Me dirige una sonrisa y me vuelve hacia una despampanante mujer algo mayor que yo.

—Rachel Livingston, te presento a Norma Dean. Es nuestra anfitriona.

—¡Conozco tu trabajo! Leí el artículo que escribiste sobre este de aquí —

me dice mientras le pega una palmada en el pecho a Malcolm—. Y me enganché a tu pluma. Una chica encantadora, inteligente y apasionada. ¿Por

qué has tardado tanto en estar con ella? —lo regaña.

—El tráfico.

Cuando levanto la vista, los labios de Malcolm están ligeramente curvados y le brillan los ojos. Noto un calorcillo en el estómago.

Y después de su comentario me doy cuenta de que, tal vez, por increíble que parezca, algunas de estas personas también me respetan.

Pronto me lleva de vuelta a nuestra mesa y me presenta a algunos directores ejecutivos y a sus esposas, a filántropos y a empresarios. Todos son mayores que nosotros y muy simpáticos.

Siento que encajo aquí aunque este nunca haya sido mi sitio, y, mientras hablamos de todo, desde los ponis que les han comprado a sus hijas, pasando

por las empresas que se han fusionado recientemente hasta los mejores estilistas de la ciudad, comprendo que Malcolm no me llevaría a un sitio si creyese que me rechazarían o se reirían de mí. Él también respeta a esta gente y espera que ellos me respeten a mí. Cada vez que uno de ellos pronuncia su nombre y se inclina un poco hacia delante en su asiento para hablar con él, lo hace con tanta admiración que me doy cuenta de que sabe que mi simple presencia en un lugar que ha escogido él me protege. Y no podría sentirme más segura.

Por un lado, un hombre ha entablado conversación con Malcolm, mientras que, por otro, una mujer me está contando con pelos y señales la historia de su matrimonio con el hombre que se sienta a su lado. Me habla de la época en que la exmujer y ella se hicieron buenas amigas, cuando Malcolm me susurra:

—Salgamos un rato. —Me mira como si ni siquiera fuese una pregunta —. Si te la puedo robar un momento, Julie, claro —se excusa con la mujer.

Soy consciente de que atraemos algunas miradas cuando nos levantamos y de que sus amigos arquean las cejas cuando me coge del brazo y me ayuda a ponerme en pie.

Lleva la mano a la parte baja de mi espalda y noto que me recorre un escalofrío hasta los pezones y entre los dedos de los pies cuando abandonamos la estancia y nos dirigimos a los ascensores.

Advierto que un par de grupitos de chicas dejan lo que están haciendo para ver

cómo nos dirigimos a los ascensores. Claramente no les gusta que se vaya conmigo.

—A tus amiguitas no les ha hecho mucha gracia que te escabulleses conmigo.

Sonríe, divertido.

—No son mis amiguitas.

—Entonces, ¿cómo llamas a todas esas chicas que se desnudan para ti y satisfacen tus caprichos un día o dos... o cuatro?

Me mira fijamente y se ríe; su sonrisa es como un rayo de luz.

—Chicas, sin más.

Llegamos al último piso y salimos a la azotea.

—Mira esto.

Me giro y lo sigo al borde del edificio, al lado de la barandilla: hay unas vistas del lago impresionantes. La luz de la luna baila en medio de las aguas.

Mientras él la contempla, yo lo miro a él de soslayo. Tengo mil fotos de él, pero ninguna como esta. Pensativo. Honesto. La cara que veo ahora no es para que la immortalice ninguna cámara ni para que la vea alguien.

—¿No te echarán en falta tus amigos? —pregunto en un susurro.

—Saben que soy un hombre ocupado. Así como saben que disfruto de mi intimidad cuando me apetece tenerla. —Me estudia con la luz de la luna brillando en sus ojos—. Tengo una cita con ese vestidito tuyo.

—De eso nada. —Pero el estómago, emocionado, me da un vuelco para contradecirme—. No tengo la menor intención de que se familiarice con tu esmoquin.

—Ya lo creo que sí.

Me da la mano y entrelaza sus cálidos dedos con los míos.

—Me apetece tener intimidad.

Notó un tirón dentro de mí cuando me acerca a él. Es el primero en moverse; alza la mano un segundo y me toca la cara mientras me envuelve

con su brazo para que los dos miremos el lago.

Durante los pocos meses que salimos juntos, nunca me acostumbré a

que me abrazase así. Me quedo aquí y me limito a empaparirme de la

sensación de estar cerca de alguien que es mucho más grande y robusto que yo.

Permanecemos inmóviles. Hasta la brisa parece cargada de electricidad.

Me pasa la mano por el pelo, y la sensación es tan agradable y embriagadora que no podría moverme ni aunque quisiera.

Es obvio que sabe que me afecta, pero también a él; su cuerpo, duro como una piedra, bulle de ansiedad.

—Quería enseñarte esto. ¿Ves el lago?

El viento me trae su olor y yo lo inhalo y casi lo saboreo.

—No quiero irme de Chicago porque me encanta estar cerca de ese lago,

no hay más. Mi madre me llevaba allí, la *Perla* era su yate —dice—. No me dejaba meterme en el agua. Cuando enfermé, se volvió paranoica. Así que tuve que poner a prueba mis límites a solas.

—¿Te llevaba allí para ver lo que no podías tocar? —Él se encoge de hombros—. Y ahora pones a prueba tus límites siempre.

—Sí. A veces para sentirme inmortal y otras, para recordarme que no lo soy.

Tiene una mirada cautivadora ahora mismo.

—¿Era buena madre?

—Ella sí; el malo era yo —dice con una sonrisa de satisfacción.

—Qué va —replico al momento.

Sonríe.

Dios, el estómago me da un vuelco cada vez que me sonrío.

—Te digo yo que sí.

—Qué va. No me creo que fueses un niño malo.

Se ríe.

—Aún lo soy, solo que ahora soy un hombre con las ambiciones y los deseos propios de uno.

Mientras me mira a la cara con ojos serenos y penetrantes para evaluar mi reacción, me acuerdo de su padre. De las cosas que he visto y leído en internet. En todos los vídeos que he visto de los dos juntos, Saint aparece tranquilo y bajo control y hace gala de una diplomacia admirable aunque su padre sea agresivo y esté lleno de veneno. Sin embargo, si Saint hubiese sido

un «buen» chico, nunca se habría convertido en quien es. Su padre habría mantenido a su «buen» niño bajo control, pero, en cambio, se convirtió en

Malcolm Saint, y ahora su sombra es mucho más grande de lo que alguna vez fue la de su padre.

—Bueno —respondo en un tono que demuestra mi admiración por él—, mi madre trabajaba demasiado. Día y noche. A lo mejor por eso tengo una imaginación portentosa, porque a veces era mi única compañía. No pasábamos mucho tiempo juntas. Y por eso siempre tengo ganas de volver atrás, pero no creo que pueda compensárselo nunca.

—Te entiendo. Yo nunca podré despedirme de la mía.

Es la vez que más me fijo en lo humano que es.

Malcolm contempla la ciudad con las piernas abiertas; su perfil es un misterio imposible de desentrañar. A juzgar por su respiración profunda, diría que intenta que no le afecte la conversación. O mi presencia. Pero cuando lo rozo con el cuerpo y él me mira, sus ojos se vuelven fuego.

—Ven a mi casa esta noche.

Un segundo estoy abriendo la boca y trato de encontrar una explicación

a por qué tal vez deberíamos ir con calma y, al siguiente, me acaricia los labios con los suyos.

—¿Qué haces? —Me río nerviosamente—. Me vas a dejar sin pintalabios.

Se me pone la carne de gallina cuando me sonrío.

—Dime que quieres hablar de Interface —me susurra al oído. Ese era nuestro código para besarnos..., para darnos el lote—. Dime que te dejaste

algo en mi casa. —Me frota la oreja con la nariz—. Dime que me deseas.

—Quie... Quiero hablar de Interface —le digo, sin poder contener una risita.

Me acaricia el brazo con un dedo mientras me observa.

—Mi objetivo es dominar el mercado... —murmura mientras baja la cabeza; sus labios son suaves y cálidos cuando me besan en la garganta—.

Eliminar a la competencia...

Agacha la cabeza y noto que me roza un pezón con la ligereza del aire.

No puedo respirar.

Levanta la cabeza y enmarca mi rostro con las manos, cálidas y fuertes.

Sutilmente, me pone una mano en la espalda y me acerca a él; sus largos dedos abarcan tanto de mí que es como si un collar me ciñese la nuca. Un

collar que, para mi sorpresa, es bienvenido y que hace que me sienta segura y bajo control mientras el resto de mi cuerpo es un caos.

Su tono es bajo y áspero y siento su aliento demasiado cerca de la cara, del oído.

—Me apoderaré de todo —prosigue con voz ronca— hasta que no quede absolutamente nada. Nada antes ni nada después. Solo lo que es mío, lo que reclamo y lo que hago con ello.

Entonces me besa y seguimos así un rato.

—A lo mejor invierto en la Interface esta —susurro.

—Baja conmigo. Damos una vuelta por la sala para que conozcas a algunos de mis socios comerciales y nos vamos.

—Aún no he dicho que sí.

—No era una pregunta.

Cuando nos dirigimos al piso de abajo, me pone una mano en la cintura.

Me acaricia mientras bajamos, y, ay, me siento totalmente como su pareja.

—Serás diablillo —digo entre risas mientras miro mi reflejo en la reluciente pared del ascensor.

—Pero me deseas.

Finjo un grito ahogado.

—Qué diablillo más iluso.

—Soy un diablillo que no se detendrá hasta conseguir lo que quiere.

Cuando salimos del ascensor, me pone una mano en la nuca y me conduce al salón de baile. El toque es lo bastante delicado para recordarme que puedo elegir, pero a su vez ejerce la presión justa, como diciendo:

«Estoy aquí. Te deseo. Entrégate a mí una noche y haré que cada centímetro de ti recuerde que eres mi chica».

Baja la mano hasta el coxis, incluso cuando se para en una mesa a hablar con algunos empresarios. Me presenta y charla sobre todo con los hombres.

Solo unas pocas de las mujeres más jóvenes de la mesa hacen que me sienta algo incómoda.

Van cubiertas con las joyas más preciosas y miran mi pequeña y sencilla

R. Sus vestidos brillan y relucen mientras asimilan que yo llevo uno de seda

del montón. Sus peinados son estilosos, arrebatadores y elegantes y me miran el pelo, lacio. A juzgar por sus miradas, se diría que no se creen que la que está al lado de Malcolm sea yo.

Su mano sigue en la parte baja de mi espalda.

Me sorprende que, por primera vez desde que lo conozco, me den igual estas mujeres; no me importa si leen mi artículo o no, si están celosas o si piensan que soy lo bastante guapa para Malcolm Saint.

Soy humana, imperfecta, optimista, fuerte, débil, independiente y tengo miedo; pero seguro que estoy más enamorada de él que todas ellas.

Estoy orgullosa de ser quien soy.

Estoy orgullosa de donde estoy.

14. Reiniciamos

Una vez que estamos en el coche y la mampara que nos separa de Otis está subida, Malcolm me aferra a su costado y sus labios se abalanzan sobre los míos. Me abre la boca y su sabor me inunda como un chute de *crack* directo a mi corazón. Se me escapa un gemido bajo cuando le devuelvo el beso con toda mi alma.

Mis dedos revolotean sobre sus hombros. Le rodeo la nuca con ambas manos mientras aflojamos el ritmo y nos besamos con más calma,

saboreándonos, redescubriéndonos.

—¿Estás de acuerdo con esto? —me pregunta mientras abandona mi

boca. Sus ojos están tan oscuros que apenas distingo el verde de sus pupilas.

Asintiendo y sin aliento, enredo los dedos con su pelo y me vuelvo a acercar a su deliciosa boca. Amolda sus labios a los míos como sabe que tiene que hacer.

Juega un poco con mi lengua y succiona con suavidad el labio inferior.

Pone una mano debajo de mi melena y la sube para acunarme la nuca con la palma; solo con ese movimiento ya me tiene clavada en el sitio. Estoy

sometida a su boca voraz sin poder evitarlo, y me besa y me chupa de una forma tan sensual que no he estado más excitada en mi vida.

Acabo tumbada en el asiento, con su cuerpo encima del mío, y, ansiosa, le agarro el cuello de la camisa con los puños.

Me mete la lengua más y más, y cuando se aparta para dedicarme una mirada ardiente, noto que sus ojos extraordinariamente verdes se han

oscurecido y se asemejan a un bosque por la noche.

—Te echo de menos —me dice con voz áspera mientras me mira con tal fiereza que parece que me esté ordenando que entienda lo que significa.

—Y yo a ti —contesto con voz ronca, emocionada.

—Echo de menos saborearte, sentirte, oírte.

Apretando la mandíbula como si recordara lo que era añorarme, observa cómo me recorre la línea de la mandíbula con el índice. Observo las

diferentes emociones que cruzan sus rasgos cuando abre la mano y me acaricia la cara y el cuello. Determinación. Hambre. Control.

Jadeo, anhelo, quiero, espero. Me agarra de la nuca, me sienta y me da otro beso húmedo. Sin prisa, su boca se inclina de un lado a otro mientras

me prueba desde todos los ángulos. Me siento deliciosa, jugosa, succulenta.

Como yo también quiero probarlo a él a fondo, me meto su lengua en la boca

y succiono, sorprendida de que el gesto haga que cada centímetro de mi cuerpo se contraiga y Saint me apriete más en un acto reflejo.

Gime, me sienta a horcajadas en su regazo y me baja la parte de arriba

del vestido sin tirantes con un tironcito de la goma elástica.

—Malcolm, ¿qué haces? —digo entre jadeos, y me tapo los pechos con los brazos.

—Mirarte.

Bajo control y con un descaro total, me coge los brazos y me los coloca a los lados.

Cierro los ojos con fuerza y los abro, avergonzada al reparar en que se

habrá dado cuenta de que me he puesto adhesivos en los pezones para ahorrarme el sujetador. No quería que se me marcasen, y ahora mis pechos

respingones lo miran fijamente con dos pequeños redondeles color canela pegados.

Me pasa los pulgares por cada uno. Mi sexo se contrae cuando advierto su mirada tierna, evaluadora y posesiva. Y oscura. Muy muy oscura.

—Me los iba a quitar antes de que los vieras —susurro.

Me besa en la comisura de la boca.

—Ya lo haré yo.

Se acerca y me besa un pezón por encima de la pegatina y luego el otro;

sus labios son cálidos y suaves. Levanta la cabeza, sujeta los adhesivos entre los dedos y me mira a los ojos mientras, con delicadeza, me quita uno y luego el otro.

Me recorre un escalofrío de necesidad.

El acto es sorprendentemente íntimo. Nos miramos a los ojos mientras me hace esto.

Se lleva el pulgar a la boca y mi sexo se tensa cuando se lo chupa. Hace lo propio con el otro pulgar. Entonces me frota los pezones con ellos y casi gimo en voz alta.

Me habla con voz profunda y yo contraigo los dedos de los pies. Noto en la entrepierna lo dura que la tiene.

—Ya son míos —dice.

Me vuelve a sentar en su regazo y me sube la falda del vestido hasta las caderas. Cuando ya la ha arremangado a su gusto, agacha la cabeza y se mete un pezón en la boca. En cuanto lo impregna de su calor y su saliva, muevo las caderas hacia su miembro.

—Saint —le ruego.

Deja mi pecho y me mira. Parece que quiera devorarme entera mientras

se inclina para continuar besándome en los labios.

No para de besarme, me agarra del culo y me acerca con más ímpetu a su erección.

Tiemblo de necesidad.

—Madre mía.

Jadeando, le araño el cuero cabelludo con las uñas y paseo la boca por donde puedo: por la coronilla, que le huele a champú, y por la rasposa

sombra de su mandíbula. Entonces le muerdo el lóbulo de la oreja. Mi cuerpo actúa por voluntad propia y se aprieta más contra él. Se me escapa

un gemido cuando me frota los pezones con los pulgares y con una lentitud de infarto, exquisita.

Quiero darme el lote con él para siempre, y quiero parar cuando pare él.

Pero se le ha puesto dura entre mis piernas, su boca me está matando y siento que me estoy tensando más y más porque llega el orgasmo.

—Hay que parar —gimo en tono de disculpa mientras le agarro del pelo con el puño—. Estoy al límite y no quiero estar sola.

—Yo estaré contigo.

Me agarra de la nuca y se limita a besarme lo que queda del trayecto hacia su casa. Cuando el coche gira y se mete en la entrada, Malcolm finaliza

con un último pico en la comisura de mi boca, me baja la falda y me sube la parte de arriba del vestido.

Intento recomponerme y arreglarme el pelo, algo avergonzada.

—No quiero ni imaginar qué aspecto debo de tener.

Me da un repaso rápido.

—Estás deslumbrante.

—Tú me deslumbras —le contesto, y le doy un empujoncito en el hombro mientras me río.

Malcolm sonrío de oreja a oreja.

—Sí.

Me acaricia la espalda mientras me lleva al vestíbulo de su bloque.

—Señor Saint —lo saluda el personal.

Él solo alza la mano como respuesta.

Nos metemos en un ascensor y nos veo un momento en el espejo: él está estupendo, tiene los labios un poco sonrosados y está algo despeinado; yo parezco sofocada, tengo el pelo un poco revuelto y me pesan los ojos.

Subimos al ático con una pareja, así que trato de comportarme y tener las manos quietas. Por sus cuchicheos, deduzco que saben quién es Malcolm. A lo mejor, hasta saben quién soy yo.

—¡Buenas noches! —dicen efusivamente cuando salen.

—Buenas noches —murmura Saint mientras sonrío y les hago un gesto de asentimiento.

Las puertas del ascensor se cierran y él tira de mí y baja la cabeza. Nos besamos, suavemente, hasta que suena la campanita y se aparta con unos ojos

tan entrecerrados como los míos.

Estoy temblando de anticipación cuando me toma de la mano y me lleva a su piso.

Me suelta para encender algunas luces tenues. Se quita la chaqueta, tira el móvil y se descalza.

Las luces nocturnas iluminan la ciudad a su espalda cuando regresa.

Verlo con esos pantalones de vestir, esa camisa blanca y ese pelo que he despeinado con los dedos arrolla cualquier miedo, cualquier duda que pudiese albergar. No es que quiera hacerlo, es que no quiero parar nunca.

Camina en mi dirección con los ojos cálidos y húmedos. Alza una mano cuando llega hasta mí, una mano extraordinariamente fuerte y suave, y me acaricia el cuello despacio.

Las feromonas, su delicioso aroma. Juro que los muslos se me han hecho agua, que el resto de mi cuerpo está en llamas y que Malcolm Saint es la gasolina que me enciende.

Mi mundo vuelve a estar en orden cuando me recorre con los dedos el cuerpo, la ropa, las caderas, el culo y la parte baja de la espalda para volver una vez más a la mejilla.

Sus ojos verdes me atrapan. Veo una pregunta tácita en ellos que formula a continuación con una voz como la corteza seca.

—¿Lento e intenso? ¿O rápido y duro?

—Las dos —susurro.

Mi respuesta le hace inhalar profundamente y apretar la mandíbula. Se acerca más a mí y, como asentimiento, me besa en los labios con suavidad y firmeza.

—Vale —responde.

Oigo como me desabrocha el vestido y suspiro agradecida mientras me lo baja con delicadeza.

—Tómame —murmuro.

—Eso haré.

—Úsame. Haz lo que quieras conmigo.

—No —me regaña—. Lo que se usa, se tira, y yo no me voy a cansar de ti nunca.

Mi vestido cae y queda como un charco azul a mis pies. Me quedo inmóvil como una estatua, temblando mientras el aire me rodea, sin nada más que las bragas, las sandalias de tiras y tacón alto y el corazón en la mirada.

Saint me besa en los párpados. Como si me viera.

Me ve.

Me stampa un beso en la boca y me mete los dedos en las bragas.

Juguetea suavemente con mis pliegues húmedos. Me fallan las rodillas cuando me toca; me sujeta con un brazo y se aparta para mirarme fijamente; respiro por la boca y mi rostro rezuma lujuria.

Su cara está seria por la necesidad mientras introduce los dedos en mi

sexo, húmedo. Sus ojos son del tono más bonito de todos, un caleidoscopio de verdes. Jadeo cuando me mete un dedo, y un destello de lujuria salvaje aparece en sus ojos. Luego veo el negro oscuro de sus pupilas, que no hace más que aumentar. Y el brillo de la avidez, avidez de mí.

Se me escapa otro jadeo y, al momento, me besa con más fuerza, más intensidad, y al siguiente es el dueño de mi boca. Me toma en brazos y va dándome besos húmedos de camino al dormitorio.

—Aquí estás —dice como si no pudiera creérselo, y me deja en la cama.

—No... me dejes, quédate —le suplico mientras enrosco las piernas alrededor de sus caderas y le rodeo los hombros con los brazos.

Me toca entre los muslos y me separa las piernas unos centímetros. Da con la pequeña marca de humedad que hay en mis bragas y frota un poco.

Mueve el pulgar arriba y abajo, encuentra mi clítoris, un botón hinchado, y empieza a trazar círculos como un loco.

—¿Te gusta? —pregunta con voz áspera.

Me raspa la piel.

—Me encanta —gimo por toda respuesta con la voz empañada por las sensaciones.

Frota un poco más fuerte.

Me está acariciando con los dedos por encima de las bragas mientras se inclina y me mordisquea los labios: es un beso inocente, pero estoy tan necesitada que poco a poco me derrito debajo de él.

Me baja las bragas. Aún llevo los tacones, y en mi opinión queda *sexy*, pero Saint me quita uno después del otro.

—Saint...

Dios, este hombre me va a matar antes de follarme.

Se coloca encima de mí, me acaricia un pecho y se inclina para darle un beso húmedo y rápido. Deja los labios ahí, lleva la mano de las caderas hasta las nalgas y me agarra mientras chupa con ganas.

El placer me golpea tan fuerte que me revuelvo.

—Calma —murmura él con ternura. Luego me chupa el otro pezón con suavidad, le pasa la lengua y se lo vuelve a meter en la boca.

Me aferro a las sábanas con los puños mientras noto cómo se forma un orgasmo rápido y fuerte, un nudo tenso en el núcleo de mi cuerpo.

—Saint, no estoy para preliminares ahora mismo —le advierto entre temblores.

—Cómo te he echado de menos —comenta con un brillo de alegría en los ojos. Me sostiene el rostro y me mira con tal reverencia que me siento perfecta —. Eres como una chispa. Solo con susurrarte ya te prendo fuego.

No puedo más, estoy a un segundo de correrme.

—Malcolm, por favor, no me dejes hacerlo sola.

—No irás a ninguna parte sin mí —susurra, sin preocuparse en lo más mínimo mientras se aparta para mirarme con unos ojos más caídos que nunca.

No puedo respirar. Estoy jadeando y me tiemblan las manos a los lados mientras se desnuda.

Se quita la camisa, después los pantalones, y me parece estar soñando.

Se desprende de su ropa y se queda desnudo, desnudo para mí.

Bronceado, músculos cincelados, más de metro ochenta de pura

testosterona. Le noto la piel suave, caliente y dura cuando se cierne sobre mí.

—Dime que me deseas... —murmura, y arrasa mi boca con la lengua.

Gira y empuja mi lengua con la suya, mostrándole dónde moverse, qué probar, dónde ir... con la suya.

—Te deseo a ti —gimo.

Me acerco a sus musculosos hombros mientras se acomoda entre mis

muslos, enrosco las piernas alrededor de sus caderas y entrelazo los tobillos. Me sujeta las manos por encima de la cabeza, entrelaza sus dedos

con los míos y me la mete.

Se me echa encima. Es perfecto en todos los sentidos. Gemimos cuando me penetra y nuestros cuerpos dejan de moverse y se quedan así.

—¿Así? —Me acuna el rostro y me mira.

Los dos estamos inmóviles por el placer. Nos miramos fijamente el uno al otro. Contemplamos los rasgos del otro como si no pudiésemos creer que estamos aquí.

Se ensancha dentro de mí y tengo la sensación de que cada centímetro

de mi cuerpo lo acoge. Y en este momento juro que no quiero soltarlo nunca, y que no lo haré si puedo evitarlo.

—Sí —digo con una exhalación al fin, y le aprieto las manos.

Sus ojos verdes irradian una emoción sincera y se me tensan los músculos por el deseo de llegar al orgasmo con esa mirada.

Me parece que nunca me ha mirado de una manera tan posesiva.

La saca y me vuelve a embestir. Gimo cuando sus movimientos hacen que nuestra piel entre en contacto. Hace fuerza con los brazos, sale y vuelve a entrar, marca un ritmo delicioso e intenso, casi como si ya no pudiera controlarlo.

Me invade de nuevo y empieza a besarme en el cuello, como si necesitase probarme. Me aferro a él con fuerza, me agarro a su cuerpo, más grande que el mío, con los brazos y las piernas, mi boca se sujeta a cualquier parte dura que encuentra. Lo apropiado que es que el único hombre que alguna vez ha sido mi dueño me devore y me tome de este modo va más allá de la imaginación. Es Pecado, y está dentro de mí, Saint está dentro de mí, Malcolm está dentro de mí. La tensión crece rápido en mi interior. Está en mí, tanto que es como si nunca nos hubiésemos separado. Nos movemos como si nunca hubiésemos parado.

Me pone una mano en la mejilla y se le empaña la voz hasta que casi no lo entiendo a medida que aumenta el ritmo.

—Mírame a los ojos. No apartes la vista hasta que te separes de mí.

Eso hago.

Le muerdo el cuello y entonces obedezco y le miro a los ojos como me ha pedido.

Observo cómo contrae el rostro cada vez que me la mete hasta el fondo.

Con toda su delicada fuerza en perfecto control, me levanta los brazos por encima de la cabeza, los clava a la cama y me aplasta con su cuerpo. Me siento físicamente indefensa, igual que cuando lo estaba emocionalmente, noto una bola de fuego que estalla dentro de mí. Jadeo y me contorsiono debajo de él, con su nombre en los labios, y sus ojos verdes contemplan sin piedad cómo me derrito.

—Malcolm.

Me sostiene mientras me corro. Se mueve en mi interior mucho más despacio para alargar el orgasmo mientras me mira con ojos ardientes. Me



besa en la boca hasta el final al tiempo que me embiste más rápido y más hondo con el gusto exquisito de siempre. Pero lo que más me conmueve es

lo fuerte que me abraza, porque sé que ha llegado al clímax y se está corriendo conmigo.

Un buen rato después, seguimos inmóviles. Saint respira hondo y a mí me falta el aire.

Sonrío contra su cara, allí donde toca la mía, mientras nos recuperamos.

Él también sonrío, y acerca una mano a mi costado para darme un apretón

cariñoso en el culo. Ríe ligeramente. Es tan *sexy* y varonil... Juro que solo quiero quedarme aquí, que me folle a lo bestia y ser la mar de feliz.

—Bruja —murmura mientras se pone de espaldas, me coloca encima de su pecho desnudo y me aparta el pelo—. Eres mejor de lo que recuerdo —añade en voz baja, mirándome a los ojos mientras me da un apretón en la nuca y me acaricia la parte de atrás de la oreja con el pulgar—. Y recuerdo perfectamente todas las veces que lo hemos hecho.

Dios mío, qué sensación.

—Y yo —consigo decir al fin.

Sonreímos un poco. Y me afecta tanto su sonrisa al estar con él así en la cama que noto un rubor en las mejillas.

Me tapo con la sábana y él enarca una ceja, pero no dice nada.

Desaparece en el baño y, cuando vuelve, me incorporo con timidez y lo observo. Se deja caer sobre el colchón y apoya la espalda en una almohada sin preocuparse lo más mínimo por las sábanas; su piel bronceada contrasta con la blancura que lo rodea.

Me quedo sentada, indecisa, y me pregunto si debería irme.

Me gira la cara y hace que me quede quieta en esa posición para besarme. Me abraza con firmeza y suavidad.

—Tú también te acordarás de esta noche —asegura.

Me acabo de derretir.

—¿Es una promesa? —le pregunto.

—Ya sabes que yo rompo mis promesas. —Estudia mi rostro y me dice con una mirada aviesa—: Es una advertencia.

Estamos en su cama, relajados y sudorosos, con las sábanas en los pies, cuando su mano empieza a deambular peligrosamente por mis costillas.

—Saint... Me vas a matar. Eres... un travieso. No puedo seguirte el ritmo.

—Ven aquí —me persuade él.

Me coge de la nuca y me atrae a su costado solo para abrazarme. Cuando me susurra cerca del oído, hace que se me erice el vello de los brazos.

—Solo quiero abrazarte.

Pero nada más acabar de decirlo, se inclina y me besa en la comisura de los labios.

Noto el beso en la entrepierna. En los pezones. En el corazón. Sin aliento, le sujeto el mentón.

—Has dicho que solo querías abrazarme. Y me acabas de besar en la comisura de los labios. ¿Dirías tú que eso es solo abrazar? ¿Eh, Pecado?

—Sí. —Aunque sonrío, la expresión de su rostro es intensa—. ¿Te gustaría fingir que no lo he hecho? —Frota el punto donde me ha besado y me mira con ojos ardientes. Nunca olvidaré la lujuria en su rostro mientras me contempla—. ¿Eh? —insiste con la voz ronca.

—No.

Me vuelve a besar en la comisura mientras me coge de la cara con su enorme mano.

Me derrito.

Tengo miedo.

Lo deseo muchísimo.

—Si me contratas, no te saldrás con la tuya —susurro.

Me mira a los labios con el hambre de una pantera.

—Ya lo creo que sí.

—Nunca has tocado a tus empleadas.

—Las normas las pongo yo —me dice arqueando una ceja en señal de desafío para después agachar la cabeza.

Estoy sentada, temblando, cuando de repente noto su cálido aliento en la cara. Reprimo un gemido y enredo los dedos en su pelo. Él exhala y se acerca a mi oreja, me besa la parte de atrás y se relaja un poco cuando permito que me cobije en sus brazos de nuevo.

Nos quedamos así un rato. Creo que mañana me va a dar algo al recordar esto.

Le paso los brazos por el cuello.

Quiero hablar, pero no romper el momento. Parece que necesita abrazarme y que yo le deje, y yo necesito este vínculo.

—Malcolm Kyle Preston Logan Saint —digo.

Noto que sonrío contra mi pelo.

—¿Por qué tantos nombres? ¿Eh?

Escudriño su rostro.

—Porque mi padre es un cabezón. Tenía clarísimo que al primero le pondría el de su padre. Mi madre quería tener cuatro hijos, así que le dejó a mi padre elegir primero si luego ella podía escoger el nombre de los tres siguientes. —Toma aire y me mira detenidamente—. No tuvo un parto fácil.

Cuando le dijeron que no podría tener más hijos...

—¿Te puso todos los nombres a ti? Kyle, Logan, Preston... —Sonrío.

Suspiro y le toco el pecho—. Saint.

—Madre mía, Rachel, no sabes lo que me haces sentir.

—Cuéntamelo.

—Algún día.

—Cosas buenas, supongo.

—Sí. Cosas buenas.

Empieza a recorrerme con la boca y mis pulmones tienen que trabajar el doble cuando tengo sus labios en la oreja, en la frente y en la mejilla.

—¿Qué has estado haciendo todo este tiempo? —le pregunto.

—Trabajar. —Alza un hombro con aire distraído—. Comprarme un coche. Probar algunos aviones. Hacerme con los cuatro mejores: tres para los directivos de M4 y uno para mí.

—Pues yo he visto béisbol —digo, y sonrío con superioridad contra su pecho.

—¿Desde cuándo ves tú béisbol?

Me encojo de hombros.

—Me gusta expandir mis horizontes de vez en cuando.

—Ah, ¿sí? —pregunta, divertido.

Me encanta verlo así.

—Este año los Cubbies van a romper la maldición, ¿lo sabías?

—No me digas.

—Pues sí. Entre nuestro lanzador estrella y esa media de carreras limpias, este es nuestro año, está claro.

—Venga ya —ronronea al tiempo que se remueve, interesado y divertido.

—¿Ves béisbol o no? —le pregunto, y lo miro a la cara.

Él me devuelve la mirada con una sonrisita arrogante.

—Ahora mismo estoy ocupado viendo como hablas de béisbol.

Le doy un empujón.

—Pero ¿sí o no?

—Sí.

Suspiro y me aprieto más a él, que me abraza un poco más fuerte.

—Tienes razón, este año los Cubs romperán la maldición —me dice con

una amplia sonrisa. Yo le sonrío en respuesta y me derrito por completo.

Me derrito y lo deseo de nuevo, con la misma intensidad.

No hemos dormido, no tenemos consciencia de la hora, el espacio ni el lugar, solo el uno del otro. Madre mía. Soy tan consciente de él que es como si lo estuviese memorizando de nuevo. El olor de su jabón, sus sábanas, su champú, su piel cálida y tostada, los distintos tonos que adquieren sus ojos verdes cuando me hace el amor y lo a gusto que estoy ahora, mientras me abraza.

Apoya la frente en la mía, me gira la cara y me besa. Estiro un brazo a mi espalda y le acaricio el pelo mientras lo beso, y de pronto, vuelve a estar dentro de mí.

—Eres insaciable —bromeo—. ¿Ya estás listo para otra ronda?

Me tira de la oreja.

—Ya sabes que los hombres codiciosos somos insaciables por naturaleza.

Me echo a reír y me tumbo. Tapo mi cuerpo sudado con la sábana porque me ha entrado vergüenza de repente. ¿De verdad esta soy yo?

¿Vuelvo a estar en la cama de Malcolm y me ha vuelto a follar como si no hubiera un mañana?

Me siento tan satisfecha que estoy agradecida, honrada, asustada y contenta. Mi situación laboral es un desastre, todavía me preocupa mi madre y,

sin embargo, si poco a poco puedo arreglar las cosas con él, siento que puedo hacer lo que sea.

Malcolm...

«Que sea codicioso, por favor. Que lo desee todo de mí, no solo esto, por favor».

Veo que va a buscar un envoltorio de aluminio. Ahueco la almohada, me peino y rezo a Dios para no estar hecha un desastre cuando regrese. Oigo que abre el grifo.

Ya le dije que lo quería en su momento, pero todo se fue a la mierda y no me he atrevido a repetírselo. Lo que pasó después de decirle «te quiero» la primera vez habrá devaluado tanto mis palabras que no estoy segura de que quiera volver a oírlas. Pero creo que sabe que todavía lo quiero.

Creo que la única razón por la que me ha perdonado es porque parece tener un conocimiento intuitivo de mí. Asimismo, parece que el amor que le profeso le llega igual que percibo la huracanada energía que emana en mi dirección.

Dios. Eso es enamorarse, eso es lo que vemos en múltiples películas, canciones, libros y obras de arte. Nos resulta tan familiar como nacer o morir y, en cierto modo, se nos antoja igual de misterioso.

Llega sin avisar.

Al principio, piensas que es lujuria.

Que los sentimientos fuertes son otra cosa.

Admiración y respeto.

Entonces, el sentimiento se vuelve más fuerte, más profundo, y cuando harías lo que fuera por esa persona, cuando su felicidad es la tuya, cuando hasta sus defectos te parecen fascinantes, y cuando quieres ser mejor, digno de ella, sabes que es amor.

¿Y ahora qué?

Vuelve a la cama, se deja caer de espaldas y me coloca encima de él.

Busco un acercamiento mayor, así que enrosco las piernas alrededor de sus caderas y le paso los brazos por los hombros. Nos besamos, y después de montarlo y cabalgarlo, y de que me lleve a sitios que solo he descubierto con él, acabo más reventada que nunca.

Cuando terminamos y me tumbo de espaldas, ambos estamos jadeando.

Busco su mano a tientas y le pongo la mía encima. Me quedo mirando al techo, medio esperando a ver cómo reacciona.

No sabía que estaba aguantando la respiración hasta que gira la mano y me agarra la mía; se aferra a ella como si fuera lo más natural del mundo.



Después de las Olimpiadas sexuales del sábado, nos pasamos casi todo el domingo durmiendo.

Nos vamos despertando poco a poco, follamos sin prisa. Me pasa una camisa cuando nos dirigimos a la cocina. Después, se queda trabajando un

poquito en el salón y yo me acabo el café.

—Tendría que irme ya —comento.

—Quédate, está lloviendo —insiste.

Y cuando parece que se da cuenta de que voy a cambiarme para irme, deja de trabajar y me lleva a su cama en brazos. Y entonces lo único que cae

sobre mí es la lluvia de los ardientes y provocadores besos de Malcolm Saint.

15. Todos los colores del mundo

El lunes por la mañana me siento como si alguien le hubiera dado al interruptor de la luz. Los colores son brillantes y claros y soy muy consciente de mi cuerpo. Me despierto y el pecho de Malcolm está debajo de

mi oreja, el corazón le late despacio y a un ritmo constante, y nuestros cuerpos están enredados con las sábanas.

Cuando suena la alarma de su móvil, se estira un poco, exhala y se va a la ducha. Me quedo en la cama, a gusto y exhausta. Les envío un mensaje a las chicas:

Madre mía, estoy en la gloria. Y me duele hasta el alma. No quiero salir de esta cama nunca.

Tengo ganas de chillar con mis amigas, pero no les voy a contar mucho más de lo que les he escrito.

¿Es raro que a medida que vas conociendo más a un hombre empieces a esconderles cositas a tus amigas más íntimas, a amigas que lo sabían todo de ti? Nunca les había ocultado nada hasta que conocí a Malcolm. Ahora hay

cosas privadas que quedan entre él y yo.

Le envió un mensaje a mi madre:

¡¿Cómo estás?! ¡Te tengo que contar un montón de cosas cuando nos veamos! ¡Te quiero!

Luego me envió un correo a mí misma para recordarme que debo

ponerme con mi columna cuando llegue a casa.

Me giro y me duelen las partes íntimas.

Anoche Malcolm me llevó al cielo una y otra vez.

Es como si solo existiésemos él y yo en el mundo.

Salgo de la cama con cuidado, obligo a mi cuerpo adolorido a caminar y me meto en el enorme lavabo. En silencio, me cepillo los dientes con el dedo y un poco de la pasta de dientes de Malcolm. A continuación, me lavo las manos, me las seco y me paso los dedos por el pelo.

En el espejo veo el vidrio esmerilado de la ducha y distingo su figura alta y musculosa dentro. El agua salpica su dura piel. Después de todas las veces que lo hemos hecho no debería ponerme cachonda ni morirme de ganas de repetir al instante, pero así es.

Me pita el móvil y corro a ver qué es. «Entrevista», me recuerda. Miro la hora y me doy cuenta de que solo tengo cincuenta minutos. Me da mucha vergüenza meterme en la ducha con él, así que empiezo a vestirme y lo espero en la cocina.

Me apoyo en la enorme barra de granito y me tomo a sorbitos un café mientras

la luz de los gigantescos ventanales inunda la estancia. Hace sol y está claro que sopla el viento: veo como se mueven los carteles y los árboles. Desde aquí da la sensación de que podrías abarcar la ciudad entera si abres los brazos lo suficiente.

Entre esa vista y la del huracán que sale de su cuarto con pantalones de traje negros, la camisa abierta y el pelo mojado mientras habla por teléfono y mira por la ventana, estoy a punto de suspirar. Pienso en Gina y, de pronto, desearía que dejase de creer que los dónuts son lo único por lo que vale la pena suspirar; esto es mucho mejor. Tal vez debería darle una oportunidad a Tahoe.

«¡Rachel! ¿Te estás convirtiendo en la chica que quiere que todas las chicas vean corazones y estrellas solo porque tú los ves? ¡Esa es Wynn!

¿Tahoe y Gina? ¿En serio? Lo último que necesita es que le vuelvan a partir el corazón».

Frunzo el ceño y me pongo a ojear noticias en internet. Pero cuando veo algunos comentarios sobre el Darth Vader de Chicago, también conocido como Noel Saint, en las páginas que suelo mirar.

LINTON CORP. DE NOEL SAINT ADQUIERE LA REVISTA LOCAL QUE

REVELÓ EL ROMANCE SECRETO DE SU HIJO EL MES PASADO

Se me revuelven las tripas.

Malcolm acaba de colgar y se está tomando un café. Tiene el *Tribune* delante mientras echa un vistazo al móvil con la otra mano. Salgo de detrás

de la barra.

—Saint, tengo que irme. No puedo llegar tarde hoy. Tengo una entrevista.

Malcolm frunce el ceño y levanta la cabeza.

—¿Una entrevista? ¿Dónde?

Titubeo.

—Es que... no quiero que se gafe, que he tenido que hacer algunas llamadas.

—¿A quién vas a ver? —insiste.

Me mira con demasiada atención como para que sea una pregunta desinteresada. Un segundo más de escrutinio y añadido, con una sonrisa forzada:

—No tires de contactos, por favor.

Enarca una ceja con arrogancia.

—Para eso están.

Me echo a reír.

—¡Saint! Prométemelo.

—¿Dónde es? —pregunta, dejándolo todo momentáneamente.

—No es en M4 —le aseguro. Escudriño su rostro inescrutable y suspiro

—. No puedo seguir en *Edge*. No me siento segura.

Me mira en silencio como si esperase que dijese algo más.

—Tampoco me puedo ir contigo, así que no lo sugieras. Complicaría las cosas, y ya me cuesta gestionar la atención que recibes. Eso solo pondría en duda tu instinto para los negocios.

—Discrepo. Tengo un instinto para los negocios excelente. Seríamos afortunados de contar contigo. —Ladea la cabeza y, de pronto, sus ojos me miran con una admiración y una preocupación absolutas—. Lo has dado todo por esa revista. Has desnudado tu alma por esa revista.

—No lo hice por *Edge*. Desnudé mi alma por ti. Ya conseguiré otro trabajo. *Edge* no va a durar... Y lo sabes. No sin alguien perspicaz y con los bolsillos llenos al mando. Y si al final se la queda tu padre, no quiero estar ahí para verlo.

Se le nubla la mirada, como le pasa cada vez que se menciona a su padre.

—Sé que la verdad y la lealtad son importantes para ti, Saint —continúo

—. Y no voy a trabajar para el hombre con el que tienes broncas un día sí y otro también.

—Ven a trabajar conmigo, Rachel —me suplica con una voz profunda que rezuma la autoridad de siempre pero que es suave al mismo tiempo.

Pese a que no soporto decirle que no, consigo negar con la cabeza.

—No podría tenerte como jefe y luego meterme en tu cama; una tiene que poner límites en algún momento, Pecado. —Entonces, cuando

comprendo lo que acabo de decir y me pregunto si he metido cuarta marcha demasiado pronto, reculo—: Bueno... Si quieres volver a acostarte conmigo,

claro.

Jodeer. Llevo mi plato al fregadero y lo lavo en un momento.

Madre mía, ¿en serio he dicho eso?

Él se acerca.

—¿Qué hay de malo en trabajar para mí?

Seco el plato, me seco las manos y, cuando me doy la vuelta, me encuentro con su mirada. Le cojo de la cara con ambas manos, me pongo de puntillas y le doy un pico suave en los labios.

—Quedamos en que iríamos con calma, pero tomemos el rumbo que tomemos, no quiero que seas mi jefe. Prométemelo.

Me mira detenidamente mientras bajo los talones. Se le tensa la mandíbula en señal de frustración.

—No me hagas prometértelo.

Niega con la cabeza y dobla el periódico.

—Si me lo prometes, me lo creeré —digo.

—Hablaemos de esto más tarde. No puedo prometértelo.

Uf, qué terco es. Pero como ha dicho que hablaemos de ello después, lo dejo pasar. Noto un ligero cosquilleo de alegría ante la perspectiva.

—Lamento decirte que no me convencerás, pero puedes intentarlo con sexo y besos, claro. Madre mía, llevo supertarde.

Voy corriendo a su cuarto a por el bolso y cuando vuelvo ya se está

arreglando: se ata la corbata y saca una de sus numerosas chaquetas idénticas.

Me detengo un momento para contemplarlo y pienso, incrédula: «Me lo pido, zorras».

—Yo también llego tarde. —Se pone la chaqueta. Cuando está todo trajeado se mete en el personaje de Saint el Implacable—. Otis se ha puesto malo. Claude ha ido a buscar a mi cita de las ocho; viene de Dubái.

Termino de atarme los zapatos, y cuando agarro el móvil para llamar a un servicio de taxis, Malcolm me detiene y me pone algo en la otra mano.

—Ten —me dice.

Estoy hecha un lío mientras examino el cuero brillante y el llavero de acero. El destello de sus ojos me hace desconfiar.

—¿Y esto?

—Tu medio de transporte.

16. Algo prestado

De repente me siento supermimada y multimillonaria cuando me coloco en el asiento del piloto del flamante Bugatti cromo y negro cuyas llaves me ha dado Malcolm. Huele de maravilla, es una maravilla, y estoy cachonda solo de pensar en conducir este bicharraco.

Exhalo mientras cierro la puerta y le doy al botón para encenderlo.

El motor retumba y me asusto un poco. La hostia.

El volante se desliza bajo mis dedos, el asiento me abraza y vibro por el

ruido del motor. Este coche no es un Buggati, es una bestia.

Una bestia con la que se debería ir a una velocidad vertiginosa y con la que yo, cauta como soy, voy a la mitad de lo permitido mientras la gente me mira con envidia.

Un anciano sonrío al verlo; me alegra haber hecho que se sienta superior.

Después de una paradita rápida en casa para ponerme ropa limpia, entro en la central de *Bluekin* en Chicago. ¡Es la leche! Tengo la adrenalina a tope.

Lo que más me gusta de este sitio es... Pues todo, narices. Normalmente las portadas son bocetos a mano y, en cierto modo, esto permite que el contenido sea muy variado. Si hay un medio innovador, ese es *Bluekin*.

Sus historias de interés humano siempre son verídicas, serias y muy conmovedoras, pero no se centran solo en eso. Publican desde artículos divertidos hasta los más sombríos, y cada vez tocan más y más géneros.

Me siento afortunada de que Charles Harkin me vaya a entrevistar. Es un miembro muy respetado en la empresa y antes trabajaba para una revista importante de Nueva York.

—El director ejecutivo es un conocido de Saint. Le impresionó lo bien que parecía entenderlo usted, y la valentía que demostró al sincerarse.

Debería estar muy orgullosa de ese artículo.

No me jodas. ¿Es que todo el mundo tiene que conocer a Malcolm o sacar

a colación el artículo? Es oír su nombre y reaccionar por instinto. Como si un elefante (o Rosie) me hubiese dado una patada en el corazón.

La falta de sueño me está pasando factura, pero estoy tan relajada como si se me hubiese subido el alcohol. Lo que me corre por las venas es mejor que el alcohol. Es embriagador. Es una tortura preciosa recordar la noche anterior. Me dijo que no la olvidaría y tenía razón. Me siento... poseída.

Exhalo. Me obligo a salir de su ático y volver aquí, al departamento de recursos humanos y a la entrevista que nunca pensé que desearía hasta que los sacrificios que hice por una profesión que amaba me causaron problemas para volver a tomar las riendas.

—A veces, los buenos artículos son los que exigen más de uno mismo —

le digo al fin al hombre sentado al otro lado del escritorio mientras reconozco para mis adentros que ese artículo exigió tanto de mí que aún no me he recuperado del todo.

Es un hombre agradable y sencillo, pero, tras las gafas, su mirada es perspicaz y destila admiración.

—Más o menos me identifico con eso. A veces lo que más cuesta es lo que merece más la pena, pero no tiene por qué ser lo que recordemos con más cariño.

Compartimos una sonrisa y repasa los folios que tiene delante.

—Aquí dice que está interesada en cubrir temas serios. —Asiente con aprobación—. Sin duda queremos que se incorpore al equipo alguien como usted, alguien que no tema correr riesgos.

Aguardo y trato de calmarme mientras vuelve a dirigir la vista al folio.

—Perdón por meterme en su vida íntima, pero... —añade— nos gustaría que nuestros periodistas se ganasen su reputación por sus artículos, no por con quién se junten. Y salir con una celebridad tan importante de esta ciudad, bueno, tiene que ser duro. Saint es un hombre conocido por conseguir lo que se le antoja, por eso nos sorprende que haya solicitado entrevistarse con nosotros... —confiesa.

Sonrío un poco.

—Saint respeta mis elecciones profesionales, se lo aseguro.

—Mmm... —musita.

Empiezo a tener la sensación de que, por algún motivo, les preocupa que contratarme cabree a Malcolm.

—Entonces, ¿no le interesa ni un poquito escribir en parte sobre sus temas anteriores? —Mira abajo—. Por lo general, en su columna se analizan las tendencias de la ciudad, aunque últimamente parece que se ha decantado más por dar consejos a las mujeres sobre citas.

—Sí, pero me gustaría que los nuevos artículos me involucrasen un poco más con la sociedad y ayudasen a compartir las historias de la gente que aún no tiene voz.

Se pone a tomar notas.

—Es usted visionaria y ambiciosa. —Le da un golpecito con el boli al papel en el que ha estado escribiendo—. Y su rendimiento es impresionante

para el tiempo que lleva en *Edge*.

Asiente con la cabeza y parece que, al quitarse las gafas, se quita también la careta.

—Mire. —Junta las manos encima del escritorio y me mira a los ojos—.

Voy a ser sincero con usted. Los jefes son colegas de Saint. Usted es valiente, lo cual les encanta, e inquieta, pero necesitan estar seguros de que se quedará aquí mucho tiempo.

—Sí.

—¿Lo dice en serio? —Se recuesta y cruza los brazos con aire desafiante

—. ¿Malcolm Saint... sabe que ha venido a entrevistarse con nosotros?

—Sí.

—Pero ¿Interface no va a inaugurar una sección de noticias...? —Deja la

frase a medias con una intención clara, porque es evidente que lo que insinúa es «en la que usted encajaría».

—Sí, pero quiero seguir ascendiendo.

Algo parecido a la admiración aparece en su rostro.

—Vale, de acuerdo. —Da una palmada y se frota las manos, como si con eso concluyera todo—. Hablaré bien de usted.

—Gracias. Muchas gracias por su tiempo.

Noto una ligera sensación pesada en las entrañas porque siento que esto es un adiós. Aun así, le estrecho la mano con efusividad y sonrío.

Es una sonrisa que me abandona nada más salir del edificio. Suspiro y me apoyo fuera. Gimo y sacudo la cabeza porque no creo que haya ido bien.

Me da la impresión de que creen que empezaré aquí y que me iré a la sección de noticias de Interface.

¿Acaso teme todo el mundo que esté bajo el amparo de Malcolm?

Cruzo la calle y voy al quiosco más cercano a comprar un ejemplar del

Chicago Tribune. Vuelvo al *parking* y lo dejo en el asiento del copiloto del Bugatti de Saint. Apoyo la cabeza en el volante y suspiro.

A ver, Rachel, solo ha sido una entrevista. Una. Y no será la única.

Acaricio el salpicadero con aire distraído, disfrutando de la suavidad del lujoso y elegante cuero negro y del cromo.

La próxima entrevista irá mejor.

Tiene que ir mejor.

Enciendo el motor; el fuerte y retumbante rugido me asusta y me hace soltar otra risita cuando el asiento se pone a vibrar. Madre mía, qué bonito es, qué bien huele y qué a gusto se está aquí dentro. Qué bien que el hombre del piso de arriba no me haya visto con el coche o no me habría dejado ni entrar.

Sin embargo, la suerte no me acompaña en *Edge*, y ven el Bugatti.

Nuestro aparcamiento es minúsculo y solo pueden acceder los que han comprado una plaza, y como no encuentro sitio para aparcar, tengo que llamar a Valentine.

—Val, he venido en coche.

—Pero si tú no tienes coche.

—Pues ya ves. Anda, porfa, ¿me prestas tu plaza? No puedo dejarlo a la intemperie, es que... Ya lo entenderás, te lo prometo.

—Me debes una —me avisa, y cuelga.

Sale y saca su coche del garaje refunfuñando. Yo aparco con cuidado, mirando los retrovisores el triple de veces. Hago lo mismo cuando abro las puertas del coche y salgo.

Valentine vuelve a la plaza de aparcamiento corriendo. Se queda boquiabierto.

—¡¡Qué...!! —Enmudece y toma aire.

—No iba a venir con esto —le aseguro, levantando las manos cuando él me lanza una mirada acusadora—. Otis está malo. Iba a tomar un taxi para ir a la entrevista, pero Saint me ha dicho: «Ten». Y cuando me iba a ir me ha dicho: «Condúcelo como si lo hubieras robado, pero que no te pillen». Me pone nerviosa conducirlo. Como le hagan un rasguño, me muero.

—¡Qué...! ¡Es que no...! —Niega con la cabeza y parece que le va a dar algo—. ¡Tía, es un puto BUGATTI! ¡Valdrá unos dos millones de dólares!

—Calla, que ya cuesta lo suyo conducirlo con cuidado sin saber ese detalle. Es sensible y enérgico. El muy cabrón se embala con solo rozar el pedal.

—Porque tiene un motor V16 y unos doce mil caballos. Tú... Debería

estar prohibido que las mujeres condujesen un Bugatti, ¡es un insulto para ellos!

—Vete a cagar, anda, que tú por ser gay eres mitad mujer.

Vuelvo a sentir la emoción de tener la llave de Malcolm Saint en la mano cuando dejo que Valentine cotillee dentro.

—¡Madre mía, tía, joder! Esto transmite un mensaje muy claro: este tío es un calzonazos. ¿Te han visto salir con esto?

Esbozo una sonrisa.

—A un tigre no le quita el sueño la opinión de las ovejas. Le da igual lo que piensen los demás.

Valentine babea, gime y lo acaricia un rato. Entonces pregunta:

—¿Dónde era la entrevista?

—En *Bluekin*. —Se me descompone un poco el rostro cuando cierro con llave el bebé de Malcolm y nos encaminamos a los ascensores—. No puedo quedarme aquí. El padre de Saint va a tomar el mando, y mi lealtad está en otro sitio.

—Ya, tía, no puedo dormir. Yo tampoco sé qué hacer, aunque quizá debería empezar a buscar trabajo yo también. Todo el mundo dice que Noel Saint es un gilipollas de mierda. El único que puede plantarle cara es su hijo, pero dicen que Saint no quiere saber nada de él, y con razón. Hay que seguir adelante y pasar de los que quieren que uno toque fondo.

De repente se lo ve abatido, todo lo contrario a la imagen que da Valentine siempre. Suspira.

—Cuando los nuevos propietarios tomen las riendas, echarán a todo el mundo. Querrán empezar de cero, traerán savia nueva, se ocuparán de las pequeñas mafias internas y lo purgarán todo. Si te enteras de algo en la empresa a la que vayas...

—Descuida —le prometo cuando llegamos a nuestra planta—. Suerte, Valentine.

En la sala de prensa... Bueno, no se llama así por nada. Al parecer el pequeño Bugatti blanco del garaje ha causado un gran revuelo.

Después de unas horas tomando notas para mi próximo artículo, que creo que titularé «¿Qué dice tu coche de ti o de él?», Helen me pide que vaya a su despacho.

—Estoy un poco celosa de tu situación ahora mismo —me dice Helen nada más entrar.

—¿Cómo?

—Estás radiante. ¡Mírate! Todo el mundo habla de ti y de tu Saint. Su coche está abajo. Me estoy convirtiendo en fan suya.

—¿Porque su padre va a comprar la revista?

No dice nada y sonrío ampliamente.

—Dime que los rumores son ciertos. Los tres.

—¿Eh?

—Tamaño, aguante y seducción.

—¿Quién ha dicho eso? —Pongo los ojos en blanco—. Dejemos de hablar de él.

—Los símbolos sexuales están cosificados.

—Helen, prohibido hablar de él aquí a partir de ahora. Con el artículo ya basta. ¿Puedo volver al trabajo ya?

Me hace un gesto para que me vaya y se ríe por lo bajo. Entonces me llama:

—Rachel...

—¿Qué?

—¿Es verdad? ¿Estás buscando trabajo?

Me doy cuenta de que estaba de broma, de que me estaba vacilando en plan amiga porque quiere información.

La miro y, de pronto, me siento una desertora total porque voy a dejar

Edge. Como las ratas que abandonan el barco las primeras mientras este se va a pique, en lugar de quedarse a tripularlo. Pero tengo clarísimo que quiero arreglar las cosas con Malcolm, y someterme al yugo de su padre no

ayudaría a mi causa en lo más mínimo.

—No voy a trabajar para el padre de Malcolm —le digo.

—¿Lo sabe tu novio?

—No es mi novio. Solo somos... —Tomo aire—. *Edge* no se cargará mi relación esta vez. Me encanta estar aquí, pero... mi relación con él es lo primero ahora mismo. De verdad que quiero que funcione. Mi instinto me dice

que saldrá bien. Si no lucho por él, me arrepentiré el resto de mi vida.

Sus ojos se suavizan y niego con la cabeza como si estuviese enfadada consigo misma.

—¡Basta ya de especulaciones! Ponte a trabajar. —Chasquea los dedos

—. Pero Rachel..., no creo que los propietarios dejen que te vayas tan fácilmente. Noel Saint te quiere en *Edge*.

—Pues más razón para irme. Por mí se puede ir a la piiiip.

Vuelvo a mi escritorio y le mando un mensaje:

En la oficina se están muriendo con mi medio de transporte.

Qué bien. Pero pagar por sus funerales me consumirá un tiempo que preferiría dedicar a otra cosa. :)

¿Cuándo quieres que te devuelva tu Bugatti? También puedes jugar un poco conmigo si quieres.

¡¡Madre mía, qué guarra soy!! No le he escrito eso.

Pues sí.

Lo he hecho, y él me contesta:

Estoy juguetón. Por desgracia solo estoy libre a las nueve. ¿Te va bien?

17. Torbellino en las redes sociales

Antes de irme de la redacción de *Edge* por hoy, Valentine me pone al corriente de la que se ha liado en las redes después de que nos viesen en el

club.

Última entrada del blog de chicagocal243:

Malcolm Saint, nuestro chico malo favorito, ¿con novia? ¿Qué pensáis, lectores? ¿Creéis que es posible que nuestro soltero más sexy sea monógamo?

Porque yo no...

Twitter:

¡Han vuelto a ver a @MalcolmSaint este finde con la periodista mentirosa!

No te pega nada, @MalcolmSaint, pero ¡¡¡NADA NADA!!!! ¡TÚ ERES UN PRÍNCIPE Y ELLA ES UNA RANA!

En su página de Interface:

¡Saint, guapo! Jeremiah y yo te hemos enviado una invitación para que asistas a la fiesta de nuestro primer aniversario. Puedes traerte a tu amiga.

En Facebook:

Te he enviado un MP, S. Estamos planeando el viaje en grupo anual a Montecarlo. Dime algo pronto, porfa.

Su Instagram:

¡Tu nueva novia es una belleza encantadora! Llámame si quieres que la conozca y le dé un beso, te daría un espectáculo. ¡LLÁMAME!

—Espero que hayas contratado guardaespaldas —me dice Valentine cuando dejo de buscar en internet.

—No, pero tengo a Saint para protegerme —le digo en broma.

—¿Le vas a decir que no a la que le propone el trío? —me chincha.

—En serio, esa mujer ni se imagina lo ocupado que estará Saint conmigo.

Valentine se ríe, y yo niego con la cabeza y me dirijo a los ascensores sonriendo para mis adentros. Pecado. Ay, Pecado, ¿voy a tener que aprender a luchar para lidiar adecuadamente con estas pavas?

¿No podemos decirles a todos que soy yo la que se ha pedido a Saint?

18. Esa noche

Son las nueve de la noche. Ya he llamado a mi madre, he avisado a Gina de que dormiré fuera y me dirijo a su casa. Me lo encuentro saliendo a grandes zancadas del cuarto, recién duchado, en vaqueros y poniéndose una camiseta azul marino.

Dios, tiemblo solo con verlo.

—¿Qué tal? —pregunta.

—¿Qué? ¿El coche? ¿La entrevista? ¿Mi día?

Dejo sus llaves y el periódico que he comprado en la mesa de centro.

—Empecemos por la entrevista. Ya sé que el coche es canela fina.

Sonríe y ladea la cabeza cuando se desploma a mi lado y yo me arrimo a él.

Me besa en la mandíbula y me toma los pechos, que, tentadores, asoman por el escote de mi camiseta. Le beso en el cuello, en el tendón que le mordí anoche, y le veo una marca rosa clarito en la parte de abajo, oculta tras la camisa.

—¿Has visto que te han dejado un chupetón?

Gimo cuando agacha la cabeza, me lame un trozo de piel y me hace lo mismo.

—Ahora ella tiene otro igual —contesta con picardía.

Vuelvo a gemir cuando chupa de nuevo. Se está tan bien que no quiero ni hablar ni comer ni hacer nada que no sea follar con él.

Me frota la oreja con la nariz.

—Los mejores ruiditos son los que haces cuando te toco.

—Qué vergüenza... —Gimo, y sonrío. Subo las manos del pecho a su cara

—. Llevo todo el día pensando en ti.

Se le oscurecen los ojos. Me acerca hasta ponerme encima de su muslo.

—Esto se interpone en mi camino —comenta con travesura, y toca el botón de arriba de mi blusa, aunque no me lo desabrocha. Creo que sabe — ambos lo sabemos— que como me lo quite, se acabó la charla—. Bueno, ¿qué tal?

—Bien.

—¿Bien? —repite. Está claro que no se lo cree.

—Nada del otro mundo. No quiero hacerme ilusiones.

Cuando me sigue mirando con cara de «deja de decir chorradas», suspiro.

—No ha ido muy bien —confieso al fin—. Pero me encanta *Bluekin*. Me encanta cómo trabajan, que no se cierran a un solo mercado, que los lean jóvenes, viejos, hombres, mujeres... Que tengan una mente abierta.

—¿Quién te ha entrevistado? ¿Harkin?

—Sí. —Entorno los ojos—. Dijo que eras amigo de su jefe.

Él asiente y se aparta con cuidado. Nos sirve una copa a cada uno y me pasa la mía.

—¿Dónde crees que encajaría? —le pregunto, y doy un sorbito.

—Ya lo sabes.

Sonríe y se sienta a mi lado en el sofá. Le brillan los ojos, pero está serio.

—No, de verdad, quiero saber tu opinión.

— *Bluekin* es buena —dice, y frunce el ceño, pensativo—. *Buzz*, *Lokus*, el *Sun-Times*, el *Tribune*, el *Reader*. Te podría enchufar en cualquiera de esos. A lo mejor hasta en *RedEye*.

—No. Nada de enchufes. Tengo que hacer esto por mí misma. ¿Qué

harías si te dieran algo con tanta facilidad? ¿Eh? —le pregunto con actitud desafiante.

—Lo aceptaría y lo aprovecharía para ascender. —Arquea las cejas como si me retara—. Puedes salir adelante por tu cuenta o gracias a los que te rodean.

—Dices eso porque te vales de sobra tú solito y no necesitas a nadie que te ayude. —Y añado—: Ni siquiera me planteo trabajar donde está Victoria.

—Estaba. —Se encoge de hombros—. También podría enchufarte allí.

—¿Estaba? ¿Y qué hace ahora?

—No molestarte.

Lo miro boquiabierta, perpleja y asombrada.

—¿Cómo conoces a tanta gente?

—Recaudadores de fondos. Prestaciones. Negocios. Les gusta mi cartera.

—Me guiña un ojo y esboza una sonrisita de suficiencia—. A algunos hasta les gusto yo. —Alza la copa de vino—. Aun así, no me taches de tu lista —
murmura.

—¿Por qué? —gimo, y frunzo el ceño en broma—. ¿Acaso quieres
vigilarme las veinticuatro horas?

Con aire pensativo pero con pasión a su vez, me pasa el dorso de un dedo por la mandíbula.

—M4 es el único sitio que conozco en el que podrás hacer lo que te plazca, no me cabe la menor duda.

Sin pensarlo, le cojo del mentón.

—No me creo que me vaya a ir de *Edge*. —Pienso en mis amigos un momento, sobre todo en Valentine y Sandy—. A lo mejor les va bien que vayan a comprar la revista.

Se ríe suavemente y se levanta para ponerse otra copa. Como si
necesitase espacio, se queda mirando por la ventana sujetando la copa con
la palma y el tallo entre dos dedos.

—¿Quieres hablar del tema? —le pregunto con dulzura.

—Más bien no.

Un millón de luces parpadean fuera, y luego está esta habitación, tan oscura y serena como el cielo, igual que el lago. ¿Volverá a llevarme allí? ¿A nuestro pequeño rincón donde todo, absolutamente todo lo demás, carece de importancia?

Un segundo después, se vuelve y me mira con el ceño fruncido.

—¿Qué es tan horrible de trabajar para mí?

—Nada. Sencillamente no quiero.

Frunzo el ceño.

Él hace lo propio.

Esto es lo que siempre he querido. Escribir lo que me plazca. Y él me lo está ofreciendo. Me lo está dando con creces. Pero me asusta aceptarlo.

Porque, con el tiempo, supondría perder lo que más anhelo: la posibilidad de mantener una relación duradera con él.

No puedo. No quiero que me tienta siquiera.

—Malcolm, te prometo que no estaré allí cuando tu padre tome posesión del cargo. No estaré allí.

Aprieta la mandíbula. Su silencio es opresivo e invita a pensar.

Frunzo más el ceño.

—Te estoy diciendo que no estaré allí. Te lo prometo. —Lo miro—. ¿No crees mi promesa? ¿Es porque crees que las promesas valen un comino o porque no confías en mí?

Entorna los ojos.

—Perdóname si no me fío de tus promesas.

Eso me duele.

—¿Tenemos una relación que va más allá del sexo o solo formo parte de algún cuatro? ¿Cuatro semanas? ¿Cuatro meses?

A lo mejor me estoy obsesionando con lo que se ha dicho de él. Quizá sigo obsesionada con su reputación y tengo la sensación de que no soy tan profesional como él.

—Vamos paso a paso —contesta, comedido.

Me muerdo el labio.

Como es evidente que no me entusiasma la idea, entrecierra los ojos.

—¿No te basta con eso?

«No. Porque te quiero», pienso, desconsolada.

—Me has enseñado a ser codiciosa. Ya no estoy segura de nada —le digo—. ¿Esperas que trabaje para ti sabiendo que en cinco meses podrías estar pavoneándote con cientos de mujeres y que ninguna sea yo? —le pregunto con tono desafiante, y me pongo en pie despacio—. Yo también tengo orgullo. No puedo separar lo profesional de lo personal contigo, sencillamente no puedo. Sé que quieres protegerme. Pero necesitaba creer que podía encontrar algo por mí misma. Quiero que me respetes, igual que te respeto yo a ti. Necesito...

Hago una pausa cuando noto que empiezo a enfadarme.

—Supongo que necesito que tú también creas que puedo encontrar algo por mí misma.

Saint, sumido en un silencio inquietante, trata de leer entre líneas, pero yo ya me he percatado de que esta conversación ha llegado a un punto muerto rápidamente.

Joder, estoy harta. Cada vez que sale el tema del trabajo, se le cruzan los cables.

¿Segundo día y ya nos estamos peleando?

—¿Sabes qué te digo? Que como no nos vamos a poner de acuerdo y ya estoy harta, me voy a casa.

—Mierda —dice, y le da una palmada a la pared, pero yo bajo por el ascensor y, orgullosa y a punto de soltar la lagrimilla, paro un taxi para que me lleve a casa. Necesito tiempo para pensar en lo que haré para ganarme la vida mientras lucho por intentar mantener una relación con Pecado.

19. Visita nocturna

Llevo de morros en la cama casi una hora, reflexionando sobre mi vida, cuando Gina llama a la puerta.

—Rache, ha venido alguien a verte.

Se asoma para ver si estoy presentable, retrocede y abre del todo.

Saint está plantado en el umbral con las manos a los lados, la mandíbula tensa y con aire pensativo..., y me da un vuelco el corazón.

—¡Hola!

Aturdida, me pongo en pie y me esfuerzo por disimular la emoción que me embarga al verlo en mi casa.

Cierra la puerta despacio sin dejar de mirarme. Llevo su camisa. Me flaquean las rodillas.

—Bonita camisa —dice.

—Es tuya.

Juro que mi habitación parece más pequeña y mucho más femenina cuando está él.

Camina hacia delante mientras me evalúa con la mirada.

—Me gusta cómo te queda.

Nerviosa, me muerdo la mejilla.

—Pensaba que no querrías que me la pusiera mientras me odiases.

—No te odio.

Sigue avanzando y, por alguna razón, yo retrocedo. A lo mejor se debe a que el hecho de que me vea tan cómoda con su camisa me hace sentir vulnerable. A lo mejor se debe a que le abrí mi corazón en un correo electrónico que tal vez no ha leído.

—Hay mucha gente a la que no respeto. Es algo que me cuesta. —Su mirada busca la mía—. A ti sí te respeto. —Estira el brazo para que deje de apartarme y me inmoviliza cogiéndome la cara con una mano—. Te

entiendo, Rachel. A lo mejor no lo digo, las palabras son lo tuyo, no lo mío, pero te entiendo. Eres la única mujer con la que he ido tan lejos. Con la que he querido ir tan lejos. Prométeme que si no encuentras nada para cuando mi padre tome el mando, vendrás conmigo y te creeré.

Tiene los ojos más verdes que nunca, son como unas anclas que me retienen con su peso. Nos miramos fijamente como si tratásemos de entender lo que necesita el otro. Él está tranquilo; el deseo se ha apoderado de mí y estoy blanda como un fideo.

Sé que no ha hecho esto nunca, que no ha estado jamás con nadie como conmigo, pero yo tampoco. Cierro los ojos cuando me acaricia el cuello con el pulgar mientras me sujeta.

—Vale. Te lo prometo.

Entonces esboza una sonrisa lenta, masculina y de agradecimiento, y me abraza.

—¿Tan duro era? —me regaña.

—No, tú sí que estás duro.

Sonríó contra su cuello.

Se ríe suavemente mientras me acaricia la barbilla.

—Pasa cuando estás cerca.

—Ah, ¿sí? No me había dado cuenta.

Sonrío.

Su sonrisa me deslumbra.

—Es permanente.

Ay, madre, qué húmeda estoy. Lo aparto de un empujón y retrocedo un poco con el ceño fruncido.

—Se rumorea que sucede cada vez que una mujer anda cerca.

Viene hacia mí.

—Soy un hombre hambriento. No me disculparé por mi apetito.

—¿Y te gustaba irte de bufé?

Me subo a la cama y consigo que no me atrape.

Le brillan los ojos y su piel bronceada resalta sus dientes blancos.

—¿Por qué no? Si tengo hambre...

—¿Aún tienes ganas de hacerlo?

Me bajo y sigo alejándome mientras Saint continúa persiguiéndome con calma.

—Tienes un apetito tan grande que es probable que no lo sacie nada —le pico.

—Es probable. —Me atrapa con un movimiento rápido, me acerca a él y me dice al oído, bajando la voz—: Sigo pensando que te queda mejor que a mí —dice con voz ronca.

Gimo y me arrimo a él.

—Saint.

«Fóllame ya. En la cama, en el suelo, contra la pared».

Juguetonamente y con una picardía de cuidado, me desabrocha un botón y me acaricia la piel que hay entre las clavículas con los nudillos.

—Te deseo —susurro, mareada y pegajosa por dentro—. ¿Ves? Yo también soy ambiciosa.

Su voz es totalmente ronca.

—Así me gusta, que apuntes alto. Siempre. Me gusta que mis chicas sean codiciosas.

—¡En plural! ¡Serás bicho! —Lo empujo en broma y vuelvo a apartarme con un ceño fruncido de pega.

—Pero te gusto igual.

Sigue avanzando, y juro que la sonrisa que está exhibiendo ahora mismo hace que me exploten las hormonas tanto como su erección.

—Ya apunto... alto... Pero estoy intentando ponerle un nombre a lo nuestro y me frustra no conseguirlo.

«¿Qué soy exactamente para ti?», quiero preguntarle, pero Saint me desabrocha otro botón y susurra:

—Sólo tú querías una palabra. Pero no existe una palabra para esto.

Me sujeta los mechones sueltos que tengo en la nuca y me acerca la cara a la suya para besarme. Y... lo hace.

Nuestros labios chocan, firmes. Me ablando cuando me mete la lengua y una espiral de calor se arremolina en mi estómago. Lo atraigo por los hombros mientras nos besamos, y, ansiosos, retrocedemos hacia la cama.

Mis corvas topan con el colchón y me siento, me tumbo. Él se pone encima de mí mientras me sigue besando despacio pero con brío. El ardor de su beso lento e intenso me reduce a cenizas.

Reprimo un gemido y lo miro aturdida cuando se incorpora a mi lado y me acerca a su pecho con un brazo. Empiezo a besarle el cuello y la mandíbula, consumida por la lujuria, cuando noto como baja la mano y me acaricia la pierna desnuda.

—Entonces estamos de acuerdo —murmura contra mi boca, y me lanza una de sus miradas más desafiantes.

Me lamo los labios y asiento.

Me vuelve a meter la lengua. Se cierne sobre mí, todo virilidad.

Dominante y posesivo, sin remordimientos, enreda mi lengua con la suya.

Aprieta, gira, acaricia y aviva mi fuego; el espacio entre nuestros cuerpos no existe. Me acaricia el costado con la mano y se va a por el triangulito de piel que hay debajo mi garganta y que él ha destapado.

Lo agarro del mentón para acelerar el beso, pero no caerá esa breva.

—Tranquila. Déjame saborearte —me persuade en voz baja al tiempo

que aminora el ritmo y alarga el beso como si le estuviese dando sorbitos a una copa de vino, que soy yo.

La tela de la camisa que llevo es muy endeble en comparación con el duro pecho de Saint.

Oigo el aire acondicionado, el barullo de la ciudad. Noto la cama mullida debajo de mí mientras su boca vaga por mi cuello. El peso de su torso sobre el mío me hace suspirar. La suave piel de nuestros pechos se roza. Siento el calor húmedo de su boca sobre mi piel. Las yemas de mis dedos se le clavan en la nuca. Su duro pecho contra mis senos. Huelo el aroma de su cuello.

Oigo nuestras respiraciones. Estoy sin aliento y, aun así, me acaricia con los dedos entre las clavículas.

Nos quedamos tumbados en silencio, mirándonos el uno al otro hasta que se lanza a por otro beso.

Entonces vuelve la cabeza y me colma de besos largos y lentos.

Q

—¿Vas a cumplir tu promesa, Rachel?

Otro beso.

—Mmm... —Le doy un beso lento—. Sí, Pecado.

—Buena chica...

Más besos lentos, se da la vuelta y se levanta de la cama.

—¿Adónde vas?

Me incorporo, confusa, y me aparto el pelo de la cara.

—Debo irme. Tengo que hacer algo importante en mi casa.

Se dirige a la puerta.

—¿No te quedas entonces?

Se detiene, da media vuelta y arquea una ceja oscura. Y luego la otra.

Y al instante veo que le brillan los ojos.

Vuelve conmigo.

Se inclina y me abrocha el botón que había desabrochado con su bello rostro serio.

Me cubre el pecho sobre su camisa mientras abre la boca y agacha la cabeza para degustarme por última vez. Me lame el labio de abajo con delicadeza, luego el de arriba, y finalmente me mete la lengua en la boca de

una manera exquisita aunque efímera y me da un besito en la comisura.

Empieza a preocuparme que toque mi cuerpo como si fuese suyo. Madre mía, soy adicta a él.

Pero entonces susurra:

—Aquí no, pequeña.

—¿Por qué?

—Está tu amiga. Y quiero que hagas ruido.

Me echa una mirada cargada de significado.

—¿Nos veremos pronto? —me pregunta con voz ronca. Se aparta con

cuidado y se dirige a la puerta una vez más.

Se va a ir.

Agarra el pomo.

—Pensaba ir a ver a los Cubs la semana que viene y me apetece que vengas.

—¿A ver a los Cubs? —Casi doy un brinco—. ¡Vale!

Le brillan los ojos. Sus labios traviosos se curvan hacia arriba.

Me pregunto si es porque sabe lo que siento por él, y me sonrojo.

—Me emociono porque nunca he ido a ver un partido.

Le chispean los ojos.

—Claro, claro.

Sé que sabe que estoy emocionada porque voy a verlo con él.

Quiero decirle que le quiero, pero antes de que reúna el valor para hacerlo, ya se ha marchado. Me tumbo en la cama y pienso en nosotros.

A la mañana siguiente, le cuento un poco la pelea a Gina, le digo las cosas tan bonitas que me dijo y le pregunto si cree que Saint me quiere.

Me mira con cara de «me estás vacilando».

Y yo la miro a ella con cara de «no, no te estoy vacilando».

—¿Estás de broma?

—Nunca bromeo con Saint.

Vuelve a meter la cuchara en el plato.

—No sabría decirte. Lo que sí sé es que te está volviendo vulnerable y está

haciendo que te aísles.

—Qué va.

—No quieres hacerte ilusiones. Aún tienes miedo.

—Vale, sí, es posible.

—¿Miedo de qué?

Me encojo de hombros.

—De todo. —Me río por no llorar—. Siempre tengo miedo.

—¿De que no te corresponda?

Asiento con la cabeza.

—¿De su fama y de sus admiradoras? ¿De las ganas que tienen de que se canse de ti y de que lo recibas con las piernas y los brazos abiertos?

—¡Gina! —Frunzo el ceño—. Él no es así.

Pero, en cierto modo, me dan miedo sus admiradoras. Me da miedo estar enamorada. De... él.

—Son todos iguales, Tahoe y Callan también. —Hace una pausa—. Tía, yo también tendría miedo; pero... mira sus actos, Rachel. Deberías darles más importancia que a la palabrería. Paul me decía... No quiero ni recordarlo. Pero no hablaba en serio, sus acciones decían lo contrario. Dios, lo habría matado por ser un infiel mentiroso de no haber estado tan... destrozada.

Me observa con gesto serio.

—Lo que Saint ha hecho por ti: ofrecerte trabajo; conservar el artículo de Victoria en vez del tuyo; lo de la seguridad de Acabemos con la Violencia;

venir anoche para arreglar las cosas... Sé que eres una chica de palabras, pero él es más de hechos. Y está haciendo cosas para acercarse a ti. A lo mejor deberías declararte.

Abro las manos, impotente.

—Ya le dije que le quería por teléfono. Una vez.

Una puñalada se me clava en el pecho cuando vuelvo a preguntarme cómo se lo tomó.

—Eso fue antes de que se liase parda. Quizá quiere que vuelvas a dar el salto. En el artículo decías que saltarías si pensases que él te cogería. ¿No te fías de que lo vaya a hacer?

Un cálido resplandor me inunda cuando me imagino saltando sabiendo que él me va a atrapar, y mis labios se curvan un poco.

—¿Desde cuándo eres tan perspicaz?

Hago una bola de papel con una servilleta y se la tiro.

Ella me la devuelve.

—Desde... Yo qué sé. —Se encoge de hombros y me dirige una mirada melancólica—. A lo mejor es que quiero volver a confiar en los hombres.

Se echa a reír y se encoge de hombros como para quitarle importancia a su confesión. Pero importa..., y mucho.

Ha pasado tiempo desde lo de Paul, y Gina ha tenido muy claro siempre

que no quiere volver a pasar por lo mismo.

—La primera vez que nos enamoramos... —Dejo la frase a medias y voy a por un paquete de Lucky Charms y un bol para mí—. No ha sido un paseo por el parque para ninguno —le aseguro.

Me roba los malvaviscos rosas del bol antes de que le añada la leche.

—Más bien una montaña rusa. —Se mete algunos en la boca—. Pero como dice Tahoe... Porque ahora somos amiguís. ¿Qué? ¿No te lo esperabas?

—Se ríe por lo bajo—. Bueno, que los paseos por el parque pueden ser aburridos.

20. Partido de los Cubs

Hoy juegan los Cubs y yo estoy corriendo de acá para allá en bragas negras y un sujetador a juego. Mi estómago es un manojito de nervios. Me siento como si estuviera viendo una peli de terror y estuviese en la parte en la que sale una tonta a punto de abrir un armario en el que se esconde un asesino en serie o un psicópata y no puede hacer nada al respecto. Yo soy la chica. Y estoy a punto de abrir la puerta del armario, solo que es Malcolm quien me espera al otro lado, y no sé qué me asusta más.

Pecado, al otro lado de la puerta. Mi adicción. Mi amor.

Huelo a colonia de vainilla y noto la espalda caliente porque me acabo de planchar el pelo, que me cae liso y sedoso justo por debajo de los omóplatos.

Estoy muy emocionada, me siento como una adolescente. Miro el móvil;

todavía aparece su último mensaje en la pantalla:

Voy para allá.

Tres palabras de nada y ya siento que me falta el aire. Pero también quiero chillar como una niña pequeña. No lo he visto en toda la semana por temas de trabajo, pero nos hemos enviado algunos mensajes. Mientras pienso en qué ponerme, ya estoy imaginando lo que pasará. En que pronto estaré en su coche con él, rodeada de cuero en un espacio reducido... y luego me da por pensar si volverá a mi casa o no, y me sorprende creyendo —no, esperando— que lo hará.

Me detengo para asegurarme de que la cama está hecha y de que el cuarto está impecable.

Al final me pongo una blusa verde esmeralda de seda y unos pantalones cortos blancos que me hacen buen culo. Opto por un calzado plano, me pongo más colonia en el cuello, máscara de pestañas, un poco de colorete y un toque de brillo de labios color cereza. Me miro al espejo y, mientras decido que estoy bien, oigo que llaman a la puerta.

Me centro en mi respiración y el ruido que hago con las manolinas al andar. No hay nadie más en casa. Solo hay un par de lámparas encendidas, y justo ahora me doy cuenta de que en algún momento mientras me arreglaba y no dejaba de pensar en él, se ha puesto el sol.

Abro la puerta y lo veo plantado con las manos en los bolsillos, unos vaqueros oscuros y una camiseta negra de manga larga que le define esos



hombros tan enormes y le marca los bíceps. Por extraño que parezca, los nervios que siento en el estómago disminuyen. Me está mirando con esos ojos verdes. Aprieta la mandíbula con fuerza. Sus ojos vagan desde las puntas de mis zapatos hasta el rubor de mis mejillas.

Carraspea y, cuando al fin habla, juro por Dios que casi empiezo a llorar de lo mucho que me gusta ese sonido. Es increíble lo que he llegado a echar de menos su voz y que parezca que le tiemble el pecho con su potencia; sentir el calor que emana su cuerpo mientras está de pie. Mi único deseo es que su campo de fuerza me absorba.

Se acerca más a mí, nos miramos fijamente y dice:

—Estás espectacular.

No puedo responderle nada. Mis nervios no me dejan. Es nuestra segunda cita oficial después de quedarme a dormir con él.

—Mmm... —Agacha un poco la cabeza para rozarme el cuello con los labios—. Y también hueles bien.

Juro que me estoy derritiendo aquí mismo, y como si él ni siquiera lo supiera, el muy cabrón se endereza de nuevo y me lanza una de sus sonrisas marca de la casa.

—¿Estás ya? Que llegaremos tarde.

—Sí.

Respiro hondo. Miro atrás, apago las luces y agarro el bolso del perchero

que hay al lado de la puerta.

«Talking Body», de Tove Lo, suena a todo volumen por los altavoces. La zona VIP domina el campo; hay varias filas de asientos exteriores para disfrutar de la acción, conectadas a la *suite* privada, que es donde estamos.

Nada más entrar me ciega una cálida luz dorada. Sofás de cuero negro, televisores de plasma y una mesa de billar son lo primero que veo. Entonces localizo un ventanal enorme que da al campo de béisbol, todo iluminado. Me parece que huelo los cacahuets y la cerveza. Estamos en la cima del estadio, en una jaula de cristal.

Nos servimos unas copas y nos sentamos en un sofá que da directamente al ventanal. Nos metemos en el partido enseguida.

—Pero ¡¡corre, hostia, Rizzo!! —grita y ruge Malcolm con su voz grave—.

Jodeer.

Echa la cabeza hacia atrás y gime antes de volver a mirar el campo. Le da un trago al pinot negro.

Trato de reprimir una risita dándole un sorbo a mi cóctel cortito. El partido está reñido y queremos garantizar la victoria como locos. Debería haber prestado más atención, pero me encantan los orgasmos deportivos que tiene Pecado mientras ve partidos. Me encanta lo tranquilo que está, tan

calmado y sereno, y que luego grite desde lo más profundo de sus entrañas

y alce el puño cuando las cosas salen como quiere. Y me encanta cómo

consigue que una parte de mi cerebro se las pira cuando me rodea con el brazo y me acaricia el mío despacio.

Se lo ve supercontento, tomándose su vinito, rodeándome con el brazo, sentado en su majestuosa jaula de cristal con vistas al estadio; cualquiera pensaría que es suyo por la forma en que se sienta, como si fuese el dueño.

Yo, mientras tanto, me empapo de la experiencia de ver un partido en un estadio al que no he ido nunca. Gina dice que es porque no ha habido hombres en mi vida: ni padre ni hermanos ni novios. Tal vez tenga razón.

Me encanta cómo se caldea el ambiente en el estadio y cómo se caldea donde está Saint.

—Joder, lo noto, llegará a la base —masculla Malcolm a mi lado. Está concentrado.

Me lo estoy pasando pipa.

—Si tú lo dices...

Me mira fijamente un momento y a continuación aprieta la mandíbula y cierra los ojos un segundo. De no haber estado mirando, me lo habría perdido. Se inclina sobre mí.

—Vamos que si lo digo. Les vamos a dar una paliza.

En un momento dado unos amigos que están debajo de la jaula empiezan a gritar su nombre, así que vamos a la fila contigua.

—¡Saint! ¡Estrellita de mierda! —grita un chico. Luego pregunta si su pandilla puede subir, mirándome con chulería.

Saint les dice que no por toda respuesta y les enseña el dedo. Me toma del brazo y me lleva a un asiento exterior. Se coloca a mi lado y se inclina hacia delante, y seguimos viendo el partido.

Entre jugadas miramos la pantalla gigante. Me estoy riendo viendo a las parejas plantarse un beso en cuanto los enfocan. Un joven de pelo oscuro aparece de pronto en la pantalla. Doy un respingo, consciente de mi condición de mujer. Sale solo hasta que yo —y el resto de los espectadores

— nos damos cuenta de quién es y la cámara se mueve un poco para incluir... me... al mismo tiempo que noto que me tocan debajo del pelo, Malcolm me atrae hacia él y sus labios se apoderan de los míos.

Oigo los vítores y, aturdida, soy incapaz de mirar la pantalla. Solo puedo fijarme en la boca de Pecado, que acaba de besarme.

Le brillan los ojos cuando me acerca a él para darme otro beso; este solo para él, solo para sus ojos. Para sus ojos masculinos y ardientes.

Se lo ve muy tranquilo y en paz consigo mismo una vez que la cámara va a por sus próximas víctimas.

Tres entradas más tarde, sigo cohibida y me siento muy femenina. Pero

Pecado se ha recuperado y está totalmente concentrado en el partido. Es el final de la novena entrada, por lo que está a punto de terminar. Un *strike* y los Cubs perderán contra los Cardinals. Nuestros Cubbies. Batea Sweeney, que ha hecho algunos *home runs* este año. Nos queda todavía un lanzamiento; nuestros chicos pueden ganar.

—Esto ya es otra cosa. Bases a punto —dice Malcolm, aplaudiendo. Me mira alzando las cejas y hace una flecha perfecta con los dedos para representar las tres bases.

Me tiemblan los labios cuando trato de contener una sonrisa. Había olvidado lo mucho que le gusta cualquier cosa que implique competir. Noto

un ligero hormigueo cuando veo la pasión que destilan sus ojos.

De repente me muerdo de ganas de jugar con él.

—Apuesto a que eras un experto en bases, por muy estúpido que suene.

Enarco una ceja. Me pregunto cuándo empezó todo, y voy a ver si consigo sacarle cómo se convirtió en el hombre más buscado de Chicago, ese pedacito de información. No me sorprendería que hubiese empezado en primaria. Salió en primera plana cuando nació, y así ha sido desde entonces.

—¿Era? —bromea—. Soy. —Agacha la cabeza y me pasa la punta de la nariz por la sien—. Aún se me da bien. —Me besa donde tenía la nariz.

—Me gustaría verlo. Eres un jugador de tanto nivel que el árbitro debería ponerse aquí a pitar las jugadas.

Pensaba que se reiría, pero no. Se le han oscurecido los ojos, como si no le gustase que lo llame mujeriego, y juraría que ha cambiado su estado de ánimo.

Lo miro; me examina la mano mientras me pasa el pulgar desde la base hasta las puntas de los dedos. Me hormiguea la piel, me burbujan las venas.

Tiene una mirada de concentración, como si acabara de descubrir algo que no hubiese visto nunca. Como si claramente estuviese jugando con un

juguete con el que nunca esperó jugar. Me mira. Ver por un momento el ardor de su mirada hace que fije la vista en nuestras manos, con los nervios

comiéndome el estómago.

Levanta nuestras manos y me besa los nudillos despacio. Cuando las baja, estoy jadeando un poco. Me sonrío y yo hago lo mismo cuando me suelta; aún lo noto en la piel.

—Nada me enciende como tú —susurra.

Me da un beso dulce pero breve. Se recompone rápido y se vuelve para mirar al jugador que hay en la base. La pelota hiende el aire a toda velocidad, el bateador golpea y, de pronto, me doy cuenta de que le ha dado y la ha enviado a algún punto del centro del campo.

Malcolm está en éxtasis. Todo el estadio grita. Si llegan dos jugadores de los Cubs, habrán ganado...

Uno.

La multitud se pone en pie.

Malcolm se pone en pie.

Yo me pongo en pie.

Se oye un rugido y, de repente, Malcolm me abraza con fuerza y me lanza por los aires con tanto ímpetu que me falta el aliento.

—¡Malcolm! —grito. Me alza, me besa, me estruja y me da vueltas mientras me sonrío de oreja a oreja. Cuando me baja, sus ojos pasan de un júbilo enardecido a algo tormentoso e incontrolable.

Me rodea con los brazos y me estrecha contra su pecho, pero este abrazo



es diferente.

—Quiero hacerte sonreír —dice con la mirada fija en mí; supongo que sigo sonriendo.

—A mí también me gusta tu sonrisa —confieso.

Nos abrazamos de nuevo y nos quedamos mirando el estadio.

Empezamos a parecer una pareja, como lo son Wynn y su novio, como si Saint estuviese hecho para abrazarme así. Sus enormes manos me sostienen

mientras esperamos a que el estadio se vacíe para irnos.

Me frota la espalda despacio y mueve la cabeza de modo que me roza el cuello con los labios. Qué gusto, qué maravilla, qué calentito, qué suave. Se me acelera la respiración y noto que me aprieta. Me está abrazando, y justo cuando creo que no es posible que me guste más la sensación, me aferra con más fuerza y no me suelta hasta que salimos. Me saca del estadio.

Hace frío en el aparcamiento, los árboles se doblan, se balancean y se inclinan por la fuerza del gélido viento de Chicago. La ciudad del viento: el

nombre surgió a raíz de los aires que se daban algunos políticos y charlatanes de la ciudad hace siglos, aunque mucha gente piensa que es por

el viento.

Mientras esperamos a que Claude traiga el coche, algunas personas se acercan a saludarlo. Un hombre sonriente con dos niñas, una en cada brazo,

exclama:

—¡Saint!

—Hillz —dice Malcolm sin emoción en la voz. Me toma de la mano para que no nos alcance y me lleva hasta su coche.

—¿Por qué no quieres que los conozca? —pregunto en cuanto estamos dentro.

—Eres demasiado buena para algunos de mis seguidores —me dice al oído.

Me entran retortijones. Madre mía, las mariposas estas no se van nunca.

Es como si alguien te hiciera cosquillas en el estómago y tuvieras la sensación de que te va a entrar la risa tonta en cualquier momento por ninguna razón en concreto, salvo que sé que Malcolm me va a besar como si

no hubiera un mañana. Noto el frescor del cuero en las pantorrillas. La mampara que nos separa de Claude está subida, y mientras el coche se aleja,

Saint me toma la cara con ambas manos y me da un beso tierno y efímero.

—Gracias por acompañarme.

—Gracias por invitar... —Antes de que acabe de hablar, me besa. Y dejo que el beso se intensifique.

Al instante es como si nos hubiésemos fusionado, estamos

sincronizados. Noto sus manos en mi cuerpo, pero mi cabeza está en algún

punto del espacio, bailando junto a Júpiter y contando los anillos de Saturno.

Es como pillarse un colocón. Un colocón caliente, abrasador y necesario. Me

vuelvo loca y me siento a horcajadas encima de él. Le paso los dedos por el pelo; lo tiene muy suave. Su boca está en mi cuello, caliente y húmeda, y me lame y me besa.

Me siento como una adolescente mientras me doy el lote con él en el asiento trasero de su coche. No puedo respirar. Le dejo hacer porque es como estar en el cielo. Sus dedos juegan con la cintura de mis pantalones

cortos, trazando círculos y frotándome la piel con suavidad. Lo beso de nuevo y empiezo a restregarme contra él, que gime y me agarra por el culo.

Con una mano me aprieta y me acerca y con la otra, me desabrocha los pantalones. El corazón me late tan fuerte que diría que es lo único que oigo.

Sonríe contra mis labios.

—¿Quieres que pare?

Sus labios se aferran a mi piel y, con la lengua, me dibuja círculos lentos y perezosos en el cuello.

—Jamás. Bésame —le suplico.

Deja un reguero de besos tremendamente exquisitos hasta llegar a mi boca.

—Llevaba todo el día imaginando este momento.

Me chupa los labios y sigue besándome, más ávido que antes. Sus manos se acercan peligrosamente a mis bragas, pero me sigue trazando círculos alrededor del ombligo mientras me devora con su deliciosa boca.

Deja mi boca y se dirige a mi cuello: lo lame, lo mordisquea y lo saborea.

—Dios, llevaba queriendo hacer esto desde que te vi en tu casa.

A estas alturas ya estoy resollando como loca y necesito separarme para respirar. Estoy en ese punto en que el mero roce de cualquier parte sensible haría que perdiese la cabeza. Qué bien que le suena el móvil.

—¿Trabajo? —pregunto.

Cuando cuelga me entero de que no.

—Los chicos me están petando el móvil. Quieren venir a celebrarlo. T quiere saber si tu amiga Gina se apunta. —Me mira con las cejas arqueadas, a la espera.

Me paso la mano por los labios, hinchados. Juro que Saint me ha ayudado a inventar el equivalente femenino de las bolas azules.

—Más le vale que no le toque ni un pelo a Gina. Le voy a enviar un mensaje.

Saco el móvil y se lo mando.

A Saint también le cuesta respirar. Está despeinado por mi culpa. Está *sexxy*, con triple equis.

—¿No te caen bien T y Carmichael?

—Yo no he dicho eso.

—Tus amigas también me odian.

—No te odian. Te han juzgado mal. No sabían qué pensar de ti.

Reflexiona sobre ello, se echa hacia atrás y abre los brazos mientras lo medita un poco más.

—Vale. Hablemos de cómo nos afecta eso.

Parpadeo.

—Si te hace sentir mejor, ya he hablado con mis amigos.

—¿Cómo que has hablado con ellos?

—Que les he dicho a los retrasados estos que me gusta una chica; que me gusta mucho y que espero que respeten mis decisiones.

—No sabía que habías tomado decisiones.

—He decidido ir en serio contigo, y quería que quedase claro que no voy a hacerles caso como me vengan con chorradas. Si te putean a ti, me putean a mí.

Esta conversación es... No la soporto. Lo miro.

—Saint, esta ciudad no ha conocido un mujeriego como tú.

—Así es como me ve el mundo. ¿Tú me ves así? —Me mira con curiosidad y el ceño ligeramente fruncido—. Tahoe me montaba un montón de fiestas. Me lo pasaba bien. Eso es lo que la gente veía. Que me emborrachaba y estaba rodeado de chicas.

Yo también frunzo el ceño.

—Tahoe solo piensa en echar un polvo y cree que es lo único que te importa a ti también.

—Pues no. ¿O sí? —Me mira atentamente—. Tenía a cien mujeres cada fin de semana. Me las podía permitir. Libres, sin compromisos. Quería tirármelas. Una y otra vez.

Inhalo bruscamente, y, de pronto, quiero vomitar al imaginármelo tocando a otra.

—Pero besé a una aquí... —Me toca la comisura de la boca con una mirada de dolor—... Y necesité más.

Me duele la garganta como si hubiese tragado arsénico. No tengo derecho a estar celosa. Pero los celos me revuelven las tripas.

—Seguro que tus admiradoras saben contonearse.

Su respuesta es suave como una pluma.

—Sí. —Me vuelve a rozar la comisura de los labios, se recuesta en su asiento y me mira en silencio y casi con reverencia—. Pero ninguna me habla como tú. Quieren dinero o fama, pero ninguna me ha pedido que salve

al mundo. Ninguna deseaba mi consuelo. Me miran con lujuria, pero nunca como si yo fuera el punto por donde sale y se pone el sol. Al mirarte, veo a una chica que no sabía en qué se estaba metiendo conmigo. Veo a una chica a la que no puedo olvidar. ¿Qué ves tú cuando me miras?

—Te veo a ti. No tengo palabras para ti.

—Mis amigos ven a un tío que ha perdido la cabeza por una chica. —Se inclina hacia delante, me tira la cabeza hacia atrás con los nudillos y la ladea de modo que me penetra con la mirada—. Juegan cuando quiero jugar, pero me conocen mucho más allá de las chorradas que hacemos. Nos conocemos desde que teníamos diez años. Me conocen... como pensaba que me

conocías tú.

Se le ensombrecen los ojos.

—Pero no me conocías en absoluto. ¿Creías que merecía que jugases conmigo? Me veías como los demás, y yo fui sincero contigo en todo momento.

Bajo la vista mientras me vuelven a asaltar los remordimientos.

—Me daba miedo que fuera verdad. Si te cansas de mí y quieres algo nuevo... u otro cuarteto..., no habrá fuerza en la Tierra que haga que te vuelvas a fijar en mí.

Ríe con dulzura.

—No quiero apartar la mirada. —Su expresión se suaviza cuando me observa con los ojos entornados—. Estoy colado por ti —dice—. Mis amigos saben que lo digo en serio.

—Mis amigas también —le susurro, y lo miro—. Saint, no odio a tus amigas. Me caen bien. Es que no quiero que hagan que mis amigas lo pasen mal.

—Si lo dices por Tahoe y Gina...

—Sí, lo digo por eso —respondo mientras me quito de encima de él.

Muevo las manos en el aire, pero él las sujeta, me las cierra a los lados y me sienta en su regazo.

—No es de nuestra incumbencia.

—Tahoe es un casanova. Viaja en *jet* por todo el mundo y le sirven champán azafatas desnudas. Está acostumbrado a conseguir lo que quiere cuando quiere.

—¿En serio?

—Sí. Está acostumbrado a que lo atiendan varias mujeres a la vez y que le regalen cositas de lo más sugerentes, como pajas grupales. ¿Cómo va a competir Gina con eso?

—Eso, ¿cómo va a competir contra tantas a la vez? —Chasquea la lengua, pero se nota que se está divirtiendo.

—¿Ves? Es imposible. Y ella es... una buena chica. No tiene ninguna posibilidad con un tío como ese.

—A lo mejor son los tíos como nosotros los que no tienen la oportunidad de estar con una chica buena e inteligente que nos quiere para algo más que un polvo... rápido... —Arquea las cejas con actitud traviesa.

—Os sobran oportunidades. Basta con que nos deis un beso sensual en la comisura del labio para tenernos comiendo de vuestra mano.

Se inclina hacia delante y me roza las comisuras con los labios. Cada rincón de mi cuerpo siente que este es el beso más perfecto del mundo.

Cierro los ojos con fuerza para combatir la emoción, y susurro:

—Como le haga daño a Gina, me lo cargo.

Cuando abro los ojos, los de Saint me miran con fijeza y me dice en voz baja pero firme:

—Ya me lo cargaré yo por ti.

21. Celebración

Estamos en la terraza de Pecado, celebrando la victoria y hablando

mientras corre el alcohol. Gina, Wynn y yo pasamos el rato en la zona de descanso al aire libre junto a una piscina de un azul cristalino, mientras que Saint y sus colegas comentan las jugadas al lado de la barra. Tahoe no tarda en quejarse del tonto de su administrador de fondos de cobertura y de cómo han reducido su patrimonio neto a más de la mitad.

—Madre mía —grita Gina desde donde estamos sentadas—, te invito a que vengas un día a trabajar a mis grandes almacenes para pijos mientras yo soy la magnate del petróleo que gasta dinero; me apaño con la mitad de lo que tienes. —Y añade con mordacidad—: Bueno, tampoco servirías para eso. Parece que estés en preescolar.

—Me gradué en Princeton —replica.

—Entonces no debería costarte encontrar un buen trabajo si se te secan los pozos de petróleo.

—Ja. Tú sí que estarás seca para cuando eso pase —afirma Tahoe.

—Madre mía, hombres... —Gina tiene el ceño fruncido cuando se vuelve hacia nosotras—. Cuando quieren follar, somos unas reinas. Se emocionan por hacerlo tanto como su anatomía les permita y, luego, no somos nada. —

Niega con la cabeza—. Las mujeres necesitamos un motivo para mantener relaciones sexuales, los hombres solo un sitio.

—Entre tus piernas —dice Wynn entre dientes.

Me echo a reír, pero Gina sigue con el ceño fruncido y nos dice a las dos:

—En serio, las tetas son probablemente lo único con lo que un tío como Tahoe puede hacer varias cosas a la vez. A lo mejor dos son demasiado para él.

—¿Qué tal si lo averiguas? —Wynn le da un codazo con descaro.

Veo que Malcolm no me quita ojo mientras le hablan sus amigos, y empiezo a notar un fuerte dolor en el pecho. Saint es impulso. Movimiento. Es un hombre que siempre está avanzando, peleando por más. ¿Adónde nos está llevando? ¿Dónde cree que vamos?

—¡Coño, bribón! —le llama Tahoe a su lado—. ¡Deja de comerte con los ojos a tu jugoso filetito como si no te hubieses pasado el día besuqueándote con ella!

Saint levanta su copa hacia mí como si fuese a brindar.

—Por mis amigos con clase.

Alza una comisura y esboza una sonrisa que le llega a los ojos.

Tahoe me lanza una mirada que refleja una mezcla entre admiración y fastidio.

—Tía, eres como su veneno favorito. Doy fe.

—Damos fe. —Gina me señala—. ¡Él es su droga favorita!

Mientras nuestros amigos se ríen, noto que se me encienden las mejillas.

Malcolm no hace más que mirarme, ni sonrío ni río, solo me mira

directamente a mí, con esos ojos verdes y su rostro cincelado.

Callan carraspea cuando se percata de nuestra charla tácita.

—Joder, Saint, ¿te gusta tu nueva correa o qué?

Tahoe se ríe por lo bajo.

—Que te calles, coño —gruñe Malcolm.

Seguro que ese tono de voz ha hecho que empresarios de éxito salgan de la sala de juntas con los pantalones mojados. Pero como son amigos desde la infancia, Tahoe y Callan se ríen más fuerte.

—¿Qué os hace tanta gracia? —pregunta Gina, como si no lo hubiese oído.

Tahoe se acerca a ella y le contesta con su acento ligeramente sureño, su voz grave y ese deje arrastrado y lento que me parece la mar de *sexy*, lo reconozco.

—Estamos de luto porque hemos perdido a nuestro amado hermano por lo más poderoso de la faz de la Tierra.

—¿Y qué es eso? —replica Gina, que se inclina hacia él con actitud curiosa y coqueta.

Tahoe le murmura algo al oído.

Oigo un ruido seco de piel chocando con piel, y no hace falta que mire para saber que Gina le ha dado un manotazo en el brazo a Tahoe.

Los chicos se ríen, todos excepto Malcolm, que a pesar de ello esboza una perfecta sonrisa torcida con sus perfectos labios.

—Perdón, señoritas —se disculpa Tahoe—. Pero en honor a la verdad, habéis preguntado vosotras.

—Cómo no, con los hombres todo se reduce al sexo —dice Gina. El pragmatismo que la caracteriza y que otros denominan sarcasmo es patente en sus palabras.

—¿Por qué dices eso? —pregunta Tahoe, algo serio.

—Los hombres no quieren del mismo modo que las mujeres. Para ellos es diferente.

—Discrepo —contesta Tahoe—. Yo quiero a mi madre —remata con orgullo.

A Gina se le escapa una risita.

—Eso es diferente. Nosotras también queremos a nuestras madres. De hecho, la de Rachel se muere de ganas de conocer a Saint.

Saint me mira.

Luego Callan dice algo de ir en yate mañana y Gina y Wynn se enzarzan en una discusión sobre bañadores y predicciones meteorológicas. Despacio, Saint atraviesa la terraza y se sienta a mi lado. Me pasa un brazo por detrás y me mira serio.

—¿Tu madre quiere conocerme? —pregunta.

Me muerdo la mejilla.

—Todo el mundo quiere conocerte —le digo para eludir la respuesta. Y

cuando se me queda mirando, admito—: Le encantaría. Me ha estado preguntando por ti.

—Entonces iré —susurra.

—La cosa se pone seria —comenta Tahoe, que silba y se sienta cerca de nosotros—. Eso sí, no le presentes a tu padre a no ser que quieras que te deje.

Miro a Malcolm, está tan tranquilo como de costumbre; soy yo la que se ha puesto tensa al oír que mencionaban a Noel Saint.

—¿Por qué? —pregunta Gina.

—¡Es un prenda de cuidado! —afirma Tahoe.

—Ni siquiera soportaba que nos pasásemos por su casa —gruñe Callan, enfadado.

Sonrío débilmente a Malcolm y, si bien me devuelve la sonrisa, no tarda en hacer que Tahoe vuelva a hablar de su cartera de valores y zanja el tema.

Así de fácil.

—Y T... —empieza a decir, y todos le siguen el rollo.

Sé que el padre de Saint es un imbécil. Todos los que lo conocen lo llaman así. Bruto, grosero y presuntuoso. He leído y he visto en internet cientos de veces cómo trata de aparentar que es mucho más importante y distinguido que su hijo. Aunque Saint parece descartar que sea un cabrón, ha dejado claro que no me quiere en el mismo código postal que su padre.

Aun así, la idea de que Noel Saint ponga un pie en las oficinas de *Edge*, un lugar que he llegado a amar y por el que he sacrificado tanto, me persigue.

Pero no por mucho tiempo.

Cinco minutos después, Otis sube al ático. Saint lo saluda brevemente junto al ascensor y, luego, regresa con los chicos. De camino dice:

—¿Livingston?

Dejo de hablar con las chicas y me giro a tiempo de ver cómo le pone algo de tela hecho un ovillo en la mano.

—Tengo algo para ti —dice.

Me lo lanza y aterriza suavemente en mi regazo.

—¿Qué es?

Curiosa, desdoble la tela de algodón y descubro la camiseta de los Cubs; es de talla pequeña. Está firmada por cada puñetero jugador que ha jugado esta noche.

—¿En serio?! —Lo miro, hago un ovillo con la prenda y se la tiro como si me quemase.

¡Hostia puta!



¡Hostia puta, chaval!

La atrapa con facilidad, frunce el ceño y la mira.

—En serio. —Frunce aún más el ceño y un brillo de pura diversión

aparece en sus ojos al tiempo que me la coloca en las manos—. Es tuya —me

regaña.

Cuando se inclina para darme un beso en la mejilla, grito de alegría:

—¡La voy a enmarcar!

Mis amigas manosean tanto mi regalo que lo guardo en el armario de Saint junto a sus maravillosos trajes de marca, en una percha de honor en todo el medio. Cuando regreso al salón, las chicas me dicen que se van. Los amigos de Pecado aún aguantan y parece que quieren más, como si no fueran las dos de la mañana.

Yo dudo.

Esto de decidir si quedarse a dormir o no es nuevo para mí.

Para... nosotros.

—Saint. —Lo aparto del grupo un momento—. A lo mejor tendría que irme con Gina —le digo.

Echa un vistazo a las chicas y luego me mira con una sonrisita.

—Yo opino que deberías quedarte.

—Es que... —Madre mía, ¿me estoy poniendo roja?—. No tengo ropa limpia. Y ni se te ocurra decirme que tengo la camiseta, porque la voy a enmarcar.

—Vale, pues que Claude u Otis lleven a tus amigas a casa, que tu compañera de piso te prepare una bolsa con ropa y que Claude u Otis te la traigan.

Espera que le conteste; a juzgar por el empeño que está poniendo, tiene muchas ganas de que me quede.

—Vale —dice Gina, encogiéndose de hombros—. Me vuelvo con el coche de Saint tan contenta —añade con una sonrisa de superioridad.

Pecado me observa, sus ojos verdes me atraen y me subyugan. Se lo ve expectante y... adorable e... irresistible. Madre mía. ¿No estamos yendo demasiado rápido para haber vuelto a empezar de cero?

Qué va.

O... sí.

Tal vez.

—Rachel. —Se acerca más, y me doy cuenta de que entiende mis dudas, pues en teoría íbamos a ir despacio. Me acaricia la oreja con los labios y me dice en voz baja—: Tienes tantas ganas de irte como yo de que te vayas.

—¿Me estás pidiendo que me vuelva a quedar a dormir? —Salvo unos centímetros para escudriñar su rostro—. Tus amigos siguen aquí...

—Ahora mismo te apetece más meterte en mi cama que en la tuya, y me

Q

parece bien.

Dios, estoy pilladísima, tanto que me da hasta miedo, pero él me hace ser

lo bastante temeraria como para querer pillarme más.

—Vale —le digo con una ligera sonrisa.

—¿Vale? —Se le iluminan los ojos al oír mi respuesta. Me levanta la barbilla y me besa con decisión.

Su boca es tan cálida y tan perfecta que sonrío y le digo de modo que solo me oiga él:

—Estaré en tu cama.

Y él, solo para mí, con los labios acariciándome el lóbulo de la oreja, me responde:

—No estarás sola mucho tiempo.

Me dirijo a su habitación. Primero miro mi regalo y, después, me tumbo en el lado de siempre y me tomo un minuto para pensar en el día de hoy.

Con su sonrisa, el muy capullo me ha puesto una sonda y me ha inyectado felicidad pura.

Pienso en mí y en él, en el deporte, en cómo nació su pasión y en cómo perdemos la cabeza por lo que nos gusta.

Lo que me recuerda...

Que tengo que empezar otro artículo. Mientras trato de mantenerme despierta para esperarlo, saco el móvil y escribo notas e ideas en un correo.

Escribo sobre lo que nos vuelve locos. Lo que nos obsesiona. Como nuestros equipos deportivos favoritos. Ya pueden perder los Cubs mil veces

que los seguiremos apoyando. Ya pueden cagarla que seguiremos confiando en ellos.

Anoto un montón de ideas mientras oigo a los chicos reírse en el salón.

Por alguna razón, estoy muy en sintonía con la risa de Malcolm. Me gusta más la suya que cualquier otra. Es profunda y hace que le vibre el pecho, pero no es ni muy fuerte ni muy odiosa. Otra obsesión.

Sonríó mientras releo las ideas, me envió el correo a mí misma y le mando un mensaje a mi madre, que seguramente estará despierta a estas horas porque los fines se queda pintando hasta bien entrada la noche.

Pruebo.

¿Estás despierta?

Acabo de terminar de limpiar el estudio. ¡Me voy ya a la cama! ¿¿Va todo bien??

Más que bien. ¡Mamá! ¡¡Vas a conocerlo!!

Q

No necesito decirle a quién me refiero; sabe perfectamente por quién está colada su hija. Me contesta casi al instante.

¿CUÁNDO? ¿Lo vas a traer a cenar?

No te preocupes, ya pediré que nos traigan algo.

Me suena el móvil. Lo cojo y, al momento, me responde:

—De ninguna manera. No vas a encargar nada. ¡La comida va a ser casera y va a estar riquísima! ¡Es tu primer novio!

—No es... Bueno, más o menos, eso espero. —Exhalo y niego con la cabeza—. No digas que es mi novio aún, que no quiero que se gafe. Todavía lo estamos arreglando. Prepara un pastel de chocolate y menta, que ya sabes que me encanta.

—¿Y a él que le gusta? ¿Las cosas de ricos?

Me río a la vez que los chicos.

—No, le gustan las cosas normales. Le gusto yo. —Y yo soy muy convencional para un hombre tan curtido en el sexo como Pecado—. No te preocupes, prepara lo que sea.

—¿Cuándo vendréis?

—Dinos tú cuándo —replico.

—Vale, dadme una semana o dos para prepararme.

—Vale. Te quiero.

—Rachel —me dice para que no cuelgue. Toma aire y añade, entusiasmada—: Estoy deseando conocer al hombre del que tanto he oído hablar.

Madre mía las cosas que habrá oído. Que es un chuloputas, seguro.

—No es ningún santo —le aseguro en voz baja—. Pero me gusta mucho.

Al cabo de un par de minutos de oír a los chicos estar de guasa, me entra sueño, pero la ilusión que me hace saber que Saint no tardará en venir hace que no me relaje del todo. Observo el pedazo de cama. Se me pasa por la

cabeza apartar la colcha y meterme en ropa interior. ¿Sería muy de guarra hacer eso? Sí, lo sería.

Pero ¿y si le gusta?

Me quito los zapatos y, poco a poco, me quedo en sujetador y bragas cuando oigo quejas.

—Venga, tío, que nos lo estamos pasando bien.

—Joder, Saint. ¿En serio?

Madre mía, los está echando. Estoy muy emocionada, pero de pronto me entra el pánico. Me estoy esforzando por desnudarme cuando los oigo irse arrastrando los pies.

Estoy de pie en medio de su habitación preguntándome si estoy actuando como una loca. ¿Me tiro a la piscina y me quedo desnuda? Sí, desnuda desnuda.

A continuación oigo silencio y el ruido de unos pasos que me resultan familiares y que vienen hacia aquí. Noto un subidón de adrenalina, me quito el sostén por la cabeza a toda prisa y casi tropiezo mientras me quito las bragas, las tiro y me meto en la cama.

Me tapo hasta el pecho cuando lo oigo responder a un mensaje en otra lengua. Me paso una mano por el pelo y lo extiendo bien en la almohada mientras lo oigo bramar órdenes relacionadas con la empresa.

Parece enfadado por algo.

Intento enrollarme el cuerpo con la sábana y dejarla caer un poco para que se me vea el hombro. Luego decido que se me vean los dos. Me tumbo y

vuelvo a despeinarme, algo molesta con mi cuerpo por estar tan... tan listo tan pronto. Pero mi piel siente el exquisito roce de sus sábanas supersuaves y de altos hilos y me resulta imposible dominar el caos que reina en mi cuerpo mientras lo espero.

Vuelvo a oír silencio. Pasos. Y la puerta se abre. Veo un resquicio de luz del exterior y su silueta en la puerta. El ambiente se caldea. Me oigo el corazón. Bum. Bum. Late con fuerza. Me retumba en los oídos mientras contemplo su figura, su impresionante figura, en el umbral. Tiene el cabello de punta, como si se hubiese tirado de los pelos preso de la frustración.

Nuestras miradas se encuentran. Mis hormonas se vuelven locas por Saint.

Me incorporo tapada hasta el pecho y me aparto el pelo de la cara.

—Hola —lo saludo.

Busca detrás de él y cierra la puerta.

—Joder, tengo que averiguar cómo retenerte en mi cama para siempre.

—Pues venga, te espero.

Sonríe poco a poco. Se lo ve sinceramente complacido mientras me mira.

—Ya estoy aquí.

Ya te digo que si está aquí. La energía en la habitación cambia cuando entra y con toda la fuerza que emana y que atrae aquello que es más débil

que él.

—No me digas...

Entra en el cuarto y coge mis bragas y mi sujetador; me sonrojo de arriba

abajo.

—Qué bien —murmura con un destello de admiración en los ojos. No deja de observarme mientras se quita el polo por la cabeza.

Se me hace la boca agua.

Es tan guapo que estoy impaciente.

Me pongo de rodillas y gateo hasta el borde de la cama. Con una mano me aferro la sábana al pecho y con la otra le acaricio el torso. No sé cuántas veces tendría que verlo desnudo para no derretirme, pero cada superficie plana y dura de su cuerpo es perfecta, y cada parte blanda del mío nota un cosquilleo. Sin pensar, poso los labios en un pezoncito marrón y lo lamo un poco. Madre mía, su sabor es adictivo.

Me agarra del pelo y me tira la cabeza hacia atrás para besarme con intensidad y avidez. Estoy temblando de felicidad mientras nuestras bocas se buscan, se encuentran y se funden en una. Sigo recorriendo su pecho con los dedos, y cuando se aparta con cuidado para mirarme, su respiración es irregular y todavía me tira del pelo.

—No sé ni por dónde empezar contigo —dice como para sí.

Me agarra más fuerte y me da otro beso con suma lentitud.

—Es un buen comienzo —le confieso a su boca—. Quería quedarme para agradecerte el regalo y el día de hoy como es debido.

—No te iba a dejar escapar. —Su voz es ronca y firme. Me aparta la sábana para verme. Se me cierra la garganta mientras me pasa una de sus

robustas manos por el torso y me toma un pecho—. Bueno, no, miento. Te podrías haber ido —me asegura mientras me tira de la oreja con una actitud juguetona con la otra mano—, pero te habría perseguido.

—A lo mejor habría dejado que me alcanzases.

Sonríe mientras me toquetea el pecho con suavidad, como si fuese una ilusa por pensar que podría haber escapado de él. Haberme resistido a él. Sabe el efecto que tiene en mí. Me ha encontrado desnuda en su cama como si fuese una de sus admiradoras.

—¿Te parece bien si encendemos una luz?

—¿Por? —pregunto con la voz entrecortada mientras se aparta con cuidado.

Me lanza una mirada ávida que me pone a cien.

—Quiero verte.

—Pero... ya entra luz de fuera —me quejo.

Se pasea.

—Quiero mirarte.

Vuelvo a taparme con la sábana mientras se dispone a encender la lámpara que está junto a la cama.

La luz lo baña cuando regresa a mi lado. Toma la sábana con una mano y tira de ella mientras yo siento que mi determinación se desvanece más y más a medida que me recorre el cuello con los ojos en una caricia suave.

Obligo a mis dedos a soltarla.

—Saint... —me quejo.

—Venga ya. No seas tímida conmigo, Rachel. Conmigo no.

Dejo de tirar y él me mira con tal ternura que me derrito.

Me baja la sábana hasta la cintura. Se me acelera el pulso cuando me come los pechos iluminados por la lámpara con la mirada, así como el abdomen; de la mitad para abajo todavía estoy tapada. Cuando deja al descubierto mis caderas y mis piernas, mi cuerpo empieza a desear

urgentemente que lo toque. Mis sentidos cobran vida antes de que me toque siquiera.

Arroja la sábana a mis pies.

—¿Qué quieres de mí? —gruño.

Me pasa la mano por las costillas despacio y me acaricia la cadera con el pulgar al tiempo que se inclina para mordisquearme la oreja.

—Todo.

Suspiro. Me pasa los labios por la mandíbula hasta que vuelven a devorar los míos. No parece que tenga ganas de hablar.

Yo tampoco es que pueda hablar ahora mismo. Estoy demasiado

ocupada saboreándolo de nuevo. Entierro los dedos en su espesa cabellera.

Le rozo los lisos pectorales con los pechos. Y su cálida lengua y sus fuertes

labios me abandonan para bajar... bajar... por la garganta. Me aparta el collar y me besa en el hueco de debajo mientras me acaricia el vientre con la

mano.

Esto siempre me pone tonta. Imaginármelo besándome ahí hace que apriete los muslos. Saint impide que los cierre del todo y me separa uno con ansias.

Su aliento me recorre el pezón antes de que su boca tome la punta. En la cara interior de la pierna, su pulgar viaja por mi muslo.

—Saint —gimoteo, ansiosa.

Degusta de nuevo mi boca, esta vez con más vehemencia. Me coloca de espaldas y se me acerca con sus vaqueros y su pecho desnudo y ardiente en contacto con el mío. Me besa con esa boca *sexy* y risueña mientras acaricio los recovecos de su espalda y me arrimo a él para intentar que me dé lo que necesito —que es él, todo él— ahora mismo.

Me recorre los costados arriba y abajo con las manos mientras tantea la piel de mi cuello, las puntas de los senos y el ombligo, como si de verdad no supiese por dónde empezar. Me está paladeando, pero al mismo tiempo está hambriento. Sus labios pellizcan y muerden y su lengua me saborea, sus manos amasan a su paso, tiene los músculos tensos, su energía es intensa, y me pregunto si soy suficiente para saciarlo.

Me mete la lengua en el ombligo y me separa las piernas con una mano distraída. Miro fijamente el techo y gimo mientras trato de calmar mi cuerpo. Entonces, vuelvo la cabeza a un lado mientras me estremezco de placer.

Primero me provoca tocándome los pliegues con el pulgar, y con sus dos dedos más largos, me acaricia por fuera. Lo agarro del pelo para apartarlo de mi pecho y, ávida, lo atraigo a mi boca. Me da el beso que quiero, pero luego me deja y se aparta. Sus ojos no pierden detalle de mi cuerpo, tendido en su cama. Mis húmedos pliegues resbalan bajo sus dedos. Los pechos me suben y bajan. Me noto la piel de la cara blanda y flácida por el deseo.

Un pezón desaparece de nuevo en su boca. El pelo le brilla a la luz de la lámpara y las sombras se proyectan en sus músculos. Todavía lleva los vaqueros. Y yo estoy completamente desnuda, excitada y vulnerable cuando agacha la cabeza. Siento que me mira ahí abajo mientras se sirve de ambas manos para separarme las piernas.

—Oh, Malcolm.

Estoy roja de arriba abajo.

Se inclina y me succiona el clítoris. Me arqueo y gimo.

Me frota con la lengua y, cuando muevo las caderas en un acto reflejo, vencida, sus dedos están ahí, listos para penetrarme. Observa cómo me arqueo. Debería haber sabido que lo querría todo. Que querría tomarlo todo.

Ya me lo advirtió. Mi instinto de supervivencia lucha contra el placer que me invade y la necesidad de que me haga suya.

Suspiro su nombre y abro las piernas. Susurra mi nombre con veneración y me lame y me besa un poco más.

—Saint, me voy a...

No para hasta que me corro. Me sigo estremeciendo cuando se desviste; estoy demasiado débil para taparme. Para fingir que controlo esta clase de deseo. Es como si supiera que he levantado un parapeto y estuviese decidido a derribarlo.

No sabía que existiese un anhelo así. Mientras él se pone un preservativo, listo para tomarme, yo estoy despatarrada y con ganas de que lo haga. Me relajo, aliviada e ilusionada, en el momento en que su cuerpo desnudo cubre el mío, y Saint me abre para recibirlo.

Gimo cuando se lleva mis brazos al cuello y mis piernas a las caderas.

Echo la cabeza hacia atrás... Preparada, impaciente, deseosa. Me besa los pechos, me sujeta por el culo y me sube las caderas para penetrarme.

Nuestros cuerpos se contraen de placer cuando nos fundimos en uno.

Siento que me estira..., me toma.

Empezamos a movernos. Con calma. Solo se oyen nuestras respiraciones.

Mis sentidos se intensifican.

El goce me nubla la vista, pero eso no impide que me quede mirando su rostro iluminado por la lámpara, dorado y perfecto. Ay, madre, qué mirada más ardiente, más intensa, más salvaje y más dulce. Y todo por mí. Se me hace un nudo en la garganta.

Se me infla y se me desinfla el pecho mientras me pregunto si me lo notará en los ojos o en los latidos desenfundados; te quiero, te quiero, *te quiero...*

Lo miro de hito en hito mientras nos movemos y le acaricio el pecho. Se apoya en un brazo mientras con la otra mano le hace el amor a mi piel. Empezamos a besarnos y no paramos, la unión de nuestros cuerpos es demasiado exquisita, nuestras bocas prueban, saborean, calientes, húmedas, la mía ansiosa y delicada, la suya más exigente y ávida, nuestros cuerpos se mueven al unísono.

Nos quedamos tumbados después de que él se limpie, callados y sudorosos. Estoy totalmente desinhibida. Ahora mismo me siento en carne viva, desnuda e incapaz de recomponerme.

Me besa en la boca un rato más; tengo los labios rojos y me gusta. Me gusta su cama, me gustan nuestros cuerpos enredados, me gusta que me rompa y quedarme aquí a dormir mientras recobro la compostura. Me doy cuenta de que respira más despacio y de que se mueve un poco: está dormido. Le toco los labios y les doy un beso en silencio.

Sé que suele costarle dormir. Me pregunto cuántas noches pasará acostado en esta cama sin pegar ojo. Al menos ahora está profundamente dormido, como si él también se sintiera en paz al abrazarme de nuevo. Me paso su brazo por encima y lo beso en la comisura de los labios.

—Buenas noches, Pecado —susurro.

Joder, nunca pensé que podría querer a un chico tantísimo.

22. Algo nuevo

A Helen le ha encantado mi artículo titulado «Lo que nos obsesiona», inspirado en el partido de los Cubs. Qué emoción volver a escribir. Espero

que los últimos artículos me abran las puertas de algún trabajo al que le tengo echado el ojo.

Esta semana he ido a las oficinas de *Lokus* y ya he preguntado en todos los sitios que me mencionó Saint. Pero no he recibido ni una llamada.

A veces, por la noche, cuando Saint se levanta para ir a trabajar, o incluso cuando me está abrazando, me preocupo en silencio por mis opciones.

O por la falta de ellas.

Valentine me dice que a veces requiere tiempo y que a lo mejor tendré que hacerme autónoma, pero me da miedo perder la seguridad que ofrece un trabajo a tiempo completo, sobre todo por mi madre, que no tiene seguro médico.

Helen no ha vuelto a mencionar a Noel Saint. Pero... ¿puede irse el acuerdo al traste, por favor?

Sé que Helen no quiere que me vaya. Está haciendo lo imposible por fingir que *Edge* no está en medio de una adquisición, pero a juzgar por la puerta cerrada de su despacho y la cantidad de reuniones con sus jefes, es así, está claro.

La lucha de egos entre Noel y Malcolm viene de lejos. ¿Por qué sino su padre, cuyo negocio se centra principalmente en bienes inmuebles, se interesa ahora por el periodismo? Qué casualidad que suceda justo cuando

pillan a su hijo conmigo.

Y sé lo implacable que puede ser Saint. No le dejaré ganar, y menos si estoy yo implicada.

Me paso la semana enviándole un millón de mensajes mientras espero ilusionada que llegue el viernes.

Me dijo que trabajaba hasta tarde, pero que quería verme. Para cuando al fin me avisa de que ya sale, yo ya estoy en la cama.

Voy de puntillas a abrirle. Solo llevo unos pantaloncitos de encaje. Abro la puerta y me toma en brazos.

Trepa por su cuerpo y le muerdo el cuello. Vamos a mi cuarto con un hambre voraz. Me arranca las bragas de un tirón y, cuando oigo el ruido que

hacen al romperse, jadeo su nombre, salvaje en mis labios. Otro jadeo entrecortado me abandona cuando me tira a la cama y se quita la ropa a



toda prisa. Se tumba encima de mí y yo le clavo las uñas en los omóplatos y entrelazo los tobillos por debajo de su columna.

—Métemela —le ruego.

Me tortura un ratito.

—No. Me gustas así. Desbocada y ardiente.

No es muy obediente que digamos. La excitación y la lujuria de mi cuerpo se triplican. Lo ansío, lo necesito.

—Métemela... Fóllame. Dámelo, Pecado.

Cuando se pone un condón y me concede mi deseo, soy todo exquisitas contracciones y calor.

Me agarra de la nuca con una mano y me besa.

—Cómo me aprietas; cómo te aferras a mí pese a que sabes que la próxima vez te la voy a meter más fuerte y más hondo...

A la mañana siguiente, amezco en una cama vacía. En la mesita de noche, al lado de mi móvil, hay una reluciente tarjeta de crédito negra y un mensaje:

Cómprate otras.

Me giro y, al ver las bragas rotas, esbozo una sonrisa tan amplia que me duele la cara.

Me envía otro mensaje:

Y ya que estás, cómprate un bañador, que luego vamos al Juguete.

El Juguete.

No he parado en toda la semana de escribir artículos como una posesa para Helen: sobre citas, el significado de los besos, sobre cómo seducir al hombre de tus sueños...

Mis mejores recuerdos son con Saint en *El Juguete*. Recuerdos de no haber nada a nuestro alrededor salvo el lago. Me encanta salir con su yate

porque no hay redes sociales y mis temores se desvanecen. Los momentos que compartimos a solas son de los mejores de mi vida.

Como Saint y yo nos vamos más tarde, estoy con Gina en la sección de bañadores de sus grandes almacenes. Hay un bikini negro muy sencillito y de corte elegante que se me ajusta al culo y a las tetas y me realza la figura.

Me veo guapísima, la tela es suave y el corte hace que se me vean unas piernas largas y elegantes.

Es un poquito caro y no sé si está bien que el derrochador este me lo compre. Por otro lado, el hecho de que me lo compre me hace sentir tan *sexy* que me quiero morir. Y Gina dice que a veces los hombres necesitan sentir que aportan algo y que le deje.

—Necesita sentirse hombre —dice.

Gimo. Como si Pecado no fuese lo bastante varonil.

Después de un rato dando vueltas y mirando cómo estoy desde todos los ángulos, le hago una foto a mi reflejo y la examino detenidamente. ¿Se me ve bien? Quiero estar impresionante. No solo bien. La mando o no, la mando o no, la mando o no...

¡Mierda! Le he dado a «enviar».

Me obligo a añadir como quien no quiere la cosa después de enviarle la dichosa foto otro mensaje:

¿Este?

Mierda.

Y me dice por toda respuesta:

Sí.

Noto abejas en el estómago.

Vale. En cuanto me entere de cómo va la tarjeta negra esta estaré lista para zarpar.

No te preocupes, va bien.

Y añade:

¿Dónde estás? Te recojo en 20 min.

Le digo que estoy en los grandes almacenes en los que trabaja Gina.

Entonces le digo a Gina que creo que me voy a comprar este.

Aparta un poco la cortina, mira el bikini y me suelta:

—Pero ¡qué *sexy!* ¿Por qué dudas? ¡Llévatelos todos!! El cabrón de Paul nunca me compraba nada. No debería parecerte mal que Saint lo haga.

—Porque es él. Quiero estar... perfecta.

Voy a pagar el bikini.

Es ridículo lo emocionada que estoy.

Nunca he dejado que un hombre haga esto por mí.

No me había dado cuenta de lo fácil que sería llegar a un acuerdo cuando el hombre... Bueno, cuando el hombre es el hombre con el que quieres estar.

Y cuando a ese hombre le encanta —no, ¡le flipa!— comprarte cosas.

Madre mía.

¿Estoy dejando que me mime demasiado?

—¿Seguro que solo quieres uno? —pregunta Gina mientras examina el que he escogido—. Tener una tarjeta Centurion es muy caro; si no la usas, tiras el dinero.

—¡Gina! —gimo mientras observo cómo la mujer pasa la tarjeta y me envuelve el bikini como hacen en las tiendas caras—. ¡No voy a despilfarrar su dinero! Solo necesito uno —la regaño.

Nos dirigimos a las escaleras y ella se distrae con unos zapatos que ve en un escaparate. Le entra un escalofrío al ver el precio y deja el zapato mientras yo miro unos elegantes Louboutin, los zapatos de marca con las suelas rojas.

—¿Hay noticias del capullo de su padre? —me pregunta mientras miro el precio del zapato, alarmada, y lo devuelvo al escaparate sin demora.

—No.

—Y las entrevistas de trabajo...

Niego con la cabeza.

—Entonces, ¿trabajarás con Saint?

—Ya estoy obsesionada con él sin ser su empleada.

«Te pido para mí...».

Mierda. «Querido cerebro, ¿podríamos intentar olvidar eso?».

Pero cada vez que me toca, siento que sus dedos y su lengua dicen: «Te pido para mí, te pido para mí, te pido para mí...».

Ya no lo tengo escrito en la mano, pero es como si lo llevase grabado.

Gina me lleva a la sección de Chanel y arraso con las sombras de ojos y los delineadores. Cuando salimos de los grandes almacenes, vemos a gente al otro lado de la calle mirando en la misma dirección; los hay que hasta dejan de caminar y se quedan embobados. Sigo sus miradas y me detengo en seco; se me va a salir el corazón por la boca.

Hay un Bentley plateado estacionado en el bordillo. Me hormiguea la piel al ver a Malcolm acercarse. Que lleve esos puñeteros vaqueros y ese polo que le sienta de miedo sí que es un pecado.

Unos pasos detrás de él está Otis, que da las mismas zancadas que Saint.

Malcolm hace un gesto a su chófer para que me traiga mi bolsita y luego me mira.

—Está lista para zarpar en tu yate, Saint. Tiene el bikini perfecto. Pero por desgracia no está lista para nada más —comenta Gina.

—¡No es verdad! —espeto con un gemido.

Gina se ríe entre dientes y se despide con la mano mientras se dirige adonde ha quedado con Wynn para almorzar.

Cuando me vuelvo hacia mi demonio de ojos verdes, advierto que me está mirando.

—No has comprado lo que te he dicho.

Frunzo el ceño, confundida, hasta que me doy cuenta de que volvemos a los grandes almacenes.

Las dependientas están tan sorprendidas que deduzco que Saint no viene aquí a menudo, pero diría que lo conocen o han oído hablar de él. Anda que no. Empiezan a cuchichear de él por todo el establecimiento. Me lleva a la zona de mujeres y luego a...

La sección de lencería.

Se me detiene el corazón mientras pasa por entre los percheros con ese cuerpo grande y musculoso que contrasta con las ligeras prendas que cuelgan a su alrededor. Me roza la oreja con los labios.

—Vamos a comprarte cosas.

—Malcolm —digo, mientras su voz me provoca un temblor persistente en la barriga. Niego con la cabeza—. Ya he comprado el bikini, no me siento cómoda comprando algo más.

Pero él ya está echando un vistazo a las braguitas de un expositor.

Frunce el ceño mientras busca la prenda perfecta para mí.

—Te lo voy a comprar yo, no tú.

Dios.

Este tío va al grano.

—¿Qué tal esto? —me pregunta con un tanga rojo de encaje entre los dedos.

Niego con la cabeza, me estoy ruborizando.

—¿Y esto?

Se le iluminan los ojos a medida que se da cuenta de que estoy como un tomate. Me muerdo la mejilla. «¡Síguele el juego, Livingston!».

—Demasiado convencional.

Lo descarto con un movimiento de los dedos. Él arquea las cejas.

—Pues esto.

Busca otro tanga en los expositores. Elige uno amarillo con un lacito detrás; supongo que quedaría arriba, justo entre las nalgas.

Lo cojo entre los dedos. Está hecho de encaje y el lacito es de seda suave.

—¿Quieres que parezca un regalo o qué? —le contesto para tomarle el pelo, señalando el lacito.

Él me sigue el rollo y me sonríe con esa encantadora sonrisa de diablo y de santo.

—Si puedo desenvolverte, sí.

De repente, mi temperatura corporal asciende demasiado como para considerarlo saludable, por lo que me voy a la sección de sujetadores y encuentro el que hace juego con el tanga amarillo que al parecer le gusta tanto.

Me paseo por la tienda y miro otras prendas. Le sigo la corriente. Estoy ligeramente emocionada y estoy siendo más que un poco imprudente. Unas medias negras de encaje con una liga a juego y un conjunto formado por una camisola blanca de seda. Malcolm trae tres tangas más (azul oscuro, blanco y morado), y un corsé de aspecto diminuto. Ay, madre.

—Esto te quedará bien seguro.

Está siendo malo.

—Si quieres un cadáver en tu cama... No se puede respirar con esto.

Lo descarta y va a por un tanga de perlas.

—Pues este —me dice con una mirada persuasiva.

—Eso es suuuperincómodo. Las perlas en el cuello y las cosas suaves entre las... —Me pongo de puntillas y añado—:... nalgas.

Me toma por las caderas y me acerca a él.

—Pruébatelo por mí.

—Nadie se prueba la ropa interior antes de comprarla.

Me voy a dar una vuelta, pero él me sigue y me abraza.

—Pues lo compramos. Pruébate algo para mí. Un camisón. Uno transparente y bonito que me deje ver cómo te ruborizas.

Le echo una ojeada rápida a la tienda.

—No veo ningún camisón por aquí que encaje con esa descripción...

Se saca una cosa vaporosa y fina de detrás de la espalda; le chispean los ojos.

—¡Malcolm! —Gimo, y aunque sigo rebuscando entre las ofertas, ahora

solo busco cosas con las que chincharlo. Agarro unas bragas de abuela gigantescas. De las que te llegan al pecho y te hacen un corte en la pierna que queda muy feo—. Esto parece cómodo.

—Comodísimo, vamos.

—Y esto. —Cojo el sujetador más sencillo y más grande que encuentro

—. ¿Me compras esto?

—¿Esto? Claro, qué atrevida. Y luego hacemos una hoguera con ellos.

Un brillo travieso aparece en sus ojos. Recoge las bragas gigantescas, el sujetador grande y el camisoncito y me lleva a los probadores. Soy

plenamente consciente de que lo más seguro es que las dependientas nos estén mirando. Abre una cortina de terciopelo y me sigue al interior.

—¡Pecado! ¿Y si te pillan?

—Ya lo saben.

Me quedo como un pasmarote apretando las bragas y el camisón contra el pecho. La luz de los probadores siempre es horrible. Pero Saint tiene un aspecto tan magnífico como de costumbre. Está apoyado en la pared con las piernas separadas y las manos en los bolsillos. Lleva los tres botones de arriba del polo desabrochados y me mira con ojos risueños.

—¿Puedes al menos cerrar los ojos? —suplico.

Él niega con la cabeza.

Como me quedo ahí plantada, cohibida pese a estar con él, se sienta en el único sitio disponible y me hace un gesto con el dedo índice.

—Ven aquí.

Camino hacia él, fascinada por el brillo que desprenden sus ojos ahora mismo.

Contengo la respiración cuando lleva las manos, fuertes y cálidas, hasta mis caderas y me coloca entre sus piernas con la coronilla justo por debajo de mis pechos.

Primero me quita la blusa, con cuidado, y luego me desabrocha los vaqueros despacio.

Se me cierra la garganta por la sensualidad del momento. Me concentro en un punto de la pared que tiene detrás para tratar de calmarme. Me baja los pantalones despacio hasta que no son más que un amasijo en el suelo.

Doy un paso por instinto y me quita los zapatos. A continuación, sube las manos por mis piernas hasta que descansan de nuevo en mis caderas.

Solo llevo mi conjunto de sujetador y bragas azul claro. Me mira con sus ojos verdes, y en este momento sé que podría hacer lo que quisiera, que yo se lo permitiría. Sinceramente, le dejaría.

Me da miedo lo insensata que me hacer ser. Noto que se me acelera la respiración cuando traba los pulgares en el borde de mis braguitas y empieza a bajarlas despacio. No abandona mis ojos hasta que están en el suelo. Doy un paso y él levanta el camisón. Me pasa los brazos por las mangas finas y onduladas. Me ato el lacito del medio mientras me observa. A

estas alturas, estoy como una moto y tengo las hormonas revolucionadas.

Se inclina, separa la ya de por sí amplia abertura del camisón y deposita un beso encima de mi ombligo. Levanta el lacito, me besa en la tripa con delicadeza y me gira para que me mire en el espejo.

El camisón es suave y parece que flote; es como si me envolviese una nube. Noto cómo la seda se ajusta a mi cuerpo, me ciñe la cintura y me llega

hasta el trasero en forma de onda, que es donde... acaba. Se me ve el culo.

Estoy segura de que se lo está pasando bien porque me está mirando por detrás con una sonrisa. Entonces mira a los ojos de mi reflejo. Tiene un aire

oscuro, varonil y poderoso con las manos a los lados de mis muslos mientras se sienta en el banco y contempla mi figura en el espejo.

Mi cuerpo ha enloquecido, pero no puedo evitar reaccionar así, y Pecado lo sabe bien. Ay, madre.

Se pone de pie con esa lentitud tan suya y me da un cachete en el culo.

—Me quedo con este —murmura cerca de mi oído, y me acaricia el costado de una forma que me produce el mismo cosquilleo que cuando me susurra.

No nos quitamos ojo mientras desata el lazo despacio y el camisón se abre. Estoy temblando de arriba abajo, lista para darme el lote con él o incluso más, cuando busco lo primero con lo que taparme. Me apresuro a ponerme las bragas cuando él vuelve a sentarse y saca las gigantescas.

—Venga, ponme cachondo.

Arqueo una ceja.

—Solo me las puedo probar por encima de los pantalones.

Me pongo los vaqueros y encima las bragas mastodónticas. Y me troncho de risa en su cara. Se le oscurecen los ojos, me sienta en su regazo y dice:

—Parece que lleves un vestido.

—¿Un vestido feísimo?

Niega con la cabeza, sonriendo.

Q

—¿Un vestido enorme?

Niega con la cabeza.

—¿Me compro más como estas?

—Me gustas con esto. Me gustas con todo. —Me observa con unos ojos ardientes y tiernos y me pasa la mano por la espalda mientras observa mi ridículo atuendo—. Cuantas más cosas te compres, más ropa tendré para quitarte. Así que vale, llévatelas. —Me da una palmadita en el culo—. Vamos a comprártelo todo —dice, casi para sí.

Me río y le tiro las bragas gigantes casacas con el camisón y todo lo demás.

Pero por dentro me estoy poniendo roja.

¿Acaso está ciego?

¡Si parecía una payasa!

Pero él me miraba como si estuviese... perfecta.

Cuando pasa muy cerca de mí para ir a pagar, juro que el mero hecho de comprar juntos ha llevado mi excitación a otro nivel completamente distinto.

Cuando salgo, la dependienta está hablando con Malcolm con entusiasmo y le está dando su tarjeta.

—Si necesita cualquier cosa, llámenos o envíenos un correo, estaremos encantadas de ayudarle.

—Gracias —murmura con aire distraído mientras me mira como si fuese lo más bonito que ha visto en su vida, y así sigue mientras se lleva las bolsas al hombro y nos vamos.

—¡Saint! —lo regaño—. No hace falta que gastes tanto en mí, ya eres el hombre de mis sueños.

Me río y agacho la cabeza tras admitirlo. Su mirada ardiente hace que me sonroje.

Una vez fuera, lo miro de soslayo.

—¿Les das tu tarjeta negra a todas tus amigas?

—No, les doy la oro.

—¡Malcolm!

Le pego en broma. Me toma por la nuca y me lleva calle abajo, hasta que se nos acerca un tipo muy alterado.

—Saint, tu padre va a comprar *Edge*. ¿Qué opinas al respecto?

Malcolm se interpone entre el chico y yo y continúa caminando hacia el coche en silencio. El tipo se queda atrás.

—Te admiro. —Lo miro impresionada y niego con la cabeza—. Con qué facilidad eludes la atención.

Me quito el coletero y me tapo la cara con el pelo a modo de cortina. Me

observa, confundido. Noto que se nos quedan mirando. Incómoda, me pongo las gafas de sol que acaba de sacar.

Me mira con una media sonrisa y los ojos entrecerrados como si tratase de adivinar mis intenciones.

—¿Quieres también un bigote de pega?

—No hace falta.

Sonrío ampliamente.

Lo sigo hasta el coche y no nos molestamos en meter las bolsas en el maletero. Será por espacio. Abre la puerta antes de que lo haga Otis y nos acomodamos.

—Rachel... —Se pone serio y se quita las gafas.

Estoy sonriendo, pero también me siento avergonzada.

—Pecado, lo siento. —Agacho la cabeza—. Me va a costar acostumbrarme a la atención que recibes.

—Haz como yo. Ni te fijes. No le dediques ni un segundo.

—Mmm... —Tuerzo la boca con ironía—. No es solo la atención, también me pregunto qué mentiras publicarán... No poder controlar eso... —Su mirada me estruja el corazón un poco. Lo tengo delante, ancho, musculoso y guapo a rabiar, y lo primero que se me ocurriría decirle es que le quiero—. Es difícil cuando todo el mundo se fija en el hombre de tus sueños, ese que desearías que solo tuviese ojos para ti.

Me derrito con lo que dice a continuación.

—Solo tiene ojos para ti.

23. *El Juguete*

Para cuando salgo con el bikini puesto, Malcolm está apoyado en la barandilla. Diría que está hablando con unos tíos del lago. Lleva el bañador y un polo; la camisa se le ciñe al amplio torso y hace que se le marquen los músculos de la espalda mientras se inclina hacia delante.

Oigo que los chicos del lago le desafían a que saque la moto de agua y compita con ellos. Se jactan bastante alto de que esta vez le van a machacar.

—¡Va, que hace un huevo que no competimos!

Saint les responde con una risa grave y gutural, y les grita:

—¡Hoy no, que estoy con una amiga!

—¿Una o más de una? —le pican.

Pero Saint no entra al trapo y oigo el ruido de los motores al alejarse.

Descalza, me quedo a unos pasos de distancia sin saber qué decir. Su camisa deja entrever los músculos de su espalda y de sus hombros cuando

se pasa una mano por el pelo y juguetea con el móvil.

—¿Conoces a todos los del lago o qué?

Cuando oye mi voz, se da la vuelta y se le borra la sonrisa. Hay brisa y detesto que mis pezones no tarden en gritar que tienen frío.

Me froto el brazo y Malcolm se coloca de lado en una tumbona cercana y me dice:

—Siéntate aquí.

Da golpecitos en el hueco que hay junto a él, y aunque parece tener el control, me doy cuenta de que está respirando hondo y despacio. Me siento

en la tumbona de al lado con una sonrisa; de repente estoy cohibida.

—Este es... Bueno, supongo que me lo has comprado tú. Gracias.

No mira el bikini; me mira a la cara, casi como si me viese por primera vez.

—De nada. —Se inclina hacia delante, apoya los codos en las rodillas y baja la voz un decibelio—. Me estás haciendo salivar.

Me fijo en sus brillantes ojos verdes y en su sonrisa seductora, sin saber qué decir.

Se me escapa una risita nerviosa.

Pero él no deja de mirarme; vuelca toda su atención en mí. Las olas rompen contra el barco mientras el viento de Chicago hace lo que mejor se le da.

—¿Crees que el interés de tu padre por *Edge* es simplemente comercial?

—le pregunto al acordarme del periodista con el que nos hemos topado.

—Es competitivo. En eso me parezco a él.

Hace un mohín de desprecio con los labios mientras se gira para contemplar el agua.

—Está compitiendo contra...

—Mí.

—¿Quiere provocarte?

—Quiere utilizarte. —Me mira fijamente—. Cree que eres mi debilidad. Y tiene razón. Está esperando a ver si estoy a la altura del desafío. Quiere demostrarme que todavía le quedan años de poder sobre mí.

Silencio.

Esa clase de silencio que pesa en el corazón.

—Cuando mi madre murió, me escapé de él. Me mudé y abandoné el negocio familiar. Tenía edad suficiente para tomar mis propias decisiones. Le vendí mis acciones a su peor enemigo, le obligué a aliarse con el último hombre con el que habría querido aliarse —masculla, y se ríe. Sus ojos han adquirido un brillo despiadado—. Fue mi venganza por todas las veces que le fue infiel a mi madre.

Espero con el alma en vilo a que me cuente más cosas; no tarda mucho.

Está tan distanciado de su padre que parece que esté hablando de otra persona.

El mío murió y el suyo está vivo, pero en cierto modo es como si los dos hubiésemos crecido sin uno.

—Empecé a construir mi imperio con lo que me pagó. Supongo que mi padre pensaba que me lo iba a gastar todo en putas y en Las Vegas. No necesito pagar a las mujeres para que estén conmigo. Y conozco sitios mejores que Las Vegas. —Sonríe con orgullo al decir eso—. Nadie me ha subestimado tanto como mi padre.

—¿Qué pasó con el negocio familiar?

—Perdió fuelle. El consejo escapó a su control. Tuvo que recomprar sus propias acciones para recuperar la mayoría de sus empresas. A esas alturas ya tenía mala reputación por no pagar a sus proveedores. No podía soportar ver cómo flaqueaba mientras el pobrecito de su niño era cada vez mejor y adquiría más poder.

Su sonrisa es efímera y pesarosa.

—Ya está olvidado, pero él nunca ha cejado en su empeño de pisarme los talones. Me he pasado años deshaciéndome de los espías a los que contrataba, los cuales estaban como locos por saber cuál iba a ser mi siguiente paso. —Me mira con cariño y me guiña un ojo—. Soy demasiado rápido para él. Pero, joder, debería haber visto venir esto después de... —

Deja la frase a medias.

Me duelen las costillas, el pecho y el estómago.

—Lo siento, Malcolm.

— *Edge* carece de valor para él sin ti. Me está poniendo a prueba para ver hasta qué punto me importa.

—Pero no somos pareja oficialmente. Después de lo que pasó, ¿por qué iba a pensar que te importa?

—Porque me importa. —Por un momento hay un brillo intenso y ardiente en sus ojos verdes—. Y punto. —Y cuando me quedo mirándolo

como una tonta, se ríe por lo bajo, divertido—. Rachel, es obvio.

Se pasa una mano por el pelo y mira a otro lado con aire pensativo. Estoy sorprendida. No. Atónita.

—Cathy y las chicas intercambiaban miradas cuando concertaba citas contigo. La cara de Otis era un poema cuando le pedía que fuese a recogerte. Roth y Carmichael no dejan de darme la tabarra. Gente que no me conoce de nada especulaba sobre nosotros. Es muy obvio.

—¿Qué?

Me echa un vistazo, sonrío un poco y me acaricia la mandíbula con los nudillos.

—Que me gustas.

Me toca la barbilla con el pulgar y noto que el calor invade mi cuerpo.

—Es que esas miradas, Rachel, te lo juro... —murmura en voz queda.

—¿Qué miradas? —Me río con nerviosismo. Cómo echaba de menos estar así de relajados y de guasa. Que me mirase con diversión sincera. Está siendo espontáneo y simpático, lo que resulta fascinante porque en el trabajo siempre guarda las formas.

—Esta. —Me pasa los pulgares por el rabillo del ojo—. Esta. —Hace que sonrío sirviéndose de los pulgares mientras me mira con ternura y diversión

—. Esta —añade con voz ronca, mientras intenta alisarme el ceño con el pulgar—. Y la que me dice que me quieres aquí. —Me cubre el sexo y se acerca a mi oído—. La que dice que tienes miedo y quieres que te salven. Y

la que muestras cuando estás contenta, como si te hubiese dado el mundo, como cuando te he comprado lencería.

—Bua, estoy segura de que la última pieza te encantó. ¿A que te gustan las que mejor se adaptan a tu ego? —Me tapo la boca para aguantarme la risa —. Las que llegan por aquí.

Le doy un golpecito en la cabeza y él simplemente sonrío.

—¿Te sabes... —Le acaricio los abdominales y los pectorales sin un rumbo fijo—... la historia de Cupido y Psique?

Enarca una ceja, divertido.

—La belleza de Psique impulsaba a los hombres a adorarla, y eso provocó la ira de Venus, que le encargó a Cupido que actuase en venganza.

Pero al verla, Cupido se pinchó por accidente con su propia flecha y se enamoró de Psique, así que urdió un plan para desposarla. Psique creía que

estaba destinada a casarse con un monstruo, y cuando el propio Cupido le

pidió que no lo mirase, a ella le preocupó mucho de quién se trataba. No confiaba en lo que no podía ver, y un día, alentada por las envidiosas de sus

hermanas, decidió matarlo. Y cuando se atrevió a mirarlo vio que era muy

bello... su Cupido... —Me sonrojo—. Entonces, cuando advirtió que no era el

monstruo que había imaginado, lo perdió. Cupido le dijo que el amor no podía sustentarse en la desconfianza y la dejó.

Me sonrojo más.

—Sigue. —Se echa hacia atrás, y me mira como solo él sabe: con tanta

atención que me pone un poquito nerviosa.

—Entonces Psique comprendió que tenía que regresar para servir a

Venus, quien la sometió a unas pruebas terribles. Pero Cupido interfirió: rescató a Psique de su profundo letargo y finalmente la desposó.

Su risa tarda en llegar, pero es maravillosa y contagiosa.

—Pequeña, no me parezco en nada a Cupido en esta historia.

Cuando arquea las cejas en actitud desafiante, lo entiendo: para mí él es

Cupido, pícaro y engañoso, pero exige lealtad cuando se enamora

inesperadamente de Psique.

Pero Saint no quiere ser Cupido. Me lanza una mirada que me advierte

qué pasaría si lo fuese. ¿Una exquisita tortura sexual?

Ay, madre.

Me pregunto lo tonta que habré quedado al dar por sentado que me

quería. Qué tonta.

—Bueno, tu verdadera forma, Hades —improvisó—, raptó a Perséfone y

se la llevó al inframundo, donde abusó de ella para después enamorarse.

¿Sabes lo que siempre me desconcierta? —añado.

—¿Qué? —Los ojos le brillan como una roca volcánica vítrea.

—Zeus, el dios «bueno» más poderoso de todos, siempre tenía

problemas con su esposa. El dios «malo», Hades, estaba muy obsesionado con Perséfone, pero parecía mucho más enamorado de ella que Zeus de su

esposa. Hades era muchísimo más leal a pesar de sus pecados. Creo que... de la oscuridad y el sufrimiento siempre nace algo bello.

—Ah, ¿sí? —pregunta en voz baja.

Asiento, seria.

—Así que no, supongo que no eres Cupido en esta historia. —Y añadido en tono de broma—: Eres Zeus y Hades. Un santo aquí... —Le toco en el corazón—... y un pecador aquí... —Toco su gruesa erección.

Se ríe suavemente y me tumba a su lado. Nos quedamos ahí, tomando el sol en silencio.

En general el lago está tranquilo, salvo por algunas motos y un bote de vez en cuando. Pienso en su padre, en la calma y la sensatez con las que Malcolm ha llevado todo esto.

—No dejarás que te incite a cometer alguna imprudencia..., ¿no?

Se echa a reír.

—Estoy por encima de las imprudencias. —Se recoloca para mirarme—.

Pero te doy mi palabra de que no te hará daño. Como se acerque a ti, me lo cargo; despacio, lentamente, con sutileza.

—No se acercará a mí. Para entonces ya me habré ido.

Me toma el rostro en señal de gratitud masculina y pregunta:

—¿Cómo me vas a presentar a tu madre?

Sonrío.

—Ya sabe que no eres ningún santo —lo chincho.

Me mira en silencio; el silencio se prolonga.

—Está preocupada —admito.

—¿Sí?

—Cree que eres demasiado sofisticado.

—¿Y eso es malo?

—Y que tienes demasiado dinero.

—¿En serio?

Arruga el ceño con aire pensativo.

—Le preocupa que seas un mujeriego y que no puedas evitar jugar conmigo.

Frunce todavía más el ceño.

—Bueno, no es la primera vez que me subestiman.

—Pero ¡le caes bien! Es que... se deja guiar por lo que oye. Apostaba por nosotros, pero era difícil ocultarle que estaba... triste.

Me echa la cabeza hacia atrás; se le oscurecen los ojos.

—Culpa tuya, no mía.

Bajo la vista.

—Ya. ¿Seguro que quieres... ir? —pregunto con indecisión.

—Sí, seguro. —Se pone a jugar con un rizo cerca de mi oreja. Su voz

baja una octava—. Yo no seré ningún santo, pero tú, Rachel... —Deja la frase a medias como si tratase de dar con las palabras.

—Tampoco. —Me echo a reír—. Soy una pecadora —le aseguro. Esbozo una sonrisita de suficiencia y, en broma, le doy en el hombro con la base del pulgar—. Y tú eres mi Pecado.

Me sujeta la muñeca y se me borra la sonrisa cuando me acerca más a él.

El brillo de lujuria de sus ojos mientras me estudia abre un abismo de doloroso deseo en mi abdomen. Estoy loca por él. Es mi talón de Aquiles; los mayores placeres de mi vida están ligados a sus sonrisas. Y ahora mismo tiemblo al ser consciente de que me desea.

Tantos años siendo sensata para que ahora mi lado romántico tome las riendas. Me he pasado las noches del último mes más o menos rememorando su manera de hablarme y de mirarme. Es inalcanzable, y, sin embargo, todas mis fantasías y mis sueños convergen en un único ser humano de piel cálida, corazón ardiente, rostro bello y cuerpo musculoso y apetitoso.

Nada perturba su semblante; solo una sonrisa asoma a sus labios cuando pregunta:

—¿Tienes hambre?

«De ti», pienso, pero niego con la cabeza.

Se levanta, nos sirve un poco de vino y se mete una cereza en la boca.

Hace un nudo perfecto con el tallo y me lo enseña.

—¿Lo has hecho alguna vez? —La voz profunda que emplea mientras se sienta cerca de mí me calienta—. Eso significa que sabes mover la lengua.

Su suave risa surca el aire y, ay, la noto entre las costillas, entre las piernas...

Vuelve a la mesa. Me dirijo al pequeño bufé de frutas, como una cereza,

tiro el hueso e intento anudar el tallo. Él se come otra mientras me observa.

Al cabo de un minuto, me rindo y niego con la cabeza. Me saco el tallo de la boca y se lo enseño: está recto.

—No —constato, riendo.

Él me sonrío y me dice con voz baja y ronca.

—A nadie le sale a la primera.

Hace otro nudo y mueve la lengua con una lentitud que hace que se me

pasen por la cabeza todo tipo de pensamientos lascivos. Noto un tirón extraño en las entrañas mientras lo observo, y cuando esboza una sonrisa al

tiempo que me mira, me invade una oleada de asombro.

Antes de que pueda coger otra, me agarra de la muñeca con una mano y

con la otra me toca la cara. Me roza los labios con la yema del pulgar. Me estremezco sin querer.

Me fascina la amabilidad que veo en su rostro cuando lleva mi mejilla a

su pecho y empieza a acariciarme el pelo. Permanecemos así. Hasta la brisa parece cargada de electricidad. Me atusa los cabellos, y la sensación es tan

dulce y embriagadora que soy incapaz de moverme.

Está claro que sabe que me afecta. Pero a él también le afecta yo: está tenso y parece petrificado.

Como si recuperase el control sobre sí mismo, me mira.

—¿Quieres que te enseñe a hacer un nudo? ¿O te apetece bañarte?

Echo un vistazo a las cerezas y sus labios se curvan. Me muero de placer.

Estira la mano y levanta una cereza por el tallo.

Me acomodo en la tumbona que hay junto a la mesa del bufé y empiezo a notar el calor que emana su cuerpo, de pronto muy cerca.

Se inclina cogiendo la cereza por el tallo y yo se la arranco de un mordisco. La mastico con las muelas y noto cómo me baja un líquido fresquito por la garganta. Nunca lo he visto verme comer con tanta atención.

Me saco el hueso de la boca y lo dejo en un platito, en la mesa.

Se sienta a mi lado, su hombro toca el mío, su cara me mira, y juro que el sol es más bonito en su rostro que en el cielo.

Me ofrece el tallo y yo me lo meto en la boca y pruebo a hacer el nudo.

Acerca más la cabeza para hacerse oír por encima del viento.

—Enróscatelo en la lengua. —Su voz no podría ser más grave—. Así.

Agacha la cabeza y, antes de percatarme, sus labios tocan los míos y, con su habilidosa lengua, mueve el tallo para que rodee la mía y forme un nudo.

Cuando nos separamos, nos aguantamos la mirada lo que se me antoja

una eternidad y se saca de la boca el tallo que acaba de robarme a mí. Lo tira y esboza una sonrisa que le llega a los ojos al tiempo que me acaricia las mejillas con los pulgares y me toma la cara con delicadeza.

—Sé otra cosa que sabes hacer girar con facilidad —susurro.

Me mira detenidamente mientras espera a que siga.

—A mí.

Ahora ya no sonrío. Y yo tampoco. Me recorre un escalofrío mientras agacha la cabeza. Y entonces... Aaah. Un beso fantasma. Me dice con voz profunda y ronca cerca de mi boca:

—¿Quieres otro tallo de cereza? ¿O quieres mi lengua en tu boca?

Al instante, cierro los ojos y echo la cabeza hacia atrás.

Otro beso en la comisura.

Respira despacio, aunque toma tanto aire que se le hincha el pecho en un claro esfuerzo por recuperar el control. Pero yo quiero que lo pierda. Quiero que se suelte y que me bese, que me folle, que me ame.

Me acaricia la mejilla con el nudillo del dedo índice mientras agacha la cabeza de nuevo; me besa tan cerca de la boca que noto el sabor a cereza de sus labios.

—Ven aquí.

Me levanta del asiento con facilidad y me sienta en su férreo regazo. Las piernas me cuelgan a un lado e intento reprimir una risita nerviosa, pero al final me tranquilizo. Jo, chico. Es cada vez mejor, en serio. Me rodea con los

brazos. Hace que me sienta pequeña en el buen sentido.

Me estoy acostumbrando a la sensación de seguridad —una sensación

por la que mataría si así la tuviera el resto de mi vida— cuando veo que Saint me mira como si fuese la cosa más sabrosa que ha visto.

—Agárrate a mi cuello —me dice en voz baja al oído.

Con una mano me frota la espalda. Hago lo que me pide; me tiemblan los

brazos. Aunque estamos a finales de verano, hoy se ha levantado viento y hace frío, pero Saint me coge de las manos y hace que las lleve hasta su pelo.

Se lo toco en un acto reflejo mientras él me rodea la nuca y, al fin, me atrae hacia su boca. Cuando nuestros labios se encuentran, ya están

entreabiertos y nuestras lenguas se ponen de acuerdo mientras se buscan.

Me acaricia la espalda y me sujeta la cadera con firmeza; alarga los dedos

hacia mi trasero mientras me pasa el pulgar por el hueso de la cadera. Y

como su cálida lengua y la mía se entrelazan con más fuerza que los tallos de cereza, lo olvido todo.

Que me llamo Rachel Livingston, que mi carrera profesional es un caos y

que quiero que se pare el mundo.

Ahora mismo solo quiero la lengua de Saint y que el mundo gire y gire y gire como solo él sabe hacer que ocurra.

Me baja la mano por el muslo, la deja detrás de la rodilla y, despacio, me

dobra la pierna, la levanta y se la pone en la cadera.

Me siento a horcajadas. Me baja la mano por la espalda y me mete los dedos en el bikini. Me agarra el culo y me aprieta contra él mientras me besa. Y, en todo momento, su lengua me roza, juega, se restriega y paladea

mientras su boca se funde con la mía: la devora y se apodera de ella.

El calor de nuestros cuerpos podría derretir un glaciar. Con la otra mano, me agarra de la coleta. La boca me arde cuando se aleja de mis labios poco a poco y me besa en los hombros, en el cuello y en la cara.

Mis manos siguen su propio camino y bajan hasta sus hombros, pero su agarre me impide mover la cabeza para así volver a apoderarse de mi boca cuando se le antoje. Estoy jadeando, sin aliento, cuando abandona mi cuello y me mira a los ojos durante tres largos segundos. Me siento desnuda, vulnerable, y sus ojos están nublados por la lujuria, pero son tan cristalinos al mismo tiempo que me da miedo que me vea; que vea que él es mi única debilidad. Así que cierro los ojos y le ofrezco mis labios.

Cuando sus labios se aferran a los míos, su boca está más húmeda y más ardiente, es más lenta y más decidida. Lo saboreo de nuevo. Parezco una avariciosa desesperada cuando le meto las manos por debajo de la camisa, pues me muero de ganas de tocar su piel.

Se la quita por la cabeza y me estremezco cuando nuestras pieles se rozan.

Mete los dedos en los triángulos de la parte de arriba de mi bikini y, con las yemas, me toca los pezones, que se sienten encerrados y me duelen. Sus movimientos arriba y abajo y los círculos que dibuja en mi piel hacen que dé un respingo.

Me arrimo más a él, y me invade un cúmulo de sensaciones mientras le beso cerca de la oreja.

—Me gustan las cosas que me haces —confieso en voz baja.

—Eres mi droga —susurra con voz ronca. Me vuelve a besar en la boca, pero esta vez me muerde un poquito los labios.

Me deja un rastro de besos desde el cuello hasta el pecho.

—Aquí. En esta zona tan bonita y tan rosada. Esta noche te voy a besar justo aquí —dice mientras me da un golpecito con la nariz en el pezón por debajo de la tela.

Un delicioso escalofrío de deseo me recorre la columna cuando vuelve a acariciarme los pezones. Siento la electricidad de su contacto en el abdomen, en los dedos de los pies, en todo mi ser.

—Si quieres... —acepto.

—Vaya que si quiero.

Me coge de un pecho y me lo chupa. Levanta un poquito la cabeza cuando gimo y me da otro beso. Con dulzura, pero me deja jadeando.

—Saint —susurro.

—Malcolm —murmura en mi boca.

—Mmm... ¿Ya puedo llamarte Malcolm?

—Y puedes hacer muchas más cosas.

Me quita el coletero y observa cómo me cae el pelo por los hombros. El

brillo lascivo de su intensa mirada verde hace que me dé un escalofrío.

—¿Qué he hecho para merecerme semejante... privilegio?

Una sonrisa brilla en sus ojos verdes.

—Malcolm. Dilo —me persuade.

Frunzo un poco el ceño.

—Es un nombre muy respetable. ¿Por qué haces que suene tan mal y tan guarro? ¿Eh, Malcolm?

Suelta una risa gutural y gime al mismo tiempo. Acto seguido, me da un beso apenas perceptible en la comisura de la boca como para decirme que agradece el gesto. Oímos que viene un bote y me aparto un poco, cohibida ante su proximidad, aunque a Saint parece que le dé igual.

Es una lancha motora en la que hay ocho personas y con música *rock* a todo volumen. Me doy cuenta de que están haciendo fotos al yate de Saint con el móvil. No. Oigo las voces chillonas de las mujeres y me percato de que le están haciendo fotos a Saint. Y... a mí.

Pongo los ojos en blanco.

—Estupendo. Se van a poner las botas.

—¡¡Saint!! ¡¡Dios, Malcolm Saint!! ¿Podemos subir? —grita una—. ¡Soy

Tasha! ¡¡Tasha!! Te vi una vez con mis amigas en la disco de Decan, ¡en Orion!

Podrían estar hablándole al aire.

Mientras las miro fijamente, me doy cuenta de que Saint no pierde

detalle de mi boca —ahora un poco roja—. A continuación me mira a la cara.

—Ven aquí —dice, alargando la mano.

—¿Qué...?

—¡¡¡Saint!!! —grita una, que acto seguido le susurra en voz alta a la amiga que está subida al filo del bote—: Haz fotos, maldita... ¿Estás haciendo? —
Entonces, ahueca las manos y nos grita—: ¿Podemos estar un

ratito con vosotros?

Oigo un chapoteo y miro al otro bote con los ojos abiertos como platos.

—No me digas que se ha tirado.

—Mis chicos se encargarán.

Me coge de la mano y me lleva a los camarotes. Durante el trayecto detiene a un miembro de la tripulación y le hace una señal con la mano.

—Enseguida, señor Saint.

Me estoy partiendo el culo cuando llegamos al camarote y nos ponemos a mirar por la ventana.

—¿Esta chica va en serio? ¡Ay, no, que vienen las tres!

—Ven aquí —susurra, y vuelve a tirar de mí. Cierro los ojos cuando noto sus labios.

—Malcolm...

Me remuevo un poco, pero él me tranquiliza con un beso en los labios.

—Vamos a ver si tu tripulación... —Me giro en sus brazos y doy unos pasos para intentar asomarme fuera.

—Lo tienen todo controlado.

Su voz baja me acaricia la entrepierna como una pluma. Noto que me mira el culo. Me vuelvo y veo que me devora con los ojos.

—Pecado...

Está ahí plantado, alto y glorioso, mientras sigo oyendo el chapoteo de fuera.

Se acerca y me pasa un dedo por el brazo y lo sube hasta el hombro. Me acaricia con el pulgar por debajo de la tira del bikini. Ya estoy jadeando.

—Malcolm.

Da un paso más y me besa en la boca con delicadeza. Dios. La sensación de sus labios suaves y fuertes es abrumadora.

En un abrir y cerrar de ojos me ha metido la lengua. Se me nubla la vista.

Veo borroso. Me atrae hacia su pecho mientras me provoca con los labios.

Me aferro a sus hombros.

—¿Por qué? —se queja alguien en el lago—. Pero si yo lo conozco...

Salimos de fiesta una vez...

Y sus amigos desde el bote dicen:

—Venga, solo un ratito...

—Jo, qué pesados —comento, intentando volverme. Me pone las manos en las caderas para detenerme.

—Ya se pueden poner todo lo pesados que quieran que no van a subir —

me murmura al oído.

Antes de que pueda escaparme a ver el espectáculo, me coge en brazos y me lleva a la cama.

—¿Estas también son amigas tuyas...? —lo chincho.

Me tira a la cama, se pone de rodillas encima y tira del cordón del bañador.

—Quítatelo —me dice, señalando el bikini con la cabeza.

Lo hago al momento y separo las piernas para que tome posición. Me pone una mano en la cara y yo se la estrecho; me toca con una dulzura exquisita.

—Líos. Facilonas. Tontas —Y añade—: No son como tú.

Su atención se dirige hacia abajo, hacia mis pechos, mientras acaricia mi cuerpo delgado con admiración. Los últimos rayos de sol se cuelan por la ventana; Saint ve cada centímetro de mí. Me estoy sonrojando, pero no le pararía los pies por nada del mundo. En vez de eso, hundo los dedos en su espesa cabellera. Noto su aliento en uno de mis turgentes senos mientras agacha la cabeza. Entonces me chupa un pezón, y con ese gesto pone mi mundo patas arriba y noto punzadas de placer por todo el cuerpo.

Ay, madre mía.

Oigo como se va la lancha. Llaman a la puerta.

—¡Ya está, señor Saint!

—Gracias —contesta con la voz ronca por la lujuria tras apartar los labios de mí un segundo.

Me sonrío. Me agarra de las muñecas y me estremezco cuando me da un lametón desde el cuello hasta los labios con esa lengua tan hábil. Me coloca

los brazos por encima de la cabeza; con una mano los sujeta y con la otra me recorre de arriba abajo.

No puedo evitar arquearme.

—Malcolm.

—Así me gusta.

—Malcolm Saint, eres un diablillo de los pies a la cabeza...

—Y tú eres una chica que se avergüenza de que la vean conmigo.

—No.

—¿Porque me he acostado con muchas? —me desafía con unos ojos

verdes y penetrantes mientras me baja la mano por el costado—. ¿Porque me gusta tomar lo que quiero?

—¿Por ejemplo...? —Me lamo los labios—. ¿Qué quieres...?

Se retira con cuidado hasta ponerse de pie. Tira lo que queda del cordón.

Su bañador cae al suelo y deja sus fornidas piernas al descubierto.

Saca un condón del cajón, lo abre y me lo da con una chispa de desafío en

los ojos y una adorable sonrisilla en los labios.

—Pónmelo.

Me coloco de rodillas despacio y lo acaricio con cariño aunque le diga frunciendo el ceño:

—Eres un tirano en la cama. Por eso nunca serás mi jefe...

Agacha la cabeza y me besa. Me quedo sin aliento y me tumba con

cuidado en la cama. Me pasa las manos por los brazos y entrelaza nuestros dedos mientras me sonrío.

—¿Te gusta esto? —pregunta con una ligera sonrisa mientras me sigue cogiendo de las manos.

—No —miento.

—Sí te gusta.

Por un momento deja de darme esos besos ardientes, lentos y adictivos, y me mira. Me mira fijamente mientras mi cuerpo se arquea con su acometida. Jadeo. Suplico. Le aguanto la mirada y lo memorizo mientras me penetra con suavidad y vehemencia.

Malcolm.

Quiere que lo vuelva a llamar Malcolm.

Me aguanta la mirada. Me mira con intensidad y ternura, como si toda su vida hubiese estado esperando este momento.

Me agarra de las muñecas con una mano, me toca la mejilla y empieza a moverse. Estar indefensa me pone, quiero que me retenga; me gusta cómo me sujeta la cara y cómo me roza los labios con el pulgar, y yo abro la boca y jadeo. Para cuando me la mete del todo, ya no puedo más. Aminora la velocidad cuando llego al orgasmo. Me retuerzo, tiemblo y estoy destrozada aunque levante las caderas para que siga destrozándose más, tomando más; su agarre es firme y tremendamente excitante.

—Así me gusta —me dice mientras me besa en la boca con ímpetu y me degusta con la misma ternura y la misma intensidad que veo en sus ojos—.

Dámelo todo... Así... No me esperes para correrte...

—Tú... —Le muerdo el labio mientras muevo las caderas de la forma más seductora que puedo—. Córrete... conmigo... Malcolm, córrete conmigo... —Se me escapa un gemido mientras sigue embistiéndome.



Me baja las manos por los brazos y de pronto me da la vuelta, me pone a cuatro patas y vuelve a penetrarme.

—Estoy aquí —me dice al oído con voz ronca mientras me agarra del pelo, me la mete más hondo y gime mi nombre.

Mi orgasmo, que había estado menguando, vuelve a la carga. Saint está disfrutando conmigo, sus embistes son profundos, rápidos, potentes y, Dios, qué gusto. Su boca está en todas partes al mismo tiempo. Húmeda. Caliente.

Fuera de control. Me agarra con más fuerza. Su cuerpo me necesita urgentemente. No. Él me necesita con urgencia.

Me susurra cerca de la parte de atrás de la oreja, se tensa dentro de mí, y yo me corro. Me corro y me retuerzo debajo de él, consciente de que me acerca más a él, de que me estrecha con los brazos y de que sus labios tiran con avidez de mi oreja, la oreja que sé que le encanta y que hace juego con la

otra. Minutos más tarde, a los dos nos faltan las fuerzas, me aplasta con su costado y le retumba el pecho.

Frunzo un poco el ceño. ¿Se está... riendo? Levanto la cabeza, confundida. Su voz es ronca cuando me sostiene un poco más cerca de su pecho con los ojos entrecerrados.

—Tú también eres un diablillo.

Me roza el labio con el pulgar y me sonrío de oreja a oreja como si le encantara.

El día siguiente también lo pasamos en *El Juguete*. Comemos, tomamos el sol, bebemos vino y nos damos un chapuzón. También puedo confirmarles a las chicas que sé hacer un nudo con un tallo de cereza sin tocarlo ni un poquito.

24. Depresión postcereza

Me despierto en mi cama el domingo por la noche. Es o muy tarde o muy temprano.

Confundida, voy al salón sin hacer ruido y veo que no hay nadie. Voy a la habitación de Gina.

—Recuérdame que no beba si estoy en un barco —le digo a Gina

mientras me agarro la cabeza y me apoyo con pesadez en el marco de la puerta.

Ella gruñe desde su cama.

—¿Y Saint?

Gina se mueve un poco.

—Caíste redonda y él te metió en casa.

—¿Por qué no se quedó?

—Se quedó un rato en tu habitación y se fue. Parecía que los muertos iban a despertar antes que tú.

—¿Cuándo se fue?

—Hace una hora.

—Perdón por despertarte, creo que sigo algo borracha. —Me apoyo ligeramente en su puerta y suspiro—. Qué bien nos lo hemos pasado. Hemos hablado..., hemos nadado..., hemos comido cerezas..., hemos cenado... Solo me tomé dos copas. ¡Dos! Y no recuerdo nada más.

Es por el viento y el bamboleo del barco, que me dejan para el arrastre siempre.

Gimo. Me arrepiento muchísimo de haber bebido.

—Cierra —murmura Gina mientras salgo.

De vuelta en mi cuarto, enciendo la lámpara, cojo el móvil y escribo un mensaje:

Gracias por traerme.

Pero en vez de enviárselo, pruebo a llamarlo para ver si contesta. Nada más oír su voz, me hierva la sangre por algo más fuerte que el alcohol.

—Gracias por traerme. Me lo he pasado superbién contigo —susurro.

—Y yo.

Miro la hora: son más de las tres de la mañana. Me cuesta hablar por el sueño y el alcohol.

—Quería que te quedases a dormir.

—No puedo describir lo que te voy a hacer cuando eso pase.

—Porfa, dímelo —le ruego.

Silencio.

—Te deseo mucho, Pecado...

Silencio.

—Puedes hacerme lo que quieras siempre y cuando prometas repetirlo.

—Esa promesa sí me gustaría cumplirla —susurra con voz ronca.

—Sé que no te gusta hacer promesas, pero tu palabra vale oro, y si te hubieses quedado, te habría dejado devorarme. Pero no entera, hombre.

Tendrías que dejar lo justo... para que mañana, cuando esté sobria, me contases lo que me hiciste.

—¿Así que eres toda mía salvo por las orejas? —me pregunta, divertido.

Vuelve a parecer que está cerca del altavoz.

—¡Sí! —respondo, contentísima.

—¿Mientras devoro cada centímetro de tu cuerpo con la boca?

¡Cada centímetro! Madre mía, sí.

—No sé yo si me podría resistir a tus orejas —dice en tono dramático.

El deseo no hace más que aumentar.

—Vale —susurro—. Te las doy también.

—¿Segura? Entonces tendría todos tus sentidos.

—Sí —musito.

—Rachel, quiero ser tu perdición, quiero destrozarte.

—Vale.

Pero ¡si ya lo eres, ya lo has hecho!

—¿Vale? —insiste, divertido.

—Mmm... Pídeme lo que quieras, Saint. Cualquier cosa.

—¿Te apetece pasar el fin de semana de después de ir a ver a tu madre conmigo?

—Me encantaría. Estaré con los cinco sentidos y en sintonía con las travesuras que tienes pensadas.

—Esconderé el vino —me pica.

—¡Malcolm! —Me río. Y le pregunto, preocupada—: ¿He dicho algo?

—Nada que no hayas dicho ya.

—¡Malcolm! ¡No seas capullo! ¿Qué he dicho?

Se ríe entre dientes.

—Nada que no me importaría volver a oír.

Cuando colgamos, me quedo mirando el techo. Ay, madre, ¿le habré dicho que lo quería? ¿Borracha? ¿Por qué no puedo decírselo como una

persona normal y valiente cuando estoy sobria, mirándolo a los ojos?

Trato de recordar, pero no puedo; sencillamente no puedo recordar si se lo he dicho.

Pero si se lo he dicho... ¿Quiere volver a oírlo?

A lo mejor le he dicho guarradas, que también sería algo muuuy impropio de mí y algo que seguramente le encantaría oír.

Suspiro, ahueco la almohada y apago la lámpara pensando todavía en algo tan sencillo y excitante como un tallo de cereza anudado.

25. Un santo en mi casa

Esta noche es la noche en que Saint conocerá a mi madre, y no sé quién está más emocionada, si ella o yo.

Antes de ir a casa de mi madre, me paso por la farmacia a por sus medicinas, le compro tres bolsas de productos frescos y ecológicos y se lo guardo todo con esmero en el botiquín y en la nevera. A continuación, la ayudo con los preparativos para la cena de esta noche. Me he asegurado de

que la casa esté reluciente, de sacar la vajilla más bonita y de que un centro de mesa compuesto por bellas rosas blancas corone la mesa. Mamá,

enfundada en su delantal, no para de trajinar en la cocina y de amontonar cosas en el cajón calientaplatos.

La emoción en nuestro hogar es palpable.

Desde mi temprana adolescencia, mi madre ha visto cómo me centraba únicamente en mi carrera. Nunca he fantaseado mucho con los chicos. Está

tan poco preparada para que traiga a un hombre a casa como yo, aunque estoy segura de que ha estado todo este tiempo esperando que algún día encontrase a «alguien».

Bueno.

Pues ya lo he encontrado.

¡Hostia puta, vaya si lo he encontrado! Y mi madre quiere conocerlo, y lo más sorprendente es que él también quiere conocer a mi madre.

Suspiro satisfecha y echo un último vistazo a nuestra casa. Está

limpísima y tiene un aspecto acogedor. Sin embargo, me doy cuenta, algo cohibida, de que la casa de mi madre es una especie de santuario en honor a

mí y mis logros hasta la fecha: los artículos que escribí para el periódico del instituto enmarcados; el primer artículo que escribí para *Edge*, y las cartas de lectores conmovidos que tenía guardadas.

—Justo esta mañana he leído algo de él... —dice mi madre mientras sale y mira la casa, satisfecha—. Se ve que es un hombre con poderío. Y parece guapo.

—Lo es, las dos cosas. También es inteligente. Y entusiasta.

Le doy una palmadita en la mano y un beso en la mejilla, y me pregunta:

—¿De verdad va a venir?

—No, es que quería que nos pusiésemos manos a la obra por diversión.

Sonríe con la ternura propia de una madre y ahora es ella la que me da una palmadita en la mano.



—Es buena señal que venga —me asegura.

Se me hace un nudo en el estómago al escuchar eso, pero sonrío de oreja a oreja y asiento.

Me pone nerviosa y me emociona que venga.

—Recuerda que me prometiste no someterlo a un interrogatorio, ¿eh?

—¡Que sí! —contesta mi madre mientras vuelve a meterse en la cocina.

Ay, Dios. Que se lleven bien, por favor.

Aparto la cortina de gasa y miro por la ventana a tiempo de ver cómo frena el Paganí Huayra con un chirrido delante de nuestra casa.

¿Exceso de velocidad, Pecado? ¿En serio?

S sonrío, pero finjo no hacerlo cuando abro la puerta y niego con la cabeza en señal de desaprobación mientras lo veo salir del coche. Lleva un jersey de cachemira negro y unos vaqueros oscuros lavados a la piedra, y agarra con firmeza una botella de vino. Se me acelera el corazón a medida que salva la distancia que nos separa.

Pecado se mimetiza completamente con la noche, aunque es como si

cada farola cercana lo estuviese adulando al proyectar atractivas sombras en su cara y en su cuerpo.

Tiene una pinta irresistible.

Peligrosa.

Exquisita.

—Hola —le digo mientras salgo y lo beso sin pensar en su dura mandíbula—. Un beso por venir.

Me acerca a él y me habla al oído.

—Yo también tengo uno para ti, pero no es apto para que lo vea nadie.

—Un brillo travieso aparece en sus ojos cuando ve que me pongo roja.

Da un paso y ya está dentro. Se lo ve muy oscuro en la entrada. Más oscuro que su pelo, que el aire que emana. Parece más grande cuando da otro paso y se acerca a mi madre, que lo espera con una sonrisa radiante.

—Malcolm, esta es mi madre...

—Kelly —me interrumpe, ansiosa. Parece que quiera abrazarlo, pero se contiene; Saint impone demasiado.

Malcolm le da un suave apretón en el hombro y le pasa el vino. Observo que mi madre intenta desesperadamente resistirse a su encantadora sonrisa. Y me doy cuenta de que su voz grave no ayuda.

—Es un placer estar en tu casa, Kelly. Con tu hija.

Mi madre le da las gracias de manera efusiva por la botella de vino y se marcha a ponerla en hielo.

Saint me toca la mejilla solo un segundo, pero ese segundo basta para ponerme todavía más nerviosa.

Maldito sea.

—Eres el primer hombre que trae Rachel a casa —le dice mi madre.

—Es la primera vez que me traen.

Nos guiña un ojo, y mi madre y yo sonreímos. Las dos nos hemos quedado embelesadas hace un momento contemplando cómo descorchaba el vino de una forma que solo un hombre que ha descorchado cientos de botellas sabe hacer.

Ahora estamos disfrutando de la cena, del vino y de la conversación.

—Siempre pensé que habría tenido más amigos de no ser por su amiga imaginaria, Monica —dice mi madre.

—Matilda —la corrijo.

Mi pobre madre, está tan emocionada y tan nerviosa que ni siquiera recuerda los datos correctamente.

—Eso, Matilda. Rachel le echaba la culpa de todo a Matilda. Para que veas lo poco que le gusta meter la pata —añade—. Es tan perfeccionista que se enfada consigo misma, así que culpaba a Matilda cuando las cosas no le salían como ella quería.

Gimo y pongo los ojos en blanco.

—Esto sería mucho más soportable si estuviese aquí Matilda.

Saint se inclina hacia mí.

—No habría venido por Matilda. Solo por ti.

Hace un mohín con los labios cuando enrojezco.

—Rachel me ha dicho que pintas —le dice a mi madre.

—Sí. Me gusta ponerle color a todo —responde, y señala con orgullo su ensalada de espinacas con fresas—. Rachel también pintaba; ese de ahí es suyo. —Señala un pequeño marco con mi huella.

—No lo pinté. Solo puse la mano. Saint tiene uno de esos. Uno grande.

—No me digas. —Abre los ojos como platos, asombrada—. La gente los compra, pero este en concreto me lo regaló Acabemos con la Violencia por el apoyo de Rachel.

Cuando pasamos al plato fuerte, mi madre le habla a Saint de mi relación con la asociación; nada que Saint no sepa ya, salvo quizás que llevo con ellos una década. Saint la escucha atentamente mientras se come su plato.

La escucha hablarle de los cuentos que contaba cuando era niña...

De mí y de cómo Acabemos con la Violencia nos ayudó a mi madre y a mí a salir adelante...

De mí y de mis sueños de encontrar un trabajo que me encantase y con el que ganarme la vida...

De mí y de mi deseo de hacer realidad su sueño de trabajar en lo que le apasiona...

—Las historias de los demás siempre han formado parte de su vida —añade.

—Hasta la mía —susurra Saint con un fuerte brillo en la mirada mientras me observa. No está enfadado; se acaba la copa tranquilo.

Tranquilo y algo más. Parece... iluminado. Como si las historias de mi madre hubieran aclarado algo que llevaba tiempo pasando por alto.

Creo que hasta está más a gusto que hace unos segundos. Sin dejar de prestar atención a mi madre, cruza los cubiertos en el plato vacío, se recuesta en la silla, se coloca las manos en la nuca y se ríe con las historias que cuenta sobre las payasadas que hacía la Rachel del pasado.

Está con mi madre y conmigo, y parece que esté... en casa.

Eso me afecta. De repente me siento muy vulnerable.

Me pregunto por su madre mientras habla con la mía. Mientras habla con la mía y de vez en cuando remata sus anécdotas con un «¿En serio hizo eso?» en tono divertido.

¡Mi madre no para de hablar de mí!

Me siento totalmente desnuda y expuesta en este momento.

Malcolm ya sabe mucho de mí. Lo que me gusta, lo que me asusta y lo que quiero. Que espero hacer cosas buenas, pero que a veces hago cosas malas. Si hasta sabe qué sabor tengo.

Y que el hombre de mis sueños me conozca a través de las historias de mi madre es como si me conociese íntimamente. Como si no tuviese más secretos para él, mientras que él, en cierto modo, es una caja de secretos que quizá no llegue a abrir del todo nunca.

Gina tiene razón: a lo mejor sí que he levantado muros para protegerme.

Pero siento que están a punto de caer.

—Rachel tenía muy pocos amigos cuando era más joven —dice mi madre mientras trae mi postre favorito: pastel de chocolate y menta—. Era reservada y, pues yo, claro, me preocupaba, como ya te imaginarás. Los únicos a los que les contó que no tenía padre fue a la gente que conocimos en la asociación. Gente como ella, que sabía lo que era perder a alguien. No se sentía cómoda diciéndoselo a nadie más porque pensaba que no la entenderían.

Intento tomármelo a risa, pero titubeo. Solo cuando Saint me da la mano por debajo de la mesa y me la aprieta, exhalo.

Porque no me va a juzgar.

«Me gustas», recuerdo que me dijo. Le echo una mirada furtiva. Él lo nota y se gira. Y cuando nuestras miradas se encuentran, siento que me besa con los ojos.

De pronto me parece que esta velada en mi casa es importantísima.

Como si él también me estuviese ofreciendo algo que no le ha dado a nadie más.

Ahora mi madre está diciendo que de adolescente me pasaba los fines de semana leyendo.

—¿No era fiestera?

Se lo ha preguntado a mi madre, pero lo hace para chincharme a mí. Se lo

noto en la mirada —y en la sonrisa— que me dedica.

Una sonrisa que mojaría las bragas de todas las mujeres de la faz de la Tierra.

—Qué va, pero le gusta pasárselo bien —asegura mi madre—. Volvió del baile de graduación a las doce. El chico con el que fue no le interesaba lo suficiente como para quedarse. Era majo. Se lo sugirió una amiga. Pero ella no estaba interesada en nadie. A menudo pensaba que necesitaba a un hombre tan fascinante que sus historias se quedasen cortas; un hombre que hiciese que su vida fuese más fascinante que cualquier otra cosa. Siento como si me acariciase en la intimidad cuando su mirada se intensifica.

—Entonces no ha estado con nadie —dice en un tono supercodicioso. Aguanto la respiración.

—Con nadie —confirma mi madre.

«Excepto contigo», le digo con la mirada cuando me sonrío.

La mirada que me está echando ahora mismo es mejor que el sexo; tensa la mandíbula como si hubiese sentido alguna emoción impronunciable.

—Pecado, en serio, tenemos que encontrar a alguien que me cuente historias vergonzosas sobre ti para que estemos en igualdad de condiciones —le pico con voz ronca, tímida.

Debajo de la mesa, me da otro apretón. Baja la voz una octava solo para

mí.

—Mira en Google. Me ganarás y todo.

—Se le ocurrían historias sobre familias —le cuenta mi madre—.

Normalmente eran muy bonitas. Me preocupaba que tuviese una visión del mundo demasiado optimista, pero creo que fue su forma de superar la muerte de Michael.

Después de asentir a mi madre en señal de comprensión, los ojos de Saint me buscan de nuevo. Me acarician de nuevo. Pero sin connotaciones sexuales. Es mucho más. Esos ojos, masculinos y tan insondables como el océano, parece que digan, sencillamente: «Te entiendo».

—Lamento oír eso. Lo digo por las dos —murmura al fin, dirigiéndose a mi madre, pero noto que le cuesta trabajo dejar de mirarme.

En los ojos de Malcolm suele haber unas motas que denotan frialdad.

No hay rastro de ellas ahora mismo.

Vive y respira; es un ser humano sentado a nuestra mesa, como una tormenta en calma, que sigue tan fuerte, vivo y normal como de costumbre pese a que posee una belleza y un poderío excepcionales.

Veo que mi madre se sonroja un poco cuando toda la atención de Saint recae en ella.

—Sé que tú has perdido a tu madre. Lo siento.

—Y yo —contesta él en voz baja.

—Esta también es tu casa, Malcolm. Siempre.

Cuando mi madre nos acompaña a la puerta poco después y Malcolm me pregunta si volveré con él, me ruborizo y asiento. No voy a fingir que no me apetece estar con él.

Se despide de mi madre y habla de nuevo, sin titubeos ni excusas.

—No se me da bien hacer promesas. Pero me gustaría que supieras que nunca he ido en serio con una chica hasta que conocí a tu hija, y ahora que sé que soy el primer hombre que ha traído a casa, mi objetivo es ser el último.

Se me han enrojecido las puntas de las orejas.

Dios.

¿Acaba de decirle eso a mi madre?

—No hace falta que me prometas nada; con que la trates bien me basta

—le susurra de todo corazón. Y añade—: Tened. Llevaos el postre. Yo no me

lo voy a acabar, y vosotros podéis compartirlo luego. Es el favorito de Rachel

—apunta, y nos pasa el pastel tapado con papel de aluminio.

Después de abrazarla y darle las gracias, me obsequia con una sonrisa grande, grande, grande, que me grita lo bien que le cae y lo tranquila que está de que tengamos —lo más seguro— una relación. Mi corazón está

contento.

Saint me acompaña al coche, abre la puerta y, cuando me acomodo en el asiento, se inclina y me abrocha el cinturón. El roce de sus dedos hace que me duelan mis partes íntimas. ¿Cómo se las apaña para que algo tan simple

como una cena en casa parezca unos preliminares?

Creo que sabe que estoy en llamas.

Porque, acto seguido, me coge de la nuca y me besa.

El beso es lento y tan delicioso que aprieto los muslos. Me pregunto si algún día me acostumbraré a sus besos. Impetuoso y decidido, me penetra la

boca con la lengua. Cuando de vez en cuando me succiona la lengua con delicadeza, me aferro más a sus hombros.

—¿Y eso?

—Me apetecía.

Sonríe mientras me acaricia la comisura con el pulgar.

Cierra la puerta, rodea el vehículo con una ardiente expresión de

satisfacción en la cara y se pone al volante. A medida que salimos del barrio, advierto que va más lento de lo normal —seguramente por la tarta que llevo

en los pies—, y reflexiono en voz alta:

—Me pregunto qué habría pensado de ti mi padre. ¿Odiaría que fueses tan poderoso o te admiraría?

Él arquea una ceja.

—Míralo de esta forma. Ni mi propio padre me soporta. No espero que los demás sí.

—A los hombres débiles no les gustan los hombres fuertes; les recuerdan lo que no podrán ser.

Ahora arquea las dos cejas, y su mirada rezuma tanta admiración que casi me hincho por dentro. Me toma la cara y me toca la comisura de la boca con el pulgar.

—Mi padre no es débil, pero es terco y egoísta.

Cambia de marcha; el anillo que lleva en el pulgar lanza un destello.

—Mi padre me habría aconsejado que me alejase de ti, eso seguro, lo tengo clarísimo... Pero no sé. —Vuelvo la cabeza con aire soñador para apreciar como es debido la suavidad con la que conduce Saint y suspiro—.



Creo que te habría admirado mucho.

—A mi madre le habrías encantado. —Me alza la barbilla mientras me sonrío con ternura—. ¿Quién no iba a quererte?

—Tú —digo, y al instante me tapo la boca—. Joder, no digas nada.

Hay un brillo de diversión en sus ojos cuando abre la boca.

—¡No digas nada! ¡No cuenta!

Se ríe con voz ronca.

—Rach...

—¡No! ¡Ni digas que no ni que sí, no! Lo siento mucho. No sé por qué lo he dicho. Quería ver si picabas y no es justo para ti.

Me echo a reír y él se dirige al arcén y detiene el coche. Me coge con las dos manos y me besa. Pero no me da un besito, sino un beso que noto en las

rodillas y que hace que mis pulmones se expandan para intentar tomar aire.

—No —le suplico cuando acaba.

—No voy a decir nada —responde con actitud inocente.

—Vale. Porfa, no.

Estoy temblando de las ganas que tengo de que lo diga. De que diga algo.

A lo mejor no siente lo mismo. A lo mejor tendría que haberle dejado hablar.

A lo mejor no habría soportado su respuesta. Buf. No puedo ni mirarlo. Me quedo mirando por la ventanilla mientras vuelve a incorporarse al tráfico.

Me da un vuelco el estómago cuando me da la mano y me la aprieta; ese gesto me hace quererlo aún más. Da igual cuál hubiese sido su contestación;

me sostiene la mano y sigue a mi lado.

Pero cuando me quedo callada, frena un poquito y me besa en la boca con dulzura; deja una mano en el volante y lleva la otra a mi nuca.

—¿Y eso? —pregunto. Me lamo los labios y le miro la boca.

Y él dice:

—Ese era yo haciendo lo que me da la gana. —Me vuelve a besar con dulzura —. Acostúmbrate.

Espero hasta el semáforo y lo agarro.

—Acostúmbrate tú a esto.

Nos besamos con algo más de frenesí y sonreímos. Y vuelve a acelerar.

Subimos en ascensor hasta el ático en el que duerme, come y vive.

En el que me ha hecho el amor como un loco.

El corazón me late con tanta fuerza que ni siquiera oigo la campanita del ascensor y, de pronto, se abren las puertas. Saint ni siquiera me ha preguntado si vendría, era un hecho. Quedamos en que pasaríamos el fin de semana juntos como si fuese lo más natural del mundo. Y lo cierto es que empieza a parecerlo.

Salgo del ascensor, y la belleza que irradia su piso me azota y hace que me muera de deseo; a mis pulmones empieza a costarles respirar. Voy a volver a pasar la noche aquí y, por alguna razón, parece que poco a poco vamos evolucionando hacia algo más profundo, más fuerte y más íntimo.

Estoy dejando el pastel en su reluciente encimera cuando se coloca detrás de mí y me coge de las caderas con una mano.

Noto mariposas en el estómago.

Me gira y ahogo un gemido cuando toma mis labios. Nuestras bocas se funden sin esfuerzo. ¿Algún día me acostumbraré a la electricidad de sus besos? Noto el subidón que solo sabe darme él. Se me acelera el pulso. Se me nubla la mente. Mi mundo se reduce a la boca que le está haciendo el amor a la mía despacio y con pasión.

Cuando su móvil nos interrumpe, no sé muy bien qué veo en sus ojos, pero sigo notando las mariposas. Su mirada es tan inescrutable como un bosque por la noche.

Me da un pico y se hace a un lado para atender la llamada.

—Santori —dice, en voz baja pero clara—. Sí, estaba ocupado.

¿Actualizarlo? Mmm... —Se dirige a la sala de estar con el ceño fruncido y pasándose una mano por el pelo.

Me pregunto quién será ese tal Santori mientras le quito el papel de aluminio al pastel y busco una cuchara. Me apoyo en la encimera, me pongo de puntillas y tomo una cucharada.

Mmmm. Dios. La combinación de menta y chocolate es exquisita.

Estoy lamiendo la cuchara cuando me doy cuenta de que Saint me mira de hito en hito. Con una amplia sonrisa, hundo la cuchara y la saboreo para que le quede claro que se está perdiendo una tarta casera riquísima.

Lo observo y él me observa a mí, la intensidad de su mirada hace que se me formen nudos en zonas del cuerpo a las que solo él puede acceder. Dejo la cuchara y... ¿Por qué me tiembla la mano? Cohibida bajo su mirada tremendamente profunda y masculina, me lamo las comisuras de los labios y su voz baja un decibelio.

—Sí, no puedo... hacerlo ahora. Déjame esta noche para pensar en nuestro próximo movimiento.

Apaga el móvil y lo tira.

Mis rodillas se vuelven gelatina cuando se acerca. Me roza los labios con el anillo de plata que lleva en el pulgar y sus ojos refulgen.

—Había pensado en rematar algún asunto, pero preferiría rematarte a ti.

Hostia puta. Se lo ve tan decidido. Tan resuelto.

Una sola frase de este hombre y estoy tan caliente y preparada como si llevásemos horas de preliminares.

—¿Quieres...? —Me lamo los labios y le miro fijamente la boca mientras intento regular mi respiración—. ¿Quieres pastel?

Me tira la cabeza hacia atrás para hacer contacto visual. Y niega con la cabeza... muy muy despacio.

A Malcolm le chifla el contacto visual.

Él es un depredador y yo soy su presa más dispuesta.

Con una mano me acuna la nuca y con la otra me rodea el cuello. Me

aguanta la mirada hasta que le resulta imposible besarme al mismo tiempo y agacha la cabeza.

—Quiero... esos labios tuyos. Son lo único que quiero...

Primero me pasa la lengua, caliente y húmeda, por los labios. Gimo. Su olor me cautiva y un ápice de su sabor, junto con el chocolate y la menta, permanece en mis labios. Si esta no es la tortura más exquisita, no sé cuál será.

Me vuelve a pasar la lengua, y yo me estremezco y entreabro los labios.

Me la mete a lo bruto. Un deseo intenso crece entre mis muslos. Saint me retiene ahí, donde me quiere, y me tira del labio inferior con los dientes.

Gimo en voz baja, y él me acerca a su cuerpo duro para estar alineados.

Dios mío, me posee.

—Pecado...

—Y quiero... esto.

Me duelen los pechos y los noto sensibles cuando me los agarra por encima de la blusa.

Me da un vuelco el corazón.

Dios, esa es la sonrisa más traviesa que me ha dedicado nunca.

Con una mano, me quita hábilmente la blusa por la cabeza y me baja el

encaje del sujetador para dejar al descubierto un pezón. Se toma un momento para apreciarlo. Libera mi otro pezón y los deja así a los dos, expuestos, con el sujetador arrugado debajo.

—Y sin ninguna duda quiero estas preciosidades.

Inclina la cabeza y succiona superfuerte, lo que hace que se me hinche el

pezón y me duela el sexo, que necesita que lo llenen. Se va a por el otro pezón, lo baña con su lengua y succiona de nuevo.

Me arqueo sin remedio, me aferro a su espalda y le arañó el jersey de cachemira con las uñas.

—Dios, cómo necesito esto... Malcolm, no pares.

—No voy a parar. —Me roza el pezón con los dientes y chupa—. Quiero

que me toques —me dice en voz baja mientras me lleva la mano en la parte

delantera de sus pantalones, donde hay algo grande, hinchado y fuerte como

el acero. Se me seca la boca y me chupo los labios mientras lo acaricio por

encima de la tela. Gruñe con la garganta—. Mírate, Rachel —añade con voz

ronca sin apartar la vista de los pezones. Entonces mete los dedos en el pastel y me pone chocolate mezclado con nata montada en los pezones arrugados.

—¡Saint! —Jadeo por la sorpresa y doy un respingo, excitada.

Agacha la cabeza para follarme el oído con la lengua, y, mientras está en ello, me pregunta:

—¿Quieres que te coma?

La electricidad fluye entre nosotros cuando sus ojos se clavan en los míos y no los sueltan. Asiento con la cabeza.

—¿Qué parte?

Madre mía.

Todas.

Por dentro, por fuera. Quiero que me devore y, justo después, quiero devorarlo yo a él.

Estoy tan nerviosa y tengo tanta hambre que me duele la garganta y me pongo chocolate en los labios.

—Aquí —susurro tímidamente.

Él sonrío de oreja a oreja.

—¿Aquí? —Se inclina y, con actitud provocativa, me lame la comisura con delicadeza y se mete el chocolate en la boca.

Un rayo candente me atraviesa y creo que hago un ruido; un gemido de necesidad. Me acerca y, luego, me besa y prueba el pastel de mis labios; cada parte de mi cuerpo siente su beso.

Tiene los ojos entornados mientras extiende el chocolate que acaba de

ponerme en los pezones y me acaricia con suavidad.

—¿Y aquí? ¿Eh?

—Madre mía, Malcolm —digo por toda respuesta mientras me agarro a sus hombros. Se inclina para lamarme y saborearme allí donde hay chocolate. La boca. Gimo ligeramente. El pezón. Gimo más. El otro pezón. Echo la cabeza hacia atrás y me aferro a sus robustos hombros.

—Qué rico. No te muevas... —ordena con voz ronca. Me rodea la cintura con fuerza para mantenerme en el sitio.

—Nunca —susurro, y lo agarro por detrás de la cabeza cuando vuelve a besarme en los labios. Lo beso con vehemencia, nuestras bocas saben a nosotros, a menta, a chocolate, a nata montada y a tanto deseo que el aire entre nosotros es más que cálido, es cada vez más caliente.

Le muerdo el labio inferior cuando su urgencia me mata. Nunca he sido tan descarada, tan imprudente, pero él... él me hace serlo. *Sexy* a rabiar. Me provoca. Me esquivo. Me hace preguntarme qué estará pensando. Es bueno conmigo. Le pongo cachondo. Madre mía, quién te ha visto y quién te ve.

Le devuelvo el beso con voracidad, para que sepa lo importante que ha sido este día para mí. Mucho más de lo que me imaginaba. Su beso es igual de íntimo, lento y sabroso; ya no hay chocolate, solo nosotros. Y cuando habla, parece tan excitado que me duele por dentro.

—No te muevas —repite.

Baja la vista, al igual que la voz, y desata las tiras de mi falda con manos lentas y hábiles. Cuando veo que a la falda le siguen las bragas, el corazón me va a mil de la ilusión.

Me mantiene en el sitio con una mano en la cintura y vuelve a chuparme un pecho. Lame lo que queda de chocolate y nata montada, pero parece que lo que quiere alcanzar —probar, comer— soy yo. Mi pezón fruncido se endurece con su beso. Preguntarme dónde me tocará a continuación es tan emocionante que estoy como una moto.

—No te muevas —murmura contra mi piel mientras coge algo más de tarta.

Aunque mis sentidos están descontrolados, me las arreglo para permanecer inmóvil.

—Buena chica —susurra con voz ronca. Aunque sus movimientos son pausados y su tono es reflexivo y contenido, hay un fuego negro en su mirada en este momento mientras me frota el clítoris con chocolate. Se lo ve excitadísimo; más aún, se lo ve decidido a devorarme. Me unta más pastel alrededor del ombligo. Se agacha para meterme la lengua en el ombligo.

Baja más, su aliento me quema, sus labios son suaves, y entonces... la lengua.

Me lame el clítoris con calma. Se lo pone entre los labios y succiona con delicadeza mientras su provocadora lengua traza circulitos.

Me flaquean las rodillas, pero su brazo no me deja moverme.

Mientras sube hasta mi ombligo dándome unos besos que me excitan

más allá de lo imaginable, con la mano libre me pasa el pulgar por la mandíbula.

—¿Te gusta, Rachel?

Asiento con la cabeza.

Mientras se pone de pie y me encuentro con su mirada encendida, el fuego de mi estómago se intensifica a otro nivel. Saint hace una pausa como

si estuviese decidiendo qué probar y qué tocar a continuación.

Es una agonía.

Me recorre la entrepierna con un dedo.

—Lo quieres aquí, ¿verdad?

Me muerdo la mejilla y trato de no retorcerme mientras me frota

ligeramente. Estoy muy húmeda, los líquidos que hay bajo sus dedos no son del pastel o la nata, sino míos.

Me provoca, prueba. Se inclina y lame mi boca de nuevo. Degusta.

Gimo.

—Malcolm...

Me pellizca un pezón; está húmedo e hinchado.

Cuando se lanza a por el otro, meto los dedos en el pastel y, antes de que se dé cuenta, trazo despacio una línea con dos dedos que va desde su dura mandíbula hasta la comisura de sus labios.

Está impresionante, y antes de que le dé tiempo a apartarse, lo sujeto por

detrás de la cabeza y paladeo el chocolate negro y la menta. Él abre la boca.

Los dos sabemos a postre y calor, y estamos tan calientes que deberían mantenernos alejados del sitio donde se guarden las armas nucleares porque nos hacemos explotar tan rápido, con tanta efectividad y a tal nivel que no sé si sobreviviremos.

Me levanta y le rodeo la cintura con las piernas mientras me lleva a un sofá. Cuando nos besamos, él gime, descontrolado. Me gusta verlo así, me gusta muchísimo. Cuando le falta muy poquito para desmelenarse.

Le chupo los labios, con sabor a chocolate y menta, mientras me baja y me da un beso que hace que me lata el sexo y que alucine en colores, es bestial; los movimientos firmes de su lengua hacen que me muera de placer y que note las punzadas más exquisitas del mundo en el clítoris.

Echo la cabeza hacia atrás para facilitarle el acceso. Me deja una serie de besos en el cuello, húmedos y cálidos.

—Quiero... que me la metas... Y lo quiero ya...

—¿Quieres que te la meta?

Se levanta y se quita el jersey de cachemira con brusquedad.

—Sí.

—¿Fuerte? ¿Hasta el fondo?

Se desabrocha el botón y la cremallera y se quita los vaqueros.

—¡Saint!

Madre mía, es el hombre más guapo con esos ojos entornados y esa mandíbula tensa mientras abre un paquetito de aluminio y se pone el condón. Entonces, regresa, se tumba encima de mí y me aplasta con su peso... Este hombre me derrite. Me arqueo cuando nuestros cuerpos

desnudos se funden en uno. En el momento en que su boca y sus manos encuentran partes de mí que desea probar, me derrito.

Me susurra con un murmullo seductor bajo la oreja y me besa ahí. Me mete la lengua en el hueco de la base de la garganta. Me muerde el cuello con delicadeza.

Le araño los hombros. No tiene prisa, pero tiemblo cuando me agarra por las rodillas y se pone mis piernas en las caderas, justo donde me quiere.

Se le forman ondas en el abdomen y flexiona los bíceps y los tríceps mientras me monta.

Me toma las caderas y me baja unos centímetros para subirme cuando me penetra. Pronuncio su nombre en un jadeo de puro agradecimiento.

Otra embestida. Gemimos. Otra. Más cerca. Más cerca. Le araño la espalda. Me siento completa pero necesitada. Llena pero anhelante.

Un pezón desaparece en su boca. Succiona con fuerza una vez y ya estoy destrozada; sus bíceps me rodean mientras empuja.

No dejo de notar su pasión y su potencia.

Subo las caderas. En la sala no se oye otra cosa que nuestros ruidos.

Me roba el aliento mientras contempla cómo me retuerzo con un

destello ardiente en los ojos. Su preciosa cara se endurece por el orgasmo; tensa la mandíbula, le brillan los ojos, posesivos, y los dientes le rechinan de placer mientras gruñe:

—Rachel.

Es como si mi sexo lo empujase más adentro, lo exprimiese y lo absorbiese para no soltarlo.

Contrae las nalgas, se le tensan los muslos al lado de los míos y noto que se le flexionan los músculos de la espalda mientras me la mete, con rapidez e intensidad; me llena tanto que no tengo espacio para respirar. No hay espacio para nada que no sea Saint dentro de mí. Me doy cuenta de que se va a correr porque me lo susurra al oído entre gemidos.

Está tan *sexy* cuando sucede —las únicas veces que he visto a Saint fuera de control— que llego al orgasmo, y su miembro se hincha y se vacía en mí una, dos y tres veces. Me retuerzo debajo de él, mi boca busca la suya. Me toma las mejillas mientras baja el ritmo y me estampa un beso en los labios. Nos besamos; el beso es lento y lánguido como nuestros cuerpos cuando nos abrazamos.

—Madre mía —susurro.

Se ríe con dulzura y niega con la cabeza. Se apoya en un brazo para reclinarse y me coloca encima de él, en medio.

Le rodeo el cuello. Si no estuviésemos en el sofá, me dormiría aquí, feliz y agotada después de follar con mi macho alfa.

—Eres una máquina —le digo mientras le acaricio la mandíbula con la nariz. Me siento cálida y pegajosa por dentro—. Odio un poquito a las mujeres con las que has estado para que esto se te dé tan bien.

—Era todo juego y entretenimiento.

—Anda, ¿y conmigo no te lo pasas bien?

Hay un destello burlón en sus ojos.

—¿Me pides elogios?

Noto un nudo en el estómago y me doy cuenta de que quiero su amor y su ternura.

—Suplico que me elogies —admito entre risas.

Él también se ríe. Se apoya en los codos y me mira con cariño; un torrente de emociones se desborda cuando nos sonreímos.

—Respeto..., admiro... y disfruto cada centímetro de ti.

Agacho un pelín la cabeza, tímida de repente, consciente de mi desnudez.

Me tapo los pechos.

Noto un cosquilleo en la barriga cuando me dirige una sonrisa

encantadora y me pasa una mano por un costado. Me besa en el ombligo y

entre los senos y me acaricia los muslos, lo que despierta mis zonas adoloridas y sensibles tras hacer el amor. Mira cada centímetro de mi cuerpo con reverencia.

Me besa; sabe a sexo, sudor y menta. Se incorpora y me sienta en su regazo.

—Me gusta tu aspecto, me gusta tu olor y, sin ninguna duda, me gusta sentirte. Ahora, sé buena —añade, y me da un cachete en el culo— y tápate

para que pueda trabajar.

—Si me prestas tu ducha, me lavaré.

Lo beso en los labios.

Se me adelanta y veo que se dirige al baño de la habitación de invitados para ducharse. Es una gloria y un pecado verlo desnudo.

Estoy tan bien follada que aún no camino con estabilidad. Sin embargo, me las apaño para llegar a su cuarto.

Una vez en la ducha, cierro los ojos con fuerza, canturreo y reflexiono sobre nuestra velada. A lo mejor debería haberle dicho ahora que le quiero.

O en el coche, cuando solté que no me quería. Ha ido a casa de mi madre.

Tendría que haber confiado en que me diría algo reconfortante, aunque no fuese un «te quiero» rotundo.

Díselo, díselo, ¡díselo!

Pero ¿y si no quiere oírlo todavía? Ni siquiera me ha pedido que sea su novia aún.

¿Lo hará algún día?

La debilidad y la nostalgia me impulsan a tocar las baldosas húmedas, y aunque unas habitaciones nos separan, siento a Saint. Siento su pecho bajo las yemas de los dedos, la suavidad de su pelo y la energía de su ser, como si unos rayos corriesen por mis venas sin parar.

La gente celebra su lado imprudente, el que da el titular, celebra su lado

influyente, el que sienta las normas, pero para mí no hay nada más relevante ahora mismo que el hecho de que Malcolm haya ido a casa de mi

madre y la haya conquistado, tal y como hizo conmigo.

26. Mirándome mientras duermo

Me despierto en mitad de la noche, desorientada por la oscuridad. No estoy en mi cuarto. Hay una pierna debajo de la mía y mi mejilla descansa

encima de algo duro. Con los ojos entornados, alzo la vista y descubro que

Saint me está mirando. Me ruborizo.

—Hola —digo.

Él sonrío ligeramente mientras me tapo hasta el pecho y me incorporo.

El brazo que me rodea pasa a acariciarme la espalda con suavidad.

—Hola.

Cuando él también se incorpora un poco, vuelvo a apoyar el hombro en su pecho, despacio.

Antes era él a quien le enviaba un mensaje a la una de la mañana porque no podía dormir. Ahora es quien me reconforta cuando no puedo dormir.

Como una mantita. Pero él está vivo. Y diría que yo también lo reconforto a la una de la mañana cuando no puede dormir.

Pero ahora que lo pienso, si está desvelado es que no estoy haciendo bien mi trabajo, ¿no?

—¿No puedes dormir? —susurro, mirándolo fijamente.

Malcolm niega con la cabeza y el pelo se le mueve de una manera exquisita. Me pasa una mano por detrás de la cabeza.

—Verte es todavía mejor.

Echo un vistazo alrededor.

—¿Qué hora es?

Estoy a punto de ponerme a buscar algo que me dé una pista o de coger el móvil cuando su voz me detiene.

—Te lo voy a pedir ya.

—¿Cómo?

—Ayer con tu madre quería oír que era tu chico.

Cuando caigo en la cuenta pestañeo. Estoy tan despierta que un escalofrío de nervios y de emoción me corre por las venas.

—Te lo voy a pedir ya. —Cuando me acaricia los labios con el pulgar me percató de que he entreabierto la boca y se me ha acelerado la respiración de repente—. Llevo preparado para esto mucho más tiempo que tú, Rachel.

Tú no estabas lista... Quizá nadie pueda estar listo para mí. —Sonríe con suficiencia, pero hay un destello de absoluta determinación en su mirada.

Lo miro fijamente con unas ganas irrefrenables.

—Pídemelo —susurro.

—Nada de medias tintas. A lo mejor es difícil...

—No puede haber nada más difícil que estar sin ti —le interrumpo.

—Soy ambicioso —prosigue con calma—. Dirijo a mi gente con mano

dura, y con mi novia sería aún peor, le exigiría muchísimo, pero le devolvería lo que me diese multiplicado por diez.

—Pecado, pídemelo —susurro.

—¿Quieres?

—Vaya que si quiero...

—Rachel, sé mi novia. Oficialmente y sin terceras personas.

No puedo decir ni una palabra. En este preciso instante Malcolm me ha arrebatado el habla, oficialmente. ¿Habría algo que no le conceda de buen grado?

—Quiero ser el chico que no te puedas sacar de la cabeza. El chico que has estado esperando. Quiero que solo tengas ojos para mí, una sonrisa solo para mí y un tono de voz que solo oiga yo.

Asiento con la cabeza y susurro:

—Sí. Hace mucho que soy tu novia aunque no se me llamase así.

Me acaricia con la nariz un lado de la mandíbula.

—¿Me pertenece un pedazo de tu alma?

Ay, madre mía. Mi artículo.

De verdad que no puedo hablar, en serio, y eso que precisamente debería estar gritando. Soy una ladrona. Si no vuelve a tocarme nunca más, habré robado el olor que desprende en este momento y la impresión que me

está dando ahora mismo.

Se pega más a mí.

—Dilo —insiste—. Me gustó mucho tu artículo. Estaba enfadado; pero te conozco, Rachel. Sé que lo escribiste para mí. Me desafiaste a que te persiguiera. Pues he cumplido. Querías saber si te atraparía, ¿no? Pues sí. Te tengo.

—Dilo —exige—. ¿Me pertenece un pedazo de tu alma?

Sus ojos no son hielo verde, sino lava verde.

Agacho la cabeza, y diría que es capaz de ver que me he ruborizado pese a estar a oscuras.

—Sí —respondo. Y con eso basta. Con solo una palabra.

Él también agacha la cabeza, pero para buscar mis labios; ahora el ladrón es él y, como tal, me roba un beso.

—Te pido para mí —susurra.

Q

Q

27. Te pido todo para mí

El séptimo cielo se queda corto; no existe número para el cielo en el que estoy.

En la noche de copas del miércoles, Gina dice:

—Todavía tienes amigas, ¿sabes? No puedes pasarte todas las tardes con tu flamante novio sin recibir un castigo por abandonarnos.

—¡Cierto! Invito yo —les aseguro.

Y mis amigas beben, hablan y tratan de sonsacarme información. Pero yo no hablo. No hay palabras para explicar lo que tenemos. No hay un número para este cielo, no hay palabras; solo él y yo, y su «te pido para mí».

Por la noche, si él trabaja hasta tarde o me pilla el toro y no me puedo pasar por su casa, hablamos por teléfono unas dos horas.

A veces solo nos mandamos mensajes, como últimamente.

Te echo de menos :(

¿Habrá algún remedio?

Vente.

Es la una de la mañana.

Quita el pestillo.

Es mi primera relación oficial y las chicas quieren más detalles. Quedo con ellas el lunes. El martes, Saint se va de viaje de negocios a Nueva York y yo tengo una entrevista en el *Tribune*. Qué estrés. Cuando salgo, estoy por los suelos.

Ese martes, después del trabajo, me doy cuenta de que he perdido mi collar

con la letra R. Lo busco en mi cuarto como una loca, pongo patas arriba la habitación de Gina; hasta vacío la bolsa de la aspiradora. Me lo regaló mi madre por mi decimoquinto cumpleaños, es la única joya que tengo de oro

de verdad.

—Ay, no quiero decirle a mi madre que he perdido el collar de la R —le digo a Gina. Tampoco está en mi cubículo. Ni en ninguno de mis bolsos.

Al día siguiente me traen un paquete.

Dentro hay una caja y una nota.

La tripulación encontró esto en El Jugete. Parecía muy solo.

M

Abro la caja y saco mi collar de la R. Debajo, hay uno con una M igualito.

Lo llamo al móvil.

Para cuando contesta, ya me he derretido por completo.

—Mi collar tiene un mellizo —le digo en tono serio.

—Cierto —contesta riéndose por lo bajo.

—¿De qué es la M? —Aunque me duele la cara de tanto sonreír, me esfuerzo por parecer genuinamente confundida mientras paso los dedos por las suaves líneas de la M—. ¿De millonario? ¿Mamón? ¿Mujeriego?

Su risa.

Hace un ruido extraño y grave que me flipa.

—Cariño —me regaña fingiendo estar decepcionado—. Es M de Malcolm.

—¡Ah! Tú. Malcolm —digo para tomarle el pelo—. Qué bien que me lo hayas aclarado.

—Sí. —Ronronea y, al rato, añade, muy serio—: También significa «mía».

No estoy segura de si oye como se me queda el aire en la garganta y no pasa de mi tráquea, pero rezo por que no sea así, que este hombre ya es bastante arrogante de por sí. Entonces, como si no fuese para tanto, como si recibiese un montón de regalos todos los días, contesto:

—Vale. Intentaré no perderlo en el yate de mi novio.

—Puedes perderlo todo lo que quieras, que al momento tendrás otro.

Aunque suena a advertencia, noto que está sonriendo. Al darme cuenta de que Sandy me está mirando con una sonrisa tonta en el cubículo de al lado, tapo un poco el altavoz y le doy la espalda.

—Gracias..., Malcolm. —Se hace un silencio. Pero de los cómodos, no de los que hay que rellenar con lo que sea. Vuelvo a acariciar la M en silencio y cierro los ojos cuando habla.

—Te echo de menos.

Mi tono se suaviza cuando confieso:

—Y yo a ti.

No sé qué tiene. Si su efecto en mí se debe a su singular capacidad para cambiarme por completo con solo una mirada, una palabra o un gesto, o si

Q

Q

es porque no he experimentado esto nunca, ni en mi adolescencia, hasta ahora.

Nunca pensé que fuera posible sentir una intimidad tan exquisita

estando a distancia, solamente oyendo la voz del otro por el móvil. Me lo imagino en su escritorio, reclinado con actitud altanera y con una sonrisa que cuesta considerar como tal porque apenas curva los labios pero que es

tan propia de él dibujada en el rostro. Noto un calorcito por dentro mientras

me acerco el teléfono y hablamos un ratito. Le pregunto por Nueva York y le

cuento que me puse como una loca buscando el collar. También me percató

de que la R está muy lustrosa y se me ocurre que se la habrá mandado a los

joyeros que hicieron la M para que la dejaran como nueva.

Tan nuevos como nosotros. Como él y yo.

Cuando colgamos, voy al lavabo y las saco de la caja. Me aparto el pelo

para verme la garganta. Primero me pongo el de la R, luego saco el de la M

con delicadeza y me lo abrocho por detrás. Las letras quedan perfectas juntas en el hueco que hay entre mis clavículas. Es curioso cómo me falta el

aire cuando la M se coloca en su sitio. Es como si Saint me estuviera besando

ahí. Para siempre.

Me vuelvo a echar el pelo para atrás y miro a la chica del espejo: no está

perdida. Se la ve segura, algo colorada, sin aire y contentísima. Los dos collares brillan como nuevos en su garganta, y es evidente por sus ojos grises —unos ojos grises que casi parecen plateados y podrían competir con

el oro que adorna su cuello— que piensa que nunca una R y una M han quedado tan bien juntas.

El jueves tengo una entrevista en *Wired* y llego un poco tarde a las oficinas de *Edge*. Como al parecer es la tónica ahora, nadie quiere mencionar mi relación con Malcolm. No me va nada bien. Siempre hay alguien en la empresa que conoce a Saint, que es su amigo o que incluso lo odia, y no quieren a su infame novia en su redacción.

Por lo visto prefieren que las noticias salgan de su redacción y no que estén allí sentadas.

Pasamos un fin de semana de ensueño juntos. El viernes, Gina se ofrece a quedarse a dormir en casa de Wynn el sábado y el domingo. Gina ha conseguido empleo en un estudio de maquillaje (gracias, muestras gratuitas

que le dan en el trabajo) y Wynn se ha ofrecido a ser su conejillo de Indias el fin de semana mientras su novio, Emmett, visita a su familia, así que invito a Pecado a hacernos temblar a mi cama y a mí.

Me despierto a su lado dos noches seguidas; la segunda solo un poco

dolorida, la primera, exhausta. Ni siquiera me importa que no hayamos dormido mucho porque mi cama y yo no lo hemos pasado tan bien nunca.

—Dios, ¿ya es por la mañana? —Gimo; me niego a moverme.

Él se mete en el baño, y yo me tapo hasta la barbilla y me pregunto si dejé el lavamanos limpio o sucio. Pienso en la preciosa casa de Pecado, toda

ordenada, y me preocupo un poco por lo que pueda pensar de mi costumbre de dejarlo todo manga por hombro.

Entonces caigo en la cuenta de que si está sucio, ya lo vio ayer. Me vuelvo

a relajar y oigo que abre la ducha. Madruga mucho más que yo;

normalmente también llega a M4 antes que la mayoría de sus empleados. Yo

aún no llego tarde, así que remoloneo en la cama y disfruto de mi dolor hasta que sale con una de mis toallas atada a la cadera.

Mete los brazos en una camisa y se la abrocha con presteza, tranquilo pero seguro.

—¿Ya te vas? —le pregunto, abatida.

—¿Me acompañas? —Arquea las cejas, divertido; un brillo travieso aparece en sus ojos—. Tengo la sensación de que quieres estar conmigo.

Otra vez.

—Malcolm. —Este hombre es increíble—. Yo estoy hecha papilla y tú pareces a punto de enfrentarte a un dragón. Estoy cansada por tu culpa. ¿Y quieres que te acompañe a M4? ¿A qué? ¿A trabajar para ti? Piensa en lo que pensarán tus inversores si contratas a tu novia.

—Me adoran. Sabrán que la considero una diosa de las palabras y confiarán en mi criterio.

—No. O sea, sí, soy eso, pero no, no voy a trabajar para ti.

Me mira con un regocijo evidente.

—Qué engreída, ¿no?

—¿Engreída yo? ¿Y tú qué, Malcolm Kyle Preston Logan Saint? Que dices que tus inversores te adoran...

—No lo he oído —musita en tono prepotente mientras se pone el cinturón de diseño en su delgada cintura—. Estaba demasiado ocupado viendo cómo me miras.

Se sienta en un lado de la cama, aparta la R y la M despacio, inclina la cabeza

y posa los labios donde estaban las letras; su beso me quema la piel.

Sensibloná perdida, le rodeo los hombros con los brazos y le digo al oído:

—Me gusta mucho lo que me haces.

Me besa en el mentón y luego en la boca, para mi alegría, y responde con voz ronca:

—No tanto como a mí hacértelo.

Se estira a por la corbata que yo misma le quité y dejé en mi mesita de noche y se levanta.

—No voy a presionarte. De hecho, no te voy a sacar más el tema. Tómate el tiempo que quieras para responder y busca todo lo que quieras, pero que sepas que tienes un puesto en Interface.



Teniendo en cuenta lo difícil que ha sido que me llamen, principalmente por mi relación con él, sus palabras hacen que mi cerebro tenga un orgasmo; necesitaba sentir este alivio.

—Y yo te lo agradezco, en serio. Pero los medios de comunicación ya se están poniendo las botas conmigo. No me ganaré el respeto de nadie si es mi novio el que me consigue trabajo.

—No sería yo, sino tus aptitudes. Yo solo quiero lo mejor. Quiero lo que quiero. Acompáñame.

Se ata la corbata y se pone la chaqueta con una mirada esperanzada.

—Lo haría —le digo en voz baja, «si no me importase tanto»—. Pero no.

Tenemos que estar separados.

Se queda un rato sin mediar palabra y, en un arrebató, me dice:

—Voy a hacer algunas llamadas.

—¡Pecado! —Me espabilo entre risas. El corazón me va a estallar—.

Gracias. Pero quiero estar segura de que me contratan por las razones adecuadas.

—Que sí.

—¡Si llamas tú, me contratarían aunque fuese un pato!

—Qué cabezona eres, Livingston.

—Pues anda que tú, Saint...

Cuando acaba asintiendo en señal de comprensión, creo que le quiero un poco más que hace un segundo. Es un hombre acostumbrado a salirse con la suya, así que mi decisión no debe de resultarle fácil. Tener el poder que tiene él y ejercerlo con cautela porque respeta mis deseos de independencia significa mucho.

—Y usted, señor Saint... —Le aliso la corbata y me pongo de puntillas para besarle la dura mandíbula—..., vaya a por la luna.

Después de este fin de semana, soy oficialmente la presidenta del club de fans de Saint. Llego a la revista y Helen me pide que la acompañe a las oficinas de los Clark, los dueños de *Edge* desde sus inicios.

Subimos por el ascensor, caminamos por un suelo enmoquetado y entramos en un despacho tan silencioso como una iglesia; todo lo contrario de la bulliciosa redacción de abajo.

Sentados a una mesa larga están los Clark. El señor Clark lleva un traje azul claro y una camisa negra, y tiene el pelo cano. La señora Clark lleva un vestido sin mangas amarillo claro; está teñida de morena y se ha hecho un moño pequeño y coqueto.

Nos piden que tomemos asiento. Tensa, me pongo al lado de Helen. Justo enfrente tengo a los Clark.

—Rachel, agradecemos fervientemente tu lealtad a *Edge* desde que te sumaste al equipo. Tus contribuciones ni tienen ni tendrán precio —dice el señor Clark.

—Muchas gracias, señor y señora Clark.

—El motivo por el que te hemos hecho venir es que, como ya habrás oído, tenemos un comprador muy interesado en la empresa y, por razones personales, tenemos muchas ganas de vendérsela. Sin embargo, este comprador nos ha dejado muy claro que su interés en *Edge* se basa únicamente en tu permanencia en la empresa. Le hemos pedido que nos asegure que nuestros leales empleados seguirán aquí cuando asuma la dirección, pero no nos lo garantizará a no ser que tú prometas que te vas a quedar.

—Lo lamento, señor y señora Clark, pero no tengo previsto quedarme.

Yo también tengo mis razones personales.

—Entiendo.

El señor Clark se frota la barbilla e intercambia una mirada de preocupación con su esposa.

Cuando nadie habla, en mi pecho se activa una cuenta atrás que hará estallar una bomba. Tic, tac, tic, tac...

Repentinamente preocupada, pregunto:

—¿Están insinuando que echarán a algunos de mis compañeros si me voy?

Me aferro a los reposabrazos mientras espero a que me contesten.

Tic, tac, tic, tac...

—Bueno..., sí. Seguramente los echarían a todos —responde la señora Clark, que parece sentirlo mientras me tenso—. Hemos intentado mantener algunos puestos, pero el comprador ha sido muy claro. Por favor, Rachel, piénsatelo. Sabemos que el nuevo propietario estaría muy interesado en que ascendieras, y de este modo tus compañeros conservarían su empleo.

Y... ¡bum!

¡Bum, joder!

—¡Señora Clark! —Jadeo por el impacto y niego con la cabeza, estupefacta—. Tengo una razón muy poderosa para irme. Le ruego que no permita que despidan a mis compañeros. Algunos han vivido las malas

rachas por las que pasó la revista y han trabajado duro para sacarla adelante. Dependen de su sueldo.

Xavier Clark agacha la cabeza ante mi súplica.

—No depende de mí. Son las exigencias del comprador. Así pues, te insto a que consideres la opción de permanecer en *Edge*.

Hace una pausa y me mira largamente.

—Te ofrezco el sueldo de un año como bonificación si te quedas.

Entiéndelo. —Se inclina hacia delante. De repente se le ve más viejo y cansado—. Esta es nuestra única oportunidad de recuperar los ahorros de toda una vida que invertimos en este negocio. Empieza una nueva era para *Edge*, y es posible que os aporte estabilidad tanto a ti como a tus compañeros. Piénsatelo.

—Señor y señora Clark, lo que me están haciendo es claramente... —Me esfuerzo por dar con el término que lo describa, pero estoy tan indignada que solo se me ocurren palabrotas—. Esto es un chantaje.

El señor Clark se echa hacia atrás como un resorte, tieso.

—No, Rachel. Son negocios —dice—. Y espero que seas una mujer de negocios. —Le hace un gesto con la cabeza a Helen y nos ponemos en pie inmediatamente después—. Quiero este asunto zanjado para el lunes.

Intenta que la señorita Livingston vea que salís todos ganando, tanto ella como sus compañeros, ¿vale, Helen? —pregunta.

—Lo siento, Rachel —me dice Helen cuando ya no nos oyen. Por primera vez le noto en la cara que está preocupada de verdad mientras volvemos a

los ascensores—. Temía que pasase esto.

Pongo los brazos en jarras, indignada e impotente. Estoy tan enfadada que tengo ganas de gritar pese a que intento hablar bajo.

—Hice una promesa y pienso cumplirla, Helen.

—Bah, no seas tan inocente. La gente rompe promesas todos los días.

—Esta promesa no... Yo no.

Salimos del ascensor. Me reconcomen la inquietud y la frustración mientras me dirijo a mi mesa y veo a Helen meterse en su despacho.

La redacción bulle como de costumbre: los teclados, el parloteo, los teléfonos y mis compañeros, trabajando como siempre. Me pregunto

cuántos estarán aquí para cuando Noel Saint tome el mando. Ninguno de los presentes sabe que penden de una cuerda de salvamento; una que estoy cogiendo yo.

En un acto reflejo, saco el móvil y busco mi cuerda de salvamento.

Miro el nombre de mi último mensaje —PECADO—; quiero contárselo.

Quiero decirle urgentemente que sigo decidida a irme, que voy a cumplir mi promesa, que me encanta que vuelva a confiar en mí, pero que mis amigos se la juegan. Pero si se lo cuento, ¿qué hará?

En teoría esta noche vamos a una recaudación de fondos. Y después

pasaremos el fin de semana juntos. Podría decírselo, pero no sé yo si será una trampa que le ha tendido Noel Saint para provocarlo y que tome represalias.

Bajo el móvil y observo la redacción de *Edge* con otros ojos.

Edge, que me dio mi primera oportunidad. Me dio mi voz, la ocasión de llegar a la gente, y una historia que deseaba y que rompió mi corazón, pero que me hizo amar. Después de todo lo que hemos vivido, comprendo que mi historia con *Edge* ha llegado a su fin.

No me voy a quedar. No voy a ser una presa fácil. No voy a ser un peón.

No me van a intimidar. Quiero a mis compañeros y este sitio, pero no puedo hacerme responsable de todo. Los Clark van a vender la revista por motivos personales; yo también actúo en mi beneficio.

No voy a volver a romperle el corazón a mi novio. ¡Y una mierda! Sí soy leal y sincera, pero lo soy para mi chico de ojos verdes.

Esa tarde me sorprende yendo a la puerta de Helen. Llamo tres veces.

—¿Sí?

Le entrego el papel que tengo en la mano.

—¿Qué es...?

—Mi dimisión.



28. Pecado en la puerta

Cuando le envío este mensaje: Hola. Esta semana está siendo muy chungona.

¿Te importa si no voy a lo de la recaudación de fondos?, me llama en tiempo récord.

—Eh. ¿Estás bien? —Se oyen ruidos y el tintineo de tenedores de fondo.

Lo habré pillado en mitad de una comida de negocios.

—Sí. Pero esta noche... prefiero quedarme en casa. Te puedes pasar más tarde o mañana.

—Iré esta noche. ¿Estás bien?

Es la segunda vez que me lo pregunta. Es demasiado avisado para no darse cuenta.

—Lo estaré —le prometo—. Tengo muchísimas ganas de verte.

—Te veo luego, espérame.

—Dejaré una llave debajo del felpudo.

No creo que venga hasta después de medianoche, así que mientras lo

espero, me paseo por ahí con su camisa de vestir y mis calcetines blancos con la palabra «Paz» en letras moradas. Agotada después de contarle mi día

a Gina, me pongo a comer palomitas con ella y trato de desconectar viendo

un rato la tele; Saint llega poco después de las ocho. Diría que viene directamente del trabajo, todavía va en traje y rezuma testosterona. Me doy

cuenta de que lo primero en lo que se fija es en que llevo los collares de la R

y la M.

Se le ve más grande. Más fuerte. Y parece algo a lo que me gustaría aferrarme. Estoy aturdida.

Aturdida y... a salvo.

Por primera vez hoy, me siento a salvo.

—Pecado... No... —Me señalo, y, mientras lo hago, me recorre con unos ojos que me queman a su paso—. No estoy vestida, pensaba quedarme en casa.

—Me quedo contigo. —Cierra la puerta—. Hola, Gina.

—Uy. ¿Vais a...? —Gina deja el bol de palomitas en la mesa, deja la pregunta a medias con sutileza y nos mira alternativamente a uno y a otro

en busca de una respuesta.

Ni Malcolm ni yo mordemos el anzuelo.

Entonces habla claro y refunfuña:

—¿Me voy?

«¡Sí!», grita mi cuerpo. Pero no voy a hacer que se vaya para que podamos acostarnos; eso sería ser mala amiga.

—No pasa nada.

—Estaré en mi cuarto. Adiós, Saint.

Se va para allá y cierra la puerta. Miro a Saint con expresión burlona.

—Te dije que fueras a lo de los fondos y vinieses después —lo regaño.

—Ah. Es que... se me da bien dar órdenes, pero no acatarlas, por desgracia.

Se quita la chaqueta, se arranca la corbata, se desabrocha los dos

botones de la camisa que tiene cerca de la garganta y se pone cómodo en mi

sofá. No sé si soy yo la que se tira encima de él o es él quien me atrae hacia sí, pero nos besamos un ratito, dulcemente pero con lengua.

—¿Qué pasa? —murmura cuando se aparta con cuidado y escudriña mis rasgos con esa mirada suya tan aguda.

Le acaricio el brazo con el que me rodea y se estremece debajo de la manga.

—He presentado mi dimisión.

Una parte de mí escucha mi propia voz como si viniese de un túnel.

Estoy en paro.

Sé que Malcolm puede ayudarme y que me ha ofrecido su apoyo, pero necesito hacer esto por mí misma.

Y más ahora.

Mi relación con Saint ya es bastante complicada. Primero, su instinto natural de *playboy* y, después, mi falta de experiencia con las relaciones, y las redes sociales, que están pendientes de todos nuestros movimientos, y a

lo mejor hasta de lo que pasó entre nosotros. Si trabajase para él dependería totalmente de él, y eso me aterra. Me da más miedo que estar en el paro.

Me observa con atención y con unos ojos transparentes mientras asimila lo que le he dicho.

—Has presentado tu dimisión. Entonces ¿te han llamado de algún sitio?

—Si me hubiesen llamado te lo habría dicho —le aseguro.

Por un momento, solo me estudia. Me mira a la cara sin prisas, rasgo por rasgo; la tensión de su mandíbula es el único signo de frustración.

—¿Has presentado tu dimisión sin tener nada seguro? —Me echa la

cabeza hacia atrás y me mira, perplejo—. ¿Vas a unirme a mi equipo?

—No, aún no tengo nada. Y... no. Entiéndeme, porfa.

Las cejas todavía le tocan la nariz. Estoy segura de que se pregunta por qué me he precipitado y he dejado el trabajo de repente, así que busco las palabras adecuadas, pero no hay otra manera de decirlo claramente.

—Hoy el señor Clark me ha ofrecido una bonificación si me quedaba, y me ha asegurado que mis amigos también iban a conservar su puesto.

Su voz es suave como una pluma.

—¿Te ha amenazado?

Me agarra de la barbilla con firmeza, me la acaricia con el pulgar y me echa la cabeza hacia atrás para que lo mire a los ojos. Un brillo despiadado

aparece en su mirada, la clase de brillo que le hace ser quién es. Despiadado, imparable. Me da miedo verlo cuando lo único que quiero ahora mismo es

paz.—No, no, ha sido agradable. —Le doy un apretón en la mano con la que

me coge de la barbilla para tranquilizarlo—. Estaban agradecidos y querían

que me quedase, pero... tu padre también. Les ha asegurado a los Clark que

no echará a mis compañeros si me quedo. No iba a permitir que tuviese ese

poder sobre ti.

Hay una oscuridad profunda en su mirada. Se pone de pie y se mete las

manos en los bolsillos con calma. Es un gesto distraído, pero de repente lo

rodea un halo tan intimidante que no sé qué decir.

El silencio se hace más largo.

—Puedo hacerme autónoma... —Señalo mi portátil e intento parecer

positiva—. Me he pasado todo el día leyendo mis revistas favoritas para ver

qué es lo que me gusta de ellas y he hecho una lista. Me gustan las que hablan sobre la gente; no las que tratan de cosas materiales o coches, o de la ropa que se lleva ahora. Me atraen los artículos que hablan de vidas, que hablan de nuestros puntos fuertes y nuestros puntos débiles, de nuestras victorias y nuestras derrotas. Eso es lo que habría escrito en *Edge*: artículos para un público actual. —Lo miro—. He investigado cómo empezaron otros

autónomos. Normalmente con dinero; se tarda años en ganar un sueldo fijo.

A lo mejor lo consigo.

Se dirige a la ventana de mi salón. Se pasa un buen rato mirando fuera.

Su espalda parece un muro de piedra, literalmente.

—Puedes hacer lo que se te antoje.

No quiero que sienta que estoy rechazando su generosa oferta en su cara, pero no sin miedo me pregunto si es así.

A no ser que se deba a algo completamente distinto. Como al capullo de su padre.

—Bueno, ¿y qué te parece si trabajo por mi cuenta para este blog...? —

Intento encender el portátil para que mire el blog, pero pasa.

Se vuelve, pero me mira directamente a mí, con los ojos entrecerrados.

—¿Por qué crees que *Edge* no está generando ventas?

Exhalo, cierro el portátil y cambio de postura para verlo bien.

Es una buena pregunta.

— *Edge* abarca demasiado para una revista de nuestro tamaño. Tendría que especializarse en algo y ofrecer material de ese contexto para diferenciarse de los demás. Helen llevaba un tiempo intentándolo, pero los dueños la disuadían cada vez que probaba a adoptar un enfoque más específico. Todos y cada uno de mis compañeros hacen muy bien su trabajo. Ojalá la dirección de *Edge* hubiese sido más meticulosa y clara...

Saint no hace ningún comentario, pero ha cruzado un brazo y se frota la barbilla con aire pensativo. Sonríe como si mi respuesta le complaciera enormemente.

Frunzo el ceño y le pregunto:

—¿Qué crees que planea tu padre?

—Hará que la absorban sus otras empresas, se quedará lo que quiera y la dismantelará. —Echa a andar. Mantiene el ceño fruncido con aire pensativo—. No creo ni por un segundo que su principal interés sea *Edge*.

Sus zancadas están demasiado estudiadas y son demasiado lentas. Tiene los ojos entornados y su mirada es fría como el hielo, como si el puñetero hielo le corriese por las venas.

Casi lo oigo pensar; a la energía que lo rodea le falta poco para echar chispas.

Conozco lo suficiente a este hombre para saber que es un maestro del

autocontrol. Que es metódico, que piensa cada uno de sus actos detenidamente y que, aunque tiene genio, lo controla él, y no al revés. Por fuera aparenta serenidad, pero sé que le está costando controlarse; casi me daría hasta miedo ser lo que sea que esté motivando esa frialdad.

Como si me hubiese leído la mente, alza la cabeza, me mira de hito en hito y me dice con un tono espeluznante que no muestra ninguna emoción:

—¿Mi padre quiere *Edge*? Pues le va a costar caro. Da igual que ya no trabajes allí, su orgullo no le va a permitir echarse atrás ahora.

—¿Echarse atrás? ¿Crees que decidirá no comprar la revista? Ya da lo mismo.

—A mí no. —Se le enciende la mirada y me agarra la barbilla de nuevo

—. ¿Confías en mí?

Coge la chaqueta con la mano libre. Todas mis células son conscientes de cómo cambia el ambiente mientras se la pone. Grita «peligro».

Cuando me mira con el ceño fruncido mientras se pone la chaqueta, me da la impresión de que se está vistiendo para la guerra, y no me gusta.

—Malcolm —lo llamo cuando se dirige a la puerta sin que le haya dado una respuesta.

Su voz es áspera, pero su tono es autoritario.

—¿Confías en mí?

Fascinada por el brillo bélico de sus ojos, asiento.

Abre la puerta.

—Pues no investigues nada de momento. Tú primero mira cómo se desarrollan los acontecimientos.

Madre mía, qué hombre.

—¿Te vas a lo de los fondos?

—No. Voy a ver a mis abogados.

—¿Y te van a recibir a esta hora? Son las ocho de la tarde.

Me lanza una mirada que me lo dice todo y pongo los ojos en blanco.

—¡Cómo no!

Me río y gimo por su prepotencia.

—Confía en mí.

—¿No me has oído? ¡Que lo he dejado!

Y cierra la puerta.



29. Guerra

Más tarde me manda un mensaje:

¿Mañana estás libre?

Contesto porque quiero que me cuente qué está pasando:

Depende de adónde vayamos y con quién. ¿Qué pasa?

Llevo esperando con ansias enterarme de algo desde que cogió y se fue.

Pero él ignora mi pregunta y contesta:

Eso significa que no para todos menos para mí.

¡Serás engreído!, le respondo, riéndome.

Ponte algo cómodo.

Suspiro, encantada, y me resigno a que mi hombre misterioso siga siendo un misterio esta noche. Me da igual qué trame, confío en que sepa lo que hace.

Al día siguiente, me recoge en el BUGATTI 2. Nada más decirme que vamos a un partido de polo, le vuelvo a pedir que me cuente qué está tramando. Pero solo me coge de la barbilla y me dice tan tranquilo y sin prisas:

—La semana que viene.

Su serenidad hace que me relaje cuando me conduce al campo. Lleva unos pantalones de montar blancos muy ajustados y que le hacen un culo tan perfecto como el de un jugador de béisbol, un polo azul marino ceñido al torso y unas botas de montar que le llegan casi por las rodillas.

Callan y Saint van a jugar, así que Callan viene a saludarnos y Saint me lleva a una mesita redonda y blanca con unas vistas del campo perfectas. Me



besa en la comisura de la boca y se encamina a los establos.

Me paso horas bebiendo agua mineral y viendo el partido: los cascos golpean

el suelo con gran estruendo y hacen temblar las gradas. Mi pelo ondea al viento. Me falta un sombrero para estar en *Pretty Woman*.

Estoy enganchada al partido. Saint monta un purasangre negro y recorre el campo blandiendo un mazo; se le marcan los músculos y el sudor le perla la frente. Su caballo lleva vendas rojas en las patas, y entre su paso atronador y el poderío con el que cabalga Saint, no veo nada más.

Pero oigo que las mujeres sentadas en la mesa de atrás cuchichean sobre el chico del caballo negro.

—¿Quién es?

—Tonta, es Malcolm Saint.

—¡Chist, que está su novia ahí!

—Carmichael es el del caballo blanco... ¿Lo ves?

Sonrío para mis adentros.

Cuando se acaba el partido, vienen Callan y Pecado. Las mesas que tengo detrás enmudecen por completo. Han ganado por 10 a 5. Beso a Saint en la mandíbula, y lo felicito a él y luego a Callan.

—No veas que *swing* tiene aquí tu hombre —dice mientras le da una palmadita en la espalda a Saint y se desploman en sus asientos. A continuación, saluda a las chicas de detrás.

Les da la risa tonta.

Nos quedamos un rato hablando, pero me pica la curiosidad por el polo

más que nunca.

—Va, Saint, confiesa. ¿Tu caballo tiene cuatro nombres, como tú? —
pregunto.

—Solo venía con uno. —Le brillan los ojos y esboza una sonrisa mientras
bebe agua con una mano en el respaldo de mi silla—. Ya tenía un buen
palmarés cuando lo compré en una subasta. —Y añade—: Se llama Matrix.

—¿Y el de Callan?

—Te juro por Dios que como te vuelvas a meter con mi chica...

—Su yegua también venía con uno. —Malcolm se inclina hacia mí y se echa a
reír cuando Callan lo fulmina con la mirada—. Campanilla.

El domingo me sorprende mandando a Claude a comprar unas palomitas

Garrett —me encanta el caramelo que llevan, es mi favorito—, y me las como
mientras estamos sentados la mar de a gusto en su biblioteca leyendo.

Después de chuparme los dedos hasta dejarlos limpios y de tirarle unos granos
a la boca —me encanta cómo intenta agarrarme el dedo en broma además de la
palomita—, me acurruco en su pecho desnudo mientras lee a

Michael Connelly y yo lo que me llamó la atención de la estantería de su
despacho: *Destino desconocido*, de Agatha Christie.



Me levanto para cambiar mi libro por otros de Agatha Christie aunque Saint
esté pasando las páginas.

Me vuelvo a poner cómoda con una colección de historias de Miss

Marple y me asomo a su libro. Hago que me enseñe la página para que yo

también lea.

—¿Por qué sospecha que su hermano no se suicidó?

—Léelo. —Me pellizca la nariz y me dice—: Céntrate en el tuyo.

—Es que me gusta más el tuyo.

—No. Te gusta más distraerme.

—Eso también.

Nos echamos a reír. Decidida a ignorarlo, tomo mi libro y le pongo los pies en el regazo. Me agarra un pie con una mano y el libro con la otra, y lee media hora más.

No mucho después, se asoma a mi libro.

—¿Por dónde vas? —pregunta con la voz ronca tras llevar un rato sin hablar mientras lee la página por encima—. Aaah.

Le pego en el hombro con el libro.

—No te chives. ¿Cómo que «aaah»? ¿Es él el malo? Dímelo.

Se ríe por lo bajo, aparta el libro y nos besamos despacio y con calma.

Acabo recostada, tan blanda como el algodón, y él se coloca encima de mí, robusto y fuerte. Dejamos de leer y hacemos el amor.

Más tarde, encarga la comida y leemos un ratito más mientras esperamos. Analizo su semblante mientras pasa las páginas de su libro. Hoy está muy intelectual.

Como llevo haciendo todo el fin de semana, vuelvo a intentar sonsacarle

de qué habló con sus abogados, pero lo único que me dice es: «La semana que viene», sin ni siquiera levantar los ojos de su libro.

Suspiro y lo dejo pasar a regañadientes. Me acurruco contra él y, al instante, me rodea con el brazo.

Mierda. Da miedo lo mucho que me gusta estar aquí.

Con estos brazos ¿quién necesita unos zapatitos rojos para volver a casa?

El lunes llego al trabajo a las nueve. Estoy agotada y satisfecha no, lo siguiente. Voy a tomar el ascensor cuando el hombre con el aura más intimidante, el rostro más adusto y el mayor número de subordinados que

he visto en mi vida sale.

Doy un respingo cuando me mira.

Noel Saint. Como si hubiese salido de internet y de las interminables fotos que pululan por ahí y hubiese acabado aquí.

Justo en este edificio.

La sorpresa me paraliza un momento. Moreno y alto... Es casi igual de guapo que Malcolm. Pero no hay nada ni remotamente juguetón en este hombre.

Mientras que la presencia de Malcolm es vibrante y enérgica, Noel Saint parece una bomba a punto de explotar cuando posa sus ojos —totalmente diferentes a los de Malcolm— en mí.

—Tú —dice en el tono más despectivo que he oído jamás.

Se acerca a mí y, en un afán de supervivencia, me giro cuando una chica que está haciendo prácticas de producción sube al ascensor.

—¿Vienes? —me pregunta mientras me aguanta la puerta como si me estuviese ofreciendo una cuerda de salvamento.

Entro corriendo, y Noel Saint se vuelve para mirarme fijamente. Yo hago lo propio. En mi interior, una bola de odio puro empieza a arder en mi vientre, y le lanzo una mirada más llena de odio que la suya. La peor que le he dirigido a nadie en mi vida.

Y me dice con desdén:

—No va a ganar.

Se cierran las puertas.

En el ascensor reina un silencio parecido al de una morgue.

—Hala. ¿Y ese? —pregunta la alumna de prácticas con unos ojos azules abiertos como platos por la preocupación.

La miro, y desearía recordar su nombre para que esto no fuese tan incómodo.

—El... padre de mi novio.

—Pues vaya... —Me da una palmadita en el hombro con pesar, y yo tiemblo y exhalo.

¿Habrás venido a ver a los Clark?

No parecía muy contento.

¿Se habrá enterado de que no estoy de acuerdo con su chantaje de mierda?

Se lo veía supercabreado; no me imagino a nadie así de furioso por nada, y menos por que una triste empleada deje su trabajo.

Aún noto un miedo enorme que me pesa como un ladrillo en el estómago cuando me bajo con cuidado en mi planta y busco cualquier señal de pesimismo.

Me sorprende que no haya ninguna. De hecho, todo está normal, el ambiente es frenético. Hay casi hasta demasiado ruido. Demasiadas risas.

Me dirijo a mi escritorio.

—¡Rachel, Helen quiere verte inmediatamente! Luego me cuentas —me ordena Valentine con una gran sonrisa cuando me ve.

Me encamino al despacho de Helen, contenta de ver a Valentine feliz. Me pregunto si habrá encontrado trabajo. Helen me hace un gesto para que pase y empiezo nada más entrar:

—He tomado una decisión, Helen...

—¿Seguro? ¡Porque están todos contentísimos! —Como ve que estoy

cada vez más confundida, añade—: Ya sabes que Noel Saint ha hecho una oferta por *Edge*. —Da un aplauso, claramente encantada—. Pero... al parecer a tu novio no le hacía gracia.

Me cuesta respirar.

—Ya.

—Total, que hay una guerra de pujas en marcha. —Asiente—. Noel Saint contra M4. —Me observa detenidamente—. Malcolm está compitiendo contra su padre por *Edge*.

Estoy bastante segura de que el mundo ha dejado de girar.

—¿Me has oído?

¡¡¡Me va a dar un infarto, joder!!!

—Va a subir la apuesta.

Mitad ilusionada, mitad asustada, pregunto:

—¿Quién va ganando?

—No sé, pero... yo voto por tu chico. —Acaba la frase con una sonrisa de aquí a China—. ¿Te acuerdas de la carta de amor que le escribiste? —me pregunta mientras me dirijo a la puerta en un completo estado de asombro y confusión. Me guiña un ojo—. A lo mejor esta es su respuesta.

Yo: una mujer de palabras.

Él: un hombre de acción.

Mierda. No puedo, no puedo permitir que compre *Edge*. Y no porque entonces él sería mi jefe, eso ya ni me preocupa, sino porque no permitiré

que tire su dinero en algo en lo que nunca ha creído. No dejaré que sea un insensato por mí.

— *Edge* no vale lo que ofrecen —le digo a Helen—. Y lo sabes.

—No se trata de *Edge*. Este pique viene de lejos, y van a seguir hasta el final.

El padre de tu novio quiere a *Edge* contigo dentro, y tu novio no va a permitir que trabajes para él.

—Pero si he dimitido.

—Si Saint se sale con la suya, volverás —afirma con seguridad.

Cuando salgo del despacho no hay nadie trabajando. Ni lo más mínimo.

Todos están formando corrillos cerca de sus cubículos y, de pronto, empiezan a vitorear.

—¡Eh, aquí el Equipo Malcolm! —grita Valentine.

—¡Equipo Malcolm! —exclama Sandy.

Corean «¡Equipo Malcolm!» por toda la oficina.

—Chicos... —gimo.

Joder. Me entra la risa nerviosa, vuelvo a mi asiento y le envío un mensaje.

¡¡Saint!! ¡¡La que se ha liado en Edge!!

Ya hablaremos luego.

Q

¡¿Cómo?! ¡¡¡Malcolm Kyle Preston Logan Saint!!!

Luego.

Dime que sabes lo que haces.

No tendrías ni que preguntarlo.

Quiero escribirle: «Madre mía, te quiero! Eres impredecible y me vuelves

loca y te quiero». Pero la próxima vez que se lo diga será mirándolo a esos ojos verdes. Y punto.

Suspiro solo de pensarlo y me siento al ordenador, busco una foto de Noel Saint y le hago una higa.

—De parte de todos los de *Edge*, cabrón.

Saint me ha prometido que se pasará al salir de trabajar. Cierro la puerta, tomo aire y miro mis cosas. Casi todo lo que amo se encuentra entre estas paredes.

Estoy a salvo, ¿verdad? Las aguas parecen un poco revueltas, pero no van a volcar mi bote.

Cojo mi portátil y me voy a mi cuarto. Es mi bebé. Es lo único que cogería si hubiese un incendio. Hablo con él, y él me habla a mí.

En serio, es lo único que necesito para trabajar. Siempre y cuando le ponga ganas, nos dará de comer a mi madre y a mí.

Da igual que deje *Edge*; si tengo mi portátil, seguirá habiendo esperanza.

Pero Saint quiere sangre, y todo es por mi culpa.

Miro en internet cómo va la guerra de pujas mientras lo espero.

En sus redes sociales no dicen nada. Pero veo un par de artículos publicados ayer y hoy que me llaman la atención.

Las acciones de M4 han caído más del 5 % fuera de horas...

Los accionistas van a vender después de la decisión de Saint de invertir en el pozo petrolífero de Tahoe Roth; no es su única mala decisión en el último cuarto de hora...

Los rumores acerca de una guerra de pujas por Edge han hecho que las acciones caigan en picado...

Hay fuentes que afirman que el director ejecutivo de M4, Malcolm Saint, no está en sus cabales a raíz de su relación con la columnista Rachel Livingston, la cual desenmascaró hace poco al magnate amado por todos en un artículo

para una revista local...



Hago clic en los enlaces y miro fijamente las fotos. En una hemos salido a cenar. En otra se mete en su coche. En otra aparece rodeado de hombres, pero es como si no estuviera con ellos, sino... solo. Pensando.

En serio. En pocos artículos de él en internet se habla de lo generoso que es. ¿Cómo es que nadie escribe sobre eso? ¿O sobre el lado oscuro de la fama? Cómo tiene que ser estar tan expuesto al mundo; que todo el mundo te juzgue continuamente, hasta tu novia; que los medios de comunicación muestren una imagen de ti que no es real... ¿Se verá a sí mismo como lo ven los medios? ¿O como lo ven los demás?

El Malcolm Saint del que se habla en las noticias es imprudente e intenso, no salvaría el negocio de un amigo íntimo. El Saint de los medios de comunicación no compraría un mural para apoyar una causa en la que cree ni acamparía conmigo. El Saint de los medios no me ofrecería trabajo pese a lo que ocurrió entre nosotros para alejarme de alguien que sabe que podría hacerme daño.

El Saint de los medios de comunicación es una leyenda muy poderosa, pero mi novio es un hombre misterioso y apasionante al que quiero

desnudar poco a poco para besarle en las cicatrices que le han dejado.

Pienso en su padre. Y en lo que le frustraba a Saint no conseguir sacarme de *Edge* y meterme en M4. De pronto entiendo su postura.

¿Acaso querría yo que mi novio estuviese en peligro? No. Saber que le están dando palos a M4 por unas decisiones supuestamente malas, y que en

parte es por mi culpa, hace que quiera consolar a Saint. Quiero comprar las

tres acciones en M4 que me puedo permitir con mis míseros mil dólares para que vea que creo en él.

Quiero que me asegure que no tirará el dinero que tanto le ha costado ganar en una causa perdida, en una venganza contra su padre, en vengarme

a mí, en salvar a todos mis compañeros.

Es un hombre del que han querido aprovecharse mucho. Quiero que

sepa que lo único que deseo es su apoyo y su amor. No hace falta que salve a

todo el mundo para demostrarme lo que vale. Ya no tiene que demostrarle

nada a su padre. Es Malcolm Kyle Preston Logan Saint: intenso, implacable y

ambicioso, diez veces más poderoso que cualquier otro hombre de Chicago,

capaz de construir mil *Edge* desde cero, y a su padre le pueden dar morcilla.

Cuando Malcolm llega más tarde a mi casa, me lanzo hacia él, dejamos a Gina viendo la tele y lo llevo de la mano a mi cuarto.

—Lo he visto hoy. A Noel —le digo, y sé que querrá conocer cada detalle

de nuestro encuentro.

Un brillo protector aparece en sus ojos, frunce las cejas y abre la boca, pero yo le pongo los dedos en los labios.

—Bajaba del ascensor cuando iba a entrar yo. Ha dicho que no vas a ganar. Después he subido por las escaleras. Y ya está. Por lo que he visto, tiene la boca muy suelta, pero esa es su única baza.

Todavía con el ceño fruncido, me toma de la muñeca y me baja la mano.

Habla con una voz suave y letal.

—Ha ido a *Edge*.

Asiento y entrelazo nuestros dedos para tranquilizarlo.

—Habrà ido a ver a los Clark.

—Qué curioso —dice con un enfado contenido a la perfección—, porque los Clark me están regalando los oídos por empezar la guerra de precios.

—Pero necesitan al segundo comprador para que el precio suba, ¿no? —intuyo.

Se quita la chaqueta, la deja en el reposabrazos del sillón de la esquina y se quita la corbata.

—Aunque no sepa seguro si te vas a quedar, el ego de mi padre no le va a dejar echarse atrás. Como te ha dicho, no quiere que gane.

Esboza una sonrisa como si estuviese disfrutando la pelea.

Se mete la corbata en el bolsillo de la chaqueta y se queda plantado, con

esa camisa blanca, y me mira como si quisiera asegurarse de que estoy bien.

El corazón me da un vuelco cuando digo:

—Estás pujando por *Edge*.

—M4.

—M4 eres tú, Saint. ¿Estás pujando por *Edge*? ¿Por qué?

—No estoy pujando por *Edge*. Estoy pujando por ti.

Estoy sobrecogida y emocionada, y su rostro derrocha ternura. Bajo la vista.

—Me duele pensar que estás haciendo esto por mí.

—No digas eso. No tienes ni idea de lo que has hecho tú por mí.

Me toma la cara con una mano y lleva la otra a mi nuca con delicadeza.

Sus ojos entornados son como puñales de fuego y verdad, de crueldad y lealtad, cuando me mira.

—¿Sabes lo que haría por ti? —me dice con voz ronca mientras me

dibuja círculos en la barbilla con el pulgar—. Tú eres el único cielo que conoceré —añade mirándome a los ojos—, y si fueras un infierno, pecaría toda mi vida para estar contigo. —Un segundo me mira con intensidad y, al

siguiente, con un brillo divertido mientras me examina el rostro—. Mataría

por esta... oreja. —La sujeta entre el pulgar y el índice y tira de ella en broma. Cuando al fin sonrío, se vuelve a poner serio, y su voz es baja y suave como el acero—. Mi padre no te tocará, Rachel. Ni va a jugar contigo, ni te va a amenazar. Es que ni siquiera vas a respirar su aliento.

—Saint —replico—, no quiero que te toque.

Como si no tuviese importancia, se quita los zapatos, se pone cómodo en

mi cama con su camisa y sus pantalones de vestir y abre los brazos. Me arrojo a ellos, y me pregunta sin ambages:

—¿Quieres que te compre *Edge*?

—¿Cómo?

Madre mía. ¡No me acaba de preguntar eso!

Pero sí, me lo ha preguntado.

—¿Has dicho...? —Carraspeo para deshacerme del aturdimiento—. Una vez me dijiste que no te veías invirtiendo ahí. No crees en *Edge*.

—Pero sí en ti. —Me observa—. No estoy pujando por mí. O te devuelvo

la revista o exprimo hasta la última gota del demonio que me engendró por

atreverse a intentar jugar contigo. —Un brillo despiadado aparece en sus ojos y baja la voz—. Si la quieres, no pararé hasta arruinarlo y que *Edge* sea tuya. Tuya para hacer lo que quieras, para que sea tu plataforma. —Me estudia agradecido y en silencio. Sus ojos no pierden detalle—. ¿Quieres *Edge*?

Me esfuerzo por controlar mis emociones, desconcertada por su

continua generosidad hacia mí.

—Me encanta *Edge* —admito—, pero quiero... Quiero estar en un sitio con potencial y que no me recuerde a lo que estuve a punto de renunciar para conseguirlo. Un sitio con libertad. Me encantaría que mis amigos tuviesen trabajo, está claro. Encontrar el modo de ganar más y trabajar más.

A lo mejor quiero algo más, estoy...

Me mira entre paciente y expectante, como si esperase que siguiera.

—Retírate —concluyo.

—¿Quieres *Edge* o no? Dímelo. —Me echa hacia atrás la cabeza para que sus ojos de lince se empapen de cada centímetro de mi cara.

—No —contesto sin pensar; me duele darme cuenta de que es cierto—.

No la quiero. No me había dado cuenta hasta ahora de lo mucho que deseo empezar de cero. *Edge* ya forma parte de mi pasado. Quiero... Quiero lo mejor para mis amigos, pero quizá tengamos que tomar caminos separados...

—Me aseguraré de que a tus amigos no les falten oportunidades.

—¿En serio? —Abro unos ojos como platos y me aferro a sus hombros

—. Pues retírate.

—Aún no. —Se recuesta y cruza los brazos detrás de la cabeza—.

Todavía falta.

—¿Qué cifra has dado? ¿Y si Satanás da su brazo a torcer y deja que compres *Edge*?

—No va a dar su brazo a torcer. Lleva años queriendo competir conmigo cara a cara. Quiere demostrarme quién tiene más dinero en los bolsillos, y en cuanto acabe con él, ese seguiré siendo yo, no me cabe duda.

Dios, sus sonrisitas de superioridad me están matando.

Me echo a reír, pero luego gimo.

—Malcolm, tienes demasiada sed de sangre. Retírate.

—En cuanto se haga efectiva tu dimisión y él no pueda tocarme —me

asegura con calma.

—Malcolm —gimo.

Se ríe y me acerca a él. Me mira fijamente a los ojos.

—¿No confías en mí? Da el salto, Rachel.

Parezco algo asustada cuando pregunto:

—¿Me cogerás?

—No sería un salto si lo supieras con certeza, sería un paso. Los pasos son cuestión de ciencia; los saltos, de fe.

«En mí», leo en su mirada. «Y en ti».

Asiento. Su roce me deja sin aliento, al igual que su mirada de absoluta e inquebrantable determinación.

—Vale. Pero... retírate, por favor.

—Que sí.

—Prométemelo.

Se ríe con ternura por mi preocupación, pero luego se pone serio, muy serio.

—¿Quieres que te lo prometa? —me pregunta bajito.

Recuerdo que no hace promesas, así que me muerdo la lengua y no digo nada.

Entonces se inclina hacia delante despacio, extremadamente despacio.

—Te lo prometo —dice de pronto, y asiente con contundencia—. Me retiraré. Te lo prometo. —Me coge la cara para mirarme y me besa en la comisura de los labios—. En cuanto salgas de *Edge* por última vez, ven a verme. Da igual lo que esté haciendo, tú ven a verme. Quiero que vengas a verme siempre.

Todavía me estoy recuperando mientras asiento. Me quedo en sus brazos mientras Malcolm planea su estrategia en su cabeza y yo aprendo a confiar.

30. El salto definitivo

Mi último día en *Edge* lloro. Mis amigos lloran. Y Helen hace de tripas corazón. Valentine trae un pastel y me dice:

—Todavía confío en Malcolm.

—No, Val —susurro—. No debería estar pasando esto. No me voy a quedar... *Edge* y yo hemos terminado. ¿No os gustaría empezar de nuevo? —

Miro a Sandy, que también está en mi cubículo comiendo pastel—. A lo mejor podríamos poner en marcha algo como *Bluekin*, algo más vanguardista, donde todos tengamos acciones y nos forremos.

Valentine mira a su alrededor y dice:

—Tía, no puedo renunciar a mi sueldo durante meses mientras intentamos que la página web esa funcione.

—Ya, pero...

—Y Sandy casi no tiene para pagar el alquiler. No puede permitirse el lujo de

ser autónoma y al mismo tiempo trabajar en nuestra página web mientras esperamos que sea un éxito.

—Al menos considerémoslo. A lo mejor, si lo hablamos un poco más... Si os echan... Bueno, si Noel Saint os echa o se os hace imposible trabajar para él, no dejéis que os pisotee. Avanzad hacia algo mejor. Aunque no os lo parezca al principio. Ya, da miedo. Joder, yo misma sigo asustada, pero también sé que quiero algo más.

—¿Tú? ¿No yendo sobre seguro? Me dejas... alucinado, sinceramente — dice Val mientras asiente con admiración.

—No puedo ir sobre seguro ahora. Voy a dar un salto y, si encuentro algo bueno, me encantaría que os vinieseis conmigo. No quiero que me recuerde la culpa si os quedáis sin trabajo porque me he ido...

—Eh, no nos echarías tú, sino el gilipollas ese.

—Aun así...

—Rachel, sal de aquí. Búscate una vida. Una diferente. Una en la que puedas echar la vista atrás y todo esto —dice al tiempo que abarca la redacción con los brazos— sea solo una parte. Una parte importante, pero solo una parte.

Tenía la esperanza de que Valentine se pensase lo de echar a volar juntos y montar una plataforma para nuestras historias. Ojalá no fuesen tan

comprensivos y amables, y no costase tanto dejarlos atrás. Ojalá Helen hubiese sido una gilipollas todo este tiempo, así yo podría irme con mis



cosas y sin lágrimas en los ojos. Pero no iba a caer esa breva, obviamente. En la vida real no. Nunca.

Así que sí, sollozo —y mucho— y doy más abrazos de los que he dado en mucho tiempo. Salgo de *Edge* y me desprendo de todo excepto del retrato de mi madre que tenía en el escritorio y un boli pequeñito que me dieron en una conferencia motivadora y que tiene escrito A POR TODAS. Y eso hago.

Sin una llamada.

Sin un mensaje.

Sin ningún aviso...

Me dirijo a M4.

Saint me pidió que viniese a verlo, pero la verdad es que necesito hacerlo. Necesito mirarlo y que su fuerza me inspire, y es posible que necesite que me diga que todo irá bien.

Voy a dejar atrás a mi antiguo yo en *Edge*.

Voy a dejar atrás todos mis errores.

Voy a dejar atrás a la chica asustada.

Voy a dar el salto.

Y necesito saber que no dejará que su padre lo siga provocando para comprar *Edge*.

Porque Malcolm Saint ya ha hecho bastante por mí.

En estos instantes comprendo que le dejaría hacer lo que sea porque confío en él: que me ame, que me proteja y que me ayude, pero que vaya a la

guerra por mí no.

Las chicas de recepción se sorprenden al verme, pero estoy segura de que se han enterado por las redes sociales de que soy su novia.

—Señorita Livingston, qué sorpresa —dice una—. Seguro que el señor Saint se va a poner muy contento. Voy a avisarle.

Le doy las gracias y me dirijo al ascensor. «Rachel, respira».

Catherine ya está de pie para cuando salgo del ascensor. También está algo nerviosa por la visita sorpresa.

—Está reunido con algunos miembros del consejo. Siéntese un momento.

Sonrío débilmente y tiro de la M y la froto con la R.

Mientras espero, veo a sus cuatro asistentes atender llamadas y teclear.

Me estoy alisando la falda cuando se abre la puerta de su despacho y sale un grupo de empresarios.

Todos rezuman seguridad y poder.

—Buenos días, señor Stevens, señor Thompson... —los saluda Catherine mientras se encaminan a los ascensores.

Y entonces oigo su voz en la sala. Es muy grave —resulta familiar—, parece un murmullo bajo que resuena en lo más hondo de mi ser.

—Ese tío tendría que haber sabido que si quería jugar fuerte, ahí iba a estar yo. Haría un *home run* antes de que se diera cuenta siquiera de que cometió un error lanzándome la pelota —le dice con decisión al hombre que

lo acompaña. Cuando me ve sentada con los ojos un poco rojos,

esforzándome por disimular lo hecha polvo que estoy, arquea las cejas y se le borra la sonrisa despiadada que iba dirigida al hombre al que pretende machacar.

Baja la voz y añade al empresario:

—Resolveremos esto de una vez por todas mañana a las dos.

El hombre asiente y se va. Mi mirada está presa y mi corazón se congela a medida que Saint avanza despacio. Directo hacia mí. Me toma del brazo con delicadeza mientras me pongo de pie y me lleva a su despacho; sé por cómo me agarra —con dulzura pero con contundencia— que es consciente de que no estoy bien.

Una vez dentro, me abraza y me dice:

—Respira.

Lo agarro de la corbata y asiento.

—Has venido a verme —me susurra al oído con un gemido, como si la idea lo desarmase.

—Siempre —musito, todavía aferrada a la corbata.

—Señor Saint —le dicen por el telefonillo—. Su cita de la una acaba de llegar.

Lo veo dirigirse a su escritorio con la seguridad que lo caracteriza mientras yo trato de guardar la compostura. Pulsa un botón y dice:

—Cámbiala. Necesito una hora.

Niego con la cabeza.

—No, en serio, estoy bien. Solo he venido a decirte que... estoy fuera.

Que he saltado.

Extiendo los brazos y me giro para mirar por la ventana. No sé cómo me hacen sentir mis próximas palabras. ¿Asustada? ¿Esperanzada?

—Soy autónoma.

—Entonces date la vuelta y mírame —susurra.

Al oír la emoción desnuda de su voz, me vuelvo.

Me aguanta la mirada con una intensidad feroz, levanta el teléfono de su escritorio y marca un número.

—Nos retiramos —dice, y, con suma lentitud, cuelga. Clic.

—No quería interrumpir —admito—. Solo quería...

—Saber que cumplía mi promesa —acaba él la frase.

—Sí, y... no. Quería verte. Siempre quiero verte: en mis momentos más felices, en los más tristes... Siempre quiero verte.

Veo un centenar de emociones desfilan por sus ojos.

—Estoy aquí para ti, Rachel.

—Lo sé —digo. Y por primera vez me lo creo al cien por cien.

Puede que ningún hombre haya estado a mi lado nunca. Ni un padre, ni

un hermano, ni un novio, y ahora creo que Malcolm Saint está aquí, junto a mí, porque quiere estar. Me duele el pecho de amor.

—Entonces, ¿te has echado atrás?

—Sí. —Se encoge de hombros con desdén—. Existe un acuerdo vinculante que se ejecuta en la subasta y que por ley obliga al comprador a que proceda con la compra. El derecho a fanfarronear le costará una fortuna. Estoy temblando. Con las prisas por venir, no me he dado cuenta de que cuando me he deshecho de mis cosas viejas antes también he tirado mi jersey. «¿En serio, Livingston?». El aire acondicionado está a tope, como siempre ocurre en las principales corporaciones. Estoy temblando tanto que lo último lo digo con los dientes apretados.

—Sé que me dijiste que podría trabajar en M4, pero...

—Pero tienes razón, no es lo ideal —reconoce en voz baja, con los ojos escrutándome en silencio—. No te voy a retener, Rachel. No te voy a atar a un lugar en el que no eres feliz.

Me castañetean los dientes.

—Sabes que es porque me importa más... nuestra relación. Voy a empezar a trabajar por mi cuenta... —Me callo cuando se dirige a un hueco liso y de un blanco impoluto que hay en la pared y que me resulta familiar. Le da un toquecito y se abre el armario que hay oculto. Saca una chaqueta.

—Toma.

—No... —Me la coloca sobre los hombros; notar sus dedos en la nuca hace que un escalofrío me recorra la columna—. No, Saint —digo. Me da

miedo derrumbarme con su contacto.

Sus ojos parecen líquidos cuando toca la R y la M que descansan en la base de mi garganta.

—¿Qué ha pasado con «Malcolm»? —me chincha.

Estoy segura de que intenta alegrarme, y eso hace que lo quiera aún más.

—Malcolm —digo con una sonrisa.

La ternura derrite sus ojos mientras me da la mano.

—Acompáñame.

—Siento que hayas tenido que enzarzarte con tu padre por mí —me disculpo mientras subimos al ascensor.

Se detiene una planta más abajo, y Saint les dice a los dos empresarios que están a punto de entrar:

—Coged el siguiente.

Y se apartan de inmediato.

En cuanto volvemos a estar solos me mira.

—Tú creciste sin padre. En tu mente, te habría cuidado, te habría apreciado y habría hablado contigo. Yo tuve un padre, pero cada vez que le lanzaba una pelota, él la lanzaba más lejos para demostrarme lo cerca que la tiraba. Cada vez que construía algo, lo destrozaba con el mínimo esfuerzo para demostrarme las carencias que tenían mis planos. No todos los padres te ayudan a levantarte. Algunos te ponen la zancadilla. —Habla sin entonación,

como si fuese un hecho—. Al principio te esfuerzas más para demostrarle que puedes. Luego para demostrártelo a ti mismo. Hasta que llega un día en que sencillamente lo haces porque puedes. No estoy

haciendo esto por mi padre. No estaba apostando por *Edge*.

Abre una sala de la undécima planta.

—Estaba apostando por ti.

Echo un vistazo a mi alrededor y veo un montón de ordenadores, equipos punteros y despachos en las esquinas. Parece... una redacción.

—Aquí es donde empezó Interface. Antes de ser una corporación.

Cuando no era más que una idea, el principio. —Abarca la impresionante habitación con los brazos, y mientras me empapo de cada detalle, siento que me observa con una mirada tremendamente dulce y contemplativa, en silencio—. Y aquí sigue... Esperando otra gran idea. Otro gran comienzo.

Mientras observo los ordenadores de última tecnología y los escritorios cromados, tengo un *déjà vu* de cuando me llevó al edificio de Interface y me besó.

—Te puedes quedar con la planta. Es tuya —recalca—. Voy a financiarte al principio. Podrás montarte tu propio equipo. Tu consejo. Tú tomarás las decisiones. Y te proporcionarás a ti misma la plataforma que necesitas para escribir lo que te plazca.

Me mira con un brillo en los ojos, esperanzado, como si quisiera verme sonreír, como si lo estuviese esperando.

—Vale, tendrías más responsabilidades aparte de escribir; pero eres inteligente, puedes traer a tu equipo. Si te quedas atascada, seguro que se te ocurrirá alguien para que te eche una mano. Puedes crear tu propia *Bluekin*.

Incluso mejor.

Su mirada rezuma tanta admiración, tanto respeto y tanto amor que no puedo respirar.

Ay.

Dios.

Amor de película. Y punto. Te guste o no. ¿Darías el salto? ¿Lo harías?

Saint lo ha dado. Él confía en que valgo para algo más, confía en darme alas y ayudarme a montar una plataforma que me permita remontar el vuelo.

Se me humedecen un poco los ojos. Agacho la cabeza e intento enjugarme una lágrima. Saint me pone la mano en la mejilla y me obliga a mirarlo solo a él.

Siento calor en la barriga.

—Déjame darte esto. —Sus ojos son completamente míos, pero, al mismo tiempo, me engullen. Nunca he sentido su energía envolverse con tanta fuerza. Jamás he visto una emoción tan pura y tan desnuda concentrarse en sus ojos. Me duele el pecho.

—No te imaginas cuánto te admiro. —Le brillan los ojos por la

intensidad de sus sentimientos—. Cómo te preocupas por los demás, por mí... Ya valoraba tus palabras antes, pero esto... —Se saca algo del bolsillo, y contengo la respiración cuando reconozco la portada de la revista en la que se incluye mi artículo—. Esto fue muy valiente, Rachel. Exponerte de ese modo por mí... Eso ya fue un salto de por sí. Tienes razón. —La levanta para que la vea, la deja en un escritorio cercano y avanza hacia mí—. Era nuestra historia, pero no toda. Era solo el principio.

Lloro como una Magdalena.

—Te quiero, Malcolm.

—¿En serio?

—Sí.

Me enmarca la mandíbula con sus manos grandes y cálidas y me echa la cabeza hacia atrás para que le vea bien mientras me seca las lágrimas.

—La primera vez que me lo dijiste no pude pensar en otra cosa. Incluso cuando todo se fue a la mierda, pensaba en esas dos palabras. Te quiero desde hace tiempo. Nunca he querido gastarme la fortuna que he amasado en nadie hasta que apareciste tú.

»Querías que se parase el mundo para estar conmigo. Es posible que sea ambicioso y codicioso; ya te enterarás, pero esto... Lo que tenemos...

Quedémonos quietos aquí, tú y yo.

Se me cierra la garganta cuando recuerdo lo que le he dicho antes. Nunca

me han abrazado así. Nunca los brazos de un hombre me han proporcionado semejante sensación de confort y seguridad. Nunca imaginé que podría plantarme en medio del huracán que es Malcolm Kyle Preston Logan Saint y sentir que el mundo se detiene al fin.

Su sonrisa.

Su. Maldita. Sonrisa.

Olvidaba el efecto que tiene en mí.

El estómago me da vueltas en un violento remolino.

—Malcolm. —Lo miro fijamente, sin aliento—. ¿Harías esto por mí?

—Y más.

Se hace un silencio cargado de significado. Quiero decirle muchísimas cosas, pero no encuentro mis queridas palabras. Sus gestos me han

desarmado, en serio.

—Te quiero, Malcolm.

—Y yo a ti, Rachel. Muchísimo.

Se me cierra la garganta.

—Abrazame un segundito.

Ya me está abrazando cuando susurra:

—Cuatro. —Y añade con voz ronca—: Vete a casa y piénsatelo...

—Sí —le interrumpo. Y esta vez soy yo la que lo agarra por el cuello de la camisa y le da un beso de esos que te dejan sin palabras.

—Tengo que volver al trabajo. ¿Vamos luego a cenar fuera? —me pregunta.

—He agotado los noes contigo —respondo en voz baja, besándolo

Q

mientras hablo.

Y él hace lo mismo, pero con la voz ronca por el ego masculino.

—¿Eso es otro sí?

—Por supuesto.

—No, eso no me vale. Dilo.

Me echo a reír.

—Sí, codicioso. Encantador de mujeres. ¡Sí, sí, sí!

Esa noche llamo a mis ex compañeros de trabajo y les digo que si van a dejar

Edge, quiero que se vengán conmigo. Comeré con algunos la semana que viene, entre ellos Valentine y Sandy. Luego hablo con Gina y llamamos a Wynn.

—¡Rachel! —Es lo único que puede decir—. Estoy...

—Sin habla, ya. Este tío me deja sin habla todo el tiempo, joder —

interviene Gina.

Yo también estoy sin habla, o más bien sin palabras, sentada más

calentita y mullida que mis calcetines. Están obsesionadas con que me apoye a mí y a mis sueños. Y yo con que, pese a su educación, sus múltiples

aventuras, sus nuevas y arriesgadas inversiones, y al hecho de que parecía bastante imposible, estoy segurísima de que Saint me quiere.

Para cuando llega Malcolm, llevo un vestidito negro y bailarinas, el pelo suelto y casi nada de pintalabios.

La puerta de su Pagani Huayra se abre de golpe, y él me da la mano cuando me meto. Enseguida pisa a fondo el acelerador.

—Hola —digo—. ¿Qué tal el día?

—Ahora bien.

Me da un beso breve pero exquisito en la comisura y yo le toco la mano después de que cambie de marcha y la dejo ahí.

Vamos a una sala privada de un restaurante de cinco estrellas llamado Tableau. Detrás de un juego de cortinas de terciopelo, Pecado y yo hablamos

del día de hoy a solas. Creo que yo más, pero me está escuchando como siempre, encantado y con una mirada risueña que se me clava en el corazón y me derrite.

—He llamado a mis antiguos compañeros de trabajo y les he dicho que si van a dejar *Edge*, me gustaría que se vinieran conmigo.

—¿Y tu madre?

—Aún no le he dicho nada.

—¿Has pensado que te podría pintar a mano las portadas?

—Sí, me muero de ganas.

Lo tengo enfrente, pero me apetece inclinarme por encima de la mesa y comérmelo a besos. Me siento querida. Protegida. Segura.

—¡Qué emoción!

Me río un poco mientras su rostro descaradamente bello me sonrío con cariño. Me encanta cuando se le dulcifican los labios carnosos porque se está divirtiendo y su sonrisita, en parte de suficiencia, le ilumina los ojos.

—¿Al final tu padre ha comprado *Edge* oficialmente?

Asiente.

—Sabías que no se iba a echar atrás.

—Somos los dos igual de orgullosos. Te dijo que ganaría, ¿no? —Se recuesta y me observa en silencio—. Estaba obsesionado con mi madre.

Estaban la mar de enamorados hasta que llegué yo. No podía soportar que su perfecta esposa le diese un hijo imperfecto. Le molestaba que tuviese una actitud protectora conmigo. Me quería más que a él. Y no lo llevaba bien.

—No lo sabía. —Lo miro—. Pero ahora sí.

—¿Qué?

—Lo que sentía mi padre. Haría lo que fuese por ti. Joder a quien sea para protegerte. Hacer lo que sea para mantenerte a salvo. Aplastaría el mundo por ti. Mi madre no está, y aun así quiere demostrar que es mejor que yo. Demostrar lo equivocada que estaba al preferirme a mí. Ella le pidió el divorcio, pero él nunca le permitió ser libre.

—A una madre como la tuya le habría resultado imposible no quererte

con toda su alma. Sobre todo si tu padre seguía ahí.

—Me fue bien.

Sonríe con superioridad.

—Ya lo veo —le digo con cariño. Creo que percibe el deseo que anida en mi interior.

—Ven aquí.

Me toma de la mano y hace que rodee la mesa con la seguridad y la tranquilidad de quien sabe a ciencia cierta que va a echar un polvo esta noche.

—Me gusta esa sonrisa —dice mientras me siento con cuidado en su regazo. Me río un poco—. Y esa risa.

Las luces son tenues. Iluminan a Malcolm mientras aparta los collares de la M y la R de la parte inferior de mi garganta y me da un beso allí donde se me nota el pulso.

—¿Somos el postre del otro o qué? —le pregunto.

Dios. Parezco tan ilusionada que me entra la risa.

El brillo juguetón de sus ojos me hace pensar que está planeando alguna travesura.

—Tú el mío sí, eso seguro.

Mete el dedo índice en el vino.

—¿Qué tramas? —le regaño. Y antes de que pueda continuar, me mete el dedo en la boca.

Se inclina, y al dedo le sigue un beso.

Le chupo el dedo.

—Llevas queriendo hacer esto desde la cata de vinos.

Q

—No sabes cuánto.

Me coloca bien y me mira tranquilamente con los ojos entornados.

Me sube el vestido hasta las caderas y me pone la mano entre los muslos.

Doy un respingo de placer cuando me acaricia con delicadeza.

Me pone nerviosa pensar que va a entrar alguien, pero me está mirando

con una picardía tan intensa que no puedo resistirme.

Poso los labios en su cuello mientras le recorro los pectorales con las yemas de los dedos. Se le endurecen los músculos al contacto. Voy subiendo

la boca para llegar a la suya, y lo oigo gemir cuando le toco el pecho y los abdominales y extendiendo la mano lo más cerca posible de su erección.

Me quita las bailarinas; hacen ruido al caer. Me agarra una pierna y me

coloca a horcajadas.

Me besa en la punta de la nariz, luego en los ojos, y su boca toma la mía

de nuevo y me da otro beso lento y adictivo. Inhalo mientras él se detiene

para mirarme. Aguanto la respiración y solo exhalo cuando me toca la mejilla.

A continuación me besa en la comisura de los labios.

—Ay, Dios, no. No voy a durar si haces eso.

—¿Por qué...?

Tomo aire con brusquedad y contengo la respiración mientras me roza los labios con los suyos hasta llegar a la otra comisura. Estoy forzando los pulmones mientras disfruto del beso fantasma. Se aparta con cuidado.

Nuestros ojos se encuentran. Los labios me hormiguean por el beso.

Exhalo entre temblores y le sujeto la mandíbula. Y hago exactamente lo mismo que él. Le voy rozando con los labios hasta llegar a la comisura. Él también respira hondo y con fuerza. Cuando me separo con cuidado, exhala.

Los ojos le brillan del deseo, la necesidad y de las cosas que no me ha dicho pero que a lo mejor tampoco hace falta. No me hace falta en absoluto. Me inclino hacia delante y le beso en la otra comisura. Pero me engaña. Me coge de la parte de atrás de la cabeza para mantenerme inmóvil y me la gira un milímetro para besarme en los labios.

Intento apartarme despacio, pues soy consciente de que el camarero regresará pronto y tengo que volver a mi sitio.

—¿Me has borrado el pintalabios?

—¿Qué pintalabios?

Me río, y Saint hace lo mismo, entre dientes. Cuando regreso a mi asiento, me toma la mano por encima de la mesa.

—Me gusta esa risa —comenta mientras pasa el pulgar por el dorso del mío—. Me gusta mucho.

Quiere que pase el fin de semana con él, así que primero vamos a mi casa.

Iremos al Jugete y comeremos donde quiera llevarme, junto al lago.

Gina se pone histérica cuando me ve entrar en casa un minuto y, al siguiente, ir al salón.

—¿Te vas a llevar ese bolso tan grande? —pregunta, con los ojos abiertos como platos mientras mira el bolso que llevo al hombro.

—Solo son unos zapatos cómodos para el gimnasio de su edificio. Otros para salir. Y otros para la oficina. Mi cepillo de dientes, y pocas cosas más.

No me voy a mudar, solo estoy siendo práctica. Me... Me ha pedido que pase el finde con él.

—Rachel... —dice.

—¡Solo es el fin de semana, Gina! A lo mejor una o dos noches por semana. Encontraré el equilibrio —le prometo.

—Me estás dando ganas de comprarme un perro. Alguien a quien no se la sude que vuelva a casa.

—¡A mí me importa! —grito, y la abrazo mientras se me ablanda el corazón un poquito. ¿Cómo no se me había ocurrido? He estado tan contenta que no me lo he pensado dos veces y he aceptado—. Te quiero, G. Ella me devuelve el abrazo en silencio y algo apática, pero entonces me da un cachete en el culo.

—¿Está fuera?

—Sí.

—Pues eso, que... —Hace una pausa; su expresión es de disculpa—. Él no es Paul, Rache.

—Ya.

Nos miramos fijamente la una a la otra. Hacía años que no nos separábamos de una forma tan... real.

—Pues hasta el lunes —le digo al fin mientras me dirijo a la puerta y ella se vuelve a sentar a ver la tele.

—El lunes es lunes; no martes ni jueves —me advierte.

—Sé lo que es el lunes —gimo, y me echo a reír con el pomo en la mano, como si esperase un consuelo mejor.

—Que no te dé pena, montaré una orgía mientras no estés. Se va a liar parda ahora que se va la responsable de las dos —promete, pero en un abrir y cerrar de ojos deja su actitud de malota, se le suavizan las facciones y se pone seria—. Rache, me alegro muchísimo por ti. Me encanta lo feliz que te hace. Quiero que sepas que estoy de acuerdo con esto, al cien por cien.

Mi mejor amiga. A diferencia de Wynn, no a mucha gente le cae bien Gina. No muchos la pillan. Pero yo la quiero igual. Vuelvo junto a ella, le doy otro beso en la mejilla y me marcho tranquilamente.

—El lunes —le prometo.

—¡Folla por las dos! —me grita.

La brisa de la tarde me recibe cuando salgo, con el bolso colgado del hombro. Y ahí está él, apoyado en su coche, con los brazos cruzados y exhibiendo la sonrisa más perfecta del mundo.

Nada más empezar a andar ya me falta el aire. Me dirijo a él, pero nos encontramos a medio camino. Su sonrisa al verme es de las que para el tráfico. Y mi corazón. Este hombre atonta a las mujeres, y a mí a la que más,



oficialmente, porque hoy he visto muchas sonrisas tuyas y yo también he sonreído mucho.

Como ahora, cuando mi sonrisa recibe un beso de su boca sonriente mientras me ayuda a subir al coche.

Las puertas del ascensor se cierran a nuestra espalda segundos después de llegar a su ático. La ciudad está iluminada, y parece un remanso de paz y felicidad cuando Saint me toma en brazos.

Le enrosco las piernas alrededor de las caderas, lo agarro del cuello de la camisa y paseo los labios por su mandíbula en busca de los suyos.

—Tengo hambre —susurro.

—Pues abre la boca —dice. Me moja los labios con la lengua un instante y después se aparta para echarme una mirada feroz—. ¿Eso quieres?

Asiento y le paso los brazos por el cuello. Me frota el pelo con la nariz y respira hondo. Luego la baja por la mía y me besa. Me pone entre la pared y él, y me mete las manos debajo del vestido. Me acaricia de camino a mi sujetador. Lo desabrocha.

Estoy temblando cuando me lo quita. A continuación, agarra mi vestido con una mano y me lo saca por la cabeza de un leve tirón.

Yo también tiro de su camiseta, pero me hace falta ayuda, así que se la quita él por la cabeza con una sola mano. Acaba más despeinado que de costumbre, y está tan *sexy* que se me contraen las vías respiratorias. Apenas puedo hablar mientras le acaricio esa piel tan suave con las puntas de los dedos.

—Malcolm.

Me lanzo a por un pezón y se lo chupo mientras le acaricio el otro.

Me aferro a él cuando me coge en brazos y me lleva a la habitación; nuestras bocas no se despegan en ningún momento. No me lleva con la elegancia de Rhett Butler en *Lo que el viento se llevó* porque no me hago tanto de rogar como Escarlata, sino que me agarra del culo, le rodeo las caderas con las piernas, y su paquete abultado roza la cúspide que hay entre

mis muslos mientras su boca se trabaja a la mía. Tiemblo de tenerlo tan cerca, y mi mente va a toda velocidad solo de imaginarnos siendo felices para siempre.

—Házmelo rápido. —Me deja en la cama, y yo estiro los brazos por encima de la cabeza y me contoneo sensualmente para provocarlo—.

Rápido y después lento.

—Chist. Mi cama, mis reglas. Quítate los zapatos y esas braguitas diminutas.

Se desabrocha el cinturón, y solo con ver ese cuerpo escultural ya me estoy muriendo.

Este hombre es la perfección. Con el traje parece inaccesible, como si no

le afectase nada. Pero desnudo es un dios, con ese bronceado y esos pectorales tonificados. Con ese pelo oscuro revuelto por mi culpa y esos ojos verdes que parecen lava fundida. Es lo que no sabía que quería y más.

Se me hace la boca agua mientras me echo hacia atrás despacio y lo observo desabrocharse los pantalones.

Él también me observa, y me siento al mismo tiempo débil y poderosa cuando me deshago de las braguitas despacio, moviendo las piernas con lentitud y provocación. Me encanta cómo me mira cuando las tiro de una patada.

Me contempla con una sonrisa que se vuelve lobuna poco a poco.

Al parecer el hecho de que me entregue totalmente y de que mis muros estén hechos añicos lo vuelve más posesivo. Antes de que me dé cuenta, me ha separado los muslos y me está lamiendo la entrepierna mientras se le hinchan los músculos.

El goce me empuja a mover las caderas hacia su boca, cada lengüetazo me tensa. Aprieto los dientes mientras trato de contener el orgasmo un poco más. Estoy a punto de explotar cuando levanta la cabeza y me mira con los párpados caídos.

—Te quiero. —La intensa emoción que trasluce su rostro cuando me mira es tan poderosa que me estremezco hasta la médula. Me sube la mano por el costado hasta rozarme la comisura de la boca con el pulgar—. Te quiero más que a nada en el mundo.

—Me derrito cada vez que lo dices.

Se ríe bajito, y yo sonrío, hecha papilla.

Su boca se apodera de la mía y me besa con delicadeza y cariño mientras se coloca encima de mí. Su lengua me llena la boca y doy un respingo de placer mientras lo observo. Nunca he visto a un chico mirarme así, con unos ojos tan ardientes, posesivos, hambrientos y dulces.

Me pasa una mano por el abdomen, traza un círculo alrededor del ombligo y me acaricia los labios de abajo, hasta que al fin introduce el dedo corazón en mi interior.

—Malcolm —gimo mientras balanceo las caderas y me revuelvo.

Toma mi boca, y yo le beso.

—Sin condón —murmura, mirándome.

Sin condón... Solo él y yo.

Lo que estamos a punto de hacer implica una confianza altísima. Y

ninguno de los dos duda cuando nuestros labios se funden de nuevo. Lo atraigo hacia mí, enrosco las piernas y me arqueo para acogerlo cuando me penetra.

Gemimos al unísono, y antes de que llegue al orgasmo al instante, solo de sentirlo, sale. Y me deja ahí, temblando, suspendida en la cima del placer físico y del placer emocional. Lo miro respirando con dificultad, jadeando, ardiendo; el pecho le sube y le baja mientras se apoya en los brazos.

Le gusta alargar la agonía. Cierro los ojos y disfruto de cómo lo hace. Me tira de los pezones con los labios, que luego bajan hasta mi abdomen y



suben hasta mi cuello. Me huele. Me prueba. Me saborea. Me experimenta. Le agarro del pelo, arqueada bajo su cuerpo caliente y duro. Yo también lo saboreo. Es mi obsesión y mi adicción, el único lugar en el que me siento segura y pletórica.

—Pecado —le ruego.

Deja de besarme y gruñe:

—Estoy obsesionado contigo. —Me toma de las caderas y me embiste mientras me susurra—: Te adoro.

Me penetra profundamente al tiempo que me mira con esos ojos ardientes que noto en cada parte de mi ser. Empiezo a sentir otro orgasmo; me toma los pechos y me lame y me baña los pezones.

Me revuelvo sin estar segura de si aguantaré que me dé tanto. Tanto placer. Un placer tan grande y arrollador. Pero lo consigo, y él se entierra más en mí.

Suspiro de alivio cada vez que me la mete. Susurro su nombre, suplicante. Toma mi boca con un beso voraz.

—Estoy... loco... por ti —dice con voz ronca mientras me la mete tan al fondo que lo noto en el corazón. Me susurra al oído—: Déjame ser tu dueño y te dejaré que seas mi dueña. Eres mía, y yo soy tuyo. —Me besa en la frente, la nariz y los labios—. No cierres los ojos; mírame —añade, y cuando los abro, los suyos brillan, y es lo más *sexy* y lo más excitante que he visto en

mi vida: que me contemple absorto mientras me folla.

Me coge del pelo con fuerza sin dejar de moverse, y me sujeta a la cama para hacer palanca y observar cómo me corro gracias a él.

Me entrego al máximo. Pecado. Saint.

Malcolm dentro de mí; Malcolm, que me mira con esos ojos verdes;

Malcolm, que aprieta la mandíbula mientras me hace el amor; Malcolm, que tiene mi corazón.

Nos pasamos el sábado en *El Juguete*. Encarga comida a un restaurante francés exquisito y salimos a navegar. La tripulación viene a limpiar y nosotros vamos arriba.

Estamos en la zona de relax de la cubierta superior mientras el yate surca las aguas, cansados de nadar, darnos el lote en el agua y hacerlo en la ducha del camarote y en la cama. Relajados después de tanto sexo, Malcolm trabaja un rato en un sofá y yo me apoltrono cerca, con los pies en su regazo y una de sus manos acariciándolos con aire distraído mientras miro internet con el móvil.

Me he propuesto alejarme de todo aquello que me vaya a deprimir, así que nada de ver qué se cuece en las redes sociales sobre Saint o su padre. Lo

llaman, y me alegra saber que las acciones de M4 han repuntado mucho después de que se haya dado a conocer la noticia de que la corporación de

Noel Saint ha adquirido *Edge*. No paro de fantasear con mi nueva carrera. Mi nuevo espacio de trabajo. Mi nueva vida.

Mientras sopla el viento y Malcolm acaba, pienso en todo lo que quiero hacer. Cuando cierra el portátil y oigo el inconfundible silencio de los aparatos electrónicos apagados, yo también bloqueo los pensamientos mientras me levanta por la cintura y me lleva a la cama en volandas.

—Tengo piernas —susurro, somnolienta.

Me dedica una de esas sonrisas que hacen enrojecer.

—Largas y bonitas, por cierto.

Su cama de matrimonio nos está esperando en mitad del cuarto; es más o menos de su tamaño.

Me deja en la cama, pero yo me pongo una camisa suya mientras se desviste y el cansancio de todo el día me pasa factura.

Nos acomodamos en la cama: me meto, ahueco la almohada y me tapo con las sábanas; él se une a mí, se coloca de espaldas y se pasa un brazo por encima de la cabeza. Se relaja mientras, con la otra mano, me coge de los hombros y me atrae hacia su pecho. Me acurruco contra él, a gusto y a salvo.

En el cobijo seguro y cálido que ofrecen sus brazos. Me arrimo a su cuerpo varonil y cálido. La dicha y la paz fluyen por mis venas aunque su cuerpo hierva como de costumbre. Con esa sempiterna sed que trato de apagar conmigo.

Y nos besamos un ratito. Y a medida que el beso se intensifica, acabamos follando despacio y con calma, sin hablar; solo se oye el ruido que hacemos al besarnos, al rozarnos y al respirar, y el de los motores del yate. Casi me

ahogo cuando llego al orgasmo; el placer es tan intenso que aguanto la respiración todo el rato. Luego, exhalo y me desplomo sin fuerzas con Pecado envolviéndome.

Me besa apasionadamente cuando terminamos. Como si me agradeciese el cariño, la compañía y mi deseo por él.

Nos acurrucamos. Me apoyo en su pecho y me duermo con la rapidez y la facilidad de quien se siente a gusto y a salvo.

31. Él + 1

Me despierto en los brazos de Malcolm el lunes por la mañana, y aunque veo que se cuele algo de luz por las cortinas, estoy segura de que aún faltan diez o veinte minutos para que toque vestirse para ir a trabajar... A lo mejor me quedo aquí para siempre.

Él sigue en la cama. Tiene los ojos cerrados y le queda muy bien el pelo revuelto. Recoloco la cadera y le acaricio el pecho con los dedos; advierto las marcas que le dejé al arañarle los pectorales.

Abro los ojos como platos. ¿Qué...? Me cago en la... ¿Fui yo, en serio?

«Bienvenida a la tierra de los locamente enamorados, Rachel. ¿Por esto eras tan reacia a mudarte aquí?».

Sonrío de oreja a oreja, le paso los dedos por los arañazos y noto que me sube la mano por la espalda. Levanto la cabeza de la sorpresa. Me observa con una sonrisa.

—¿En serio te arañé anoche?

—No, fueron las chicas que vinieron mientras estabas durmiendo.

Le pego en el hombro, pero él me agarra la mano y me dice con una voz más grave:

—Ven aquí.

—Saint... —susurro, y se coloca encima de mí.

Baja la mano hasta posarla en mi entrepierna.

—¿Sí?

Me estremezco.

—Pero si ya lo hicimos un montón de veces anoche.

Gruñe por lo bajo mientras me besa y me mordisquea la oreja.

—Ah, ¿sí? No me parecen suficientes.

—Malcolm... —Le doy un empujoncito en el hombro y me incorporo poco a poco—... En cinco minutos tengo que vestirme para ir a trabajar.

—Pero si eres la dueña.

—Aún no. No he firmado nada, y me dijiste que el plazo acaba hoy a las dos. Mientras tanto, me reuniré con mi posible equipo y me pondré en marcha.

—Vale —me contesta con la clara intención de complacerme—. Solo tardaré cuatro minutos y cincuenta y nueve segundos.

Me vuelve a tumbar.

—¡Malcolm! —Me río. Luego lo miro y se me borra la sonrisa—. ¿En serio vamos a intentarlo? ¿Quieres tener tu primera relación monógama?

Él sigue sonriendo, pero el brillo de los ojos se vuelve serio. Asiente con la cabeza, me besa en el hombro y me sonrío con ternura mientras me acaricia con el pulgar.

—Ya lo estamos haciendo. Tengo una cita a las ocho y media.

Después de una ducha rápida durante la que me ha costado concentrarme, me siento en la esquina de su cama envuelta en una toalla y me limito a observarlo sin importarme siquiera llegar tarde. Tiene cientos de camisas, corbatas y chaquetas iguales, y cuando se abrocha la que ha escogido, se convierte en Malcolm Saint ante mis ojos. Contemplo cada uno de sus movimientos: cómo se sube la cremallera con esos dedos tan hábiles, cómo flexiona los músculos mientras se pone un cinturón de cuero brillante en esa cinturita tan estrecha.

Nota que lo estoy observando y me mira; le sale una arruga en la frente cuando frunce el ceño. Como si no se diese cuenta de que se me está cayendo la baba. ¿Por qué no puede ser como en la época de los cavernícolas, cuando lo único que importaba era conseguir comida y luego podíamos atiborrarnos y quedarnos encerrados para siempre?

Pero él no solo quiere comida; él quiere el mundo, la luna.

Y, por lo visto, a mí.

—Ven aquí. —Me levanta y cierro los ojos; me muero de placer cuando

me da un beso casi casto en los labios—. Nos reuniremos con los abogados a las dos para hacerlo oficial. Empieza a pensar en tu equipo; ese equipo que te ayudará a hacer de tu nueva empresa lo que un día soñaste que sería *Edge*. Búscate un equipo que te ayude a crear la plataforma que necesitas para que lo que tienes aquí... —Me toca la sien—... salga ahí. —Señala la ventana.

Riendo de nervios y de emoción, asiento.

Me coge de la barbilla.

—¿Te tomas el café conmigo antes de irme?

—Sí.

—Tengo nudos. —Mueve el cuello de lado a lado mientras salimos—. Tú sí que sabes cómo enredar a un hombre en la cama —dice, y me da una palmada en el trasero con cariño mientras vamos a la cocina.

Me tomo mi tiempo para analizar cada centímetro de él mientras prepara café y, tratando de ser una buena novia, le doy un masaje en esos hombros tan robustos.

No estoy mucho rato. Se pone detrás de mí con el café en una mano y yo en la otra y contempla Chicago como un señor feudal miraría sus tierras.

Apoyo la cabeza en su hombro y dejo que me meza un poco mientras oteamos la ciudad. La ciudad, el mundo, el horizonte. Me da la sensación de que ya tiene la mayoría, pero quiere más, allí donde alcanza la vista y allí donde no.

Si cree que puede lograrlo, irá a por ello.

Cuando voy a servirme el café, veo una invitación nuevecita, blanca y elegante en la isla de la cocina, cerca de las llaves del coche. Pone:

Malcolm Saint + I

Sonríó cuando descubro que es para una de las galas más importantes de la ciudad.

—¿Vamos a ir? —le pregunto a su espalda.

—Siempre. —Lleva la taza al fregadero y me mira con el ceño fruncido

—. ¿Y esa sonrisa?

—Es que pensaba que... está guay.

Me besa en la sien.

—Cómprate un vestido.

—Ya tengo vestido.

—Cómprate uno de mi parte.

Saca su tarjeta de crédito. La dejo en la encimera de granito sabiendo que armará un escándalo cuando vea que no la he cogido. Tarareo mientras

devuelvo la invitación a su sitio.

Estoy impaciente por ver el rumbo que tomará nuestra relación. La

gente especula sobre qué soy. Su novia, su chica de cuatro meses, su amante,

su aventura, su obsesión, su único error de juicio, su equivocación. Que me

llamen como quieran, no va a cambiar nada.

Soy su más uno... y él es mi todo.

Epílogo: Cómo nos va

Es un día ajetreado en *Face*.

Face es mi bebé recién salido del horno. Aún está dando sus primeros pasos para publicar, tanto en línea como en papel. Bromeaba con Malcolm

sobre llamarlo así para hacer un juego de palabras con Interface, y cuando emitió esa risa tan graciosa que significa que le ha gustado lo que acabo de decir, supe que era el nombre ideal.

Valentine, Sandy y doce periodistas más están trabajando a destajo al lado de mi despacho.

Es genial; pero es difícil estar en el mismo edificio que el chico con el que estoy saliendo.

A veces lo veo por la ventana, con ese pelo y ese traje negros como el reluciente Rolls-Royce que hay aparcado fuera. A veces veo que vuelve de una comida de negocios, una conferencia o una reunión de la junta directiva en una de las múltiples empresas a las que asesora: me resulta prácticamente imposible que no se me revolucionen las hormonas.

A veces nos encontramos por casualidad en el ascensor mientras subo a mi planta... y él a la suya. Se le da bien no demostrar sus emociones. Pero cuando nuestros ojos se encuentran, no puede evitar que los suyos se iluminen. Nuestros acompañantes se mueven como por instinto para que se acerque a mí. No nos tocamos. Yo al menos no lo toco. Pero a veces se coloca de modo que nuestras manos se rozan. A veces, su pulgar se pone travieso y

me acaricia el dorso del dedo lo menos posible. Otras veces entrelaza nuestros dedos un segundo.

El segundo más exquisito y placentero del mundo.

Y hubo una vez en que juntó el meñique con el mío y se quedó así hasta que llegamos a mi planta: alto, sereno, rodeado por el bullicio de la gente; y solo yo sabía que este hombre —este hombre— me quiere de verdad.

A veces voy a su despacho o él viene al mío, y ambos sabemos por qué estamos ahí. Para hablar... a veces.

Pero a veces para estar callados.

Requetecallados mientras me besa en la boca, roja, rojísima, y me convence para que le prometa que me pasaré por su casa esa noche.

En su casa, follamos toda la noche.

En la mía, follamos en silencio para que Gina no nos oiga.

Es perfecto. No cambiaría nada.



Ni de él, ni de nosotros.

He dado el salto, y Malcolm me ha atrapado.

Nos organizamos así: durante la semana normalmente dormimos en mi casa porque no quiero que Gina se sienta sola. El finde, en la suya. Este jueves se ha ofrecido a llevarme a casa, pero hace una parada de cinco minutos en el banco. Me quedo respondiendo los últimos correos que me han llegado al

móvil y luego miro con curiosidad por la ventanilla cuando sale con uno de los gerentes, que se despide con la mano. Sube y le pide a Claude que nos lleve a su piso.

Lleva un sobre sospechoso en la mano mientras se acomoda frente a mí, se quita la corbata despacio y se la guarda en el bolsillo de la chaqueta.

—Este no entraba en nuestros planes, señorito —le amonesto, frunciendo el ceño.

Él sonrío con suficiencia.

—¿Ahora estás enfadada conmigo?

—Enfadadísima —exagero.

—Te lo compensaré en su momento. —Se inclina hacia delante y sigue mi mandíbula con la yema del pulgar—. Tengo una sorpresa. —Blande la carpeta de papel manila y las mariposas reaccionan.

—¿Qué es? —quiero saber.

—Una cosa.

—Eso es obvio. Pero ¿qué?

—Paciencia, saltamontes. —Se recuesta en el asiento con la sonrisita esa que tanto me cabrea; es la viva imagen de la paciencia. Extiende un brazo detrás de él con ademán orgulloso mientras observa cómo me retuerzo para descubrir su sorpresa.

Nos dirigimos a lo alto del edificio. Allí hay una piscina exclusiva para el

ático. Es una piscina infinita, pues parece que el agua se funda con las luces parpadeantes de Chicago.

Nos hemos bañado aquí un par de findes, pero esta noche no están las lujosas tumbonas blancas. Las han quitado para hacer hueco a una mesa en la plataforma central que atraviesa la piscina. También hay otra plataforma conectada. Se trata de la zona de descanso; al parecer, intacta.

Saint y yo siempre nos sentamos a disfrutar de las vistas.

Los caminos que llevan a la mesa y a la zona de descanso están bordeados por velas electrónicas que brillan en silencio mientras pasamos. Es tan impresionante, y tan inesperado, que me giro con los ojos abiertos como platos.

—¿Así es como me lo vas a compensar? —Lo sorprendo mirándome con demasiada atención, y le beso en la mandíbula con un susurro—: Me gusta. Hazme enfadar más veces.

Me coge de la mano y me lleva a la zona de descanso.

—Primero la sorpresa y después la cena.

Me sienta en el sofá más grande y se acomoda a mi lado. Se pone el sobre en el muslo.

—Como mi madre no ha podido conocerte, se me ha ocurrido que tú la conozcas a ella.

Saca una fotografía en color de 5 x 7 y me la tiende.

Experimento una reacción visceral al ver la foto de esa mujer al lado de ese apuesto adolescente que deja que lo abrace pese a superarla ya en altura. Lo reconozco al instante.

¿Cómo no iba a hacerlo? Le quiero de arriba abajo. Cada parte de él. Y quiero a la mujer de la foto ya solo por su sonrisa y por el cariño con el que lo abraza.

—Era una insensata, gastaba dinero como si su vida dependiese de ello

—me cuenta Malcolm—. Era apasionada, valiente y me quería. A pesar de todo.

Vuelve a rebuscar en la carpeta y esta vez saca una caja con el nombre de Harry Winston. La abre. Y en ella hay un anillo de una belleza exquisita que descansa con orgullo en el medio. Es una piedra redonda, muy clásica.

—Cuando nací, mi padre le dijo que comprase la piedra más grande que encontrase para celebrar el nacimiento del que sería su único hijo. No compró la piedra más grande, sino la más perfecta: D, impecable por dentro, de 4,01 quilates. Se quitó el anillo de compromiso y llevó este hasta donde puedo recordar. Cuando le diagnosticaron leucemia, me dijo que quería darme este anillo. Era un gesto simbólico hacia mí. Ella quería que lo tuviese la chica que fuese a casarse conmigo. Le dije que no habría tal chica, que se lo quedase. Cuando...

Hace una pausa, afligido por el recuerdo.

—Cuando volví de esquiar con los chicos, me dieron una carpeta con la foto que guardaba en su mesita de noche. Un fideicomiso. Y este anillo.

Al levantarlo, refracta todas las luces que nos rodean y dibuja un arcoíris.

—Así que fui al banco, me hice con la caja fuerte más grande que encontré y lo guardé, sin la menor intención de abrirla algún día. Pero lo único en lo que pensaba últimamente era en sacar el anillo de la caja... —Me besa en la mano y me lo pone—. Y ponértelo en el dedo.

El anillo me entra con facilidad. Es un poco grande, y de repente el dedo me pesa igual que el pecho. Pecado contempla mi mano engalanada y luego me contempla con un brillo de esperanza y amor en los ojos. Esos ojos que eran fríos cuando lo conocí y que ahora arden con el calor del núcleo de la Tierra.

Él también sonríe; esboza una sonrisa tan adorable que es casi infantil.

—Dime que sí. Sé prudente conmigo. Sé insensata conmigo. Sé quien eres conmigo. Sé mi esposa, Rachel. Cásate conmigo.

Se me nubla la vista. Me tiemblan los labios y los frunzo con fuerza por su historia. Porque llevo un anillo en el dedo.

Y él prosigue:

—Una vez me dijiste que querías que se parase el mundo, que querías un lugar seguro en el que se parase. Quiero ser ese lugar para ti. —Sus manos casi me engullen la cara, pero es su mirada la que me engulle más, la que me engulle por completo—. Aunque mi vida dé muchas vueltas, el lugar de mi

lado será el ojo del huracán, y ni se toca ni se hiere. Te quiero aquí conmigo, a mi lado.

Me cuesta respirar y tiemblo de arriba abajo, de incredulidad, de felicidad y de emoción.

—¿Te has preguntado alguna vez qué aspecto tiene un hombre

enamorado? —Tan seguro como siempre, se arrodilla, agacha la cabeza y besa mi mano desnuda—. Este.

Rompo a llorar, agacho la cara y la entierro en su pelo cuando se me escapa un sollozo. Me derrito. Me desmayo. Me muero. Probablemente

debería hablar, pero estoy batallando con un rostro húmedo y una garganta cerrada. Su madre. La única mujer a la que este hombre ha amado de verdad antes que a mí. Agradezco mucho saber de ella. Me honra mucho que Malcolm piense que soy digna de llevar este anillo.

Saint oye mis sollozos y levanta la cabeza para secarme las lágrimas.

Quiero un montón a mi madre; no me imagino lo que habrá sufrido con su pérdida.

—Este... —me esfuerzo por explicar—... es el aspecto de una mujer enamorada cuando el hombre al que ama le demuestra que la ama.

Hay un deje grave en su voz cuando suspira y dice:

—Está preciosa.

Empieza a incorporarse y me coge de las axilas.

—¿Qué haces? ¿Qué es...? ¿Qué estas...? ¡Malcolm!

Me levanta como si no pesase nada mientras se ríe. Estoy a la altura de sus ojos. Me besa en la boca.

—¿Y qué dice la mujer?

Espera un poco, con la mirada inquisitiva, impaciente, ansiosa, exigente, primitiva y masculina tan propia de Malcolm.

—¿Rachel? —insiste con dulzura.

Estoy hiperventilando.

—Nosotros nunca... nosotros nunca... tú nunca me has dicho que quisieses... que estuvieses pensando...

Me da la mano. Frota el diamante con el pulgar y traza un círculo lento y lánguido.

—Te lo estoy diciendo con esto —responde con seriedad.

Mi reacción es visceral, instintiva, no hay ninguna duda en mi cabeza cuando lo levanto de la camisa y, temblando, le beso con lengua. Él me alza

por la cintura y la falda se me sube cuando lo rodeo con las piernas.

—Sí —susurro. Entonces lo cojo de la mandíbula y me sumerjo en las luces de esos bosques verdes que juro por Dios que en este momento



albergan el sol.

Me frota la nariz con la suya.

—¿Sí?

—Sí, Malcolm. Siempre.

Estampo mi boca en la suya, sin lengua, solo labios, y le estrujo con las piernas y los brazos lo más fuerte que puedo mientras nos abrazamos... un buen rato. Solo nos abrazamos. Un buen rato.

El viento me mueve el pelo, que nos tapa las caras mientras nos apoyamos en la frente del otro.

Estoy llorando y riendo y, de repente, le lleno de besos húmedos la mandíbula, la sien, la frente, la nariz, los labios otra vez...

Me detiene con las manos y me mira a los ojos.

—Dos veces más.

—¿Quieres que te diga que sí cuatro veces?

Dios. ¿Qué haces cuando el hombre al que amas te pide algo?

Dices que sí.

Cuatro veces.

¿Qué haces cuando un santo te quiere? Le quieres con toda tu alma.

¿Qué haces cuando el pecado te tienta?

Caes.

Bueno, señoras, es oficial. @malcolmsaint está fuera del mercado, también conocido como COMPROMETIDO. De ahora en adelante

@racheltepidoparami

está tanto con el santo como con el #pecador

GUARRA DE MIERDA, LES DOY UN MES.

¡CÓMOOOO!

¡No es posible que Saint se conforme con solo una tía! ¡En serio!

¡IMPOSIBLE!

¿Alguien más está de luto ahora que Saint está comprometido?

¡Tengo una depresión de caballo!

¿Vas a seguir dando esas pedazo de fiestas, @malcolmsaint? ¡La ciudad no será la misma sin ti!

@malcolmsaint y @racheltepidoparami, ¡Felicidades a la pareja más sexy que he visto en mi vida!

Porfa, ¡sube fotos de la boda! ¡Y de la luna de miel! ¡Y de Saint!

De @gggina:

¡Me alegro un montón por mi mejor amiga! Pero como @malcolmsaint le haga daño, me lo cargo.

De @wynnleyland:

Mi novio y yo vamos a brindar esta noche para celebrarlo.

De @CallanCarmichael:

Bueno, como dice el dicho: nunca digas nunca. Porque a que no sabéis quién dijo nunca? #SaintDijoNunca @malcolmsaint

De @TahoeRoth:

Ahora que Saint está fuera de servicio, @CallanCarmichael y yo vamos a doblar nuestros servicios para ustedes, señoras.

Y otra vez de @TahoeRoth:

Ya que nuestro hombre y su prometida van a gozar de un festival de sexo en su luna de miel en unos meses, nosotros estamos preparando otro. Estáis todas invitadas: ESTO VA POR TI, GINA @gggina

Y de mi parte:

No sufras, @gggina ¡Mi prometido sabe cómo llevar a una mujer al cielo y que se quede ahí! #AdictaAlCielo #AdictaAPecado

Lista de reproducción

«Grand Piano», de Nicki Minaj

«Out of Mind», de Tove Lo

«Thousand Miles», de Tove Lo

«Surrender», de Cash Cash

«Do I Want To Know», de Arctic Monkeys

«Begin Again», de Purity Ring

«Talking Body», de Tove Lo

«Sky Full Of Stars», de Coldplay

«Sugar», de Maroon 5

«I Lived», de OneRepublic

«Gold Dust», de Galantis

«Thinking Out Loud», de Ed Sheeran

«My Heart is Open», de Maroon 5 y Gwen Stefani

«Peace», de O. A. R.

Agradecimientos

Me gustaría agradecer de forma especial a mis lectores beta, que leen mis historias cuando están sin pulir y aun así les gustan lo suficiente como para releerlas cuando las termino. Sois ángeles en la Tierra (¡ángeles que están enamorados del pecado!). Mil gracias a todas: Angie, Cece, Dana, Emma, Elle,

Jen, Kati, Kim, Lisa, Mara, Monica, y a mi amiga de la infancia, Paula. Un agradecimiento especial a mi agente, Amy, y a mi hija, que siempre leen al principio, al final y en medio en cuanto les paso las páginas. ¡Os quiero!

Y a Kelli C. y Anita S., mis maestras pulidoras.

Muchísimas gracias a todos los de Gallery Books, incluido mi divertido corrector, Adam Wilson, un genio; a mis editores, Jen Bergstrom y Louise Burke; al departamento de arte, el departamento de producción y los

publicistas; a los blogueros, librereros, Sullivan and Partners, a la agencia Jane Rotrosen, mis editores extranjeros y mi familia.

Y a mis lectores, que dan vida a mi libro en su mente y en su corazón.

¡Gracias!



Sobre la autora

Katy Evans creció acompañada de libros. De hecho, durante una época eran prácticamente como su pareja. Hasta que un día, Katy encontró una pareja de verdad y muy *sexy*, se casó y ahora cada día se esfuerzan por conseguir su particular «y vivieron felices y comieron perdices». A Katy le encanta pasar tiempo con la familia y amigos, leer, caminar, cocinar y, por supuesto, escribir. Sus libros se han traducido a más de diez idiomas y es una de las autoras de referencia en el género de la novela romántica y erótica.



**Gracias por comprar este ebook. Esperamos que
hayas disfrutado de la lectura.**

Queremos invitarte a que te suscribas a la newsletter de Principal de los Libros. Recibirás información sobre ofertas, promociones exclusivas y serás el primero en conocer nuestras novedades. Tan solo tienes que clicar en este botón.



El aire que respira (Los Elementos 1)

Cherry, Brittainy C.

9788416223503

304 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

¿Es posible volver a respirar tras haberlo perdido todo? Tristan ha perdido a su mujer y a su hijo. Elizabeth ha perdido a su marido. Son dos almas heridas que luchan por sobrevivir. Necesitan recordar lo que se siente al querer. Solo así podrán volver a respirar. La novela romántica revelación en Estados Unidos "No os lo perdáis. Leedlo y descubrid de primera mano lo bello que es respirar." "New adult addiction" Recomendamos encarecidamente esta historia hermosa y conmovedora. Brittainy C. Cherry sabe tocar la fibra. Preparaos para emocionaros." "Totally Booked Blog

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Por favor, déjame odiarte

Premoli, Anna

9788416223473

304 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

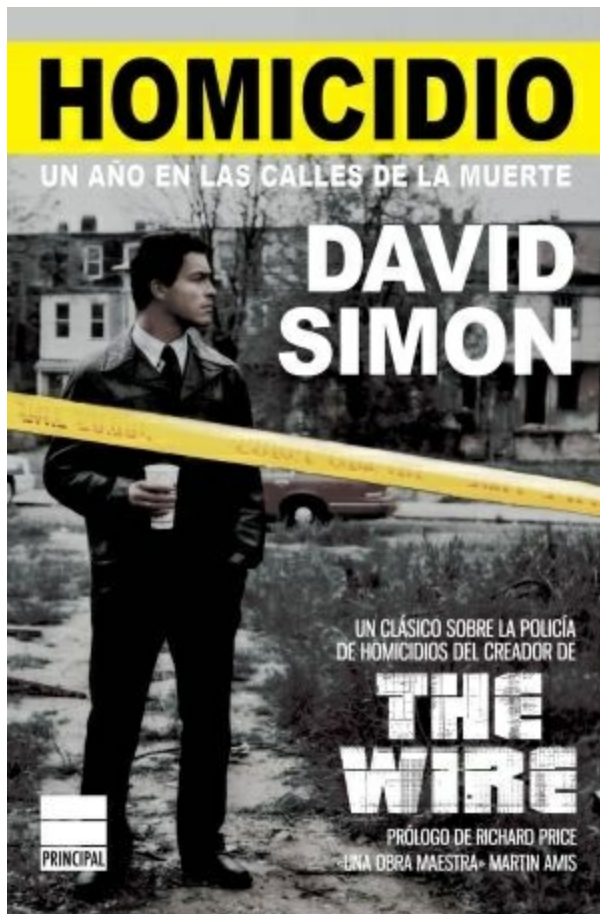
¿Puedes llegar a enamorarte de alguien a quien odias? Jennifer es abogada.

Ian es economista. Y se odian. Un cliente los obliga a trabajar juntos. ¿Y si

del odio al amor solo hay un paso? Premio Bancarella de los libreros

italianos Más de medio millón de ejemplares vendidos en Italia

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Homicidio

Simon, David

9788416223480

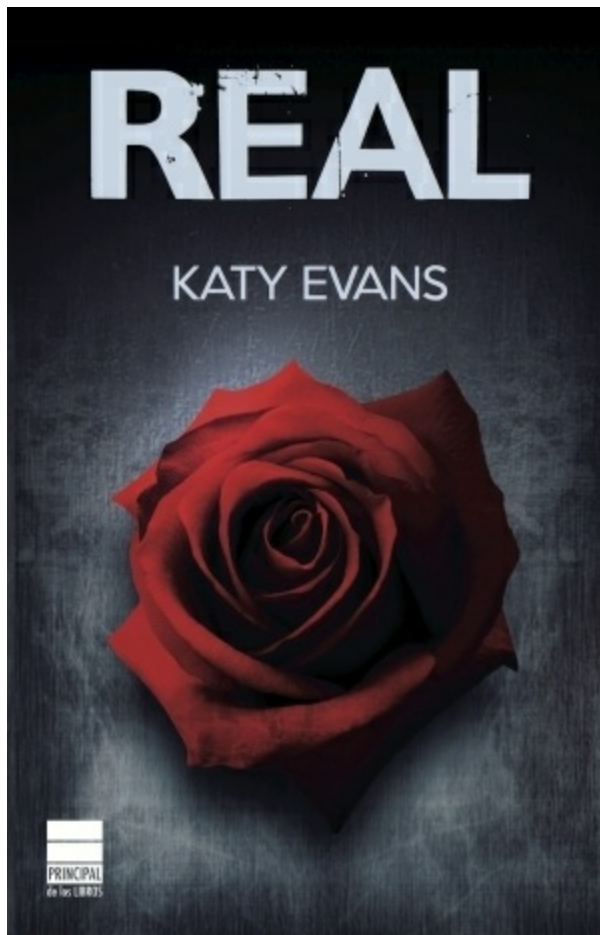
784 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

El escenario es Baltimore. No pasa día sin que algún ciudadano sea apuñalado, apalizado o asesinado a tiros. En el ojo del huracán se encuentra la unidad de homicidios de la ciudad, una pequeña hermandad de hombres que se enfrenta al lado más oscuro de Estados Unidos. David Simon fue el

primer periodista en conseguir acceso ilimitado a la unidad de homicidios. La narración sigue a Donald Worden, un inspector veterano en el ocaso de su carrera; a Harry Edgerton, un iconoclasta inspector negro en una unidad mayoritariamente blanca; y a Tom Pellegrini un entusiasta novato que se encarga del caso más complicado del año, la violación y asesinato de una niña de once años. Homicidio se convirtió en la aclamada serie de televisión del mismo nombre y sirvió de base para la exitosa The Wire.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Real (Saga Real 1)

Evans, Katy

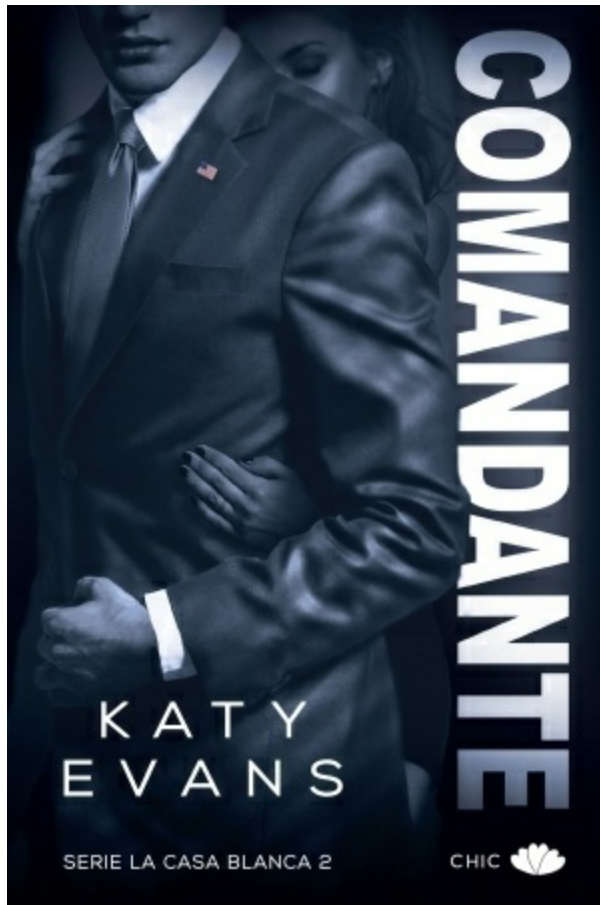
9788494223488

336 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Un boxeador inestable. Una joven con los sueños rotos. Una combinación explosiva. Remington Tate es el hombre más sexy y complicado que Brooke ha conocido jamás. Es uno de los boxeadores más admirados, deseados y ricos del circuito de boxeo clandestino. Pero cuando la invita a la habitación de su hotel, lo último que la joven fisioterapeuta espera es que le ofrezca un empleo. La atracción entre ellos es evidente, pero Brooke no está dispuesta a tirar su vida profesional por la borda. ¿Podrá aguantar tres meses junto a él sin caer en la tentación? ¿Qué quiere Remington Tate de ella? ¿Y cuál es su terrible secreto?

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Comandante

Evans, Katy

9788417333133

272 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

La pasión de Matt y Charlotte llega a la Casa BlancaNos enamoramos en la campaña electoral.Y eso solo fue el principio. Ahora él es el presidente de Estados Unidos.Y me desea. Desea mi cuerpo. Mi corazón. Mi alma. Y me quiere a su lado. En la Casa Blanca."En Comandante, Katy Evans mezcla

realidad, erotismo y romance. El resultado es pura magia." Audrey Carlan, autora de Calendar Girl "Katy Evans siempre crea personajes que te dejan

sin aliento, y con Matthew Hamilton se ha superado." C. D. Reiss, autora best seller "Si eres fan de las historias de amor, llenas de emociones honestas, deseo y personajes que te hacen desearles lo mejor, este libro es para ti."

Harlequin Junkie Blog "¡La política nunca había sido tan sexy!" Kim Karr, autora best seller del New York Times y el USA Today "Katy Evans tiene un

talento mágico para las historias emocionantes, románticas y que no puedes

dejar de leer." Book Lovers For Life Blog "Me encantó el intenso y honesto romanticismo de esta historia." Top Ten Romance Book

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Document Outline

- [CONTENIDOS](#)
 - [Katy Evans](#)
- [PECADO](#)
 - [Malcolm Saint al desnudo](#)
 - [1. Cuatro semanas](#)
 - [2. Cuatro semanas + 1 hora](#)
 - [3. Mi vida de ahora](#)
 - [4. Trabajar y escribir](#)
 - [5. Amigas](#)
 - [6. Mensaje](#)
 - [7. Verdad](#)
 - [8. Discurso](#)
 - [9. Sábado](#)
 - [10. Un poquito mareada](#)
 - [11. En ascuas](#)
 - [12. La caja](#)
 - [13. De etiqueta](#)
 - [14. Reiniciamos](#)
 - [15. Todos los colores del mundo](#)
 - [16. Algo prestado](#)
 - [17. Torbellino en las redes sociales](#)
 - [18. Esa noche](#)
 - [19. Visita nocturna](#)
 - [20. Partido de los Cubs](#)
 - [21. Celebración](#)
 - [22. Algo nuevo](#)
 - [23. El Juguete](#)
 - [24. Depresión postcereza](#)
 - [25. Un santo en mi casa](#)
 - [26. Mirándome mientras duermo](#)
 - [27. Te pido todo para mí](#)
 - [28. Pecado en la puerta](#)
 - [29. Guerra](#)

- [30. El salto definitivo](#)
- [31. Él + 1](#)
- [Epílogo: Cómo nos va](#)
- [Lista de reproducción](#)
- [Agradecimientos](#)
- [Sobre la autora](#)